

COLECCION UNIVERSAL

R

N.ºs 17-20

STENDHAL

Rojo y negro

NOVELA

TOMO I



MADRID-BARCELONA  
MCMXIX



COLECCIÓN UNIVERSAL

Stendhal

—

ROJO Y NEGRO

TOMO

\*

MCMXIX

---

ES PROPIEDAD  
Copyright by Calpe, 1919.

---

---

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.



R 62 324

COLECCIÓN UNIVERSAL

---

STENDHAL

---



# Rojo y Negro

NOVELA

TOMO I

La traducción ha sido hecha  
por Enrique de Mesa.



MADRID - BARCELONA  
MCMXIX

---

«Tipográfica Renovación» (C. A.), Larra, 8.—MADRID

Con la noticia escueta de un suceso vulgar, tomado de la crónica de los Tribunales, Henry Beyle (Stendhal) compuso, allá por los años de 1830, *Le rouge et le noir*, la admirable novela psicológica que ha logrado consagración de obra maestra en la literatura universal.

¿Sabéis cuál es el hecho, base y raíz del análisis humano que tenéis ante los ojos? Antonio Berthet, hijo de un herrador de Brangues, en el Delfinado, había sido amante de una señora, M., en cuya casa desempeñara el oficio de preceptor. Expulsado después de los seminarios, donde pretendía seguir sus estudios, fué de nuevo preceptor en casa de M. De C., cuya hija sedujo. Vuelto a Brangues, se percata de que la señora de M. no abriga para él los antiguos amorosos sentimientos, y llega a sospechar que acaso un rival ha ocupado su puesto. Inducido de esta sospecha, dispara un tiro sobre su ex amante en la iglesia, y vuelve contra sí mismo la pistola, hiriéndose. Luego, es ejecutado en la plaza de Grenoble, el 23 de febrero de 1828.

El Julián Sorel de la novela imaginada, es el Antonio Berthet del suceso vivo y sangrante; pero el espíritu analítico de Stendhal, su aguzada y fina sensibilidad, han erigido, sobre el documento humano, un drama real, con esa manera

de elevado realismo que describe el proceso psicológico de las almas.

Decía Stendhal, en una carta a Balzac, que, para sus novelas escogía personajes conocidos, les dejaba algunos de sus hábitos, pero les infundía más espíritu. En Sorel, su hijo más afortunado, encarnó su propio carácter, mezcla extraña—según dice uno de sus biógrafos—de originalidad natural y estudiada, de sinceridad y de afectación, de clarividencia y de fantasía, de disimulo y de abandono. Sorel pertenece a aquella generación “ardiente, pálida y nerviosa”, concebida durante la inquietud de las guerras del Imperio. Los relatos de la gloria napoleónica mantienen vivo en su pecho lo “rojo” de la pasión ambiciosa que en el pasado ambiente conducía, sin más que el corazón y la espada, con el heroísmo y la proeza, a la cumbre de la sociedad. Pero lo “negro” de la monarquía restaurada y de la reacción triunfante, sofrena y encubre, socapa de hipocresía, esa ardorosa ambición que ha de lograrse por caminos tortuosos. En el secreto de su aposento, Sorel lee ávidamente el Memorial de Santa Elena; a los ojos del mundo, Sorel ostenta la austera severidad de la Biblia latina. Esclavo de lo “negro”, su vida espiritual no es sino una línea recta, inquebrantable, trazada por el cálculo, el egoísmo, la razón fría. Hijo de un campesino oscuro, pobre y sin alcurnia, se venga del linaje y de la riqueza, seduciendo a dos mujeres: noble la una, rica la otra. Solamente al final de la



novela, lo "rojo" de la pasión, la imprevista cólera, el arrebató ilógico e irrazonable, le arrastran a la catástrofe.

Stendhal ha modelado en esta obra el canon de la novela psicológica. Su estilo, tonificado con la lectura diaria de una página del Código civil, es sobrio, cortado, seco; desdeña lo accesorio de la escena para atender al espectáculo de las almas. Su lenguaje, sencillo, estricto, muchas veces desaliñado, se pliega al pensamiento como la piel al esqueleto humano. Elude la morbidez lírica que oculta la estructura anatómica. No cura de lo anecdótico, que, aun con el prestigio y el gusto del color, distrae del proceso espiritual.

En otras novelas, la pintura del ambiente y de las costumbres nos llevan de la mano a deducir y comprender los sentimientos de su héroe. Rojo y negro es el monólogo dinámico de un alma.

La primera edición de *Le rouge et le noir* se dió a la estampa en 1831 (París. Levasseur. Libraire, Palais Royal, 2 vols.) Todos los datos sobre sus diversas ediciones, traducciones, críticos y comentaristas, pueden consultarse en la "Bibliographie Stendhalienne", de Henry Cordier, París, 1914.



# ROJO Y NEGRO

—

Crónica de 1830.

TOMO I

La verdad, la áspera verdad.

DANTON.





# ROJO Y NEGRO

---

## CAPITULO PRIMERO

### Un pueblo.

Put thousands together.  
Less bad.  
But the cage less gay (1).

HOBBS.

El pueblo de Verrières puede pasar por uno de los más lindos del Franco Condado. Sus casas blancas, con tejados puntiagudos de tejas rojas, se extienden por la pendiente de una colina cubierta de vigorosos castaños, cuyas frondas señalan sus menores sinuosidades. El Doubs corre a algunos centenares de pies por debajo de las fortificaciones edificadas antaño por los españoles, y hogaño en ruinas.

Verrières está resguardado del Norte por una alta montaña de las estribaciones del Jura. Las cimas dentadas del Verra se cubren de nieve al comenzar los fríos en Octubre. Un torrente, que se precipita de la montaña, atraviesa Verrières antes de afluir al Doubs, y pone en movimiento gran número de máquinas de aserrar, industria

---

(1) Pónganse ciento juntos, menos mal, pero la jaula estará menos alegre.

sencilla que procura cierto desahogo a la mayoría de los habitantes, más campesinos que burgueses. Sin embargo, no son los aserraderos los que han enriquecido a este pueblo. El bienestar general débese a la fábrica de telas estampadas, llamadas de Mulhouse, pues, gracias a ella, desde la caída de Napoleón acá se han reedificado casi todas las casas de Verrières.

Apenas se entra en la ciudad, queda uno aturrido por el estrépito de una máquina ruidosa y terrible en apariencia. Veinte pesados martillos, que caen con un ruido que hace temblar el pavimento, son elevados por una rueda movida del agua del torrente. Cada uno de estos martillos fabrica diariamente yo no sé cuántos millares de clavos. Muchachitas frescas y lindas son las que presentan al golpe de estos martillos enormes, los pedacitos de hierro que rápidamente se convierten en clavos. Este trabajo, tan rudo en apariencia, es una de las cosas más sorprendentes para el viajero que penetra por primera vez en las montañas que separan Francia de Suiza. Si al entrar en Verrières el viajero pregunta a quién pertenece aquella hermosa fábrica de clavos que ensordece a las gentes que transitan por la calle principal, le responden con un tono negligente: "Es del señor alcalde".

A poco que el viajero se detenga en esta calle principal de Verrières, que sube desde la orilla del Doubs hasta la cumbre de la colina, puede apostarse ciento contra uno a que se cruzará con

un hombre corpulento, de aspecto atareado y grave.

Al verle, todas las cabezas se descubren rápidamente. Grises son sus cabellos y el traje que viste. Está condecorado con varias cruces; tiene una frente despejada, una nariz aguileña, y en conjunto su rostro no carece en absoluto de corrección. A primera vista puede decirse que, un a la dignidad de alcalde del pueblo un cierto aire de simpatía, bien hallado con los cuarenta y ocho o cincuenta años. Pero si se fija un poco, el viajero parisiense notará en él cierto aire de satisfacción de sí mismo y de suficiencia, unido a un no sé qué de limitado y vulgar. Se dará cuenta de que el talento de tal hombre se reduce a hacerse pagar con exactitud lo que le deben, y a retrasar cuanto pueda el pago de sus deudas.

Tal es el alcalde de Verrières, M. De Renal, quien, después de cruzar la calle con paso grave, penetra en la alcaldía y desaparece de la vista del viajero. Pero cien pasos más arriba, si éste continúa su paseo, advierte una casa de bonita apariencia, y, a través de una verja de hierro, adosada a la casa, magníficos jardines. Al final, el horizonte, donde se recortan las colinas de Borgeña, parece como colocado de propósito para recrear la vista. Esto le hace olvidar la atmósfera apestada de intereses menudos de dinero que ya empezaba a asfixiarle.

Sabrás que aquella casa, por entonces concluida, pertenece a M. De Renal. Gracias a los bene-



ficios logrados con su gran fábrica de clavos, el alcalde de Verrières goza de esta bella morada, labrada en piedra de sillería. Dícese que su familia es española de rancio abolengo, y a lo que se pretende asentada en el país mucho antes de la conquista de Luis XIV.

Desde 1815 le avergüenza ser industrial: 1815 le ha instituído alcalde de Verrières. Los terraplenes que sostienen las diversas partes de este magnífico jardín, que desciende escalonadamente hasta el Doubs, son también el premio a la ciencia de M. De Renal en el comercio de hierro.

No esperéis encontrar en Francia los jardines pintorescos que rodean las ciudades fabriles de Alemania: Leipzig, Francfort, Nurenberg, etc. En el Franco Condado, cuantos más muros se levantan, cuanto más se erice de hiladas de piedra una propiedad, tanto más acreedor se hace el dueño de ella al respeto y la admiración de sus vecinos. Los jardines de M. De Renal, llenos de muros, son admirados precisamente por haber pagado a peso de oro alguna de las parcelas del terreno que ocupan. Por ejemplo, el aserradero, cuya situación singular en la orilla derecha del Doubs ha llamado vuestra atención al entrar en Verrières, y en la que habéis visto el nombre de Sorel escrito en caracteres gigantescos sobre una placa que corona el edificio, estaba hace seis años en el terreno en que actualmente se eleva la cuarta terraza de los jardines de M. De Renal.

A pesar de su orgullo, el señor alcalde tuvo que



humillarse muchas veces ante el viejo Sorel, campesino testarudo, y le hubo de pagar buenos luis de oro para conseguir que trasladase su fábrica a otra parte. En cuanto al arroyo "público" que movía la sierra, M. De Renal, valiéndose de su influencia en París, consiguió desviar su curso. Esta gracia le fué concedida después de las elecciones de 182...

Dió a Sorel cuatro fanegas por cada una de las suyas, quinientos pasos más abajo, en las márgenes del Doubs. Y aun cuando el terreno fuese mucho mejor para su comercio de tablas de abeto, el tío Sorel, como le llaman desde que es rico, ha sabido explotar la impaciencia y la "manía de propietario" que animaba a su vecino, sacándole 6.000 francos.

Ciertamente que este arreglo ha sido muy criticado por la gente sensata del lugar. Una vez—era un día de fiesta y hace ya cuatro años de esto—, M. De Renal volvía de la iglesia en traje de alcalde, y vió de lejos a Sorel, rodeado de sus tres hijos, que sonreía al verle. Aquella sonrisa amargó el día al alcalde, pues le hizo pensar desde luego que podía haber sacado más partido del negocio.

Para conseguir la consideración pública en Verrières, lo esencial es, aun cuando se edifiquen grandes muros, no adoptar ninguno de los planes que traen de Italia los albañiles que en primavera atraviesan las gargantas del Jura, camino de París. Tal innovación valdría eternamente

al que se atreviera a implantarla el calificativo de mala cabeza, y quedaría completamente desacreditado, en el concepto de las gentes sensatas y moderadas que distribuyen la consideración en el Franco Condado.

Estas gentes sensatas ejercen allí el más enojoso "despotismo", y merced a este vocablo villano, la vida en las ciudades pequeñas es insoportable para todo aquel que ha vivido en esa gran república que se llama París. La tiranía de la opinión, ¡y qué opinión!, es tan estúpida en los pueblos de Francia como en los Estados Unidos de América.

## CAPITULO II

### Un alcalde.

¿Y la importancia, señor, no es nada? El respeto de los necios, el pasmo de los niños, la envidia de los ricos, el desprecio del sabio.

BARNAVE.

Felizmente para la reputación administrativa de M. De Renal, el paseo público que se extiende a lo largo de la colina, a unos cien pasos sobre el curso del Doubs, necesitaba un gigantesco "muro de contención". Este paseo goza, por su admirable situación, de una de las vistas más pintorescas de Francia. Pero todas las primaveras las lluvias lo

arroyaban, quebrándolo en barrancos que lo hacían impracticable. Tal inconveniente, que a todos afectaba, puso a M. De Renal en el trance dichoso de inmortalizar su gestión administrativa, construyendo un muro de veinte pies de altura y de treinta o cuarenta toesas de largo.

El parapeto de este muro costó a M. De Renal tres viajes a París, pues el antepenúltimo ministro del Interior se declaró enemigo del paseo de Verrières. Hoy día, el tal parapeto se levanta cuatro pies por encima del suelo; y, como para desafiar a todos los ministros presentes y pasados, lo están guarneciendo con enormes losas de piedra labrada.

¡Cuántas veces, añorando los bailes de París, abandonados la víspera, con el pecho apoyado contra estos bloques de piedra de un bello color gris azulenco, se han perdido mis miradas en el valle infinito del Doubs! Allá, en la orilla izquierda, serpean cinco o seis vallecillos, y en su fondo se distinguen multitud de arroyuelos, que, después de saltar de cascada en cascada, se precipitan en el río. El sol calienta mucho en estas montañas; cuando cae a plomo, el viajero puede soñar en esta misma terraza, guareciéndose a la sombra de plátanos corpulentos. Su rápido crecimiento y la bella tonalidad verde azulada de sus hojas, la deben estos árboles a la tierra acarreada que el señor alcalde ha hecho colocar detrás del gran muro de contención, pues, a pesar de las protestas del Concejo, ha ensanchado el paseo unos seis pies



(aun cuando él es ultramontano y yo liberal, le alabo por ello), y por esta causa, según él y monsieur Valenod, director del Depósito de mendicidad de Verrières, esta explanada puede competir con la de Saint-Germain-en-Laye.

Por mi parte, sólo diré que encuentro mal una cosa en el "paseo de la Fidelidad", nombre oficial que se lee en quince o veinte sitios, destacándose sobre planchas de mármol, que han valido una cruz más a M. De Renal; lo que yo repruebo con todas mis fuerzas, es la manera bárbara cómo la autoridad ha ordenado podar los vigorosos plátanos. En vez de aparecer con sus copas bajas y redondas, asemejándose a cualquier frutal sin importancia, estarían mucho mejor si se les guiase para que adquirieran formas tan hermosas como tienen los que se admiran en Inglaterra. Pero la voluntad del señor alcalde es despótica, y dos veces al año, todos los árboles que pertenecen al Ayuntamiento son mutilados sin piedad. Los liberales del país pretenden, pero exageran, que la mano del jardinero oficial, es más severa desde que el vicario Maslon ha decidido aprovechar los productos de la poda.

Este joven clérigo fué enviado de Besançon hace unos años para vigilar al abate Chelan y a otros curas de las cercanías. Un médico mayor retirado, del ejército de Italia, que residía en Verrières y que en vida fué, según el alcalde, jacobino y bonapartista, se atrevió un día a quejarse de aquella mutilación periódica.



—Me gusta la sombra—respondió M. De Renal, con el matiz de altanería que conviene cuando se habla con un médico, miembro de la Legión de Honor—; me gusta la sombra; mando cortar “mis” árboles para que den sombra, y no concibo que tengan otra misión, sobre todo cuando no son como el útil nogal y “no producen renta alguna”.

He aquí la gran frase que decide todo en Verrières: DAR RENTA. Ella sola es la expresión del pensamiento de las tres cuartas partes de sus habitantes.

“Dar renta” es la razón que decide de todo en este pueblo, que tan lindo parece. El forastero que llega, seducido por la belleza de los frescos y profundos valles que la rodean, se imagina, sin duda, que sus habitantes serán amantes de lo “bello”: hablan demasiado de la belleza de su país; no se puede negar que se preocupan de ella; pero solamente es porque atrae a los extranjeros, cuyo dinero enriquece a los fondistas, y, por la mecánica del impuesto, “produce renta a la ciudad”.

Un hermoso día de otoño se paseaba M. De Renal por el “paseo de la Fidelidad”, dando el brazo a su mujer. Escuchando a su marido, que hablaba en tono grave, Mme. De Renal seguía con inquietud los movimientos de tres chicuelos. El mayor, que podría tener once años, se acercaba mucho al parapeto, y hasta algunas veces intentaba subirse a él. Entonces, una voz dulce pronunciaba el nombre de Adolfo, y el niño renunciaba a su proyecto atrevido. Madame De Renal pare-

cía una mujer de treinta años, pero todavía bastante guapa.

—Tendría que arrepentirse ese buen señor de París—decía M. De Renal, con aire ofendido y más pálido que de costumbre—. Todavía tengo algunos amigos en Palacio...

Pero, aun cuando pienso hablaros de cosas de provincias en doscientas páginas, no tendré la crueldad de haceros soportar un diálogo provinciano con todos sus detalles sabihondos.

El buen señor de París, tan odioso para el alcalde de Verrières, no era otro que M. Appert, el cual dos días antes había hallado medio hábil de introducirse, no solamente en la cárcel y el depósito de mendicidad de Verrières, sino también en el hospital, que estaba administrado gratis por el alcalde y los principales propietarios del lugar.

—Pero—decía tímidamente Mme. De Renal—, ¿qué daño puede haceros ese señor de París, si administráis los fondos de los pobres con la más escrupulosa probidad?

—Viene solamente para censurar, y luego publicará artículos en los periódicos liberales.

—Tú no los lees nunca.

—Pero nos hablan de esos artículos jacobinos; todo esto nos distrae y “nos impide hacer el bien” (1). Por mi parte, nunca perdonaré al cura.

---

(1) Histórico.

## CAPÍTULO III

## El dinero de los pobres.

Un cura virtuoso, que no intrigue, es una Providencia para la aldea.

FLEURY.

Es de advertir que el cura de Verrières, anciano de ochenta años, pero que debía al aire puro de las montañas una salud y un carácter de hierro, tenía derecho a visitar a todas horas la cárcel, el hospital y el depósito de mendicidad. Monsieur Appert, que traía recomendaciones de París para el cura, llegó a la ciudad a las seis de la mañana, hora muy prudente de llegar a un pueblo curioso. Inmediatamente se encaminó a la rectoral.

Al leer la carta que le dirigía el marqués de la Mole, par de Francia y el propietario más rico de la provincia, el cura Chelan quedó perplejo.

—Soy viejo y querido aquí—musitó al cabo—. ¡No se atreverían!

Y volviéndose al señor de París, con una mirada en la que, a pesar de la edad, brillaba el fuego sagrado, nuncio del placer de atreverse a una acción noble, un poco peligrosa, dijo:

—Venga usted conmigo, señor, y en presencia del carcelero, y, sobre todo, en la de los vigilantes del depósito de mendicidad, le ruego que no haga ningún comentario.



Monsieur Appert se dió cuenta de que tenía que habérselas con un hombre de corazón; siguió al venerable cura, visitó la cárcel, el hospicio, el depósito, dirigió muchas preguntas y, a pesar de las respuestas extrañas que obtuvo, no pronunció una sola palabra de censura.

La visita duró varias horas. El cura invitó a comer a M. Appert, quien se excusó pretextando que tenía que escribir; no quería comprometer más a su generoso acompañante. A las tres continuaron la inspección del depósito de mendicidad y volvieron a la cárcel. Allí, a la puerta, encontraron al carcelero, especie de gigante, de seis pies de estatura, con las piernas arqueadas; su cara innoble aparecía más repugnante por el terror que le dominaba.

—Señor—dijo al cura en cuanto le vió—, ¿este caballero que viene con usted es M. Appert?

—¡Qué importa quién sea!—respondió el cura.

—Es que desde ayer tengo órdenes precisas, enviadas por el prefecto con un gendarme, que ha venido durante la noche a uña de caballo, para no permitir que M. Appert entre en la cárcel.

—Declaro, señor Noiroud, que este viajero que me acompaña—dijo el cura—es M. Appert. ¿No sabe usted que tengo derecho a entrar en la cárcel a todas horas del día o de la noche y haciéndome acompañar por quien me parezca conveniente?

—Sí, señor cura—respondió el carcelero a media voz y bajando la cabeza, como el perro a



quien hace obedecer el miedo al palo—. Pero, señor cura, tengo mujer e hijos y sólo cuento con mi sueldo para vivir; si me denuncian, me quitarán el puesto.

—Tampoco yo querría perder el mío—dijo el cura con voz emocionada.

—¡Qué diferencia!—respondió vivamente el carcelero—. Usted tiene ochocientas libras de renta en una propiedad, en el campo...

Tales son los hechos que, exagerados y comentados de mil modos distintos, agitaban hacía dos días todas las pasiones emponzoñadas del pueblo de Verrières. En este momento eran el tema de la discusión de M. De Renal y su mujer. Por la mañana, acompañado de M. Valenod, director del depósito de mendicidad, había ido a casa del cura para manifestarle su descontento. Monsieur Cheilan no tenía ningún protector, y se dió exacta cuenta del alcance de sus palabras.

—Muy bien, señores; seré el tercer cura de ochenta años a quien se destituya en el lugar. Hace cincuenta y seis que ejerzo mi curato en la ciudad, que sólo era un villorrio cuando llegué, y he bautizado a casi todos sus habitantes. A diario, caso a jóvenes cuyos abuelos recibieron asimismo las bendiciones de mis manos. Verrières es mi familia; pero al ver al forastero he pensado: “Este hombre, que llega de París, será quizá un liberal (por docenas pueden contarse); pero ¿qué mal puede hacer a nuestros pobres y a nuestros presos?”

Los reproches de M. De Renal, y, sobre todo, los del director del depósito de mendicidad, eran cada vez más violentos:

—¡Bueno, señores!—exclamó el cura con voz temblorosa—. ¡Que se me destituya! No por eso dejaré de vivir en el país. Todo el mundo sabe que hace cuarenta y ocho años heredé un campo que me renta ochocientas libras. Con esta renta viviré. Yo no hago economías en mi puesto, y quizá sea por esa razón por la que no me aterra la idea de perderle.

Monsieur De Renal se llevaba muy bien con su mujer; pero no sabiendo qué responder a la pregunta que le formulara tímidamente, “¿qué daño podrá causar aquel señor de París a los presos?”, estaba a punto de encolerizarse con ella cuando, de repente, ésta dió un grito. El segundo de sus hijos, acababa de subirse al parapeto del muro de la explanada, y, a pesar de su altura, corría por él sin miedo al abismo que estaba a sus pies. El temor de asustar a su hijo y que pudiera caerse, hizo enmudecer a Mme. De Renal.

Por fin, el niño, que reía satisfecho de su proeza, al ver la palidez de su madre, saltó al paseo y corrió hacia ella. Le regañaron mucho.

Este suceso cambió el curso de la conversación.

—Estoy decidido a traer a casa a Sorel, el hijo del aserrador—dijo M. De Renal—, para que vigile a los chicos, que se van haciendo demasiado traviesos para nosotros. Es un curita, o aspirante

a ello por lo menos; buen latinista. Educará bien a los niños, pues tiene un carácter enérgico, según referencias del señor cura. Le daré trescientos francos y mantenido. Yo tenía mis dudas sobre su moralidad, pues era el niño mimado de aquel viejo cirujano, miembro de la Legión de Honor, que, so pretexto de que era su primo, vino a hospedarse en casa de Sorel. Aquel hombre era seguramente un agente de los liberales; decía que el aire de nuestras montañas le sentaba bien para el asma que padecía; pero esto está por ver. Había hecho todas las campañas de "Bonaparte" en Italia, y aseguran que dió su voto en contra del Imperio. Este liberal enseñó el latín al hijo de Sorel y le ha dejado todos los libros que trajo consigo. Nunca se me hubiera ocurrido meter en casa al hijo del carpintero; pero el cura me dijo, justamente la víspera del día de la escena que nos ha enemistado para siempre, que este Sorel estudia Teología hace tres años con el propósito de entrar en el Seminario; así, pues, no es liberal y es latinista.

Este arreglo nos conviene por más de un concepto—continuó M. De Renal, mirando a su mujer con aire diplomático—. Valenod está muy orgulloso con los dos normandos que acaba de comprar para su coche; pero no tiene un preceptor para sus hijos.

—Podría muy bien quitarnos éste.

—¿Apruebas mi proyecto?—dijo M. De Renal, dando las gracias a su mujer con una sonrisa por



la excelente idea que había tenido—. Entonces, no hay que pensarlo más.

—¡Dios mío, qué de prisa te decides!

—Es que yo soy hombre de carácter: el cura puede dar fe de ello. Todos estos comerciantes de lienzo me tienen envidia; estoy seguro. Algunos se están haciendo ricos, y quiero que vean pasar a los hijos de Renal custodiados por “su preceptor”. Esto les impondrá. Mi abuelo nos contaba muchas veces que en su juventud tuvo un preceptor. La cosa podrá costarme cien escudos; pero es un gasto que ha de incluirse entre los necesarios para sostener nuestra jerarquía.

Aquella resolución tan repentina, preocupó un poco a Mme. De Renal. Era ésta una mujer alta, bien formada, que había sido la belleza del país, como suele decirse en estas montañas. Tenía cierto aire sencillo y juvenil en el porte; para un parisiense, aquella gracia natural, llena de viveza e inocencia, habría llegado a ser un incentivo a la voluptuosidad. Si Mme. De Renal se hubiera percatado de esto, se habría avergonzado de poder despertar tal sentimiento. Era incapaz de coquetería o afectación. Monsieur Valenod, el rico director del depósito, pasaba por haberle hecho la corte sin éxito alguno, cosa que dió un brillo extraordinario a su virtud, pues el tal Valenod, joven corpulento, de rostro colorado y grandes patillas negras, era uno de esos seres groseros, desvergonzados y bullangueros, que en provincias suelen llamar hombres guapos.



Madame De Renal, muy tímida y de carácter desigual en apariencia, no podía sufrir el movimiento constante y los gritos de M. Valenod. El alejamiento en que se mantenía de lo que en Verrières se llamaba alegría, le valió la reputación de orgullosa de su nacimiento. Nada más lejos de su ánimo; pero no por ello vió con menor satisfacción que las gentes dejaban de frecuentar su casa. No negaremos que pasaba por "tonta" entre las señoras de la ciudad, porque, sin preocuparse de la posición de su marido, dejaba escapar la oportunidad de traerse sombreros de París o de Besançon. Con tal de que la dejaran pasearse sola por su jardín, no se quejaba de nada.

Era un alma sencilla que nunca se había parado a juzgar a su marido y a confesarse que la aburría. Suponía, sin decirlo, que entre marido y mujer no podían existir relaciones más dulces. Amaba a M. De Renal, sobre todo cuando le hablaba de sus proyectos sobre sus hijos, a los que destinaba: a las Armas, el primogénito; el segundo, a la Magistratura, y el tercero, a la Iglesia. En resumen: encontraba a M. De Renal menos fastidioso que a los demás hombres que conocía.

Tal juicio conyugal era razonable. El alcalde de Verrières debía cierta reputación de talento y de buen tono a media docena de tonterías que heredara de un tío suyo. El viejo capitán Renal sirvió, antes de la Revolución, en el regimiento de Infantería del Duque de Orleáns, y cuando iba a París era recibido en los salones del príncipe. Allí

conoció a Mme. De Montesson, a la famosa madame de Genlis, a M. Ducrest, creador del Palais Royal. Estos personajes figuraban con demasiada frecuencia en las anécdotas de M. De Renal. Pero poco a poco el recuerdo de cosas tan delicadas de contar, había llegado a ser un trabajo para él, y hacía algún tiempo que no repetía más que en las grandes solemnidades sus anécdotas relativas a la casa de Orleáns. Como era muy cortés, excepto cuando se hablaba de dinero, pasaba, con razón, por el personaje más aristocrático de Verrières.

## CAPITULO IV

### Un padre y un hijo.

El será mía culpa  
Se così é? (1).

MACHIAVELLI.

—¡Mi mujer tiene una gran cabeza!—se decía al día siguiente, a las seis de la mañana, el alcalde de Verrières, mientras dirigía sus pasos al aserradero del tío Sorel—. Aun cuando yo se lo haya dicho, para conservar la superioridad conveniente, el hecho es que no se me había ocurrido la idea de que si yo no solicito a este Sorel, quien, según dicen, sabe el latín como los propios ángeles, el director del depósito, este espíritu inquieto, podía haber tenido la misma ocurrencia y habér-

(1) ¿Y será mía la culpa, si es así?

melo quitado. ¡Y con qué tono de suficiencia hablaría del preceptor de sus hijos!... Una vez que este preceptor sea mío, ¿llevará sotana?

Monsieur De Renal caminaba absorto en esta duda cuando vió un campesino de seis pies de estatura, que, desde el alba, parecía muy ocupado en medir grandes trozos de madera, colocados a lo largo del Doubs, en el camino de sirga. El campesino no tuvo una gran satisfacción al ver aparecer al alcalde, pues los trozos de madera obstruían el camino y estaban allí contraviniendo las órdenes municipales.

El tío Sorel, pues él era el campesino, tuvo una gran sorpresa, y mayor alegría aún, al escuchar la singular proposición que M. De Renal le hizo referente a su hijo Julián. Con todo, no por ello perdió ese aire de tristeza y descontento y desinterés tan peculiar en los habitantes de estas montañas. Esclavos del tiempo de la dominación española, conservan este rasgo de la fisonomía del esclavo de Egipto.

La respuesta de Sorel, fué una larga retahila de fórmulas de respeto que sabía de memoria. Mientras repetía estas palabras sin sentido, con una sonrisa forzada que hacia resaltar más el gesto de falsedad y truhanería de su cara, el astuto campesino trataba de adivinar la razón que movía a un hombre de tales campanillas para querer tener en su casa al inútil de su hijo. Estaba muy descontento de Julián, y precisamente por él venían a ofrecerle 300 francos al año, manutención y



ropa. Este último detalle, cuya petición Sorel tuvo el acierto de aventurar súbitamente, fué concedido desde luego por Renal.

Tal petición chocó mucho al alcalde.

—Puesto que Sorel no se muestra encantado de mi proposición, está claro que le han hecho ofertas por otro lado, y no pueden venir de nadie más que de Valenod.

En vano insistió M. De Renal para dejar ultimado el asunto; la astucia del campesino se negó a ello obstinadamente; quería—pretextó—consultar con su hijo, como si fuese costumbre en estos pueblos que un padre rico consultase a un hijo que no tiene nada, si no era por fórmula.

Un aserradero movido por agua se compone de un cobertizo al borde de un arroyo. El tejado se sostiene sobre una armadura que apoyá en cuatro grandes pilares de madera. A ocho o diez pies de altura, en medio del cobertizo, se ve una sierra que sube y baja, mientras que un mecanismo sencillo empuja hacia ella el trozo de madera. Una rueda, movida por el agua del arroyo, hace marchar el doble aparato: el de la sierra que sube y baja y el que empuja suavemente el trozo de madera hacia la sierra, que lo corta en tablones.

Al aproximarse a su fábrica, el tío Sorel llamó a su hijo Julián con voz estentórea; nadie respondió. Sólo vió a sus hijos mayores, especie de gigantes, que, armados de enormes hachas, troceaban los troncos de pino para llevarlos a la sierra. Ocupados en seguir exactamente la línea ne-



gra trazada sobre la madera, cada hachazo separaba grandes trozos. No oyeron la voz de su padre. Este se dirigió al cobertizo, y en vano buscó a Julián en el sitio que le correspondía, junto a la sierra. Lo vió a cinco o seis pies más arriba, a caballo en una de las vigas de la techumbre. En vez de vigilar la marcha del mecanismo, estaba leyendo. No había nada que molestara más al anciano Sorel; hubiera acaso perdonado a Julián su desmedrada estatura, poco a propósito para trabajos rudos y tan distinta de la de sus hermanos; pero aquella manía de lectura le era francamente odiosa; él no sabía leer.

Inútilmente llamó a Julián dos o tres veces. La atención con que el joven leía su libro, aun más que el ruido de la sierra, no le permitía oír la voz tonante de su padre. Por fin, a pesar de su edad, éste saltó con ligereza sobre el tronco que estaba serrando la máquina, y de allí a la viga que sostenía el tejado. Un golpe violento hizo volar al arroyo el libro que Julián tenía en la mano, y un segundo golpe en la cabeza, hizo a éste perder el equilibrio. Habría caído diez o quince pies más abajo, entre las palancas de la máquina, que le hubieran quizá destrozado si su padre no le sostuviera con la mano izquierda al caer.

—¡Gran perezoso! ¿Hasta cuándo piensas estar leyendo tus malditos libros, mientras vigilas la sierra? Enhorabuena que los leas por la noche, cuando vas a perder el tiempo en casa del cura.

Julián, aunque aturdido por la fuerza del golpe

y sangrando, se acercó a su puesto oficial, junto a la sierra. Tenía los ojos llenos de lágrimas, más quizá por la pérdida de su adorado libro que por el dolor físico.

—Baja, animal, que tengo que hablarte.

El ruido de la máquina impidió de nuevo a Julián oír esta orden. Su padre, que ya estaba abajo y no tenía gana de voiver a encaramarse en el mecanismo, fué a buscar una pértiga de apalear los nogales y le dió un golpe con ella en el hombro. Apenas estuvo Julián en el suelo, el viejo Sorel le condujo de mala manera hacia la casa.

—¡Dios sabe lo que va a hacer conmigo!—pensaba el pobre muchacho.

Al pasar miró tristemente al arroyo, donde había caído su libro, que era al que le tenía más afición: "El Memorial de Santa Elena".

Iba sofocado y con los ojos bajos. Era un muchacho de diez y ocho a diez y nueve años, de aspecto débil, de rasgos irregulares, pero delicados, y nariz aguileña. Sus grandes ojos negros, que cuando estaban tranquilos denotaban reflexión y vida, tenían ahora una expresión de odio feroz. Los cabellos castaño obscuro, que le nacían muy abajo, dejaban apenas al descubierto una frente estrecha, y, en los momentos de cólera, le daban un aire de malvado. Entre las muchas variedades de la fisonomía humana, no habrá otra quizá que tenga una expresión más característica. Su porte esbelto y gracioso denotaba más ligereza que vigor. Desde muy joven, su palidez y su aspecto, ex-

tremadamente pensativo, habían sugerido a su padre la idea de que no viviría mucho, o que, si se lograba, sólo sería una carga. Blanco del desprecio de todos los miembros de la familia, odiaba a sus hermanos y a su padre; en los juegos domingueros de la plaza pública siempre era vencido.

Sólo hacía un año que su lindo rostro comenzaba a proporcionarle cierta simpatía entre las muchachas. Despreciado de todos por su debilidad, Julián adoró al viejo cirujano, que un día tuvo el valor de recriminar al alcalde por su manera de podar los plátanos.

Este cirujano pagaba algunas veces a Sorel el jornal de su hijo y le enseñaba latín e historia; es decir, lo que él sabía de historia: la campaña de 1796 en Italia. Al morir le legó su cruz de la Legión de Honor, los atrasos de su media paga y treinta o cuarenta volúmenes, de los cuales el más precioso acababa de sumergirse en el "arroyo público", que un día desviara de su curso la influencia del alcalde.

Apenas entró en la casa, sintió Julián caer sobre su hombro la pesada mano de su padre; temblando esperaba recibir unos cuantos golpes.

—Responde sin mentir—le gritó al oído la voz dura del viejo campesino, mientras le volvía con su mano como un niño mueve entre las suyas un soldado de plomo.

Los grandes ojos negros, llenos de lágrimas, de Julián, se encontraron frente a los ojillos grises y



aviesos del viejo carpintero, que parecía querer penetrar hasta el fondo de su alma.

## CAPITULO V

### Una negociación.

Cunctando restituit rem (1).

ENNIUS.

—Respóndeme sin mentir, si puede ser, gran perro: ¿De qué conoces tú a madame De Renal? ¿Cuándo has hablado con ella?

—No la he hablado nunca—respondió Julián—, ni la he visto más que en la iglesia.

—Pero la habrás mirado, ¡sinvergüenza!

—Jamás. Bien sabe usted que en la iglesia sólo miro a Dios—agregó Julián, con aire un si es no es hipócrita, muy propio, según él, para evitar nuevos golpes.

—Sin embargo, algo oculto hay aquí—replicó el suspicaz campesino, y se calló un momento—; pero no sacaré nada de ti, maldito hipócrita. Después de todo me voy a ver libre de ti, y la sierra lo ganará. Has ganado al cura o a otra persona que te ha procurado un buen puesto. Haz tu hatillo, que voy a conducirte a casa de M. De Renal para que seas preceptor de sus hijos.

—¿Y qué ganaré con ello?

—Manutención, vestido y trescientos francos.

—No quiero ser criado.

(1) Contemporizando salvó la república.



—Animal, ¿quién te habla de ser criado?  
¿Crees tú que yo consentiría que mi hijo fuese criado?

—Pero ¿con quién comeré?

Esta pregunta desconcertó al viejo Sorel, y comprendió que si seguía hablando cometería alguna torpeza. Se enfureció contra Julián, le llenó de improperios, tachándole de glotón, y se fué a consultar con sus otros hijos.

Julián los vió a poco apoyados en sus correspondientes hachas y celebrando consejo. Después de haberlos contemplado largo rato, viendo Julián que no se enteraba de nada, fué a colocarse al otro lado de la sierra para que no le sorprendieran. Quería reflexionar sobre aquella noticia inesperada que cambiaba su suerte; pero se sintió incapaz de ser prudente: su imaginación sólo alcanzaba a figurarse lo que sería en casa de M. De Renal.

Renunciaré a todo, se dijo, antes que consentir en comer con los criados. Mi padre querrá obligarme a aceptar, pero antes la muerte. Tengo quince francos y cuarenta céntimos de economías; me escapo esta noche; en dos días, yendo por caminos de herradura, donde no tengo peligro de encontrarme con los gendarmes, estaré en Besançon; allí me alisto como soldado, y, si es preciso, me voy a Suiza. Pero entonces tengo que renunciar a todos mis sueños de ambición, y, ¡adiós carrera de cura, con la que pensaba que podría llegar a todas partes!

El horror a comer con los criados no era natural en Julián, que hubiera hecho, por llegar a conseguir fortuna, otras cosas más humillantes. Tal repugnancia la había sacado de las "Confesiones de Rousseau". Este libro era el único a través del cual veía el mundo. El, los boletines de "La Grande Armée" y el "Memorial de Santa Elena", constituían su Korán. Se hubiera dejado matar por estas tres obras. Nunca creyó en otras. Según una frase del viejo cirujano, consideraba los demás libros como mentiras escritas por trapaceros que sólo miraban a su propio medro.

Unida a un alma de fuego, Julián poseía una de esas memorias sorprendentes que tantas veces van unidas a la tontería. Para conquistar al cura Chelan, del cual suponía que dependía su porvenir, se aprendió de memoria el "Nuevo Testamento" en latín; también se sabía el libro del Papa, de Mr. De Maistre y creía en el uno, tan poco como en el otro.

Como por acuerdo mutuo, Sorel y su hijo rehuyeron hablar del asunto en todo el día. A la caída de la tarde, Julián fué a dar su lección de teología a casa del cura, pero no creyó conveniente hablarle de la extraña proposición hecha a su padre. Puede que sea un lazo, y más vale hacer creer que no he vuelto a pensar en ello.

Al día siguiente, tempranito, M. De Renal mandó llamar al viejo Sorel, que se presentó, después de haberse hecho esperar más de dos horas, haciendo mil reverencias y mascullando otras

tantas excusas. Tras de muchas observaciones, Sorel comprendió que su hijo comería con los dueños de la casa, y, los días en que hubiera convidados, en un cuarto aparte, con los niños. Dispuesto a poner más inconvenientes y dificultades a medida que veía más interés en el alcalde, y, además, lleno de asombro y desconfianza, pidió que le enseñaran la habitación que había de ocupar su hijo. Era una pieza grande, con muebles limpios, en la que estaban colocando las camas de los tres niños.

Esta circunstancia fué un rayo de luz para el viejo campesino; luego quiso ver el traje que darían a su hijo. Monsieur de Renal abrió un cajón de su mesa de despacho y sacó cien francos.

—Con este dinero, que su hijo se presente en casa de M. Durand, el pañero, y que pida un traje negro completo.

—Y aun cuando yo le saque de su casa—dijo el campesino, que se había olvidado de sus modales respetuosos—, ¿podrá quedarse con el traje?

—Naturalmente.

—Bien—dijo Sorel con tono displicente—; ahora veremos si estamos de acuerdo respecto al sueldo.

—¿Qué?—exclamó M. De Renal indignado—. Ya lo hablamos ayer; le daré trescientos francos; creo que es bastante, y hasta demasiado.

—Eso ofreció usted, es cierto—dijo el viejo Sorel pausadamente y obedeciendo a un rasgo de malicia que sólo podrá asombrar a quienes no co-



nozcan a los campesinos del Franco Condado—; pero—agregó fijando sus ojillos en M. De Renal—“tenemos mejores proposiciones”.

A estas palabras, el alcalde se demudó. Rehízose pronto, sin embargo, y, después de una conversación de más de dos horas, en donde no se pronunció una sola palabra inútil, la astucia del campesino salió vencedora de la del ricacho, que no la necesita para vivir. Se puntualizaron todos los detalles de la nueva vida de Julián, y su sueldo fijóse en cuatrocientos francos, que habrían de pagársele adelantados el primero de cada mes.

—Bueno, ya le enviaré treinta y cinco francos—dijo M. De Renal.

—Para hacer números redondos—repuso mimosamente el campesino—, un hombre rico y generoso como nuestro alcalde llegará hasta los treinta y seis francos.

—Sea—dijo M. De Renal—; pero acabemos.

La cólera sustituía en su ser a la firmeza. El campesino comprendió que no debía ir más lejos. Entonces, M. De Renal se creció. Negóse en redondo a entregar al padre los treinta y seis francos del primer mes, que a toda costa quería recibirlos en nombre de su hijo. Luego pensó que no tendría más remedio que contar a su mujer el papel que había hecho en aquella negociación.

—Devuélvame usted los cien francos que le he dado—dijo con malos modos—. Monsieur Durand tiene una deuda conmigo. Iré a su casa con vuestro



hijo para comprar el paño negro. Estas muestras de rigor hicieron a Sorel recuperar sus fórmulas respetuosas, que duraron cerca de un cuarto de hora. Y viendo que no podía sacar más partido, se retiró, acompañando de estas palabras su última reverencia:

—Voy a buscar a mi hijo para que venga al castillo.

De este modo llamaban las gentes del lugar a la casa del alcalde cuando querían halagarle.

De vuelta a su fábrica, en vano buscó Sorel a su hijo. Desconfiando de lo que pudiera suceder, Julián había salido a media noche. Quería poner a salvo su cruz de la Legión de Honor y sus libros. Lo había llevado todo a casa de un amigo suyo, tratante en madera, llamado Fouqué, que habitaba en la alta montaña que domina a Verrières.

De retorno en su casa, le dijo su padre: —¡Dios sabe, maldito holgazán, si podrás en tu vida pagarme lo que he gastado en alimentarte durante tantos años! Coge tus trapos y vete a casa del alcalde.

Julián, asombrado de no recibir ningún golpe, apresuróse a partir. Pero apenas perdió de vista a su padre, acertó el paso. Juzgó que sería útil a su hipocresía el hacer un alto en la iglesia.

¿Os sorprende esta frase? Antes de llegar a ella, el pobre campesino había tenido que andar mucho camino.

En su infancia la presencia de los dragones

del sexto regimiento, con sus largas capas blancas y sus cascos adornados de crines negras, que volvían de Italia y que Julián veía atar sus caballos a las rejas de la ventana de su casa, despertaron su afición por la milicia. Después escuchaba con deleite los relatos que el médico mayor le hacía de las batallas del puente de Lodi, de Arcole, de Rivoli. Observaba las miradas ardientes que el viejo dirigía a su cruz.

Pero cuando Julián tenía catorce años se empezó a construir en Verrières una iglesia, que bien puede llamarse magnífica para una ciudad tan pequeña. Había en ella, sobre todo, cuatro columnas de mármol que llamaban la atención de Julián; estas columnas se hicieron célebres en el país por haber sido la causa del odio mortal entre el juez de paz y el joven vicario, que vino de Besançon, y al que suponían espía de la congregación. El juez de paz estuvo a punto de perder su destino; por lo menos, éste era el sentir de las gentes. ¿Pues no había tenido la osadía de discutir con un cura que iba a Besançon dos veces al mes y visitaba al obispo?

El juez de paz, jefe de una numerosa familia, dictó algunas sentencias que parecieron injustas, todas ellas contra individuos que leían "El Constitucional". El buen partido triunfó. Bien es cierto que no se trataba más que de multas de cuatro o cinco francos; pero una de ellas la tuvo que pagar un fabricante de clavos, padrino de Julián. En medio de su cólera, exclamaba el buen hombre:

—¡Qué cambio! ¡Pensar que durante veinte años este juez de paz ha sido un hombre honrado!

El médico mayor amigo de Julián no vivía ya.

De repente, Julián dejó de hablar de Napoleón; anunció su proyecto de hacerse cura, y se le veía siempre en la sierra de su padre ocupado en aprenderse de memoria una Biblia en latín que el cura le prestara. Este buen anciano, maravillado de sus progresos, pasaba veladas enteras enseñándole teología. Julián, delante de él, alardeaba de sentimientos piadosos. ¿Quién hubiera podido adivinar que aquel semblante de niña, tan pálido y tan dulce, ocultaba la resolución irrevocable de sufrir mil muertes antes que resignarse a no hacer fortuna?

Para Julián, hacer fortuna era, en primer término, salir de Verrières; odiaba a su patria. Todo lo que veía en derredor suyo le dejaba frío.

Cuando niño, tuvo momentos de exaltación. En ellos soñaba con delicia que algún día sería presentado a las grandes damas de París, pues sabría llamar su atención por algún acto notable. ¿Y por qué no habría de ser amado por alguna de ellas, como lo fuera Napoleón, pobre aún, por Josefina de Beauharnais? Durante muchos años no pasaba una hora sin que Julián no se repitiera que Napoleón, teniente vulgar y sin fortuna, se hizo dueño del mundo con su espada. Esta idea le consolaba de sus desgracias, que suponía grandes, y hasta le hacía sentir cierta satisfacción por ellas.



La construcción de la iglesia y las sentencias del juez de paz le abrieron los ojos; se le ocurrió una idea, que durante unas semanas le tuvo como loco, y se adueño de él con toda la fuerza de que es capaz un alma apasionada.

“Cuando Bonaparte empezó a figurar, Francia temía una invasión; el mérito militar era necesario y estaba de moda. Hoy día vemos que curistas de cuarenta años tienen cien mil francos de sueldo; es decir, tres veces más que los famosos generales de Napoleón. Necesitan gentes que les ayuden. Aquí tenemos al juez de paz, buena cabeza, hombre honrado hasta ahora y viejo, que se deshonra por no desagradar a un vicario de treinta años. Hay que ser cura.”

Una vez en este camino, llevando ya dos años en el estudio de la teología, le traicionó, sin embargo, el fuego que devoraba su alma. Fué en casa de M. Chelan, en una comida de curas, en la que fué presentado por su maestro como un modelo de instrucción, donde se le ocurrió alabar con entusiasmo a Napoleón. Se vendó el brazo contra el pecho, pretendiendo habérselo dislocado moviendo un tronco de pino, y lo llevó así durante dos meses. Después de este castigo, se perdonó. Y aquí tenemos a nuestro joven de diez y nueve años—apenas representa diez y siete por su apariencia débil—que con un paquete debajo del brazo entraba en la iglesia de Verrières.

La encontró sombría y solitaria. Con motivo de una fiesta estaba colgada de tela carmesí. Los



rayos del sol, reflejando en ella, producían un efecto magnífico, de lo más imponente y religioso. Julián se estremeció. Solo en la iglesia, fué a colocarse en el banco que le pareció mejor. Tenía grabadas las armas de M. De Renal.

En el reclinatorio Julián vió un trozo de papel impreso, que estaba allí como colocado de propósito para que se leyera. Lo miró y leyó:

*Detalles de la ejecución y últimos momentos de Luis Jeurel, ejecutado en Besançon, el...*

El papel estaba roto. En el reverso se podían leer las dos primeras palabras de una línea: "El primer paso".

—¿Quién habrá dejado aquí este papel?—pensó Julián—. ¡Pobre desgraciado!—murmuró con un suspiro—. Su nombre termina como el mío...

Y haciendo una bola con el papel, lo arrojó lejos de sí.

Al salir, Julián creyó ver sangre cerca de la pililla del agua bendita: había muchas gotas en el suelo, y el reflejo de los cortinajes rojos que cubrían las paredes les hacían parecer sangre.

Julián sintió vergüenza por su miedo interior.

—¿Seré un cobarde?—pensó—. ¡A las armas!

Esta frase, tan repetida en los relatos del viejo médico, era heroica para Julián. Se levantó y marchó con paso decidido a casa de M. De Renal.

A pesar de su resolución, cuando la vió a veinte pasos de él, fué invadido por una invencible timidez. La verja de hierro estaba abierta; le pareció magnífica; había que entrar.

El corazón de Julián no era el único que se sentía turbado por su llegada a aquella casa. La extremada timidez de Mme. De Renal estaba desconcertada ante la idea de un extraño, que por el puesto que iba a ocupar había de hallarse constantemente entre ella y sus hijos. Tenía la costumbre de que los niños durmieran en su cuarto. Al ver trasladar aquella mañana sus camas al del preceptor, de sus ojos brotaron abundantes lágrimas. En vano rogó a su marido que dejase con ella al más pequeño: Estanislao Javier.

La delicadeza femenina era exageradísima en Mme. De Renal. Se imaginaba un ser desagradable, grosero y mal peinado, que reñiría a sus hijos y hasta quizá llegara a pegarles, sin más derecho que saber latín, un lenguaje bárbaro.

## CAPITULO VI

### El aburrimiento.

No so piú cosa son  
Cosa faccio (1).

MOZART (*Figaro*).

Con la viveza y la gracia naturales en ella cuando se hallaba fuera de la vista de los hombres, Mme. De Renal salía por la puerta-ventana del salón que daba al jardín, al punto que llegaba a sus umbrales un campesino joven, cast

(1) No sé ni qué soy ni qué hago.

un niño y extremadamente pálido, que tenía los ojos llenos de lágrimas. Llevaba una camisa muy blanca y, debajo del brazo, una chupa muy limpia de ratina violeta.

La tez de aquel campesino era tan blanca, sus ojos tan dulces, que la imaginación un poco romántica de Mme. De Renal pensó por un momento que pudiera ser una muchacha disfrazada que acudía a pedir algún favor a su marido. Se compadeció de la pobre criatura, detenida en la puerta de entrada, y que, por las trazas, no se atrevía ni a tocar la campanilla. Madame de Renal se acercó, olvidando por un momento la amargura que sentía por la llegada del preceptor. Julián, vuelto hacia la puerta, no la vio avanzar. Se estremeció al oír una voz dulce que le preguntaba al oído:

—¿Qué busca usted aquí, hijo mío?

Julián se volvió rápido, y ante la mirada llena de gracia de Mme. De Renal, perdió parte de su timidez y hasta se olvidó del motivo que le llevara allí. La señora repitió su pregunta.

—Vengo para ser preceptor, señora—dijo Julián, avergonzado de sus lágrimas, que procuraba ocultar.

Madame de Renal quedó confusa; estaban muy cerca el uno del otro. Julián nunca había visto una persona tan bien vestida, y, sobre todo, una mujer tan admirable que le hablara con tal dulzura. Madame de Renal contemplaba las gruesas lágrimas que se secaban en las mejillas, tan páli-



das antes y ahora tan rojas, del muchacho. De repente rompió a reír con toda la alegría de una chiquilla, burlándose de sí misma y no pudiendo dar crédito a toda su felicidad. ¡Aquel era el preceptor que ella se figurara como un cura sucio y mal vestido que vendría a reñir a sus hijos!

—Pero, señor—le dijo al cabo—, ¿sabe usted latín?

La palabra “señor” asombró tanto a Julián, que quedó perplejo un instante.

—Sí, señora—dijo tímidamente.

Madame de Renal estaba tan contenta, que se atrevió a decir a Julián:

—¿No reñirá usted mucho a los pobres niños?

—¿Reñirles yo?—replicó Julián—. ¿Y por qué?

—¿Verdad, señor—agregó ella después de callar un instante, con voz cada vez más emocionada—, que será usted bueno con ellos? ¿Me lo promete usted?

Oírse llamar señor otra vez, y por una dama tan bien vestida, era más de lo que Julián había podido prever: en todos los castillos en el aire que él se forjara, siempre pensó que una dama elegante no se dignaría hablarle sino cuando llevara un bonito uniforme. Madame de Renal, por su parte, se vió completamente engañada por la finura de cutis, los hermosos ojos de Julián y sus lindos cabellos, más rizados aún que de ordinario, pues para refrescarse se había chapuzado en el pilón de la fuente pública. Transportada de alegría se encontraba con que el fatal



preceptor tan temido tenía aire de niña, en vez de ser un hombrachón duro y antipático. Para el alma dulce de Mme. De Renal el contraste entre lo que se imaginara y la realidad fué un acontecimiento. Al cabo se rehizo. Sorprendióse de encontrarse a la puerta de su casa con un hombre casi en camisa y tan cerca de sí.

—Entremos—le dijo con aire encogido.

Nunca había sentido Mme. De Renal una emoción tan agradable; jamás hubiera sospechado que una apariencia tan dulce y graciosa habría de disipar sus temores. Sus hijos, tan mimados por ella, no caerían en las manos de un cura sucio y gruñón.

Apenas entraron en el vestíbulo, se volvió hacia Julián, que la seguía tímidamente. Su aspecto, asombrado a la vista de una casa tan hermosa, era un encanto más para Mme. De Renal. No podía dar crédito a sus ojos. Sobre todo imaginaba que el preceptor debía ir vestido de negro.

—¿Pero es cierto, señor—le dijo, deteniéndose y temiendo equivocarse—, que sabe usted el latín?

Estas palabras hirieron el orgullo de Julián y disiparon el encanto en que vivía hacía un cuarto de hora.

—Sí, señora—respondió, tratando de tomar un aire frío—; sé el latín tan bien como el señor cura y hasta mejor, según dice él algunas veces.

Madame de Renal creyó notar que Julián tenía un aspecto duro. Acercándose, le dijo a media voz:

—Los primeros días no pegará usted a mis hijos aun cuando no sepan la lección, ¿verdad?

El tono dulce y casi suplicante de tan hermosa dama hizo olvidar a Julián lo que debía a su reputación de latinista. La cara de Mme. De Renal estaba junto a la suya; notaba el perfume del traje ligero de verano de una mujer, cosa completamente insólita para un pobre campesino. Julián se ruborizó, y dijo con un suspiro y una voz lánguida:

—No tema usted nada, señora; la obedeceré en todo.

Solamente en este punto, al disiparse por completo la inquietud que sintiera por sus hijos, fué cuando Mme. De Renal se dió cuenta de la extrema belleza de Julián. Sus rasgos, casi femeninos, y su aire encogido no parecieron ridículos a una mujer que a su vez era sumamente tímida. El aspecto varonil que por lo común se supone propio de la belleza de un hombre la hubiera asustado.

—¿Qué edad tiene usted, señor?—preguntó a Julián.

—Cumpliré pronto diez y nueve años.

—Mi hijo mayor tiene once—repuso madame de Renal—; será casi un compañero para usted; usted le dará buenos consejos. Una vez le pegó su padre, y a pesar de que fué muy ligeramente, el niño estuvo enfermo una semana.

—¡Qué diferencia!—pensó Julián—. Ayer mis-

mo me pegó mi padre. ¡Qué felices son estas gentes ricas!

Madame de Renal, que pretendía ya averiguar todo lo que pasaba en el alma del preceptor, tomó aquel movimiento de tristeza por timidez, y quiso animarle.

—¿Cuál es su nombre—le dijo con una gracia, de la cual Julián sintió todo el encanto, sin darse cuenta.

—Me llamo Julián Sorel, señora; tengo temor al entrar por primera vez en una casa extraña; necesito su protección y que me perdone todas las faltas que pueda cometer en los primeros días. Yo no he ido a ningún colegio; era pobre para ello; no he hablado en mi vida más que con mi primo el médico, miembro de la Legión de Honor, y con el cura Chelan. El puede informar a usted de mí. Mis hermanos no han hecho nunca más que pegarme; no los crea usted si le hablan mal de mí; perdóneme mis errores, señora; no los cometeré con mala intención.

Julián iba serenándose a medida que pronunciaba este largo discurso y contemplaba a madame de Renal. Tal es el efecto que produce la gracia perfecta, cuando es natural, y la persona que la disfruta no piensa en que la tiene. Julián, que sabía apreciar la belleza femenina, hubiera jurado en aquel momento que no tenía más de veinte años. Se le ocurrió la idea atrevida de besarle la mano. Tuvo miedo de su idea; pero después de un instante se dijo: Sería una cobardía no hacer



una cosa que puede serme útil y contribuir a amen-  
guar el desprecio que esta dama siente por un  
pobre obrero que apenas ha dejado la sierra. Es  
posible que le animara el recuerdo de aquel "gua-  
po mozo" que desde hacía seis meses todos los  
domingos oía repetir a algunas muchachas. Mien-  
tras él sostenía esta lucha interior, madame de  
Renal le daba algunas instrucciones sobre el mo-  
do cómo debía comenzar su trato con los niños. La  
violencia que se hacía Julián le empalideció de  
nuevo, y con un aire reservado dijo:

—No tema usted, señora; no pegaré nunca a  
los niños; lo juro ante Dios. Y al decir estas pa-  
labras, tomó en las suyas la mano de madame de  
Renal y la llevó a sus labios. Ella extrañó aquel  
atrevimiento y se sintió un poco molesta. Como  
hacía mucho calor, llevaba el brazo desnudo bajo  
el chal, y el movimiento de Julián al acercar la  
mano a sus labios se lo descubrió por completo.  
Después de unos momentos, se reprochó vivamen-  
te no haberse mostrado indignada.

Monsieur de Renal, que había oído la conver-  
sación, salió de su gabinete; con el mismo aire  
solemne y paternal con que celebraba los matri-  
monios en la alcaldía, dijo a Julián:

—Es necesario que hablemos antes de que le  
vean a usted los niños.

Hizo a Julián entrar en una habitación, y re-  
tuvo a su mujer, que quería dejarlos solos. Cerró  
la puerta, y sentándose con gravedad, comenzó:

—El señor cura me ha dicho que era usted bue-

na persona; aquí todo el mundo le tratará con respeto, y si yo quedo contento de sus servicios, le ayudaré en el porvenir a crearse una posición. Desearía que no frecuentara usted a sus parientes y amigos; su trato no es conveniente para mis hijos. Aquí tiene usted los 36 francos del primer mes; pero le exijo que me dé usted su palabra de honor, de que su padre no se aprovechará de un céntimo.

Monsieur de Renal quería vengarse de la ofensa que el viejo le hiciera mostrándose más vivo que él.

—Y ahora, “señor”—porque siguiendo mis órdenes todo el mundo le llamará a usted señor en esta casa, y ya notará usted la conveniencia de convivir con gente distinguida—, ahora, señor, no es prudente que los niños le vean con chupa. ¿Le han visto los criados?—preguntó M. De Renal a su mujer.

—No—respondió ella muy pensativa.

—Tanto mejor. Póngase usted esta ropa—dijo al joven, que le escuchaba sorprendido, alargándole una levita suya—. Y ahora vamos a casa de M. Durand, el pañero.

Una hora después, cuando volvió con el preceptor vestido de negro de pies a cabeza, encontró a su mujer sentada en el mismo sitio. Madame de Renal se sintió más tranquila con la presencia de Julián, y al contemplarle se olvidó de sentir miedo. Julián, por su parte, no paraba mientes en ella; a pesar de toda la desconfianza

que sentía de su destino y de los hombres, su alma, en aquel momento, era la de un niño, y le parecía que había vivido muchos años desde que dos horas antes entrara tembloroso en la iglesia. Se fijó en el aire frío de Mme. De Renal, y comprendió que estaba enojada con él por haberse atrevido a besarle la mano. Pero el sentimiento de orgullo que le producía el verse vestido de tan diferente modo como tenía costumbre, le tenía tan fuera de sí, y al tiempo deseaba tanto ocultar su alegría, que todos sus movimientos eran bruscos y alocados. Madame de Renal le contemplaba con asombro.

—Un poco de seriedad, señor—le dijo M. De Renal—, si quiere usted que le respeten mis hijos y mi servidumbre.

—Señor—respondió Julián—, me hallo un poco a disgusto con mi nuevo traje, pues yo, pobre campesino, nunca he usádo más que chupa. Si le parece a usted, me iré a encerrar en mi cuarto.

—¿Qué te parece esta adquisición?—dijo monsieur de Renal a su mujer.

Por un impulso casi instintivo, y del que ni ella misma se dió cuenta, Mme. De Renal ocultó la verdad a su marido.

--No estoy tan encantada como tú con el campesino; tus conversaciones pueden convertirle en un impertinente; quizá tengas que despedirle antes de un mes.

—¡Bah! Le despediremos. Todo será un centenar de francos que habré gastado; pero Verrières



se acostumbrará a que los hijos de M. De Renal tengan un preceptor. No hubiera conseguido este objeto, si hubiera dejado a Julián con sus arreos de obrero. Si le despido, me quedaré con el traje negro completo que he comprado en casa del pañero. No se llevará más que el que ahora gasta, que es uno que he encontrado hecho en casa del sastre.

La hora que Julián pasó en su cuarto pareció un instante a Mme. De Renal. Los niños, a quienes ya habían anunciado la llegada del nuevo preceptor, abrumaban a su madre con preguntas. Por fin apareció Julián. Era otro hombre. No podría decirse que era grave; lo justo sería decir que era la gravedad en persona. Fué presentado a los niños, y les habló en un tono que asombró al mismo M. De Renal.

—He venido—les dijo al acabar su alocución— para enseñaros el latín. Ya sabéis lo que es recitar una lección. Aquí está la santa Biblia—añadió, mostrándoles un volumen en 32, encuadrado en negro. Es la historia de Nuestro Señor, lo que se llama el “Nuevo Testamento”. Yo os haré repetir las lecciones con frecuencia. Preguntadme a mí, si queréis, ahora.

Adolfo, el mayor de los niños, tomó el libro.

—Abridle por donde queráis y decidme la primera palabra de un versículo. Recitaré de memoria el libro sagrado, regla de nuestra conducta, hasta que me hagáis callar.

Adolfo abrió el libro, leyó una palabra, y Ju-

lián recitó toda la página con la misma facilidad que si hubiera hablado francés. Monsieur de Renal miraba a su mujer con aire triunfante. Los niños, al ver el asombro de sus padres, abrían desmesuradamente los ojos. Un criado se asomó a la puerta del salón. Julián continuaba hablando latín. El criado se quedó un momento inmóvil, y en seguida desapareció.

A poco, la doncella de la señora y la cocinera hicieron su aparición en la puerta. Adolfo había abierto ya el libro por ocho sistios distintos, y Julián seguía recitando con la misma facilidad.

—¡Dios mío! ¡Qué curita más guapo!—dijo en alta voz la cocinera, que era una muchacha muy devota.

El amor propio de M. De Renal estaba picado; en vez de examinar al preceptor buscaba en su memoria alguna palabra latina; por fin pudo decir un verso de Horacio. Julián no sabía más latín que la Biblia. Respondió frunciendo el entrecejo:

—El santo ministerio a que me destino me ha prohibido leer un poeta tan profano.

Monsieur de Renal citó unos cuantos versos de Horacio, según él. Explicó a sus hijos quién era Horacio, pues los niños, admirados, no le prestaban atención. Miraban a Julián.

Como los criados continuaban en la puerta, Julián creyó conveniente continuar la prueba:

—Es menester que Estanislao Javier—el más pequeñito de todos—me indique también un pasaje.

El pequeño Estanislao deletreó como pudo la primera palabra de un versículo, y Julián dijo toda la página. Para que no faltase ningún detalle al triunfo de M. De Renal, cuando estaba Julián recitando entraron M. Valenod, el dueño de los hermosos caballos normandos, y M. Charcot de Mangiron, subprefecto de la circunscripción. Esta escena valió a Julián el título de señor, que los mismos criados serían los primeros en dársele.

Por la noche, todo Verrières acudió a casa del alcalde para ver de cerca aquella maravilla. Julián respondía a todos con un aire sombrío que le mantenía a cierta distancia. Su fama se extendió tan rápidamente por la ciudad, que a los pocos días M. De Renal, temeroso de que le quitasen la alhaja, le propuso firmar un contrato por dos años.

—No, señor—respondió fríamente Julián—; si me quisiera usted despedir me vería obligado a marcharme. Un contrato que me obligue a mí sin obligarle a usted a nada, no es equitativo, y me niego a hacerle.

Julián se arregló de manera que un mes después de su llegada a la casa, el mismo monsieur de Renal le respetaba. Como el cura estaba reñido con Renal y Valenod, nadie pudo traicionarle contando su entusiasmo por Napoleón, de quien ahora hablaba siempre con horror.



## CAPITULO VII

## Afinidades electivas.

No saben tocar el corazón  
sin herirlo.

UN MODERNO.

Los niños le adoraban; él no los quería; su pensamiento estaba en otra parte. Nada de lo que pudieran hacer aquellos monigotes le impacientaba. Frío, justo, impasible; pero, no obstante, querido de todos, porque su presencia había alejado de la casa el aburrimiento, fué un buen preceptor. Sólo sentía odio y antipatía por la alta sociedad en que era admitido, si bien en un lugar muy secundario, lo cual explica sus sentimientos. En algunas comidas de ceremonia tuvo que hacer un gran esfuerzo para no demostrar su odio por todo lo que le rodeaba. Un día de San Luis, entre otros, M. Valenod llevaba la voz cantante en casa de M. De Renal; Julián estuvo a punto de descubrirse; pero a tiempo aún se escapó al jardín, so pretexto de vigilar a los niños.

—¡Cuánto elogio a la honradez!—se decía—. ¡Podría creerse que es la virtud por excelencia, y, sin embargo, qué consideración, qué respeto a un hombre que, evidentemente, ha duplicado o triplicado su fortuna desde que administra el dinero de los pobres! ¡Aseguraría, sin riesgo de ofenderle, que se aprovecha hasta de los fondos destinados

a los niños expósitos, cuya miseria debe ser más sagrada que las demás! ¡Ah, monstruos, monstruos! ¿Y yo que soy, sino una especie de expósito, odiado de mi padre, de mis hermanos, de toda mi familia?

Algunos días antes de San Luis, Julián, que paseaba solo leyendo su breviario por un bosquecillo llamado el Belvedero, que domina el paseo de la Fidelidad, había tratado inútilmente de evitar un encuentro con sus hermanos, que venían en dirección contraria a la suya por un sendero solitario.

La envidia de aquellos obreros rudos se despertó tan vivamente a la vista del traje negro y del aspecto limpio de su hermano, que al notar el desprecio sincero que sentía por ellos, le golpearon hasta el extremo de dejarle sin sentido y sangrando. Mme. De Renal, que iba de paseo con el prefecto y con M. Valenod, llegó casualmente al bosquecillo, vió a Julián en tierra y creyó que estaba muerto. Su emoción fué tan visible, que provocó los celos de M. Valenod. Se alarmaba demasiado pronto. Julián encontraba a Mme. De Renal muy bella, pero la odiaba a causa de su belleza; era el primer escollo que había estado a punto de detener su fortuna. Le hablaba lo menos posible, a fin de hacerle olvidar el transporte que el primer día le había conducido a besarle la mano.

Elisa, la doncella de Mme. De Renal, se había enamorado del joven preceptor, y constantemente hablaba de él a su señora. El amor de Elisa ha-

bía valido a Julián el odio de uno de los lacayos. Un día oyó que éste decía a Elisa:

—No quiere usted hablar conmigo, desde que ese preceptor grasiento ha entrado en la casa.

Julián no merecía aquella injuria; pero, por instinto de mozo guapo, redobló el cuidado de su persona.

El odio de M. Valenod aumentó asimismo. Decía públicamente, que tanta coquetería no estaba bien en un abate joven. Julián iba vestido casi de sotana.

Madame de Renal observó que hablaba con Elisa con más frecuencia que de costumbre, y supo que aquellas conversaciones eran motivadas por la penuria del guardarropa de Julián. Tenía tan poca ropa blanca, que se veía obligado a mandarla lavar fuera de la casa, y para ello se valía de Elisa. Aquella pobreza, que no sospechaba, conmovió a Mme. De Renal; pensó en hacerle algún regalo, pero no se atrevió; esta resistencia interior fué el primer sentimiento penoso que Julián le produjo. Hasta aquel momento, el nombre de Julián iba unido para ella a un sentimiento de alegría pura e intelectual. Atormentada por la idea de la pobreza de Julián, Mme. De Renal habló a su marido de hacerle un regalo de ropa blanca.

—¡Qué tontería!—respondió—. ¡Hacer regalos a un hombre que nos sirve bien, y de quien no tenemos el menor motivo de queja! ¡Eso sería bueno en el caso de que faltase a sus deberes, para estimular su celo!



Madame de Renal se sintió humillada por aquella manera de ver las cosas, en que quizá no hubiera parado mientes antes de la llegada de Julián. No podía ver el aspecto limpiísimo del joven sacerdote sin decirse: "¿Cómo se las arreglará este pobre muchacho?"

Poco a poco fué sintiendo compasión por todo lo que faltaba a Julián, en lugar de sentirse molesta por ello

Madame de Renal era una de esas mujeres provincianas a quienes se puede tomar por tontas los primeros días que se las trata. No tenía ninguna experiencia de la vida, y hablaba poco. Dotada de un alma delicada y desdeñosa, el instinto natural hacía que la mayor parte del tiempo, no prestase atención alguna a los actos de los personajes groseros de que le rodeara la casualidad.

Hubiera sido un modelo de viveza y de talento, si hubiese recibido la más elemental educación. Pero, en su calidad de heredera, se había educado con religiosas fanáticas del Sagrado Corazón de Jesús, animadas de un odio violento contra los franceses enemigos de los jesuítas. Madame de Renal tuvo bastante buen sentido para olvidar, como un absurdo, todas aquellas cosas aprendidas en el convento; pero, como no las substituyó con nada, resultó de una ignorancia extremada. Las adulaciones prematuras que recibiera a cuenta de la fortuna que debía heredar, y una tendencia decidida a la más fervorosa devoción, le habían constituido una manera de vivir absolutamente interior.

Aparentando una gran condescendencia y una abnegación, que todos los maridos de Verrières ponían por ejemplo a sus mujeres, y que constituían el orgullo de M. De Renal, su conducta habitual era siempre el resultado de una gran altanería. Cualquier princesa célebre por su orgullo, prestaría más atención a lo que sus gentileshombres hicieran en derredor suyo que esta mujer, tan dulce y tan modesta aparentemente, prestaba a lo que decía o hacía su marido. Hasta la llegada de Julián, puede decirse que sólo la preocupaban sus hijos. Sus enfermedades, sus dolores, sus alegrías llenaban la sensibilidad de aquel alma, que en su vida había adorado más que a Dios cuando estaba en el Sagrado Corazón de Besançon.

Sin que se dignara confesarlo a nadie, un ataque de fiebre de uno de los chicos la descomponía tanto como si se hubiese muerto. Siempre que hiciera a su marido, en los primeros tiempos de su matrimonio, confidencias de este género, había sido acogida con una carcajada grosera, un encogimiento de hombros y alguna máxima vulgar sobre la locura de las mujeres. Tales burlas, sobre todo cuando se trataba de alguna enfermedad de sus hijos, eran una puñalada para el corazón de Mme. De Renal. Y esto fué lo que encontró, en lugar de las adulaciones officiosas y dulzonas del convento donde pasó su juventud. Se educó a fuerza de sufrir. Demasiado orgullosa para contar sus penas a nadie, ni siquiera a su amiga Mme. Derville, se figuraba que todos los hombres eran

como su marido, M. Valenod y el subprefecto Charcot de Maugiron. La grosería y la insensibilidad más brutal para todo lo que no era dinero, honores o cruces; el odio ciego contra toda razón que contrariase sus deseos, le parecieron cosas tan naturales al sexo masculino, como llevar botas y un sombrero de fieltro.

Después de largos años de convivencia, madame de Renal no se había acostumbrado a aquellas gentes ricas que la rodeaban.

Esto explica el éxito del campesino Julián. En la simpatía de su alma noble y orgullosa encontró ella el encanto de la novedad. Madame de Renal le perdonó en seguida su ignorancia, que era un atractivo más, y la aspereza de sus maneras, que llegó a corregir. Juzgaba que valía la pena de escucharle, aun cuando hablase de las cosas más vulgares, incluso cuando se trataba de un pobre perro despanzurrado por el carro de un labrador que marchaba más de prisa de lo corriente. A la vista de un espectáculo de este género, su marido reía a carcajadas, mientras que Julián contraía sus negras cejas, tan finamente dibujadas. Le pareció, poco a poco, que la generosidad, la nobleza de alma, el amor a la humanidad, eran patrimonio exclusivo del joven abate. Y sintió por él toda la simpatía y la admiración que tales cualidades despiertan en las almas bien nacidas.

En París, la posición de Julián respecto de madame de Renal se hubiera simplificado pronto; pero en París el amor es una creación de las no-



velas. El joven preceptor y su tímida señora hubiesen hallado en unas cuantas novelas y en los mismos cuplés del Gimnasio, la explicación de lo que pasaba en su interior. Las novelas les habrían mostrado su papel, el modelo que deberían imitar, modelo que, tarde o temprano, de bueno o mal grado, hubiese seguido Julián, impulsado por su misma vanidad.

En una ciudad pequeña de Aveyron o de los Pirineos, el incidente más nimio resultaría decisivo por el ardor del clima. Bajo nuestros cielos grises, un joven pobre, que sólo es ambicioso porque la delicadeza de su corazón le hace sentir la necesidad de alguno de los refinamientos que procura el dinero, ve a diario a una mujer de treinta años, sinceramente virtuosa, ocupada de sus hijos, y no se guía por los ejemplos de los personajes de novela. En provincias todo marcha despacio, poco a poco; hay más naturalidad.

Muchas veces, pensando en la pobreza del preceptor, Mme. De Renal llegaba a conmoverse hondamente. Un día la sorprendió Julián llorando a lágrima viva.

—Señora, ¿le ocurre a usted alguna desgracia?

—No, amigo mío; llame usted a los niños y vamos a dar un paseo.

Y diciendo esto, tomó su brazo y se apoyó en él de un modo que extrañó a Julián. Era la primera vez que le llamaba amigo.

Al terminar el paseo, Julián observó que ella se ruborizaba mucho. Acortó el paso.

—Le habrán contado a usted—dijo sin mirarle—que soy la única heredera de una tía muy rica que vive en Besançon. Constantemente estoy recibiendo regalos suyos... Mis hijos hacen tantos progresos... que yo quisiera que aceptara usted un pequeño presente como muestra de mi agradecimiento. Sólo se trata de algunos luises para que se mande usted hacer ropa blanca. Pero... —añadió, ruborizándose más.

Y calló.

—¿Qué quiere usted decir, señora?—dijo Julián.

—Será inútil—continuó ella bajando la cabeza—hablar de ello a mi marido.

—Soy humilde, señora, pero no soy bajo—repuso Julián deteniéndose, con los ojos brillantes de ira e irguiéndose cuanto pudo—; no ha reflexionado bien. Sería menos que un lacayo, si me pusiera en el caso de ocultar a M. De Renal la más pequeña cosa relativa a “mi dinero”.

Madame de Renal estaba aterrada.

—El señor alcalde me ha dado cinco veces treinta y seis francos desde que estoy aquí; a su disposición tengo mi libro de gastos, y no tendría inconveniente alguno en que lo viera quienquiera que fuese; hasta el mismo M. Valenod, que me odia.

A esta salida, Mme. De Renal se puso pálida y temblorosa, y el paseo se terminó sin que uno ni otro encontraran oportunidad de reanudar el diálogo. El amor hacia Mme. De Renal era cada vez más imposible para el corazón orgulloso de Ju-

lián; ella, por su parte, le respetaba, le admiraba; había recibido de él una reprimenda. A pretexto de reparar la humillación que le causara, tuvo para él las más delicadas atenciones. La novedad de esta manera de tratarle constituyó la dicha de Mme. De Renal durante una semana. La consecuencia fué calmar la cólera de Julián, que estaba muy lejos de pensar que aquello pudiera ser una inclinación personal.

—¡Así son estas gentes ricas!—se decía—. Humillan a uno, y luego creen que pueden hacer olvidar todo con unas cuantas monerías.

El corazón de Mme. De Renal estaba tan sano y era tan inocente, que, a pesar de su resolución, no pudo menos de contar a su marido el ofrecimiento que hiciera a Julián y el modo como éste lo rechazara.

—¿Cómo—replicó M. De Renal muy picado—has podido tolerar una negativa por parte de un “criado”?

Y al ver que Mme. De Renal extrañaba aquella palabra:

—Hablo, señora, como el difunto príncipe de Condé al presentar a su esposa sus chambelanes: “Todas estas gentes—le dijo—son nuestros criados.” Te he leído este pasaje de las Memorias de Benural, muy útil para todo lo que sea jerarquía. Todo aquel que no sea noble, habite en nuestra casa y reciba un salario, es nuestro criado. Voy a decir dos palabras a este señorito Julián y a regalarle cien francos.



—¡Amigo mío!—exclamó temblando Mme. De Renal—. ¡Por lo menos, no lo hagas delante de los criados!

—Sí, podían tener envidia, y con razón—dijo su marido, alejándose y pensando en la cuantía de la suma.

Madame de Renal cayó en una silla medio desvanecida de dolor.

—¡Va a humillar a Julián por mi culpa!

Sintió aversión por su marido y se tapó la cara con las manos. Y se prometió no volver a hacer confidencia alguna.

Cuando volvió a ver a Julián estaba temblando; se ahogaba de tal manera, que no pudo pronunciar una sola palabra. En su azoramiento, le cogió las manos y se las estrechó.

—Amigo mío—le dijo—, ¿está usted contento de mi marido?

—¡Cómo no he de estarlo!—respondió Julián con amargura—. Me ha dado cien francos.

Madame de Renal le miró confusa.

—¡Deme usted el brazo!—dijo con un tono de decisión que nunca viera en ella Julián.

Se atrevió a ir a casa del librero de Verrières, a pesar de su terrible reputación de liberal. Allí eligió libros para sus hijos por valor de diez lises. Pero tuvo buen cuidado de elegir los libros que sabía deseaba Julián. Exigió que allí mismo, en la librería, cada uno de los niños pusiese su nombre en los libros que le correspondían.

Mientras Mme. De Renal se sentía satisfecha

por aquella especie de reparación que había tenido la audacia de hacer a Julián, éste estaba asombrado de la cantidad de libros que veía en la librería. Nunca se atrevió a entrar en un lugar tan profano; su corazón palpitaba. Lejos de tratar de adivinar lo que pasaba en el corazón de madame de Renal, sólo soñaba con el medio de llegar a poseer algunos de aquellos libros. Finalmente le ocurrió la idea de que, con habilidad, podría sugerir a M. De Renal la conveniencia de que sus hijos aprendieran la historia de los nobles nacidos en provincias. Al cabo de un mes de preparación cuidadosa, Julián consiguió su objeto, y poco tiempo después se atrevió a proponer algo verdaderamente doloroso para el noble alcalde: se trataba de contribuir a la fortuna de un liberal tomando un abono en la librería. Monsieur de Renal convenía en que era muy útil que su hijo mayor conociese "de visu" alguna de las obras que habría de oír citar cuando estuviese en la Escuela Militar; pero Julián veía que M. De Renal se obstinaba en no ir mas lejos. Sospechaba una razón oculta, pero no podía adivinarla.

—Pensaba, señor—le dijo un día—, que no sería correcto que el hombre de un noble como monsieur de Renal figurase en el sucio registro del librero.

La frente de M. De Renal se iluminó.

—También sería una mala nota—continuó Julián con tono humilde—para un pobre estudiante de teología si se descubriera algún día que su

nombre estaba en el registro de un librero alquilador de libros. Los liberales podrían acusarme de haber pedido las obras más infames, y quién sabe si no serían capaces de escribir junto a mi nombre los títulos de estos libros perversos.

Pero Julián perdía la pista; notaba que la fisonomía del alcalde recobraba la expresión del aburrimiento.

Julián calló.

—Ya tengo a mi hombre—dijo para sí.

Pocos días después, en presencia de su padre, el mayor de los niños preguntó a Julián algo sobre un libro que había visto anunciado en el diario.

—Para evitar un motivo de triunfo a los jacobinos y poder al tiempo satisfacer los deseos de M. Adolfo, podríamos hacer una suscripción en la librería a nombre de cualquiera de los criados de la casa.

—No es mala idea—repuso M. De Renal muy satisfecho.

—Habrà que especificar—dijo Julián con ese aire grave y como resignado, tan propio de ciertas gentes cuando ven por buen camino el logro de sus deseos—; habrá que especificar, para que el criado no pueda pedir novelas. Una vez en la casa, estos libros peligrosos podrían pervertir a las muchachas, y hasta al mismo criado.

—Se olvida usted de los libelos políticos—añadió M. De Renal con aire altivo.

Quería ocultar la admiración que le produjera



el "mezzo-termine" adoptado por el preceptor de sus hijos.

La vida de Julián, pues, se componía de una serie de negociaciones pequeñas, y el éxito de ellas ocupaba su imaginación y no le daba lugar a advertir la preferencia señalada, que por él sentía Mme. De Renal, y que hubiera podido ver fácilmente en el corazón de ella.

La posición moral en que viviera toda su vida, se renovaba en casa del alcalde de Verrières. Allí, como en el aserradero de su padre, despreciaba profundamente a todos los que le rodeaban y era odiado de ellos. A diario veía en los relatos del subprefecto, en los de M. Valenod y en los de otros amigos de la casa, con ocasión de cosas que pasaban a la vista de todos, qué lejos de la realidad estaban las ideas de aquellas gentes. ¿Le parecía admirable una acción? Aquélla era, precisamente, la que a los otros les parecía censurable. Su réplica interior era siempre la misma: "¡Qué monstruos o qué imbéciles!" Lo gracioso era que, con tanto orgullo, la mayor parte de las veces no comprendía una palabra de lo que decían.

En su vida había hablado sinceramente más que con el viejo médico; las pocas ideas que tenía se relacionaban con las campañas de Bonaparte en Italia, o con la cirugía. Su valor se complacía con el relato minucioso de las operaciones más cruentas, y se decía:

—Yo no hubiera pestañeado.

La primera vez que Mme. De Renal trató de

hablar con él de algo que no fuera la educación de los niños, se puso a contarle operaciones quirúrgicas; ella palideció, y le rogó que no continuase.

Julián no sabía de nada más. Y así, pasando su vida con Mme. De Renal, en cuanto estaban solos no pronunciaban una sola palabra. En el salón, por humilde que fuese su actitud, ella encontraba en su mirada, un gran aire de superioridad intelectual sobre todo lo que le rodeaba. Si se quedaba un momento solo con ella, su azoramiento era visible. Y ella se inquietaba, pues su instinto de mujer le hacía comprender que no había en él ninguna ternura.

Julián tenía la idea, aprendida sin duda de alguna reseña de la buena sociedad en tiempos del médico mayor, de que no se debía estar callado en un sitio donde hubiese una mujer, y se sentía humillado de este silencio como si fuese una estupidez suya. Tal sensación era cien veces más penosa cuando estaban solos. Su imaginación, llena de las nociones más exageradas, más españolas, sobre lo que un hombre debe decir a una mujer, no le ofrecía en su turbación más que ideas absurdas. Su alma estaba en las nubes, y, sin embargo, no podía salir del silencio más humillante. Así es que su aire severo lo era aún más a causa de los más crueles sufrimientos en sus largos paseos con Mme. De Renal y los niños. Se despreciaba horriblemente. Si, por desgracia, se esforzaba en hablar, decía las cosas más ridículas. Para colmo de males, notaba y aun se exageraba su ac-

titud absurda; en cambio, de lo que no se daba cuenta era de la expresión de sus ojos; eran tan bellos y reflejaban un alma tan ardiente, que, como los buenos actores, daban encanto a aquello que no lo tenía. Madame de Renal observó que cuando estaba solo con ella no decía nada a derechas, sino cuando, distraído por algún suceso imprevisto, no pensaba en redondear un cumplido. Como los amigos de la casa no la mimaban, haciéndole ver ideas nuevas y brillantes, gozaba con delicia de los destellos del talento de Julián.

Desde la caída de Napoleón, en provincias se ha suprimido toda apariencia de galantería. Se tiene miedo de ser destituido. Los bribones se apoyan en la congregación, y la hipocresía ha hecho grandes progresos, incluso en las clases liberales. El aburrimiento se duplica. No queda más diversión que la lectura y la agricultura.

Madame de Renal, rica heredera de una tía devota, casada a los diez y seis años con un buen señor, no vió en su vida, ni de cerca ni de lejos, nada que se pareciera al amor. Únicamente su confesor, el buen cura Chelan, le había hablado del amor a propósito de la persecución de monsieur Valenod, y la pintura que le hiciera fué tan desagradable, que le hizo suponer que esta palabra sólo podía significar el libertinaje más abyecto. Consideraba una excepción, o una cosa completamente fuera de lo natural, el amor que había visto pintado en las pocas novelas que tuvo ocasión de leer. Gracias a esta ignorancia, mada-



me de Renal, que sólo se ocupaba de Julián, estaba a cien leguas de recriminarse por ello.

## CAPITULO VIII

### Acontecimientos menudos.

Then there were sighs, the deeper for suppression,  
And stolen glances, sweeter for the theft,  
And burning blushes, though for no transgression (1).

*Don Juan, C. I., v. 74.*

La dulzura angélica que Mme. De Renal debía a su carácter y a su dicha presente, sólo se alteraba al pensar en su doncella Elisa. Esta muchacha, que había heredado a un pariente, se fué a confesar con el cura Chelan y le participó su proyecto de casarse con Julián. El cura tuvo una alegría sincera al saber la suerte de su amigo; pero le sorprendió mucho oírle decir a éste, que el ofrecimiento de Elisa no le convenía.

—Cuidado, hijo mío, con lo que pasa en tu corazón—dijo el cura frunciendo el entrecejo—. Te felicito por tu vocación, si es a ella solamente a lo que se debe el que desprecies una fortuna más que suficiente. Hace más de cincuenta y seis años que soy cura de Verrières, y, a pesar de ello, según parece, me van a dejar cesante. Esto me aflije mucho, y eso que tengo ochocientas libras de renta. Te advierto esto para que no te hagas de-

(1) Entonces comenzaron los suspiros, más profundos por reprimidos; las miradas furtivas, y, por lo mismo, más dulces para el que las roba; los ardientes sonrojos, aunque no causados por transgresión alguna.

masiadas ilusiones sobre lo que te espera en el estado eclesiástico. Si piensas en hacer la corte a los hombres poderosos, tu condenación eterna es segura. Harás fortuna; pero tendrás que perjudicar a los infelices, halagar al subprefecto, al alcalde, al hombre considerado y amoldarte a sus pasiones; esta conducta, que en el mundo se llama saber vivir, puede, para un seglar, no ser incompatible con la salvación, pero en nuestro estado hay que elegir; se trata de hacer fortuna en este mundo o en el otro: no hay término medio. Reflexiona, y vuelve dentro de tres o cuatro días a darme una respuesta definitiva. Entreveo con dolor en el fondo de tu carácter, un fuego sombrío que no me anuncia la moderación y la abnegación para soportar los sufrimientos terrenales que cuadran bien en un sacerdote; auguro bien de tu talento; pero permíteme que te lo diga—añadió el cura con las lágrimas en los ojos—: temo por tu salvación en el estado sacerdotal.

Julián estaba avergonzado de su emoción; por primera vez en su vida se sentía amado; lloraba con delicia, y fué a ocultar sus lágrimas a los bosques que dominan Verrières.

—¿Por qué me encuentro en este estado?—se dijo a sí mismo—. Me siento capaz de dar cien vidas por este buen cura Chelan, y, sin embargo, me ha dicho en pocas palabras que soy un majadero. Es la persona a quien tengo más interés en engañar, y adivina lo que pasa en mí. Este fuego interior de que me hablaba es mi deseo de

hacer fortuna. Me cree indigno de hacerme cura, y esto precisamente en el momento en que yo me figuraba que el sacrificio de cincuenta luises de renta, le iban a dar la más alta idea de mi piedad y mi vocación.

En lo sucesivo no contaré más que con las condiciones de mi carácter que ya tenga probadas. ¡Quién me dijera que habría de encontrar un placer llorando y que sentiría una gran ternura por la persona que me demuestra que soy un imbécil!

Tres días después, Julián había encontrado el pretexto de que hubiera debido echar mano en el primer momento; el tal pretexto era una calumnia, pero, ¡qué importa! Confesó al cura, vacilando mucho al hacerlo, que una razón que no podía explicarse, pues perjudicaría a un tercero, era lo que le había impulsado a negarse a la unión proyectada. Ponía en tela de juicio la conducta de Elisa. Monsieur de Chelan observó, en toda su manera, un fuego mundano muy distinto del que debe animar a un joven dedicado a la iglesia.

—Amigo mío—le dijo nuevamente—. Más vale que seas un buen burgués, estimable e instruído, que un mal cura.

Julián respondió a estas observaciones, con las palabras que hubiera empleado el seminarista más fervoroso; pero el tono en que las pronunciara, el mal velado fuego que asomara a sus ojos, alarmaron a M. Chelan.

No hay que pensar mal de Julián: empleaba con corrección las palabras de una hipocresía cauta



y prudente. Esto no está mal en su edad. En cuanto al tono y a los ademanes, como vivía con campesinos, carecía de buenos modelos que imitar. Apenas estuvo en contacto con gentes distinguidas, tan irreprochables fueron sus maneras como sus palabras.

Madame de Renal se asombró mucho de que la nueva fortuna de su doncella no la hiciese más feliz; la veía constantemente ir a casa del cura y volver con los ojos encendidos de llorar; por fin, Elisa le habló de su matrimonio.

Madame de Renal se creyó enferma; sentía una especie de fiebre que le quitaba el sueño; no estaba tranquila sino cuando tenía ante su vista a su doncella o a Julián. Sólo pensaba en ellos y en la felicidad que tendrían en su casa. La pobreza de esta casita, donde tendrían que vivir con cincuenta luises de renta, le parecía algo maravilloso. Julián se haría abogado en Bray, la subprefectura que está a dos leguas de Verrières, y en este caso le vería alguna vez.

Madame de Renal creyó sinceramente que se iba a volver loca; se lo dijo a su marido y, por fin, cayó enferma.

Aquella misma noche, estando su doncella sirviéndola, vió que la muchacha lloraba. En aquel momento sentía un odio profundo hacia Elisa; poco antes la había maltratado y le pidió perdón. Las lágrimas de Elisa se hicieron más copiosas, y dijo a su señora que, si se le permitía, le contaría su desgracia.

—Habla—respondió Mme. De Renal.

—Señora: no me quiere, se niega a casarse conmigo; sin duda algún malvado le ha hablado mal de mí y lo ha creído.

—¿Pero quién es quien no te quiere?—preguntó Mme. De Renal sin poder respirar apenas.

—¡Quién ha de ser, señora, sino Julián!—replicó la doncella sollozando—. El señor cura no ha podido vencer su resistencia, a pesar de sus instancias, pues supone que no debe rechazar a una muchacha honrada porque haya sido doncella de servir. Después de todo, su padre es carpintero, y él mismo, ¿cómo se ganaba la vida antes de entrar en casa de la señora?

Madame de Renal no la escuchaba. La alegría le había quitado el uso de sus facultades. Se hizo repetir varias veces que Julián se había negado rotundamente y que no volvería sobre su acuerdo.

—Yo haré el último esfuerzo—dijo a su doncella—; hablaré con Julián.

Al día siguiente, después del almuerzo, madame de Renal se proporcionó la deliciosa voluptuosidad de abogar por la causa de su rival durante más de una hora y ver rechazada con insistencia la mano y la fortuna de Elisa.

Poco a poco, Julián salió de sus contestaciones ambiguas y terminó por replicar con gracia a los consejos de Mme. De Renal. Esta pudo resistir el torrente de felicidad que la inundaba después de tantos días de desesperación. Se sintió enferma de verdad. Cuando se recobró y se vió en su

cuarto, trató de quedarse sola. No sabía qué era lo que pasaba en su interior.

—¿Estaré enamorada de Julián?

Este descubrimiento, que en otros instantes la hubiera llenado de remordimiento y producido una gran agitación, sólo lo consideraba ahora como un espectáculo singular y casi indiferente. Tenía el alma destrozada por todas las últimas sensaciones, y no parecía tener sensibilidad.

Madame de Renal intentó trabajar, pero se durmió profundamente; al despertar no se asustó tanto como debiera. Era demasiado feliz para tomar a mal nada. Sencilla e inocente, aquella buena provinciana nunca se preocupaba de ahondar en su alma para ver el efecto que producía en su sensibilidad cualquier sensación nueva de dolor o de placer. Entregada en cuerpo y alma, antes de la llegada de Julián, a todo ese cúmulo de trabajos menudos, que fuera de París constituyen la vida de una buena madre de familia, pensaba en las pasiones como suele pensarse en la lotería: engaño manifiesto y felicidad soñada por locos.

La campana de la comida sonó. Madame de Renal se ruborizó hasta más no poder al oír la voz de Julián, que llegaba con los niños. Pero un poco más simuladora desde que amaba, explicó su rubor quejándose de un gran dolor de cabeza.

—Así son todas las mujeres—dijo M. De Renal con una carcajada—. ¡Máquinas que siempre tienen algo descompuesto!



Por muy acostumbrada que estuviese a los chistes de su marido, no pudo menos de sentirse molesta al oír su voz. Para distraerse miró a Julián; en aquel momento le habría encontrado hermoso, aun habiendo sido el hombre más feo del mundo.

Para imitar las costumbres de la gente de la corte, en los primeros días de la primavera instalóse M. De Renal en Vergy, pueblo célebre por la aventura trágica de Gabriela. A pocos metros de las pintorescas ruinas de la antigua iglesia gótica, posee M. De Renal un castillo, con sus cuatro torreones, y un jardín dibujado como el de las Tullerías, con grandes macizos de boj y calles de castaños, podados dos veces al año. Un campo colindante, plantado de manzanos, servía de paseo. Al final del huerto se veían ocho o diez nogales gigantescos, cuyas ramas se elevaban quizá hasta ochenta pies de altura.

—Cada uno de estos malditos nogales—solía decir M. De Renal cuando su mujer los admiraba—me cuesta la cosecha de media fanega de tierra: el trigo no prevalece con su sombra.

El campo pareció una cosa nueva a madame de Renal; su admiración llegó al paroxismo. Se sentía dominada por un sentimiento que le daba resolución e ideas nuevas. Al día siguiente de llegar a Vergy, M. De Renal se volvió a Verrières para asuntos de la alcaldía, y Mme. De Renal tomó obreros por su cuenta. Julián le había sugerido la idea de hacer una avenida enarenada que

diera la vuelta al huerto bajo los nogales, y de este modo podrían los niños pasear desde temprano sin temor a que sus pies se humedecieran con el rocío. A las veinticuatro horas de concedida, se puso en práctica la idea. Madame de Renal pasaba todo el día con Julián dirigiendo las obras.

Cuando el alcalde de Verrières volvió, se sorprendió mucho al ver el paseo. Su llegada también causó sorpresa a Mme. De Renal, que se había olvidado de él. Durante más de dos meses no cesó de censurar duramente el atrevimiento de haber hecho una "reparación" tan importante sin consultarle; pero como Mme. De Renal pagó de su bolsillo todos los gastos, se consoló al cabo.

Ella pasaba los días corriendo con sus hijos por la huerta, cazando mariposas. Habían hecho grandes mariposeros de gasa transparente, con los cuales cogían a los pobres "lepidópteros". Tal era el nombre extraño que Julián enseñaba a Mme. De Renal. Esta había encargado a Besançon la obra de M. Godart, y Julián le explicaba la vida singular de los pobres bichos.

Los clavaban sin compasión, con grandes alfileres, en un cartón preparado asimismo por Julián.

Por fin había un motivo de conversación entre él y Mme. De Renal; ya no se vería expuesto al espantoso suplicio que le causaban aquellos momentos de silencio.

Hablaban sin cesar y con gran interés, aun

cuando siempre de cosas indiferentes. Aquella vida activa, ocupada y alegre, era del gusto de todos, menos de Elisa, que tenía mucho más trabajo. Solía decir que ni en carnaval, cuando los bailes en Verrières, se preocupaba tanto la señora de su tocado: se cambiaba de traje dos o tres veces al día.

Como no tenemos intención de adular a nadie, no negaremos que Mme. De Renal, que tenía un cutis precioso, procuraba ponerse vestidos que dejaran al descubierto el pecho y los brazos. Estaba muy bien formada, y esta manera de vestirse le sentaba a maravilla.

—Nunca “habéis estado tan joven”—le decían sus amigos de Verrières, que solían ir a comer a Vergy. (Es un modo de hablar del país.)

Cosa singular y que nos hará sonreír de duda: Mme. De Renal se cuidaba tanto sin intención premeditada. Se divertía, y, sin más, todo el tiempo que no estaba cazando mariposas lo pasaba con Elisa haciendo trajes. El único viaje que hizo a Verrières fué para comprarse algunos que acababan de llegar de Mulhouse.

Volvió a Vergy con una parienta. Desde que se casó había intimado mucho con Mme. Derville, que fué compañera suya en el Sagrado Corazón.

Madame Derville se reía de lo que llamaba las locuras de su prima: —Si estuviera sola, no las tendría, solía decir ésta. Madame de Renal, cuando estaba delante de su marido, se sentía avergonzada de estas ideas, que en París se llamarían in-



geniosidades; pero la presencia de Mme. Derville la animaba. Primero le comunicaba sus pensamientos con timidez; cuando estaban solas largo rato, el ingenio de Mme. De Renal se despertaba y se pasaban una mañana entera como un minuto, contentas y alegres. En este viaje, la formal madame Derville encontró a su prima menos alegre, pero mucho más feliz.

Julián, por su parte, vivía como un niño desde su llegada al campo, sintiéndose tan feliz como sus discípulos al correr tras las mariposas. Después de tanto fingimiento, solo, lejos de las miradas de los hombres y, por instinto, sin temor a Mme. De Renal, se entregaba al placer de vivir, tan intenso en su edad y en medio de las montañas más hermosas del mundo.

En cuanto llegó Mme. Derville, Julián la consideró como amiga; se apresuró a mostrarle desde el final de la nueva avenida, bajo los nogales, el panorama, que, realmente, valía tanto, si no más, que el admirable que pueden ofrecer Suiza o los lagos de Italia. Subiendo la pendiente rápida que comienza a pocos pasos de allí, pronto se llega a grandes precipicios, bordeados por robles que se adelantan casi hasta el río. En lo más alto de estas rocas, cortadas a pico, es donde Julián, feliz, libre, más aún, rey de la casa, conducía a las dos amigas, gozando de su admiración ante aquella sublimidad.

—Esto me hace el mismo efecto que la música de Mozart—decía Mme. Derville.

La envidia de sus hermanos, la presencia de un padre despótico y de mal genio, habían contribuído a que Julián no apreciara el campo de los alrededores de Verrières. En Vergy, no tenía recuerdos tristes; por primera vez en su vida, se veía libre de enemigo; Mientras M. De Renal estaba en la ciudad, se atrevía a leer, y en vez de hacerlo por la noche y ocultando la luz debajo de un cacharro de flores, durmió tranquilo, y, durante el día, en los intervalos que le dejaban libres las lecciones de los niños, se iba a las rocas con el libro, regla única de su conducta y objeto de sus entusiasmos. En él hallaba encanto, éxtasis y consuelo en los ratos de desfallecimiento.

Ciertas cosas que Napoleón dice de las mujeres, amenas discusiones sobre el mérito de las novelas en boga durante su reinado, despertaron en él algunas ideas que cualquier otro muchacho de su edad tendría desde mucho tiempo atrás.

Llegaron los grandes calores. Tomaron la costumbre de pasar las veladas bajo un tilo inmenso que crecía a pocos pasos de la casa. En aquel sitio reinaba la más profunda obscuridad. Un día, Julián hablaba animadamente, gozando con fruición el placer de hablar con mujeres jóvenes; accionando, rozó con su mano la de Mme. De Renal, que se apoyaba en el respaldo de una de esas sillas pintadas que suelen colocarse en los jardines.

Ella retiró la mano con viveza, pero Julián creyó un "deber" conseguir que no la retirase,

cuando él la volviese a tocar. La idea de cumplir con un deber y de caer en ridículo o, cuando menos, demostrar un sentimiento de inferioridad, le hizo ponerse triste inmediatamente.

## CAPITULO IX

### Una velada en el campo.

La Dido de M. Guérin, encantador bosquejo.

STROMBECK.

Cuando vió, al día siguiente, a Mme. De Renal, su mirada tenía una expresión singular: la observaba como al enemigo con quien habría de batirse. Estas miradas, tan distintas de las de la víspera, hicieron perder la cabeza a Mme. De Renal: ella le había tratado bien, y, sin embargo, parecía enfadado. A duras penas podía separar sus ojos de los de él.

La presencia de Mme. Derville permitió a Julián hablar menos y ocuparse más de lo que tenía en su cerebro. En todo el día no hizo otra cosa sino leer su libro favorito, para templar su alma y fortificarla.

Aligeró las lecciones de los niños, y cuando la vista de Mme. De Renal reavivó su deseo de triunfo, decidió que aquella noche era preciso conseguir retener su mano cuanto quisiera.

La puesta del sol, que acercaba el momento de-



cisivo, hizo latir con violencia el corazón de Julián. La noche llegó.

Observó, con una alegría que le quitó un gran peso del pecho, que sería muy obscura. El cielo, cargado de nubes espesas, arrastradas por un viento muy cálido, anunciaba tempestad. Las dos amigas pasearon hasta bastante tarde. Julián encontraba raro todo lo que hacían aquella noche. Y ellas estaban disfrutando de aquel tiempo, que para ciertas almas delicadas parece como que aumenta el placer de amar.

Por fin se sentaron, Mme. De Renal junto a Julián, y su amiga al otro lado. Preocupado con lo que iba a intentar, Julián no hallaba nada que decir. La conversación languidecía.

—¿Temblaré de esta manera y seré tan desdichado el día que tenga un duelo?—se dijo Julián, pues desconfiaba demasiado de sí y de los demás para no ver el estado de su alma.

En su angustia y mortal, hubiera preferido correr los más graves peligros. ¡Cuántas veces deseó que cualquier cosa imprevista obligase a madame de Renal a retirarse del jardín! La violencia que se hacía era demasiado fuerte para que su voz no se alterase profundamente; a poco, también temblaba la voz de Mme. De Renal; pero Julián no se dió cuenta de ello. El combate interior que sostenía entre su deber y su timidez no le permitía fijarse en nada fuera de sí mismo.

Sonaron las diez menos cuarto en el reloj del castillo, y Julián no había dado paso alguno. In-

dignado de su cobardía, pensó: a las diez en punto haré lo que he estado todo el día pensando, o subiré a mi cuarto y me pegaré un tiro.

Después de unos instantes más de espera y ansiedad, durante los cuales la emoción le tenía fuera de sí, se oyeron las diez. Cada campanada de esta hora fatal repercutía en su pecho como si el reloj estuviera dentro de él.

Aún se oía el eco de la última, cuando alargó la mano y cogió la de Mme. De Renal, quien la retiró vivamente. Julián, sin apenas darse cuenta de lo que hacía, la cogió de nuevo. Aunque estaba muy emocionado, no pudo menos de sorprenderse del frío glacial de la mano que tenía entre las suyas, y que estrechaba con fuerza convulsiva; notó que ella hacía un esfuerzo para soltarse; pero, por fin, se quedó quieta.

Sintió su alma inundada de placer, pero no porque amase a Mme. De Renal, sino porque se veía libre de un suplicio. Para que Mme. Derville no se percatase de nada, se creyó obligado a hablar; su voz, entonces, era sonora y firme. La de Mme. De Renal, por el contrario, era tan angustiosa, que su amiga la supuso enferma, y la propuso meterse en casa. Julián advirtió el peligro. Si Mme. De Renal se va al salón, volveré a encontrarme en el mismo estado en que pasé todo el día. He tenido poco tiempo esta mano para que pueda suponer que he ganado terreno alguno.

En el momento en que Mme. Derville volvió a

proponer el retirarse del jardín, Julián apretó fuertemente la mano que tenía entre las suyas.

Madame de Renal, que se disponía a levantarse, se quedó sentada, diciendo con voz lánguida:

—Me siento malucha, es cierto; pero el aire libre me hace mucho provecho.

Estas palabras confirmaron la felicidad de Julián, que en aquel momento no podía ser mayor: habló, se olvidó de fingir e hizo las delicias de las dos amigas que le escuchaban. Y, sin embargo, en aquella repentina elocuencia se adivinaba una gran falta de valor. Tenía miedo de que madame Derville, cansada del viento que se levantaba, y que era precursor de la tormenta, quisiese marcharse. Entonces se quedaría frente a frente de Mme. De Renal. Tuvo el valor, casi inconsciente, de obrar; pero comprendía que sería superior a sus fuerzas el decir una sola palabra. Por débiles que fueran sus reproches, se consideraría vencido, y, por lo tanto, sería inútil lo que consiguiera.

Felizmente para él, sus discursos campanudos y emocionantes agradaron a Mme. Derville, que no pocas veces le encontraba torpe y aburrido. Madame de Renal, con su mano en la de Julián, no pensaba en nada: vivía. Las horas que pasaron bajo aquel gran tilo que la tradición supone plantado por Carlos el Temerario, fueron para ella de una dicha inefable. Escuchaba encantada el bramido del viento en las frondosas ramas del tilo y el golpeteo de algunas gotas que comenza-



ban a caer sobre su follaje. Julián no notó una cosa, que le hubiera tranquilizado seguramente: Mme. De Renal, que se había visto obligada a retirar su mano, pues tuvo que levantarse a ayudar a su prima a recoger un jarrón que se cayó con el viento, apenas se sentó de nuevo le alargó la mano, como si fuese cosa convenida.

Era la media noche corrida; había que abandonar el jardín; se separaron. Madame de Renal, encantada con la dicha de amar, no se hacía reproche alguno. La felicidad le quitó el sueño. En cambio, Julián, rendido por la lucha que en su interior librarán todo el día el orgullo y la timidez, durmióse con sueño de plomo.

Al día siguiente le despertaron a las cinco, y, cosa bien triste para Mme. De Renal si lo hubiese sabido, apenas si pensó en ella. Había cumplido con su "deber", y había hecho "una heroicidad". Hinchido de gozo ante esta idea, se encerró con llave en su cuarto para entregarse a la lectura de las hazañas de su héroe.

Cuando sonó la campana del almuerzo, ensimismado en los boletines de "La Grande Armée", ni recordaba siquiera lo sucedido la víspera. Al bajar al salón se decía interiormente con la mayor desenvoltura: Tendré que decir a esta mujer que estoy enamorado de ella.

En vez de las miradas llenas de voluptuosidad que esperaba encontrarse, lo que vió fué el semblante severo de M. De Renal, que llegó de Verrières dos horas antes, y se mostraba visible-

mente descontento al enterarse de que Julián no se había ocupado de los niños en toda la mañana. Pocas cosas había menos estéticas que aquel hombre importante de mal humor y creyéndose con derecho a demostrarlo.

Cada palabra agria de su marido, era un dardo para el corazón de Mme. De Renal. En cuanto a Julián, estaba tan lleno su espíritu de todo lo que leyera durante unas horas, que a duras penas pudo rebajarse a escuchar las frases duras que le dirigía M. De Renal. Por fin respondió con brusquedad:

—Estaba enfermo.

El tono en que pronunció estas palabras, hubiese molestado a un hombre mucho menos susceptible que el alcalde de Verrières; su primera idea fué despedir a Julián inmediatamente. Se contuvo, sin embargo, siguiendo su máxima de no hacer nada con precipitación.

—Este tonto—pensó después—se ha hecho un nombre en mi casa; Valenod puede tomarle, o si no, quizá se case con Elisa, y en cualquiera de los dos casos se burlaría de mi.

A pesar de su prudente reflexión, no por eso dejó M. De Renal de demostrar su descontento, dirigiendo a Julián una colección de palabras groseras que le irritaron al cabo. Madame de Renal estaba a punto de echarse a llorar. En cuanto acabaron el almuerzo, rogó a Julián que le diera el brazo para pasear, y se apoyó en él con cariño. A todo lo que ella le decía él sólo respondía a media voz:

—“¡Así son los ricos!”

Monsieur de Renal iba muy cerca de ellos, y su presencia aumentaba la cólera de Julián. Este se dió cuenta de que Mme. De Renal se apoyaba en su brazo de un modo muy insinuante; aquello le produjo asco, y empujándola violentamente, soltó su brazo.

Afortunadamente, M. De Renal no vió este movimiento, que sólo fué observado por madame Derville; su amiga lloraba sin consuelo. En aquel momento M. De Renal estaba ocupadísimo persiguiendo a pedradas a una pobre campesina que pasaba por un extremo del huerto.

—Monsieur Julián, por favor, modérese un poco y piense que todos tenemos momentos de mal humor—dijo rápidamente Mme. Derville.

Julián la dirigió una mirada fría, en la que se pintaba el más profundo desprecio.

Aquella mirada asombró a Mme. Derville, y mayor hubiera sido su asombro si hubiese podido comprender su verdadera expresión; habría presentado la venganza más horrible. Tales momentos de humillación son los que hacen los Robespierre.

—Tu Julián es bastante violento; me da miedo—dijo madame Derville al oído de su amiga.

—Tiene razón—le respondió ésta—. Después de lo que adelantan los niños, ¿qué importa que pase una mañana sin hacerles caso? Hay que convenir en que los hombres son muy duros.

Por primera vez en su vida, Mme. De Renal sentía como deseo de vengarse de su marido. El



odio que abrigaba Julián contra los ricos, estaba a punto de estallar. Felizmente, M. De Renal llamó al jardinero y se entretuvo con él obstruyendo con espinos la vereda que atravesaba el huerto. Julián no respondió una sola palabra a todas las atenciones que recibió durante el paseo. Apenas desapareció M. De Renal, las dos amigas, pretextando fatiga, se colgaron cada una de un brazo del preceptor.

La palidez extrema de Julián formaba un raro contraste con aquellas dos mujeres sofocadas por una gran turbación. Él sentía un profundo desprecio por ellas y por sus sentimientos delicados.

—¡Pensar que no tengo quinientos francos de renta para terminar mis estudios!—pensaba—. ¡Con qué gusto enviaría a paseo a toda esta gente!

Ensimismado en estos pensamientos, lo poco que oía de las palabras amables de las dos amigas le sonaba como algo vacío de sentido, tonto; en una palabra, “femenino”.

Hablando por hablar, y por no dejar languidecer la conversación, Mme De Renal dijo que su marido había vuelto de Verrières, porque había hecho un negocio con uno de sus arrendatarios, quedándose con una partida de paja de maíz. (En este país los jergones de las camas se llenan con paja de maíz.)

—Mi marido no volverá esta tarde, porque, con el jardinero y su ayuda de cámara, va a ocuparse de llenar todos los jergones de la casa. Esta ma-

ñana ha hecho la operación en las camas del primer piso, y ahora van al segundo.

Julián cambió de color; miró a Mme. De Renal de un modo singular, y adelantando el paso, se separó con ella de su amiga. Madame Derville les dejó alejarse.

—Sálveme usted la vida—dijo Julián a madame de Renal—; en sus manos está. Sabe usted muy bien, que el criado me odia a muerte. Tengo un retrato escondido en el jergón de mi cama.

Al oírle, Mme. De Renal palideció también.

—Solamente usted puede entrar en mi cuarto ahora; registre usted sin llamar la atención, y en el ángulo del jergón que está más cerca de la ventana hallará una caja de cartón negro.

—¡Tiene un retrato!—dijo Mme. De Renal sin poderse tener de pie.

Su emoción fué advertida de Julián, que decidió aprovecharla.

—Tengo que pedirle otro favor, señora; le suplico que no mire ese retrato: es mi secreto.

—¡Un secreto!—repitió Mme. De Renal con voz apagada.

Aunque educada entre gentes orgullosas de su fortuna y sólo sensibles a los intereses de dinero, el amor había prestado generosidad a su alma. Cruelmente herida, pidió a Julián con el mayor cariño los datos necesarios para hacer bien el encargo.

—Bien—le dijo alejándose—; una caja pequeña de cartón negro, redonda, lisa.

—Sí, señora—; respondió Julián con ese aire seco que el peligro da a los hombres.

Ella subió al segundo piso del castillo, pálida como una muerta. Para colmo de males, sintió que iba a desmayarse; pero la idea de ser útil a Julián le dió fuerzas.

—Es preciso que yo me apodere de esa caja— dijo apresurando el paso.

Oyó que su marido y el criado hablaban en el mismo cuarto de Julián. Felizmente se metieron en el de los niños. Madame de Renal levantó el colchón y metió la mano en el jergón con tal violencia que se arañó los dedos. Aun cuando era muy poco sufrida para estos dolores pequeños, ni se dió cuenta de aquél, pues al mismo tiempo tropezó con la caja. La cogió y desapareció.

No bien se vió libre del temor de ser sorprendida por su marido, cuando el horror que le producía aquella caja estuvo a punto de hacerla desmayarse.

—¡Julián está enamorado, y yo tengo en mis manos el retrato de la mujer a quien ama!

Sentada en una silla en la antecámara de aquella habitación, era presa de todos los horrores de los celos. Su extrema ignorancia le fué útil en aquel momento; el asombro amortiguaba el dolor. Julián apareció, cogió la caja sin dar las gracias, sin decir nada, y corrió a su cuarto, donde encendió fuego y la quemó. Estaba pálido, abrumado, exagerándose el peligro que había corrido.



—¡El retrato de Napoleón—se decía—escondido entre el jergón de un hombre que demuestra un odio mortal hacia el usurpador! ¡Y encontrado por M. De Renal, tan reaccionario y tan irritado! ¡Y para colmo de imprudencia, con el reverso del retrato todo lleno de frases escritas por mí, y que no dejan lugar a la menor duda sobre mi admiración! ¡Y que todas ellas llevan fecha del día en que las he escrito! ¡Hay alguna de anteayer!...

—Toda mi reputación por los suelos en un momento—pensaba Julián mirando cómo se convertía en cenizas la caja—. ¡Y yo no tengo más que mi reputación, sólo vivo por ella... y para eso, qué vida!

Una hora después, la fatiga y la compasión que sentía por sí mismo le disponían a la ternura. Se tropezó con Mme. De Renal y le cogió la mano, besándola con más sinceridad que nunca. Ella se ruborizó de dicha, pero al mismo tiempo rechazó a Julián con el ímpetu de los celos. El orgullo de Julián, herido poco ha, le convirtió en un majadero en aquel momento. Sólo vió en Mme. De Renal una mujer rica; soltó su mano con desdén y se alejó. Se fué al jardín a pasear pensativo; una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

—¡Aquí estoy, paseándome, como un hombre dueño de su tiempo! ¡No me ocupo de los niños! ¡Me expongo a los insultos de M. De Renal, que ahora estarían justificados!

Se fué corriendo al cuarto de los niños.

Las caricias del menor, a quien quería mucho, calmaron su dolor.

—Este no me desprecia todavía—pensó Julián.

Pero no tardó en considerar aquello como una muestra de debilidad. Estos niños me acarician como acariciarían al perrillo de caza que han comprado ayer.

## CAPÍTULO X

### Gran corazón y pequeña ventura.

But passion most dissembles, yet betrays,  
Even by its darkness; as the blackest sky  
Foretells the heaviest tempest (1).

*Don Juan. C. I., st. 73.*

Monsieur de Renal, después de recorrer todas las habitaciones del castillo con los criados que porteaban los jergones, volvió a la de los niños. La entrada repentina de aquel hombre fué para Julián la gota de agua que hace desbordar el vaso.

Más pálido y sombrío que de costumbre, se adelantó hacia él. Monsieur de Renal se detuvo, mirando a los criados.

—Señor—le dijo Julián—. ¿Cree usted que con otro preceptor hubiesen sus hijos adelantado tanto como conmigo? Si me va usted a responder que

---

(1) Pero mientras más se disimula la pasión, más se traiciona, aún por su opacidad, así como el cielo más negro anuncia la tempestad mayor.

no, ¿por qué me ha reprendido antes, suponiendo que no me ocupo de ellos?

Repuesto apenas de su miedo, M. De Renal dedujo del tono con que hablaba aquel muchacho que tenía en el bolsillo alguna proposición ventajosa y que estaba dispuesto a marcharse. La ira de Julián iba en aumento a medida que hablaba.

—Puedo vivir sin su casa, señor—añadió.

—Me duele mucho ver a usted tan alterado—balbuceó M. De Renal.

Los criados estaban a diez pasos haciendo las camas.

—No es eso lo que yo quiero—replicó Julián fuera de sí—; reflexione usted un poco sobre las palabras que me ha dirigido, delante de mujeres para mayor escarnio.

Monsieur de Renal comprendía perfectamente lo que Julián exigía de él, y en su alma se libraba rudo combate. Y ocurrió que Julián, ciego por la ira, exclamó:

—Cuando salga de la casa de usted, ya sé dónde tengo que ir.

Al oír tales palabras, M. De Renal vió a Julián instalado en casa de M. Valenod.

—Bueno, bueno—dijo por fin, lanzando un suspiro y con el aire que tendría si estuviera ante un cirujano para exponerse a la operación más dolorosa—; accedo a su petición. Desde el mes que viene tendrá usted cincuenta francos.

Julián sintió deseos de echarse a reír; toda su ira se había disipado.



—¡Aún no despreciaba bastante a este gran animal!—pensó—. Es toda la satisfacción que se le ocurre dar a un alma tan baja.

Los niños, que presenciaban la escena con la boca abierta, fueron corriendo al jardín a decir a su madre que el preceptor estaba indignadísimo; pero que iba a cobrar cincuenta francos mensuales.

Julián les siguió por costumbre, sin mirar siquiera a M. De Renal, que quedó irritadísimo.

—Otros sesenta y ocho francos que me cuesta M. Valenod—se decía el alcalde—. Le diré dos palabras, bien dichas, sobre los abastecimientos del hospicio.

Momentos después, Julián volvió a encontrarse solo con M. De Renal.

—Tengo que consultar un caso de conciencia con M. Chelan—dijo—, y le prevengo que estaré fuera unas horas.

—¡Querido Julián!—respondió M. De Renal sonriendo forzosamente—. Todo el día, si quiere usted, y mañana también. Llévase usted el caballo del jardinero.

Este va a llevar la contestación a Valenod—se dijo el alcalde—; nada me ha prometido, pero más vale dejar que se refresque su cabeza.

Julián se marchó en seguida y se internó por los bosques que conducen de Vergy a Verrières. No quería llegar demasiado pronto a casa de monsieur Chelan. Lejos de él, en aquel momento, el deseo de representar una nueva escena de hipo-

cresía necesitaba ver claro en su alma y rumiar el cúmulo de sentimientos que la agitaban.

—¡He ganado una batalla!—se dijo apenas se vió en el bosque y lejos de las miradas de hombre alguno—. ¡Positivamente, he ganado una batalla!

Esta frase le representaba por sí sola la parte bella de su posición y devolvió la tranquilidad a su alma.

—Ya tengo cincuentas francos al mes. ¿Qué habrá sido lo que haya asustado a M. De Renal hasta el punto de aumentarme el sueldo?

La idea de que existía algo que amedrentaba al hombre poderoso y feliz, contra quien una hora antes sentía la más violenta cólera, le serenó por completo. Casi se sintió capaz de admirar la hermosura de los bosques que atravesaba. Aquí y allá aparecían enormes bloques de rocas peladas, que la acción del tiempo había arrancado de las laderas y arrojado sobre el bosque. Las hayas seculares se elevaban casi tan altas como las rocas, y su sombra les prestaba una frescura deliciosa a tres pasos de los lugares donde el calor era casi imposible de soportar.

Julián se detuvo para tomar aliento a la sombra de aquellas rocas, y a los pocos momentos reanudó su ascensión. Al final de una senda, apenas trillada por los cabreros, se encontró de pie sobre una roca gigantesca, seguro de su soledad, lejos de los hombres. Tal posición material le hizo sonreír: a aquello mismo aspiraba él mo-

ralmente. El aire puro de la montaña dió alegría y serenidad a su alma. El alcalde de Verrières encarnaba a sus ojos a todos los ricos y los insolentes de la tierra; pero Julián comprendía que el odio violento que acababa de experimentar no tenía nada de personal. Si hubiese dejado de ver a M. De Renal, a los ocho días no pensaría más en él, ni en su castillo, ni en sus perros, ni en sus hijos, ni en nadie de su familia. Le he obligado, sin saber cómo, a hacer el mayor sacrificio. ¡Más de cincuenta escudos al año! Además, un momento antes, había escapado a un gran peligro. Dos victorias en un día; la segunda no tiene mérito, tendré que adivinar la causa de ella. Mañana comenzaré las indagaciones. Julián, en pie sobre la enorme roca, miraba a! cielo, abrasado por un sol de agosto. Las cigarras cantaban en el campo que se extendía bajo la roca; cuando callaban, el silencio era profundo. Alcanzaba a ver a sus pies veinte leguas de terreno. Algunas veces, su vista distinguía algún alcotán que, saliendo de las rocas, describía, en silencio, círculos inmensos sobre su cabeza. Julián seguía maquinalmente al ave de rapiña. Sus movimientos tranquilos y majestuosos le imponían; envidiaba aquella fuerza, aquel aislamiento.

Así fué el destino de Napoleón. ¿Sería algún día el suyo?



## CAPITULO XI

## Una velada.

Yet Julia's very coldness still was kind,  
 And tremulously gentle her small hand  
 Withdrew itself from his, but left behind  
 A little pressure, thrilling, and so bland  
 And slight, so very slight that to the mind  
 'Twas but a doubt (1).

*Don Juan. C. I., st. 71.*

Era preciso que tornase a Verrières. Al salir de la abadía, una feliz casualidad le hizo tropezarse con M. Valenod, a quien contó lo del aumento de sueldo.

De vuelta a Vergy, Julián bajó al jardín completamente de noche. Se sentía cansado por todas las violentas sensaciones que le agitaran durante el día. —¿Qué les diré?— se preguntaba pensando en las mujeres—. No advertía que su alma estaba precisamente al nivel de todas las pequeñas circunstancias que despiertan, por lo común, el interés de las mujeres. Muchas veces Julián resultaba enigmático para Mme. Derville y su amiga, y a su vez, él solo se enteraba a medias de lo que ellas decían. Tal era el efecto de la fuerza, y, por decirlo así, de la grandeza de los movimientos de pasión que agitaban el alma de

(1) Julia hasta en su frialdad resultó amable, y su manecita trémulamente cortés, se alejó de la mano de él, pero no sin dejar el sentimiento de una presión conmovedora, y tan blanda, tan ligera, tan extremadamente ligera, que a la mente más bien era una duda.

aquel joven ambicioso. Para aquel ser singular, todos los días eran tempestuosos.

Al entrar en el jardín aquella noche, Julián iba decidido a ocuparse de lo que pensarán las dos primas. Ellas le esperaban con impaciencia. Se sentó, como de costumbre, junto a Mme. De Renal. La obscuridad era cada vez más densa. Quiso apoderarse de una mano blanca que desde hacía un rato se apoyaba en el respaldo de una de las sillas. Después de un momento de duda, se retiró la mano con un movimiento de marcado mal humor. Julián se disponía a darse por enterado y a seguir alegremente la conversación, cuando oyó acercarse a M. De Renal.

Aun resonaban en sus oídos las palabras groseras de por la mañana. —¿No sería—se dijo—una manera de burlarse de este hombre tan mimado de la fortuna, el apoderarse de la mano de su mujer en su misma presencia? Sí; lo haré, ya que tanto desprecio me ha demostrado.

En el mismo momento, la tranquilidad, tan poco propia del espíritu de Julián, desapareció por completo; deseó con ansiedad, y sin poder pensar en otra cosa, que Mme. De Renal le diera la mano.

Monsieur de Renal hablaba de política muy indignado; dos o tres industriales de Verrières, que se estaban haciendo más ricos que él, querían hacerle la oposición en las elecciones. Madame Der-ville le escuchaba. Julián, molesto por aquellos discursos, acercó su silla a la de Mme. De Renal.


La obscuridad ocultaba sus movimientos. Se atrevió a poner la mano muy cerca del brazo que la ropa dejaba al descubierto. Se sintió turbado, no fué dueño de sí, acercó la mejilla a aquel lindo brazo y aplicó en él sus labios.

Madame de Renal se estremeció. Su marido estaba a cuatro pasos; apresuróse a dar su mano a Julián, al tiempo que le alejaba un poco. Mientras, M. De Renal continuaba despotricando contra los jacobinos y los advenedizos que se enriquecen, Julián cubría de besos apasionados la mano que le había abandonado Mme. De Renal; al menos así se lo parecían a ella. ¡Y, sin embargo, la pobre mujer había tenido la prueba aquel mismo día de que el hombre que adoraba amaba a otra! Durante el tiempo que Julián estuvo ausente, ella había sido víctima de un malestar intenso que la había hecho reflexionar.

—¿Estaré enamorada?—se decía—. Yo, mujer casada, ¿me habré enamorado? Pero yo nunca sentí por mi marido esta especie de locura que me hace no poder apartar a Julián de mi pensamiento. Y en el fondo, él es un niño lleno de respeto por mí. Esto será una locura pasajera. ¿Qué le importan a mi marido los sentimientos que yo pueda tener hacia este muchacho? Seguramente se aburriría con las conversaciones que yo sostengo con Julián sobre cosas ideales. El no piensa más que en sus negocios. No le quito nada para dárselo a Julián.

Ni el menor asomo de hipocresía empañaba la





pureza de aquel alma cándida, extraviada por una pasión que hasta entonces nunca había sentido. Se engañaba, pero sin saberlo, y, sin embargo, un instinto de virtud comenzaba a inquietarla. Tales eran las ideas que la agitaban, cuando Julián apareció en el jardín. Le oyó hablar, y casi al tiempo advirtió que se sentaba a su lado. Su alma se sintió como transportada por aquel bienestar que desde quince días antes la asombraba más que la seducía. Todo era imprevisto para ella. Al cabo de un rato pensó. ¿Basta la presencia de Julián para borrar todos sus errores? Se asustó, y entonces fué cuando retiró la mano.

Los besos llenos de pasión y como nunca los recibiera, le hicieron olvidar que quizá amase a otra mujer. Ya no era culpable a sus ojos. La desaparición del dolor, hijo de la sospecha; la sensación de una felicidad no soñada, le dieron transportes de amor y de alegría loca. Aquella velada fué encantadora para todo el mundo, menos para el alcalde de Verrières, que no pudo olvidar a sus industriales enriquecidos. Julián no pensaba en su negra ambición, en sus proyectos tan aventurados. Por primera vez en su vida se sentía arrastrado por el poder de la belleza. Sumido en un ensueño vago y dulce, tan contrario a su carácter, estrechando aquella mano que le encantaba por lo linda, apenas escuchaba el movimiento de las hojas del tilo, agitadas por la brisa ligera de la noche, y el ladrido lejano de los perros del molino de Doubs.

Pero aquella emoción era de placer, no de pasión. Al volver a su cuarto sólo pensó en una felicidad, en la de leer su libro favorito: A los veinte años, la idea del mundo y de producir efecto en él, es superior a todo.

Pronto cerró el libro. A fuerza de pensar en las victorias de Napoleón, llegó a ver algo nuevo en la suya. He ganado una batalla, se dijo, pero hay que aprovecharla, hay que aplastar el orgullo de este hidalgo mientras se bate en retirada. Estilo Napoleón puro. Le voy a pedir una licencia de tres días para ir a ver a Fouqué. Si me la niega, le amenazaré de nuevo; pero no lo creo.

Madame de Renal no pudo cerrar los ojos. Le parecía que hasta aquel momento no había vivido. No podía apartar su pensamiento de la felicidad de sentir los besos apasionados de Julián.

De repente recordó la palabra terrible: "adulterio". Todo lo que puede imaginarse de vil y asqueroso en amor, se le representó en su imaginación. Aquellas ideas parecían querer manchar la imagen tierna y divina de Julián y la dicha de amarle. El porvenir se pintaba con colores sombríos. Se veía despreciable.

Aquel momento fué horroroso; su alma llegaba a regiones desconocidas. La víspera gozaba de una dicha inefable; ahora se encontraba sumida en la mayor desdicha. No tenía idea de que pudieran existir tales sufrimientos, que imaginaba llegarían a perturbar su razón. Por un momento pensó en confesar a su marido que temía amar

a Julián. Aquello hubiera sido hablar de él. Felizmente recordó una advertencia que le diera su tía la víspera del casamiento. Se trataba del peligro de hacer confidencias al marido, que después de todo es el amo. En el paroxismo del dolor se retorció las manos.

Se sentía arrebatada al azar por un torbellino de imágenes contrarias y dolorosas. Tan pronto temía no ser amada, como la torturaba la idea del crimen, ni más ni menos que si al día siguiente la hubieran de poner en la picota, en la plaza pública de Verrières, con un cartel que explicase al populacho su adulterio.

Madame de Renal carecía en absoluto de experiencia de la vida; aun estando completamente serena y en posesión de todas sus facultades, no hubiera visto intervalo alguno entre ser culpable a los ojos de Dios, y sentirse abrumada en público por las muestras más violentas del desprecio general.

Cuando la idea de adulterio y de la ignominia que lleva consigo tal crimen le dejaba algún descanso, y pensaba en el agrado de vivir con Julián inocentemente como antes, entonces le atormentaba la idea de que Julián pudiese amar a otra mujer. Recordaba su palidez cuando creyó perder su retrato, o que podría comprometerla si lo vieran. Fué la única vez que vió el temor retratado en aquella fisonomía tan noble y tan serena. Nunca se mostró tan emocionado por ella ni por sus hijos. Aquella idea le hizo sentir un



dolor tan punzante que no pudo resistirlo. Sin darse cuenta, Mme. De Renal dió un grito que despertó a la doncella. De repente vió aparecer a su cabecera una figura humana con una luz, y reconoció a Elisa.

—¿Es a ti a quien ama?—exclamó en su locura.

La doncella, inquieta por el estado de agitación en que halló a su señora, no paró mientes en la frase. Madame de Renal advirtió su imprudencia.

—Tengo fiebre—dijo—y creo que estoy delirando; quédate aquí.

Despierta completamente por la necesidad de contenerse, se sintió menos desgraciada; la razón recobró el imperio que le quitara ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Para librarse de las miradas de su doncella, ordenóle que leyera el periódico, y al ruido monótono de la voz de la muchacha que leía un artículo del diario, Mme. De Renal tomó la resolución de traidario, Mme. De Renal tomó la resolución de tratar a Julián con gran frialdad cuando volviera a verle.

## CAPITULO XII

### Un viaje.

Se encuentra en París gente elegante; puede haber en provincia gente de carácter.

SIEYES.

Al día siguiente, a las cinco, antes que Madame de Renal estuviese visible, Julián consiguió

de su marido una licencia de tres días. Contra lo que creía, Julián sintió deseos de verla, pensando en su mano tan linda. Bajó al jardín. Madame de Renal se hizo esperar mucho. Pero si Julián la hubiese amado, la habría visto detrás de las persianas medio cerradas del primer piso con la frente apoyada en los cristales. Le miraba. Por fin, a pesar de su resolución, Mme. De Renal decidióse a presentarse en el jardín. A su palidez habitual había reemplazado el color más encendido.

Se notaba que aquella mujer tan sencilla estaba agitadísima; su expresión ordinaria, serena y como por encima de los intereses vulgares de la vida, que daba un encanto singular a su semblante celestial, aparecía ahora alterada por una especie de fingimiento y de indignación.

Julián se aproximó a ella con interés admirando aquellos hermosos brazos que el chal, mal colocado, dejaba al descubierto. El aire fresco de la mañana parecía como si aumentara el brillo de un cutis que la agitación de la noche hacía más sensible a todas las impresiones. Aquella belleza, modesta y atractiva, y, sin embargo, llena de pensamientos que no se suele encontrar en la clase baja, era para Julián la revelación de que su alma poseía una facultad no sospechada por él. Entregado por entero a la admiración de los encantos que tenía ante su mirada, no pensó en la acogida amistosa que esperaba. Por lo tanto, extrañó sobremanera la indiferencia que ella se esforzaba

en demostrarle, y a través de la cual él quiso entrever el deseo de recordarle su puesto.

La sonrisa alegre se heló en sus labios; recordó su posición social, sobre todo ante una noble y rica heredera. En su semblante se pintó una expresión de odio contra sí mismo. Sintió un profundo despecho por haber retrasado su partida más de una hora para recibir tan humillante acogida.

—Es un majadero el que se enfurece contra los demás—dijo para sí—. Una piedra cae porque pesa. ¿Seré siempre un niño? ¿Cuándo me acostumbraré a no dar a estas gentes nada más que lo que valga su dinero? Si quiero lograr su estimación y la mía, tengo que demostrarles que mi pobreza comercia con su riqueza; pero mi corazón está a cien leguas de su insolencia, y demasiado alto para que puedan alcanzarle sus muestras de favor o de desprecio.

Mientras se agolpaban estos pensamientos en la mente del joven preceptor, en su fisonomía expresiva se pintaban el orgullo y la ferocidad. Madame de Renal se sintió turbada. Abandonó su aire de afectada frialdad para demostrar el más vivo interés, tanto mayor cuanto que a él se mezclaba la sorpresa producida por el repentino cambio. Los lugares comunes sobre la salud y la hermosura del día, que suelen ser los asuntos de que se habla al encontrarse por primera vez en la mañana, pronto se agotaron. Julián, que, como no estaba apasionado, razonaba perfectamente, halló oportunidad de demostrar a Mme. De Renal que



no se suponía en relaciones amistosas con ella; no le dijo nada del viaje que iba a emprender; la saludó y se fué.

Madame de Renal le miraba marchar aterrada de la expresión altanera que se leía en aquel semblante, tan amable la víspera, cuando llegó corriendo su hijo mayor, y, dándole un beso, dijo:

—Tenemos vacaciones. El preceptor se va de viaje.

Al oírlo, Mme. De Renal se sintió morir; era desgraciada por su virtud, y más aún por su flaqueza.

Aquel nuevo suceso ocupó toda su imaginación, haciéndole olvidar todas las sensatas resoluciones que tomara en la terrible noche anterior. Ya no se trataba de resistir a aquel amante tan amable, sino de perderle para siempre.

Tuvo que asistir al almuerzo. Para colmo de males, M. De Renal y Mme. Derville sólo hablaron de la marcha de Julián. El alcalde de Verrières había notado algo insólito en el tono con que le pidiera permiso.

—Este campesino tiene en el bolsillo alguna proposición. Pero sea quien sea el que le busque, aun el mismo M. Valenod, seguramente reflexionará un poco ante los seiscientos francos anuales que ha de costarle. Probablemente, ayer en Verrières le habrán pedido tres días para pensarlo, y hoy el señorito me ha pedido permiso para no verse obligado a decirme algo. ¡A qué punto hemos llega-

do! ¡A tener que parlamentar con un miserable obrero que se las da de insolente!

—Puesto que mi marido, que ignora lo muy hondamente que ha herido a Julián, piensa que nos va a abandonar, ¿qué debo pensar yo?—dijo para sí Mme. De Renal—. ¡Ah, todo está decidido!

Con objeto de poder, cuando menos, llorar a sus anchas y no contestar a las preguntas de madame Derville, se quejó de una jaqueca horrible y se metió en la cama

—Siempre son lo mismo las mujeres, siempre con la máquina descompuesta—repitió M. De Renal, y se alejó con su aire chocarrero.

Mientras Mme. De Renal era víctima de todos los horrores que lleva consigo una pasión como la que sentía, Julián marchaba alegremente a través de aquellas admirables montañas. Tenía que cruzar la gran cadena que se extiende al Norte de Vergy. El sendero que seguía, y que asciende lentamente por entre bosques de hayas, forma innumerables ziszás en la pendiente de la elevada montaña, que dibuja al Norte el valle del Doubs. Las miradas del viajero, pasando por encima de los bajos montículos que contienen la corriente del Doubs, hacia el Mediodía, divisaron las fértiles llanuras de Borgoña y de Beaujolais. Por insensible que fuera el alma del joven ambicioso a aquel género de belleza, no podía menos de detenerse de tiempo en tiempo para admirar un espectáculo tan vasto e imponente.

Finalmente alcanzó la cima de la montaña, que

tenía que trasponer para llegar al valle solitario donde habitaba su amigo Fouqué, el tratante de madera.

Julián no tenía prisa por verle; no deseaba encontrar ningún ser humano. Oculto como un ave de rapiña entre las rocas desnudas que crestonaban la montaña, hubiera divisado de muy lejos a cualquiera que se acercara.

En un corte casi vertical de una de aquellas roquedas, descubrió una especie de gruta. A ella dirigió sus pasos, acomodándose en su cavidad.

—Aquí—pensó con el gozo pintado en sus ojos—, ningún hombre podría hacerme daño. Se le ocurrió la idea de entregarse al placer de escribir sus pensamientos, cosa tan peligrosa para él en otra parte. Utilizó como pupitre una piedra rectangular. Su pluma volaba; no veía nada de lo que estaba en derredor. Al fin se dió cuenta de que el sol se escondía por detrás de los lejanos montes de Beaujolais.

—¿Por qué no he de pasar la noche aquí?—se dijo—. Tengo pan y “soy libre”. Esta frase le exaltó; su hipocresía le hacía no ser libre ni aún en casa de Fouqué. Con la cabeza apoyada en las manos, Julián permaneció en la gruta, agitado por sus sueños y la dicha de su libertad, sintiéndose más feliz que lo fuera en su vida. Sin advertirlo casi, fué viendo poco a poco extinguirse la luz del crepúsculo. En aquella obscuridad inmensa, su alma se perdía en sueños, imaginando lo que pudiera algún día encontrar en París. Primero



era una mujer, más bella y más educada que todas las que se veían en provincias. Amaba con pasión y era correspondido. Si se separaba de ella unos instantes, era para hacer algo que le cubriese de gloria, y, por tanto, le hiciera merecer más amor.

Aun suponiéndole la misma imaginación que a Julián, un muchacho educado entre las tristes verdades de la sociedad de París, hubiese sido despertado en este punto de su novela por la fría ironía; habría olvidado el afán de llegar a las grandes acciones para pensar en la máxima que dice: "Si dejas a tu querida, corres el riesgo de ser engañado dos o tres veces al día." El pobre campesino no veía entre él y los actos más heroicos sino la falta de ocasión.

La noche se vino encima, y aún le quedaban dos leguas de camino para llegar a la cabaña de Fouqué. Antes de salir de la gruta, Julián encendió fuego y quemó cuidadosamente todo lo que había escrito.

Su amigo quedóse muy sorprendido al oírle llamar a la una de la madrugada. Fouqué se ocupaba en hacer sus cuentas. Era un hombre joven, alto, de bastante mala facha, con rasgos duros, una nariz enorme y una gran bondad oculta tras aquel aspecto poco atrayente.

—¿Has reñido con tu M. De Renal, y por eso llegas tan de improviso?

Julián le contó, como debía, los sucesos de la víspera.

—Quédate conmigo—le dijo Fouqué—; ya veo que conoces a M. De Renal, M. Valenod, al subprefecto Maugiron, al cura Chelan; has comprendido perfectamente las sutilezas de carácter de estas gentes; estás en condiciones de llamarte al reparto. Sabes aritmética mejor que yo; me puedes llevar las cuentas. Yo gano bastante con mi comercio. La imposibilidad de hacerlo todo solo, y el temor de que me resulte un bribón el que tomase como asociado, me privan todos los días de emprender buenos negocios. No hace un mes que he dado a ganar seis mil francos a Michaud, el de Saint-Amand, a quien no veía hace seis años, y a quien encontré por casualidad en la venta de Pontarlier. ¿Por qué no habías de haber sido tú el que ganara esos seis mil francos o, cuando menos, tres mil? Porque si ese día estás tú conmigo, yo hubiera pujado la corta de madera y me la hubieran adjudicado. Asíate conmigo.

Este ofrecimiento puso de mal humor a Julián, porque no se avenía con su locura. Durante la cena, que los dos amigos se prepararon como los héroes de Homero, pues Fouqué vivía solo, enseñó las cuentas a Julián para demostrarle las ventajas del comercio de madera. Fouqué tenía el mejor concepto de los talentos y del carácter de Julián.

Cuando éste se encontró solo en el cuartito de tablas de abeto, se dijo a sí mismo: Ciertamente aquí podría ganar algunos miles de francos, y luego volver a emprender con ventaja la carrera de

las armas o la de la iglesia, según la que en el momento esté de moda en Francia. El pequeño peculio que ahorrarse vencería las dificultades menudas. Solo en estas montañas podría estudiar las cosas que ocupan a todos esos hombres de salón y que yo ignoro en absoluto. Pero Fouqué no quiere casarse; me repite que es desgraciado en esta soledad. Luego es evidente que si quiere un asociado que no tiene dinero, y, por tanto, nada aporta al comercio, es con la esperanza de procurarse un compañero que no le abandone.

—¿Sería yo capaz de engañar a mi amigo?— exclamó Julián con mal humor.

Y aquel ser, cuya norma de conducta estaba fundamentada en la hipocresía y la carencia de todo sentimiento amable, no pudo soportar la idea de la menor falta de delicadeza respecto a un hombre que le quería.

Súbitamente, Julián se sintió feliz. Tenía una razón para no aceptar. Perdería inútilmente siete u ocho años, llegaría a los veintiocho; ¡pero a esta edad Bonaparte ya había hecho las cosas más hermosas de su vida! Después de haber ganado oscuramente algún dinero con el corretaje de madera, y haciéndome acreedor al favor de alguno de estos bribones de segunda fila, ¿quién me asegura que conservaré el fuego sagrado necesario para crearse un nombre?

Al día siguiente por la mañana, Julián respondió con gran sangre fría al buen Fouqué—quien creía un hecho lo de la sociedad—que su vocación



por el santo ministerio no le permitía aceptar. Fouqué no podía salir de su asombro.

—Pero, piénsalo—repetía—; mira que te asocio conmigo o, si lo prefieres, te doy cuatro mil francos al año. ¿Prefieres volver a casa de ese M. De Renal, que te desprecia como al barro de sus zapatos? ¿Quién te quita de entrar en el seminario una vez que tengas cien luises en el bolsillo? Te diré más: yo me encargo de procurarte el mejor cura del país. Porque—añadió Fouqué bajando la voz—yo sirvo la leña a monsieur..., monsieur..., monsieur... Les proveo de roble de primera, que me pagan como si fuera madera blanca; pero nunca he colocado mejor el dinero.

La vocación de Julián fué inflexible. Fouqué concluyó por creerle algo loco. El tercer día, muy de mañana, Julián se despidió de su amigo para pasar el día en los roquedos de la montaña. Buscó su gruta, pero no gozó en ella de tranquilidad; los ofrecimientos de su amigo se la habían arrebatado. Lo mismo que Hércules, se encontraba, sino entre el vicio y la virtud, entre la medianía de un bienestar seguro y los sueños heroicos de su juventud.

—No tengo firmeza—se decía—, y era ésta la duda que le causaba más dolor. No soy de la madera de donde salen los grandes hombres, puesto que temo que ocho años, empleados en ganarme el pan, puedan arrebatarme la energía sublime que empuja a las cosas extraordinarias.

## CAPITULO XIII

## Las medias caladas.

Una novela es un espejo  
con el que caminamos por  
una senda.

SAINT-REAL.

Cuando Julián divisó las pintorescas ruinas de la antigua iglesia de Vergy, se dió cuenta de que desde la antevíspera no había pensado una sola vez en Mme. De Rena!

—El otro día, al marcharme, esta mujer me recordó la distancia infinita que nos separa; me trató como al hijo de un obrero. Sin duda quiere demostrar su arrepentimiento por haberme dado la mano la noche anterior... ¡Y qué mano tan bonita! ¡Y qué encanto, qué nobleza hay en la mirada de esta mujer!

La posibilidad de ganar dinero con Fouqué facilitaba los razonamientos de Julián; no los veía desvirtuados, como de costumbre, por la irritación que le producía el pensar en su pobreza y en lo humilde de su cuna. Colocado en un nivel más alto, se sentía capaz de juzgar y dominar, por decirlo así, la extrema pobreza y el bienestar que él llamaba riqueza. No juzgaba su posición como un filósofo, pero veía claro y se sentía "diferente" después de aquel viaje al monte.

Le chocó mucho la turbación extrema con que

Mme. De Renal escuchó el relato de los incidentes de su viaje, que ella misma le pidiera.

Fouqué había tenido algunos proyectos de matrimonio, amores desgraciados; los dos amigos hablaron largamente de ellos. Después de creerse feliz, Fouqué se había dado cuenta de que no le querían. Aquellas historias habían asombrado un poco a Julián; le enseñaron muchas cosas nuevas. Su vida solitaria, toda imaginación y desconfianza, le había hecho alejarse de todo lo que pudieran abrirle los ojos.

Durante su ausencia, la vida fué para Mme. De Renal una serie no interrumpida de suplicios intolerables; estaba realmente enferma.

—Supongo—le dijo Mme. Derville cuando llegó Julián—que, enferma como estás, no pensarás salir esta noche al jardín; el aire húmedo te sentaría mal.

Madame Derville veía con extrañeza que su amiga, a quien siempre estaba riñendo su marido por su extremada sencillez en el vestir, se había comprado medias caladas y unos preciosos zapatos, llegados de París. Durante tres días, la única distracción de Mme. De Renal fué cortar y hacer que Elisa confeccionara rápidamente un vestido de verano, de una tela muy linda, de última moda. En cuanto estuvo concluido, poco después de la llegada de Julián, Mme. De Renal se lo puso. Su amiga ya no tenía la menor duda.

—¡La pobre está enamorada!—se dijo madame Derville.



Entonces comprendió los síntomas singulares de su enfermedad.

La vió hablar con Julián. La palidez más intensa sucedía al rubor más vivo. La ansiedad se pintaba en sus ojos, que no se apartaban de los del joven preceptor. Madame de Renal esperaba que de un momento a otro se explicaría, anunciando que se marchaba de la casa. Julián no dijo una palabra de este asunto, en el que ni siquiera pensaba.

Después de un rudo combate interior, Mme. De Renal se atrevió a decirle con voz temblona en la que reflejaba toda su pasión:

—¿Dejará usted a sus discípulos para irse a otra parte?

Julián quedóse cortado ante la voz y la mirada de Mme. De Renal.

—Esta mujer me ama—pensó—; pero en cuanto pase este momento de flaqueza y cuando no tema que me marche, recobrará su orgullo.

La visión de la posición de ambos fué en Julián rápida como un reiámpago; respondió vacilante:

—Tendría mucha pena al dejar a unos niños tan amables, “tan bien nacidos”; pero quizá me vea obligado a ello. También uno tiene deberes consigo mismo.

Al pronunciar la frase “tan bien nacidos” (era una de las frases aristocráticas que aprendiera hacía poco), Julián procuró darle una expresión molesta.

—Ante los ojos de esta mujer—pensó—, yo no soy bien nacido.

Madame de Renal, al escucharle, admiraba su carácter, su belleza; tenía el corazón destrozado ante la idea de la posibilidad de su partida. Todos sus amigos de Verrières, que habían estado a comer en Vergy mientras la ausencia de Julián, la habían felicitado por el hombre admirable que su marido había sacado de la nada. Y no es que se dieran cuenta de los adelantos de los niños. El hecho de saber latín y de recitar de memoria la Biblia produjo una admiración en Verrières que quizá dure un siglo.

Como Julián no hablaba con nadie, ignoraba esto. Si Mme. De Renal hubiese sido dueña de sí, le habría felicitado por la reputación adquirida, y, una vez tranquilo en su orgullo, Julián hubiese sido para ella dulce y amable, tanto más cuanto que el vestido nuevo le parecía muy bien. Madame de Renal, satisfecha también con su lindo vestido y con lo que de él le dijo Julián, quiso dar una vuelta por el jardín; a poco, convencióse de que no podía dar un paso. Se había cogido del brazo del viajero, y su contacto, lejos de darle fuerzas, se las había quitado por completo.

Era de noche; apenas estuvieron sentados, cuando Julián, usando de su antiguo privilegio, acercó sus labios al brazo de su linda vecina y le cogió la mano. Pensaba en el atrevimiento de Fouqué con sus queridas, y no en Mme. De Renal; la frase "bien nacidos" pesaba aún en su corazón.

Ella le apretó la mano, cosa que no le produjo ningún placer. Lejos de sentirse orgulloso, o, por lo menos, de agradecer el sentimiento que madame de Renal le demostraba bien claramente aquella noche, permaneció insensible a la belleza, la frescura, la elegancia. La pureza de alma, la ausencia de toda emoción rencorosa, prolongan, sin duda, la juventud. La fisonomía es lo que envejece antes en la mayoría de las mujeres bonitas.

Julián estuvo desagradable toda la velada; hasta entonces, su rabia era contra la sociedad y el destino; pero desde que Fouqué le ofreciera un medio innoble de llegar a la holgura, se sentía irritado contra sí mismo. Entregado a sus propios pensamientos, aun cuando dirigía la palabra alguna vez a las señoras, Julián concluyó, sin darse cuenta, por soltar la mano de Mme. De Renal. Este hecho fué para la pobre mujer la revelación de su suerte.

Segura del cariño de Julián, quizá hubiese encontrado fuerzas contra él en su propia virtud. Temblando ante el temor de perderle para siempre, su pasión la extravió hasta tal punto, que volvió a coger la mano que Julián, distraídamente, apoyaba en el respaldo de una silla. Este movimiento despertó al joven ambicioso: hubiese deseado que fueran testigos de él todos aquellos nobles, tan altaneros, que en la mesa le miraban con una sonrisa protectora, al verle en un extremo con los niños.

—Esta mujer no puede despreciarme—se dijo—.



En este caso, yo tengo que ser sensible a su belleza; estoy obligado a ser su amante.

Tal idea no se le había ocurrido antes de las inocentes confidencias de su amigo.

La decisión súbita que acababa de tomar le produjo agrado. Pensaba:

—Es preciso que una de estas dos mujeres sea mía.

Se percató de que hubiera preferido cortejar a Mme. Derville, y no es que fuera más agradable; pero ella lo vió siempre como preceptor honrado por su ciencia, y no conocía al obrero carpintero, con su chupa de ratina debajo del brazo, en la guisa como él se había presentado ante madame de Renal.

Y precisamente así, como un obrero tímido, rojo hasta el blanco de los ojos, parado ante la puerta de la casa y sin atreverse a llamar, es como le recordaba con más gusto Mme. De Renal.

Examinando su situación, Julián vió que no había que pensar en la conquista de Mme. Derville, que quizá se daba cuenta de la predilección de Mme. De Renal.

—Obligado a volver a ésta—se decía Julián—, ¿qué conozco del carácter de tal mujer? Sólo sé que, antes de mi viaje, le cogí la mano y la retiró; hoy retiro la mía, y ella la coge y la estrecha. Bonita ocasión para devolverle el desprecio que me mostró. ¡Sabe Dios cuántos amantes habrá tenido! Quizá se decide en mi favor por lo fácil que le será verme.

¡Tal es, ¡ay!, la desgracia de la demasiada civilización! A los veinte años, el alma de un joven, si está educado, no siente ese impulso natural sin el cual el amor no es más que el más fastidioso de los deberes.

—Me interesa tanto más conquistar a esta mujer—pensaba la vanidad mezquina de Julián—, cuanto que, si alguna vez hago fortuna y alguien me reprochase el haber sido preceptor, podría dar a entender que el amor me había impulsado a ello.

Julián separó de nuevo su mano de la de madame de Renal; después volvió a cogerla, apretándosela. Al entrar al salón hacia media noche, ella le dijo a media voz:

—¿Se marchará usted, me dejará usted?

Julián respondió con un suspiro:

—Necesariamente tendré que marcharme, pues la amo a usted con pasión, y esto es un pecado... ¡Y qué pecado para un sacerdote!

Madame de Renal se apoyó en su brazo con tanto abandono, que en sus mejillas sintió el aliento de Julián.

La noche que pasaron aquellos dos seres fué muy distinta. Madame de Renal se hallaba exaltada por los transportes de la más exquisita voluptuosidad moral. Una joven coqueta, que comienza aún niña los lances de amor, pronto se habitúa a la turbación natural en quien lo siente, y cuando llega a la edad de la pasión verdadera, no encuentra ningún nuevo encanto. Como Mme. De Renal nunca había leído novelas, todos los matices

de su dicha eran desconocidos para ella. No empañaba su encanto ninguna triste verdad, ni el espectro del porvenir siquiera. Consideraba que, pasados diez años, sería tan feliz como en aquel momento. La idea de la virtud y de la fidelidad jurada a M. De Renal, que días atrás la agitara, apenas apareció en su mente fué rechazada como huésped importuno.

—No concederé ningún favor a Julián—pensó Mme. De Renal—. Viviremos siempre como hasta aquí. Será un amigo.

## CAPITULO XIV

### Las tijeras inglesas.

Una joven de diez y seis años tenía mejillas de rosa y se untaba colorete.

POLIDORI.

El ofrecimiento de Fouqué hizo a Julián completamente desgraciado; no podía decidirse a nada.

¡Indudablemente no tengo carácter! Hubiera sido un mal soldado de Napoleón. Pero al menos—pensó—la intriga con la dueña de la casa me distraerá un rato.

Felizmente para él, aun en este incidente secundario, el fondo de su alma no marchaba de acuerdo con su lenguaje. Tenía miedo de madame de Renal a causa de su lindo vestido. Este vestido era, a sus ojos, como la vanguardia de París.



Su orgullo no quiso dejar nada al azar y a la inspiración del momento. Guiado por las confianzas de Fouqué y por lo poco que aprendiera de amor en sus lecturas de la Biblia, se trazó un minucioso plan de campaña. Y como, sin confesar-selo, sentía gran azoramiento, escribió el plan.

Al día siguiente, por la mañana, Mme. De Renal quedóse un momento sola con él en el salón.

—¿No tiene usted más nombre que Julián?— le dijo.

Nuestro héroe no supo qué responder a aquella pregunta tan halagadora. Era una circunstancia no prevista en el plan. Si no hubiese cometido la tontería de trazarse un plan, su imaginación viva le habría sido muy útil, y la sorpresa un acicate para sus respuestas.

Fué torpe y exageróse a sí mismo su torpeza, Madame de Renal se la perdonó en seguida. Sólo vió en ella el efecto de un candor admirable. Y precisamente lo que siempre echara de menos en aquel hombre, a quien atribuía todas las cualidades del genio, era el candor.

—Tu preceptor me inspira una gran desconfianza—le decía algunas veces Mme. Derville—. Me parece que piensa demasiado y obra con mucha política. Es un cazurro.

Julián se sintió profundamente humillado por no haber sabido qué responder a Mme. De Renal.

—Un hombre como yo tiene el deber de reparar su torpeza. Y aprovechando el momento en que pa-

saban de una habitación a otra, creyóse obligado a dar un beso a Mme. De Renal.

Nada más inoportuno, menos agradable y más imprudente para los dos. Por poco los ven. Madame de Renal le supuso loco. Se asustó y se asombró. Aquella tontería le recordó a M. Valenod.

¿Qué ocurriría si estuviese sola con él?—se dijo—. Al eclipsarse el amor, reaparecía toda su virtud.

Procuró que uno de los niños estuviese siempre con ella.

El día fué muy fastidioso para Julián, que lo pasó entero tratando torpemente de poner en práctica un plan de seducción. No miró una sola vez a Mme. de Renal sin que su mirada no tuviese una intención; pero no fué tan majadero que no se diera cuenta de que no consiguió hacerse amable y, mucho menos, seductor.

Madame de Renal no salía de su asombro al verle tan torpe y al mismo tiempo tan atrevido. ¡Es la timidez del amor en un hombre de talento! —se dijo, con gran alegría—. ¿Será posible que no haya sido nunca amado por mi rival?

Después del almuerzo, Mme. De Renal volvió al salón para recibir a M. Charcot de Maugiron, el subprefecto de Bray. Trabajaba en un bastidor de tapicería muy alto. Madame Derville estaba a su lado. En tal postura, y a plena luz, fué cuando nuestro héroe juzgó conveniente adelantar un pie y pisar el muy lindo de Mme. De Renal, cuyos zapatitos de París y las medias caladas atraían

seguramente las miradas del galante subprefecto.

Madame de Renal sintió un miedo horrible; dejó caer las tijeras, el ovillo de lana, las agujas; y el movimiento de Julián pudo pasar por una torpeza al querer evitar la caída de las tijeras. Felizmente, éstas, que eran de acero, se rompieron, y Mme. De Renal se extendió en lamentaciones porque Julián no hubiese estado más cerca de ella.

—Había usted advertido antes que yo que se caían, hubiera usted podido evitarlo y, por el contrario, su celo sólo ha servido para darme un gran pisotón.

La explicación engañó al subprefecto, pero no a Mme. Derville.

—¡Este muchacho es bastante tonto!—pensó—. En la sociedad provinciana no se perdona esta clase de faltas. Madame de Renal encontró oportunidad de decir a Julián:

—Hágame usted el favor de ser prudente; se lo ordeno.

Julián estaba de un humor de perros al ver su torpeza. Largo rato estuvo deliberando sobre si debía molestarse por la frase "Se lo ordeno". Y fué bastante tonto para pensar: Podría decirme "Se lo ordeno" si se tratase de algo relativo a la educación de los chicos; pero en el momento que corresponde a mi amor, supone la igualdad. No se puede amar sin "igualdad"... y dedicó todo su ingenio a reflexiones vulgares sobre este tema. Se



repetía con rabia un verso de Corneille, que días antes le enseñara Mme. Derville:

"... L'amour  
Fait les égalités et ne les cherche pas." (1)

Julián se obstinaba en hacer el papel de Don Juan, y como no había tenido nunca una querida, fué un majadero rematado durante todo el día. Sólo tuvo una idea feliz; aburrido de sí mismo y de Mme. De Renal, veía con espanto acercarse el momento en que habría de estar sentado junto a ella en la obscuridad del jardín. Dijo a M. De Renal que quería ir a Verrières a ver al cura; se marchó después de la comida, y volvió por la noche.

En Verrières, Julián encontró a M. Chelan de mudanza; por fin había sido destituido, y ocupaba su puesto el vicario Maslon. Julián ayudó al buen cura y tuvo la idea de escribir a Fouqué diciéndole que la vocación irresistible que sentía por el sagrado ministerio le había impedido aceptar sus ofrecimientos; pero que acababa de ver un ejemplo tan palmario de injusticia, que quizá fuese más beneficioso para su salvación no entrar en el sacerdocio.

Julián consideró un rasgo de finura de espíritu el sacar partido de la destitución del cura de Verrières para dejar la puerta abierta y poder volver al comercio, si la triste prudencia vencía al heroísmo.

(1) El amor hace iguales, no los busca.

## CAPITULO XV

## El canto del gallo.

Amour en latin faict amor.  
 Or donc provient d'amour la mort,  
 Et, par avant, souley qui mord,  
 Deull, plkurs, pieges, forzalz, remord... (1).

BLASON D'AMOUR.

Si Julián hubiera sido tan diestro como vanamente suponía, habría podido vanagloriarse al día siguiente del efecto producido por su viaje a Verrières. Su ausencia hizo olvidar sus torpezas. Aquel día también estuvo bastante inoportuno; por la noche le ocurrió una idea ridícula, y se la comunicó a Mme. De Renal con gran osadía.

Apenas estuvieron instalados en el jardín, sin esperar a que fuese completamente obscuro, Julián acercó su boca al oído de Mme. De Renal y, a riesgo de comprometerla seriamente, le dijo:

—Señora: esta noche, a las dos, iré a su cuarto; tengo que hablarla.

Julián temía recibir una negativa; su papel de seductor le pesaba tanto, que de buena gana se hubiese retirado a su cuarto y no habría visto más a aquellas señoras. Comprendía que, con su conducta de la víspera, había echado a perder todas las hermosas apariencias del día anterior, y no sabía realmente a qué santo encomendarse.

(1) Amor en latín se dice amor.  
 Del amor viene la muerte.  
 Y antes también, zozobra que muerde,  
 Duelo, llanto, acechanza, crimen, remordimiento.

Madame de Renal respondió con verdadera indignación al anuncio impertinente que Julián se atrevió a hacerle. El creyó ver el desprecio reflejado en su respuesta, cortada y seca. Y seguramente en ella, dicha en voz muy baja, apareció la frase: "¡Qué asco!". So pretexto de decir alguna cosa a los niños, Julián se fué a su cuarto, y, a la vuelta, se sentó al lado de Mme. Derville y lejos de madame de Renal. De este modo alejó la posibilidad de cogerle la mano. La conversación fué seria, y Julián salió airoso de ella, salvo algunos momentos de silencio empleados en estrujarse el cerebro. ¿Qué maniobra podría yo inventar para que madame de Renal me diera las muestras inequívocas de cariño que hace dos días me hacían suponerla dispuesta a ser mía?

Julián se sentía desconcertado ante el giro que tomaban sus asuntos. Y, sin embargo, el triunfo le hubiera aburrido en extremo.

Al separarse a media noche, su pesimismo le hizo creerse despreciado de Mme. Derville y poco menos de Mme. De Renal.

De muy mal humor y humillado a más no poder, Julián no durmió nada. Muy lejos de él la idea de renunciar a sus proyectos y vivir a lo que saliere con Mme. De Renal, contentándose como un chiquillo con la felicidad que le proporcionase cada día.

Se torturaba el cerebro inventando maniobras ingeniosas, que un instante después encontrabā absurdas; en una palabra, se creía verdaderamente



desgraciado cuando dieron las dos en el reloj del castillo.

El sonido de la campana le despertó, como el canto del gallo despertó a San Pedro. Vió que era llegado el suceso más penoso de su vida. Al notar lo mal recibida que fué su proposición, no había vuelto a pensar en ella.

—Le dije que iría a su cuarto a las dos—pensé, levantándose—. Puedo ser inexperto y grosero, como buen hijo de campesino—Mme. Derville me lo ha dado a entender muchas veces—; pero, al menos, no seré débil.

Julián tenía motivos para alabarse de su valor: en su vida se había hecho mayor violencia. Al abrir la puerta de su cuarto temblaba de tal modo, que sus rodillas se doblaban y tuvo que apoyarse en la pared.

Iba descalzo. Se acercó a la puerta de M. De Renal y oyó sus ronquidos. Tuvo un gran desencanto. No cabía pretexto alguno para dejar de ir al cuarto de ella. Pero ¡Dios mío!, ¿qué haría cuando estuviese allí? No tenía ningún proyecto, y aun cuando lo hubiese tenido, se sentía tan turbado que no habría estado en disposición de seguirle.

Por fin, más angustiado que si le condujesen al patíbulo, atravesó el pasillo que le separaba del cuarto de Mme. De Renal. Abrió la puerta con mano temblorosa y haciendo un ruido espantable.

Había luz; una lamparilla ardía sobre la chimenea. No esperaba este nuevo contratiempo. Al verle entrar Mme. De Renal se tiró de la cama.

—¡Desgraciado!—exclamó.

Hubo un momento de desconcierto. Julián olvidó sus vanos proyectos y volvió a su papel natural; no agradar a una mujer tan encantadora, le pareció la mayor de las desgracias. A sus reproches respondió echándose a sus pies y abrazándose a sus rodillas. Y como ella le hablara muy duramente, se echó a llorar con toda su alma.

Unas horas después, cuando Julián salió del cuarto de Mme. De Renal, podía decirse, en estilo de novela, que no tenía nada que desear. En efecto, debía al amor que había inspirado y a la impresión inesperada que en él produjeran encantos seductores, una victoria que no le hubiese proporcionado nunca su habilidad inhábil.

Pero aun en los momentos más dulces, víctima de un orgullo tonto, pretendió representar el papel de hombre conquistador: hizo cuanto pudo por malograr lo que en él había de agradable. En lugar de atender solamente a los transportes de gozo que despertaba y a los remordimientos que eran su consecuencia, la idea del "deber" no se apartaba de su pensamiento. Temía al remordimiento horrible y al eterno ridículo si se separaba un punto del modelo que se trazara previamente. En una palabra: lo que le hacía un hombre superior fué precisamente lo que le impidió disfrutar del placer que se encontraba al paso. Era como una muchacha de quince años, con mejillas de rosa, que, para ir al baile, se da colorete.

Aterrada por la aparición de Julián, Mme. De

Renal fué presa de la más cruel alarma. Las lágrimas y la desesperación del preceptor la turbaban profundamente.

Cuando ya no tenía nada que negarle, le rechazaba con violencia, indignada realmente, y en seguida volvía a caer en sus brazos. Su conducta no obedecía a plan alguno. Se creía condenada sin remisión, y trataba de alejar la vista del infierno, colmando de caricias a Julián. En una palabra: si hubiera sabido saborearla, nada habría faltado a la felicidad de nuestro héroe, ni siquiera la sensibilidad ardiente en la mujer que acababa de entregársele. La marcha de Julián no calmó en nada la alegría de ella, ni acalló los remordimientos que destrozaban su alma.

—¡Dios mío! Ser feliz, ser amado, ¿no es mas que esto?

Tal fué el primer pensamiento de Julián al entrar en su cuarto. Se hallaba en ese estado de estupor y de agitación interior en que se sume el alma, al lograr lo tanto tiempo deseado.

Tiene el espíritu el hábito de desear; ya no desea, y, sin embargo, no tiene recuerdos. Al igual que el soldado que retorna de la parada, Julián repasó en su imaginación todos los detalles de su conducta: “¿No habré faltado a nada de lo que me debo a mí mismo? ¿Habré representado bien mi papel?”.

¿Y qué papel? El de un hombre acostumbrado a ser galante con las mujeres.



## CAPITULO XVI

## Al día siguiente.

He turn'd his lip to hers, and with his hand  
Call'd back the tanglés of rer wandering halt (1).

*Don Juan. C. I., st. 170.*

Afortunadamente para el triunfo de Julián, madame de Renal sentíase demasiado agitada, demasiado conmovida, para darse cuenta de la necedad del hombre que en un momento se había adueñado de su vida.

Cuando al amanecer le rogaba que se fuese de su cuarto, diciendo: "¡Dios mío! Si mi marido ha oído ruido estoy perdida", Julián, que se sentía capaz de hacer frases, le dijo:

—¿Sentiría usted morir?

—Mucho en este momento; pero no sentiría haberle conocido.

Julián creyó caso de dignidad el marcharse de día claro y con imprudencia.

El especial cuidado con que estudiaba sus menores acciones en la idea descabellada de aparecer como un hombre de experiencia, tuvo una ventaja: cuando vió a Mme. De Renal en el almuerzo, su conducta fué modelo de prudencia.

Ella, en cambio, no podía mirarle sin enrojecer hasta los ojos, y no podía pasar un minuto sin

(1) Oprimió los labios de ella con sus labios, y con la mano, las marañas de su flotante cabellera.

mirarle; al advertir su azoramiento, los esfuerzos por ocultarle le hacían mayor. Julián sólo la miró una vez. Al principio, Mme. De Renal admiró su prudencia; pero luego, al ver que no se repetía la mirada, se sintió inquieta.

—¿Será que no me ama?—pensó—. ¡Soy muy vieja para él! ¡Tengo diez años más!

Al pasar del comedor al jardín, estrechó la mano de Julián. En la sorpresa que le causó una prueba de amor tan notoria, él la miró con pasión. Le había parecido muy guapa, y durante el almuerzo, aun cuando tenía los ojos bajos, había estado considerando sus encantos. Aquella mirada consoló a madame De Renal; no le quitó por completo la inquietud; pero, en cambio, ésta no le dejó lugar para los remordimientos.

En el almuerzo, el marido no se dió cuenta de nada; pero no le ocurrió lo mismo a madame Derville, quien supuso a Mme. De Renal a punto de caer. Durante todo el día procuró, con medias palabras, hijas de su amistad sincera, pintarle con los colores más vivos el peligro que corría.

Madame de Renal ardía en deseos de encontrarse a solas con Julián; quería preguntarle si aún la quería. A pesar de la dulzura inalterable de su carácter, cien veces estuvo a punto de decir a su amiga que pecaba de importuna.

Por la noche, en el jardín, Mme. Derville arregló las cosas de modo que se colocó entre Julián y Mme. De Renal. Ésta, que sólo pensaba en la delicia de estrechar la mano de Ju-

lián, y aun llevársela a los labios, no pudo dirigirle la palabra en toda la noche.

Tal contratiempo aumentó su agitación. Sentía un gran remordimiento. Riñó tanto a Julián por su atrevimiento al ir á su cuarto la noche anterior, que temía no volviera. Se retiró temprano del jardín y fué a instalarse en su habitación. Pero no pudiendo contener su impaciencia, fué a escuchar a la puerta de la de Julián. A pesar de la incertidumbre y de la pasión que la devoraban, no se atrevió a entrar. Aquella acción le hubiera parecido la última de las bajezas, pues sirve de tema a un dicho corriente en provincias.

Aún no se habían acostado todos los criados. La prudencia la obligó a volver a su cuarto. Dos horas de espera, fueron dos siglos de tormento.

Pero Julián era demasiado fiel a lo que él consideraba como un deber para no ejecutar, punto por punto, el plan preconcebido.

Al dar la una, salió silencioso de su cuarto; aseguróse de que el amo de la casa dormía profundamente, y apareció en el de Mme. De Renal. Esta vez se sintió más feliz al lado de su amiga, pues pensó menos en el papel que representaba. Tuvo ojos para ver y oídos para escuchar. Lo que le dijo Mme. De Renal de su edad contribuyó a darle seguridad.

--¡Tengo diez años más que usted! ¿Me podría usted amar a pesar de ello?—le repetía sin pensarlo y únicamente porque esta idea era una obsesión en ella.



Julián no concebía aquella preocupación; pero vió que era un hecho, y perdió el miedo a parecer ridículo.

También desapareció de su mente la idea absurda de ser considerado como un amante subalterno a causa de su origen. A medida que las muestras de cariño de Julián tranquilizaban a su tímida querida, ella se sentía feliz y capaz de juzgar a su amante. Felizmente, este día no tomó ese aire molesto y fingido que de la cita de la víspera hizo una victoria más que un placer. Si ella se hubiese dado cuenta del empeño de él en representar un papel, su felicidad habría desaparecido para siempre. Lo hubiera considerado efecto de la desproporción en los años.

Aun cuando Mme. De Renal no pensara nunca en las teorías del amor, la diferencia de edad y la de fortuna es uno de los lugares comunes, tema de todos los chistes, al tratarse de cuestiones de amor, en provincias especialmente.

A los pocos días, Julián, dominado por el ardor de su edad, estaba enamorado locamente.

—Hay que convenir—se decía—que es un ángel y que no puede ser más bonita.

Se había olvidado casi por completo del papel. En un momento de abandono llegó hasta confesar sus inquietudes. Esta confidencia aumentó la pasión que inspiraba.

—¡No he tenido ninguna rival feliz!—se decía Mme. De Renal con delicia.

Se atrevió hasta interrogarle acerca del re-

trato que tanto le interesaba; Julián le juró que era de un hombre.

Cuando Mme. De Renal tenía la sangre fría necesaria para reflexionar, no salía de su asombro pensando que existiera en el mundo aquella felicidad y que no lo hubiera sospechado.

—¡Ah!—se decía—. ¡Si yo hubiera conocido a Julián hace diez años, cuando aún podía pasar por bonita!

Julián estaba muy lejos de estos pensamientos. En su amor había mucha ambición; era la alegría de poseer una mujer tan noble y tan bella, él, pobre hombre tan desgraciado y despreciado. Sus entusiasmos a la vista de los encantos de ella y sus actos de adoración, acabaron por tranquilizarla respecto a la diferencia de edad. Si hubiera tenido algo de la experiencia que toda mujer de treinta años tiene en otros sitios más civilizados, habría temido por la duración de un amor que sólo vivía de la sorpresa y de la satisfacción de amor propio.

En los momentos en que olvidaba sus ambiciones, Julián admiraba encantado hasta los sombreros, hasta los trajes de Mme. De Renal. No se cansaba de aspirar su perfume. Abría el armario de espejo y pasaba horas enteras admirando la belleza de todo lo que había en él. Su amiga le miraba apoyada en su hombro; él contemplaba todas las alhajas, los trapos, las chucherías que en la víspera del matrimonio componen la canastilla de una novia.

¡Me hubiera podido casar con un hombre como éste!—pensaba algunas veces Mme. De Renal—. ¡Qué alma de fuego! ¡Qué deliciosa la vida con él! Julián nunca había estado tan cerca de los terribles instrumentos de la artillería femenina. Es imposible, se decía, que en París se encuentre nada más bello. Entonces no tenía nada que decir de su felicidad. A veces, la admiración sincera y el entusiasmo de su querida, le hacían olvidar la teoría estúpida que le hiciera tan mesurado y casi ridículo en los primeros días de sus relaciones. Había momentos en que, a pesar de sus hábitos de hipocresía, sentía un gran placer en confesar a aquella gran dama su ignorancia de una multitud de usos y costumbres. La posición de su querida parecía elevarle sobre sí mismo. Madame de Renal, por su parte, sentía la más dulce voluptuosidad moral en enseñar todos aquellos detalles a un hombre de quien todos pensaban que llegaría muy lejos. El mismo subprefecto y monsieur Valenod, no podían menos de admirarle, y por ello le parecían menos tontos. Madame Derville no participaba de los mismos sentimientos. Desesperada de lo que creía adivinar, y viendo que los sanos consejos eran odiosos para una mujer que había perdido la cabeza, se marchó de Vergy sin dar una explicación, que nadie le pidió tampoco. Madame de Renal vertió algunas lagrimitas al despedirla, pero luego se sintió doblemente feliz. Con aquella marcha estaba casi todo el día a solas con su amante.



Julián encontraba tanto más placer en la sociedad de su amiga, cuanto que estando solo no podía menos de sentirse agitado por la fatal proposición de Fouqué. En los días primeros de esta vida nueva, él, que nunca había amado, que nunca fué querido de nadie, tuvo momentos en que sintió un verdadero placer en ser sincero, y estuvo a punto de confesar a Mme. De Renal la ambición que hasta entonces fuera como la esencia de su ser. Hubiera querido poder consultarle sobre la extraña tentación que le producía la oferta de Fouqué, pero un suceso insignificante alejó toda ocasión de franqueza.

## CAPITULO XVII

### El primer adjunto.

O, how this spring of love ressembleth  
The uncertain glory of an April day;  
Which now shows all the beauty of the sun  
And by and by a cloud takes all away! (1).

*Los dos caballeros de Verona.*

Una tarde, a la puesta del sol, sentado junto a su amiga, lejos de los importunos, al extremo de la huerta, soñaba profundamente. ¿Durarán siempre estos instantes tan dulces?—pensaba—. En su alma no cabía más preocupación que la de crearse un porvenir, y deploraba la gran des-

---

(1) ¡Cuánto este brote del amor recuerda de los días de abril la incierta gloria, que ya destellan con la luz del sol o se nublan de pronto!

gracia que trunca la infancia y destroza los primeros años de la juventud pobre.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Napoleón fué el hombre enviado por Dios para los franceses! ¿Quién le reemplazará? ¿Qué harán sin él los desgraciados, más ricos que yo muchos, que tienen lo justo para educarse convenientemente, pero que no poseen dinero suficiente para comprar un hombre a los veinte años y dedicarse a una carrera? Hágase lo que se haga—añadió suspirando profundamente—, este recuerdo fatal nos impedirá ser felices.

De repente vió que Mme. De Renal fruncía el entrecejo y tomaba un aire frío y desdeñoso; aquella manera de pensar sólo era propia de un criado. Educada en la idea de que era muy rica, le parecía cosa convenida que Julián también lo era. Le amaba mil veces más que a su vida y no pensaba para nada en el dinero.

Julián estaba muy lejos de adivinar aquellas ideas. Aquel fruncimiento de cejas le volvió a la realidad. Tuvo bastante presencia de ánimo para corregir su frase y dar a entender a la noble dama, que estaba sentada a su lado, sobre el césped, que las palabras que acababa de decir las oyó en su viaje a casa de su amigo el tratante en maderas. Era el razonamiento de los impíos.

—Bueno, pues no vuelva usted a reunirse con esas gentes—dijo Mme. De Renal, todavía con aquel aire de frialdad que había sucedido repentinamente a la expresión de una profunda ternura.

Aquel fruncimiento de cejas, o más bien el remordimiento por su imprudencia, fué el primer golpe que recibiera la ilusión que embargaba a Julián. Y se dijo: Es buena y dulce, le gusto extraordinariamente; pero está educada en el campo enemigo. Ellos temen, sobre todo, a esta clase de hombres de corazón, que, bien educados, no tienen bastante dinero para emprender una carrera. ¿Qué sería de estos nobles si pudiéramos combatir con las mismas armas? Yo, por ejemplo, alcalde de Verrières, y honrado como lo es en el fondo M. De Renal, ¿qué tardaría en desenmascarar al vicario y a M. Valenod con todas sus bribonadas? Entonces triunfaría la justicia en Verrières. No se me opondría seguramente su talento. Siempre marchan a tientas.

Aquel día, la felicidad de Julián estuvo a punto de ser duradera. Lo que le faltó a nuestro héroe fué la osadía de ser sincero. Debió tener el valor de dar la batalla; pero allí mismo. Madame de Renal se asombró de la frase de Julián, porque las gentes de su sociedad repetían constantemente que sería posible la vuelta de Robespierre, gracias a todos aquellos jóvenes de las clases inferiores que se educaban bien. El aspecto de frialdad en Mme. De Renal duró bastante tiempo, y a Julián le pareció muy marcado.

Es que el temor de haberle dicho indirectamente una cosa desagradable, sucedió en ella a la repugnancia por la mala idea. Este temor se reflejó vivamente en sus rasgos, tan sencillos y



puros cuando era feliz y estaba lejos de los importunos.

Julián no se atrevió más a soñar despierto. Más tranquilo y menos enamorado, consideró imprudente ir a ver a Mme. De Renal a su cuarto. Más valía que ella fuese al suyo; pues si un criado la sorprendía corriendo por la casa, había mil pretextos que pudieran explicar la cosa naturalmente.

Pero aquel arreglo también tenía sus inconvenientes. Fouqué había enviado a Julián algunos libros que él, dedicado a la teología, no hubiese podido pedir a un librero. No se atrevía a abrirlos mas que por la noche. Muchas veces habría preferido no ser interrumpido por una visita, cuya espera, la víspera misma de la escena de la huerta, le hubiese tenido en un estado incapaz de dedicarse a la lectura.

A Mme. De Renal debía el comprender los libros de un modo completamente nuevo. Se había atrevido a preguntarle una porción de cosas, cuya ignorancia es un obstáculo para la inteligencia de un joven educado fuera de la sociedad, por mucho genio que quiera suponérsele.

Esta educación del amor, recibida de una mujer, a su vez ignorante en extremo, fué una ventaja. Julián llegó directamente a ver la sociedad tal y como es hoy. Su imaginación no se vió ofuscada por el relato de lo que fué en otras épocas, hace dos mil años, o hace sesenta solamente, en tiempo de Voltaire y de Luis XV. Con gran ale-

gría por su parte, de sus ojos cayó un velo, y por fin comprendió las cosas que pasaban en Verrières.

En primer término, aparecieron las complicadas intrigas urdidas desde dos años atrás en derredor del prefecto de Besançon. Se apoyaban en cartas llegadas de París y escritas por personalidades ilustres. Se trataba de que M. De Moirod, el hombre más devoto del país, fuese el primer adjunto del alcalde de Verrières, y no el segundo.

Le hacía la competencia un fabricante muy rico, al cual había que reducir al puesto de segundo adjunto.

Julián comprendió las medias palabras que oye-  
ra cuando la alta sociedad del país venía a comer a casa de M. De Renal. Esta sociedad privilegiada estaba preocupada profundamente con que la elección de primer adjunto recayera sobre aquel individuo, mientras que el resto de la población, sobre todo los liberales, ni siquiera suponían que fuera posible. Lo importante de la cosa era que, como todo el mundo sabe, uno de los lados de la calle principal de Verrières tiene que ensancharse más de nueve pies, pues esta calle se ha convertido en camino real.

Si M. De Moirod, que tenía tres casas a las que alcanzaba el ensanche, conseguía el puesto de primer adjunto, y, por lo tanto, la Alcaldía, en el caso en que M. De Renal fuese elegido diputado, cerraría los ojos, y las casas que avanzan en la calle podrían ser reparadas ligeramente y du-

rar cien años. A pesar de la ferviente piedad y la honradez reconocida de M. De Moirod, estaban seguros de que se “dejaría convencer”, pues tenía muchos hijos. Entre las casas, enclavadas en la parte que debía ensancharse, nueve pertenecían a lo mejor de Verrières.

Para Julián, esta intriga era mucho más importante que la historia de la batalla de Fontenoy, cuyo nombre viera por primera vez en uno de los libros que Fouqué le envió. Había muchas cosas que chocaban a Julián desde que, hacía cinco años, comenzó a ir por las noches a casa del cura. Pero como las primeras condiciones de un estudiante de teología deben ser la discreción y la humildad, siempre consideró imposible dirigir pregunta alguna.

Un día Mme. De Renal daba una orden al criado de M. De Renal, el enemigo de Julián.

—Pero, señora—respondió éste con un aire singular—; hoy es último viernes de mes.

—Puede usted ir—dijo Mme. De Renal.

Julián preguntó:

—¿Va a ese almacén de heno, iglesia en otros tiempos, y que recientemente se ha vuelto a abrir al culto? ¿Pero qué hacen allí? Este es uno de esos misterios que no he podido aclarar nunca.

—Es una institución muy saludable, pero muy especial—respondió Mme. De Renal—; no se admiten mujeres: lo único que sé es que todo el mundo se tutea. Por ejemplo, mi criado se encontrará allí a M. Valenod, y a este hombre, tan



orgullosos y tan tontos, no le molestará que Saint-Jean le tutee y le responderá lo mismo. Si tiene usted mucho interés en saber lo que allí ocurre, yo pediré detalles a M. de Maugiron y a M. Valenod. Pagamos veinte francos por criado para que no nos corten la cabeza, si llega el caso.

El tiempo volaba. El recuerdo de los encantos de su querida distraía a Julián de su negra ambición. La necesidad de no hablarle de cosas tristes y razonables, puesto que pertenecían a partidos contrarios, era parte, sin duda, a la felicidad que le debía y al imperio que ella ejercía en él.

Cuando la presencia de los niños, demasiado inteligentes, les reducía a no hablar mas que de cosas indiferentes, Julián, con una docilidad perfecta y mirándola con ojos chispeantes de amor, escuchaba sus explicaciones sobre las cosas corrientes del mundo. Algunas veces, cuando Mme. De Renal se entusiasmaba demasiado, contando alguna pillada hábil con ocasión de un camino o de una contrata, Julián la reñía y ella se permitía con él la misma actitud familiar que con sus hijos. Y es que había días en que se le figuraba quererle como a un hijo. ¿No estaba siempre contestando a preguntas inocentes, sobre mil cosas sencillas, que un niño bien nacido no ignora a los quince años? Pero al instante mismo le admiraba como maestro. Su genio llegaba a asustarla; cada día distinguía más claramente el gran hombre futuro en aquel curita joven. Le veía Papa, le veía primer ministro, como Richelieu.

—¿Viviré bastante para gozar con tu triunfo?— decía a Julián—. La monarquía, la religión, necesitan de un gran hombre: ahí está tu puesto.

## CAPITULO XVIII

### Un rey en Verrières.

¿No valéis más que para arrojados ahí como cadáver de pueblo, sin alma, y en cuyas venas no corre sangre?

*Discurso del Obispo en la capilla de San Clemente.*

El 3 de septiembre, a las diez de la noche, despertó a todo Verrières el galope de un gendarme por la calle principal: llevaba la noticia de que Su Majestad el rey de \*\*\* llegaría el domingo, y era martes. El prefecto autorizaba, es decir, ordenaba la formación de una guardia de honor; había que desplegar todo el lujo posible. Se envió un correo a Vergy. Monsieur de Renal llegó por la noche y encontró toda la ciudad en conmoción. Todos pedían algo; los menos ocupados alquilaban balcones para presenciar la llegada del rey.

¿Quién mandaría la guardia de honor? Monsieur de Renal vió en seguida lo conveniente que sería, para las casas enclavadas en el ensanche, que el jefe fuese M. De Moirod. Aquello podría ser un mérito para el cargo de primer adjunto.

No había nada que decir de la piedad de monsieur de Moirod, pues estaba por encima de todo elogio; pero en su vida había montado a caballo. Era un hombre de treinta y seis años, tímido por demás, que tenía tanto miedo a una caída como al ridículo.

El alcalde le mandó llamar a las cinco de la mañana.

—Vea usted que reclamo sus consejos, como si ya ocupara usted el puesto a que todas las gentes honradas le consideran acreedor. En esta desdichada ciudad las fábricas prosperan, el partido liberal se hace millonario, aspira al Poder y sacará armas de todo. Consultemos el interés del rey, el de la monarquía y ante todo el de nuestra santa religión. ¿A quién cree usted que se puede confiar el mando de la guardia de honor?

A pesar del miedo horrible que le producía el caballo, M. De Moirod concluyó por aceptar este honor como un martirio.

—Sabré ponerme a tono—dijo al alcalde.

Quedaba el tiempo justo para arreglar los uniformes que seis años antes sirvieran para recibir a un príncipe de la sangre.

A las siete llegó de Vergy Mme. De Renal con Julián y los niños. Encontró su salón lleno de damas liberales que predicaban la unión de los partidos y que iban a pedirle que su marido concediese a los suyos un puesto en la guardia de honor. Una de ellas aseguraba que si su marido no era elegido, de dolor se declararía en



quiebra. Madame de Renal despidió a aquella gente lo antes que pudo. Parecía estar muy ocupada.

Julián se sintió sorprendido, y aún más, molesto, de que hiciese un misterio de lo que la preocupaba.

—Lo preveía—pensaba con amargura—; su amor se desvanece ante la idea de recibir a un rey en su casa. Todo este alboroto la deslumbra. Volverá a amarme cuando las ideas de casta no la tengan enloquecida.

Y cosa rara, él la amaba más.

Los tapiceros invadían la casa. Él acechó en vano la ocasión de decirle una palabra siquiera. Por fin la encontró que salía de su cuarto con un traje en el brazo. Estaban' solos. Quiso hablarla. Ella huyó, negándose a escucharle. Soy un necio al amar a semejante mujer; la ambición la vuelve tan loca como a su marido.

Lo estaba mucho más, pues uno de los deseos que sentía, y no se había atrevido a confesar, era que Julián dejara su triste traje negro, aun cuando sólo fuera por un día. Con una habilidad verdaderamente admirable en mujer tan sencilla, consiguió primero de M. De Moirod, y después del subprefecto Maugiron, que nombrasen guardia de honor a Julián, con preferencia a dos o tres hijos de fabricantes ricos, de los cuales algunos eran modelo de piedad. Monsieur Valenod, que pensaba prestar su coche a las muchachas más bonitas de la ciudad y lucir sus normandos,

consintió en ceder uno de éstos a Julián, al ser a quien aborrecía más en el mundo. Pero todos los guardias de honor tenían, o se habían procurado, uno de aquellos trajes azul celeste con charreteras de plata que se hicieron siete años antes. Madame de Renal quería un uniforme nuevo, y sólo quedaban cuatro días para enviar a Besançon y que vinieran de allí el traje, las armas, el sombrero, etc., todo lo que constituye un guardia de honor. Lo gracioso es que consideraba imprudente mandar hacer el traje en Verrières. Quería sorprenderle a él y a toda la ciudad.

Terminado el trabajo de los guardias de honor y de preparar el espíritu público, el alcalde tuvo que ocuparse de organizar una gran ceremonia religiosa, pues el rey de \*\*\* no quería pasar por Verrières sin visitar la famosa reliquia de San Clemente, que se conserva en Bray-le-Haut, a una legua escasa de la ciudad. Deseaban que hubiese clero numeroso, y éste fué asunto difícil de arreglar. Monsieur Maslon, el nuevo cura, quería evitar a todo trance la presencia de M. Chelan. En vano le dijo M. De Renal que no sería prudente. El nombrado para acompañar al rey de \*\*\*, el marqués de La Mole, cuyos antepasados fueron gobernadores de la provincia durante mucho tiempo, conocía hacía treinta años al abate Chelan. Al llegar a Verrières preguntaría por él, y si le suponía en desgracia, era hombre capaz de ir a visitarle con todo su séquito a la casita en que vivía retirado. ¡Qué bofetón!

—Estoy deshonrado aquí y en Besançon—respondió el abate Maslon—si figura entre el clero. ¡Un jansenista, cielo santo!

—Diga usted lo que quiera, querido abate—replicó, M. De Renal—, yo no expondré a la administración de Verrières a recibir un ultraje de M. De la Mole. No le conoce usted; en la corte piensa bien; pero aquí en provincias, es un burión de mal género, que se complace en poner a las gentes en un aprieto. Es capaz, sólo por divertirse, de ponernos en ridículo ante los liberales.

Hasta la noche del sábado al domingo, después de tres días de discusiones, no se doblegó el orgullo del abate Maslon ante el miedo del alcalde, que se convirtió en valor. Hubo que escribir una carta muy melosa al abate Chelan, para rogarle que asistiera a la ceremonia de la reliquia de Bray-le-Haut, siempre que su edad y sus achaques se lo permitieran. Monsieur Chelan pidió y obtuvo una tarjeta de invitación para Julián, que debía acompañarle como subdiácono.

El domingo, desde muy temprano, las calles de Verrières se inundaron de millares de campesinos, que llegaban de las montañas colindantes. Lucía un sol espléndido. Hacia las tres, toda aquella multitud se agitó emocionada al divisar una gran hoguera en una de las rocas situadas a dos leguas de Verrières. Aquella señal anunciaba que el rey había entrado en la demarcación del departamento. Al mismo tiempo, el repique de todas las campanas y las descargas repetidas de un vie-



jo cañón español, propiedad de la villa, fueron muestra de la alegría por aquel gran acontecimiento. La mitad de la población se subió a los tejados. Todas las mujeres estaban en los balcones. La guardia de honor se puso en movimiento. Todo el mundo admiraba los brillantes uniformes. Todos reconocían a un pariente, a un amigo. Se burlaban del miedo de M. De Moirod, cuya mano prudente estaba preparada para agarrarse a la perilla de la silla. Pero una observación hizo olvidar todo lo demás: el primer jinete de la novena fila era un arrogante mozo, muy delgado, a quien al principio nadie reconoció. Pero pronto todo el mundo fué presa del mismo sentimiento de asombro, exteriorizado por unos con un grito de indignación, y por otros, con el más profundo silencio. Todos reconocieron en aquel mozalbete, que montaba uno de los normandos de M. Valenod, al joven Sorel, el hijo del carpintero. La exclamación contra el alcalde fué unánime, sobre todo entre los liberales. ¡De modo que porque aquel obrero, disfrazado de curita, era preceptor de sus hijos, había tenido la audacia de nombrarle guardia de honor, en perjuicio de los señores tal y cual, que eran fabricantes ricos!

—Estos señores—decía una banquera—deberían hacer alguna vejación a ese caballereito, nacido en el fango.

—Es muy cazurro y lleva sable—respondía el vecino—; sería tan miserable que puede que le señalase en la cara.

Los comentarios de la vecindad noble eran más peligrosos. Las señoras se preguntaban si aquella inconveniencia tan notoria sería cosa sólo del alcalde. En general, todos estaban conformes en su desprecio por el origen humilde.

Mientras era objeto de tantos comentarios, Julián se sentía el más feliz de los hombres. Atrevido por naturaleza, se sostenía a caballo mejor que la mayoría de aquellos jóvenes, nacidos en aquella ciudad montañosa. En los ojos de las mujeres leía claramente que se ocupaban de él.

Sus charreteras brillaban más que las otras, puesto que eran nuevas. Su caballo se encabritaba a cada momento: no cabía en sí de gozo.

Su dicha no tuvo límites cuando, al pasar cerca de la antigua muralla, el estampido del cañón asustó al caballo, que se salió de la fila. Por casualidad no se cayó, y desde aquel momento se sintió un héroe. Era oficial de órdenes de Napoleón, y cargaba al frente de una batería.

Había otra persona aún más feliz que él. Primero le vió pasar desde uno de los balcones del ayuntamiento; en seguida montó en su coche y, dando una gran vuelta, llegó a tiempo de estremercse cuando el caballo se separó de la fila. Por último, haciendo que su coche marchara al galope, llegó a colocarse en el camino por donde debía pasar el rey, y pudo seguir a los guardias de honor a veinte pasos de distancia, envuelta en una noble polvareda. Diez mil campesinos gritaban ¡viva el rey! cuando el alcalde tuvo el

honor de dirigir la palabra a Su Majestad. Una hora más tarde, cuando, después de escuchar todos los discursos, el rey se disponía a entrar en la ciudad, el cañón comenzó a disparar sin descanso. Pero ocurrió un accidente, no a los artilleros, que tenían hechas sus pruebas en Leipzig y en Montmirail, sino al futuro primer adyunto, M. De Moirod. Su caballo lo depositó blandamente en el único cenagal que había en la carretera, y la cosa fué muy comentada, pues hubo que sacarle de allí para que pudiera pasar el coche del rey.

Su Majestad se apeó en la hermosa iglesia nueva, adornada aquel día con todas las colgaduras carmesí. El rey comería, y en seguida volvería a montar en coche para dirigirse a venerar la célebre reliquia de San Clemente. Apenas el rey estuvo en la iglesia, Julián galopó a casa de monsieur de Renal. Allí se quitó, suspirando, su bello traje azul celeste, su sable, sus charreteras, para endosarse de nuevo el traje negro raído. Volvió a montar a caballo, y en pocos minutos estuvo en Bray-le-Haut, situado en la cumbre de una colina.

El entusiasmo multiplica estos campesinos—pensó Julián—. En Verrières no se puede dar un paso, y alrededor de esta iglesia hay más de diez mil. Medio arruinada por el vandalismo republicano, había sido reedificada espléndidamente por la Restauración y ya se comenzaba a hablar de milagros. Julián se reunió con el abate Chélan, que le



riñó mucho y le dió una sotana nueva y una sobrepelliz. Se vistió rápidamente y siguió a M. Chelán, que se dirigía a reunirse con el joven obispo de Agda. Era éste un sobrino de M. De la Mole, nombrado recientemente y a quien le habían encargado de mostrar la reliquia al rey. Pero no pudieron encontrar al obispo.

El clero se impacientaba. Esperaba a su jefe en el claustro sombrío y gótico de la antigua abadía. Se habían reunido veinticuatro curas para figurar el antiguo capítulo de Bray-le-Haut, que antes de 1789 constaba de veinticuatro canónigos. Después de pasar más de tres cuartos de hora lamentándose de la juventud del obispo, los curas juzgaron conveniente que el decano fuese a buscar a Monseñor para advertirle que el rey estaba al llegar, y que debían dirigirse al coro. Monsieur Chelán era decano por su edad; a pesar del mal humor que había demostrado a Julián, le hizo seña de que le siguiera. Julián llevaba muy bien la sobrepelliz. Valiéndose de no sé qué medio, propio del tocado eclesiástico, había logrado alisar sus hermosos cabellos rizados; pero por un olvido, que redobló la cólera de M. Chelán, bajo los pliegues de la sotana salían las espuelas del guardia de honor.

En el departamento que ocupaba el obispo, unos lacayotes, con libreas muy bordadas, apenas se dignaron responder al viejo cura que Monseñor no explicarles que, en su calidad de decano del noble estaba visible. Se burlaron de él cuando trató de

capítulo de Bray-le-Haut, tenía el privilegio de ser admitido siempre en la cámara del obispo oficiante.

El espíritu altanero de Julián se sintió molesto por la insolencia de los lacayos. Se puso a recorrer las cámaras de la antigua abadía empujando cuantas puertas encontraba al paso. Una de ellas, muy pequeña, cedió y hubo de encontrarse en una celda entre los familiares de Monseñor, que iban vestidos de negro y con la cadena al cuello. Al ver su aire decidido, aquellos señores le creyeron enviado por el obispo, y le dejaron pasar. Adelantó algunos pasos más y se encontró en una inmensa sala gótica, muy sombría, con artesonado de roble oscuro; a excepción de una, todas las ventanas del salón estaban tapiadas con ladrillos.

Lo burdo de esta obra de albañilería no lograba disimularse y hacía un triste contraste con la magnificencia de las maderas. Los dos amplios muros de esta sala, célebre entre los anticuarios y mandada construir en 1470 por Carlos el Temerario en expiación de algún pecado, estaban adornados con grandes sitiales de madera, de diferentes colores, ricamente tallada con todas las figuras de los misterios del Apocalipsis.

Aquella magnificencia melancólica, desvirtuada en parte por la vista de los ladrillos, de la desnudez y del yeso, fresco aún, impresionó a Julián. Se detuvo silencioso. Al otro extremo del salón, cerca de la única ventana que daba paso

a la luz, vió un espejo de caoba. Un joven con traje morado y sobrepelliz de encáje, pero destocada la cabeza, estaba delante del espejo. Aquel mueble era una cosa exótica en tal sitio, y seguramente lo habrían llevado de la ciudad. Julián creyó notar que aquel joven estaba contrariado; con la mano derecha daba bendiciones, dirigiéndose al espejo.

¿Qué significará esto?—pensó—. ¿Será una ceremonia preparatoria lo que hace este sacerdote? Quizá sea el secretario del obispo... tal vez tan insolente como los lacayos.. pero no importa: probemos.

Se adelantó lentamente a través de la sala, con la vista fija en la única ventana y mirando a aquel hombre que continuaba dando bendiciones con lentitud, pero sin descansar un momento.

A medida que avanzaba se convencía de su aire irritado. La riqueza de la sobrepelliz de encaje deluvo involuntariamente a Julián a algunos pasos del magnífico espejo.

Debo hablar—pensó—; pero la hermosura de la sala le había emocionado y se sentía molesto de antemano por las frases duras que esperaba.

El joven le vió en la luna, se volvió y, serenándose sus rasgos, le dijo con un tono de voz dulce:

—¿Qué, está arreglada por fin?

Julián quedó estupefacto. Al volverse hacia él Julián vió la cruz pectoral en el pecho de aquel joven: era el obispo de Agda.



—¡Tan joven!—pensó Julián—. ¡A lo sumo tiene seis años más que yo!

Se avergonzó de sus espuelas.

—Monseñor—respondió tímidamente—, soy enviado del decano del Capítulo, M. Chelan.

—¡Ah! Me está muy recomendado—dijo el obispo con un tono cortés que aumentó el encanto de Julián—. Pero perdóneme usted, señor; le había tomado por la persona que tiene que traerme la mitra.

La han empaquetado mal en París; el tisú de plata se ha estropeado atrocemente en la parte de arriba. Hará un efecto desastroso—añadió el joven obispo con tristeza—. ¡Y aún me están haciendo esperar!

—Monseñor, si Vuestra Eminencia me lo permite, iré a buscar la mitra.

Los hermosos ojos de Julián produjeron su efecto.

—Bueno—respondió el obispo con una cortesía encantadora—; la necesito inmediatamente. Estoy apuradísimo por hacer esperar a los señores del Capítulo.

Cuando Julián llegó al medio de la sala, volvióse y advirtió que el obispo continuaba dando bendiciones frente al espejo.

—¿Qué será?—preguntó Julián—. Indudablemente, una preparación necesaria para la ceremonia que va a celebrarse.

Al llegar a la cámara donde estaban los familiares, vió la mitra en sus manos. Cediendo a su

pesar a la mirada imperiosa de Julián, aquellos señores le entregaron la mitra de Monseñor.

Se sintió orgulloso de llevarla: al atravesar la sala marchaba lentamente, sosteniéndola con respeto. Encontró al obispo sentado ante el espejo; pero, de tiempo en tiempo, su mano derecha, aunque fatigada, seguía dando la bendición. Julián le ayudó a ponerse la mitra. El obispo sacudió la cabeza.

—Se sostendrá—dijo a Julián con aire satisfecho—. ¿Quiere usted alejarse un poco?

Entonces, el obispo dirigióse rápido al centro de la sala, y acercándose luego al espejo despaciosamente, volvió a adoptar un aire grave y tornó a las bendiciones.

Julián estaba inmóvil de emoción: quería comprender, pero no se atrevía. El obispo se detuvo, y mirándole con un aspecto en el que desapareció su gravedad:

—¿Qué dice usted de mi mitra, señor; está bien?

—Muy bien, monseñor.

—¿No estará un poco demasiado hacia atrás? Así quizá parezca un poco sencillo; pero no conviene llevarla sobre los ojos, como si fuera un chacó de oficial.

—Me parece que está muy bien.

—El rey de \*\*\* está habituado a un clero venerable, y, seguramente, muy grave. No quisiera que por mi juventud me encontrase demasiado frívolo.

Y el obispo volvió a emprender su paseo dando bendiciones.

—Está claro—dijo Julián, atreviéndose por fin—. Ensaya la manera de dar la bendición.

Pasados algunos momentos, dijo el obispo:

—Ya estoy. Puede usted ir a avisar al decano y a los señores del Capítulo.

A poco, M. Chelan, seguido de los dos curas más viejos, hizo su aparición por una gran puerta, magníficamente tallada, que Julián no había visto. Pero esta vez se quedó en su puesto, el último de todos, y sólo pudo ver al obispo por encima de los hombros de los eclesiásticos, que se agolpaban en aquella puerta.

El obispo atravesó la sala lentamente; cuando llegó al umbral, los curas se formaron en procesión. Después de un momento de desorden, la procesión se puso en marcha, entonando un salmo. El obispo iba el último, entre M. Chelan y otro cura muy viejo. Julián se deslizó hasta cerca de Monseñor en calidad de agregado al abate Chelan. Recorrieron las largas galerías de la abadía de Bray-le-Haut, que, a pesar del sol espléndido, estaban sombrías y húmedas. Por fin llegaron al pórtico del claustro. Julián estaba suspenso de admiración ante tan hermosa ceremonia. En su corazón trababan seria lucha la ambición, reavivada por la juventud del prelado, y su sensibilidad y cortesía exquisitas. Aquella cortesía era otra cosa que la de M. De Renal, aun en sus buenos días.

—Cuanto más se acerca uno a los puestos ele-



vados de la sociedad—pensaba Julián—, mejores modales se encuentran.

Se entraba a la iglesia por una puertecilla lateral; de repente un ruido formidable hizo temblar las antiguas bóvedas; Julián creyó que se hundían. Era el cañón, que arrastrado por ocho caballos al galope acababa de llegar y, colocado en batería por los artilleros de Leipzig, disparaba cinco cañonazos por minuto, ni más ni menos que si tuviera delante a los prusianos.

Pero aquel ruido admirable no produjo ningún efecto en Julián; no pensaba en la gloria militar, ni en Napoleón.

¡Tan joven y ser obispo de Agda!—pensaba—. Pero ¿dónde está Agda? ¿Y cuánto le producirá esto? Quizá doscientos o trescientos mil francos.

Los lacayos de Monseñor aparecieron trayendo un magnífico palio. Monsieur Chelan cogió una de las varas; pero, en realidad, quien la llevaba era Julián. El obispo se colocó debajo. Realmente había conseguido aparecer viejo; la admiración de nuestro héroe no tuvo límites.

—¡Qué no se conseguirá con habilidad!—pensó.

El rey entró. Julián tuvo la suerte de verle muy de cerca. El obispo se dirigió a él con unción, y sin olvidar cierto tinte de turbación muy simpático para Su Majestad. No repetiremos la descripción de las ceremonias de Bray-le-Haut, que llenaron las columnas de los periódicos locales durante una quincena. Julián supo, por el

discurso del obispo, que el rey descendía de Carlos el Temerario.

Más tarde entró en las funciones de Julián hacer las cuentas de lo que había costado aquella ceremonia. Monsieur de la Mole, que había proporcionado un obispado a su sobrino, quiso brindarle la galantería de pagar todos los gastos. Sólo la ceremonia de Bray-le-Haut le costó tres mil ochocientos francos.

Después del discurso del obispo y la contestación del rey, Su Majestad se colocó bajo el palio y se arrodilló muy devotamente en un almohadón cerca del altar. El coro estaba rodeado de sillones, colocados dos escalones más altos que el suelo.

En el último de estos escalones, a los pies de M. Chelan, estaba sentado Julián, como estaría un caudatario junto a su cardenal en la Capilla Sixtina de Roma. Hubo "Te Deum", nubes de incienso, infinitas descargas de mosquetería y artillería: los campesinos estaban ebrios de felicidad y de devoción. Una jornada así deshace la obra de cien números de los periódicos jacobinos.

Julián estaba a seis pasos del rey, que realmente oraba con fervor. Se fijó por primera vez en un hombre pequeño, de mirada espiritual, que vestía un traje casi sin bordados. Pero sobre aquel traje sencillo llevaba un cordón azul celeste. Estaba más cerca del rey que muchos de aquellos señores con vestiduras tan bordadas, que, según la expresión de Julián, no se veía el paño. Poco des-

pués supo que era M. De la Mole. Notó que tenía un aspecto altanero y casi insolente.

Este marqués no será tan fino como nuestro lindo obispo. El estado eclesiástico da dulzura y sabiduría, es indudable. Pero el rey ha venido para venerar la reliquia, y yo no la veo por ninguna parte. ¿Dónde estará San Clemente?

Un clérigo, que estaba junto a él, le dijo que la venerable reliquia estaba en la parte alta del edificio, en una "capilla ardiente".

—¿Qué es una capilla ardiente?—se preguntó Julián.

Pero no quiso pedir explicaciones sobre ello. Su atención se hizo más intensa.

En caso de la visita de un príncipe soberano, la etiqueta dispone que los canónigos no acompañen al obispo. Pero al ponerse en marcha hacia la capilla ardiente, Monseñor de Agda llamó al abate Chelan; Julián se atrevió a seguirle.

Después de subir una larga escalera, llegaron a una puerta pequeñísima, cuyo dintel gótico tenía dorados magníficos. Aquella obra parecía hecha la víspera.

Ante la puerta estaban de rodillas veinticuatro jóvenes de las familias más distinguidas de Verrières. Antes de abrir la puerta, el obispo se arrodilló entre aquellas muchachas, todas bonitas. Mientras rezaba en alta voz ellas no se cansaban de admirar sus encajes, su simpatía su semblante tan joven y tan dulce.



Tal espectáculo hizo a nuestro héroe perder lo poco de razón que le quedaba. En aquel momento se hubiera batido de buena fe por la Inquisición. De pronto abrióse la puerta. La capilla se inundó de luz. En el altar se veían más de mil candelabros, divididos en ocho hileras separadas por ramos de flores. Por la puerta del santuario salía un suave olor del más puro incienso. La capilla, recién dorada, era muy pequeña, pero muy alta. Julián notó que algunos candelabros de los del altar tenían quince pies de altura. Los jóvenes no pudieron contener un grito de admiración. En el pequeño atrio de la capilla sólo se había admitido a las veinticuatro jóvenes, los dos curas y Julián.

A poco llegó el rey, seguido solamente de M. De la Mole y de su chambelán mayor. Los guardias se quedaron fuera, de rodillas, presentando armas.

Su Majestad se precipitó, mas bien que otra cosa, sobre el reclinatorio. Entonces fué cuando Julián, pegado contra la dorada puerta, por debajo del brazo desnudo de una de las muchachas, vió la estatua de San Clemente. Estaba oculta bajo el altar en uniforme de soldado romano. Tenía una gran herida en el cuello, de donde parecía brotar sangre. Era una verdadera obra maestra, con sus ojos expirantes, medio cerrados, llenos de gracia. Un ligero bozo adornaba aquella boca encantadora que, entreabierta, parecía como si orase. Al verla, la muchacha que estaba junto

a Julián, empezó a llorar, y una de sus lágrimas cayó en la mano de éste.

Después de unos momentos de oración en silencio, que sólo turbaba el ruido lejano de la campanas de todos los pueblos en diez leguas a la redonda, el obispo de Agda pidió al rey permiso para hablar. Terminó su discurso emocionante con palabras sencillas; por lo mismo de efecto más seguro.

—No olvidéis nunca, jóvenes cristianas, que habéis visto a uno de los reyes más grandes de la tierra de rodillas ante los servidores de este Dios Todopoderoso y terrible. Estos servidores débiles, perseguidos, asesinados en la tierra, como lo podéis ver por la herida aun sangrante de San Clemente, triunfan en el cielo. ¿Verdad, jóvenes cristianas, que recordaréis siempre este día? Odia-réis al impío. Seréis fieles eternamente a este Dios tan grande, tan terrible, pero tan bueno.

A estas palabras, el obispo se levantó con autoridad.

—¿Me lo prometéis?—dijo alargando el brazo con aire de inspirado.

—Lo prometemos—dijeron las jóvenes, rompiendo a llorar.

—Recibo vuestra promesa en nombre del Dios terrible—añadió el obispo con voz estentórea—. Y la ceremonia se dió por terminada.

El mismo rey lloraba. Hasta mucho después no tuvo Julián bastante sangre fría para preguntar dónde estaban los huesos del santo que enviaron

de Roma a Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Le dijeron que estaban ocultos en la preciosa figura de cera.

Su majestad se dignó permitir a las jóvenes que le acompañaron en la capilla que llevasen una cinta roja, y en ella, bordadas, las palabras: "Odio al impío; adoración perpetua."

Monsieur de la Mole mandó repartir diez mil botellas de vino entre los labriegos. Aquella noche los liberales de Verrièrres hallaron una razón para iluminar cien veces mejor que los realistas. Antes de partir, el rey fué a visitar a M. De Moirod.

## CAPITULO XIX

### Pensar hace sufrir.

Lo grotesco de los sucesos cotidianos os encubre la verdadera desdicha de las pasiones.

BAERNAVE.

Al volver a colocar los muebles habituales en el cuarto que ocupó M. De la Mole, Julián encontró una hoja de papel muy fuerte, doblada en cuatro dobleces. Leyó al pie de la primera carilla:

A S. E. el marqués de la Mole, par de Francia, caballero de las Ordenes del rey, etc., etc.

Era una petición escrita con letra de cocinera.



“Señor marqués:

”Toda mi vida he tenido principios religiosos.  
 ”Estaba en Lión expuesto a las bombas cuando el  
 ”sitio de execrable memoria del 93. Comulgo; voy  
 ”todos los domingos a misa a la parroquia. Nunca  
 ”he faltado al precepto pascual, ni aun el 93 de  
 ”execrable memoria. Mi cocinera—yo tenía cria-  
 ”dos antes de la revolución—, mi cocinera me pone  
 ”vigilia los viernes. En Verrières gozo de la consi-  
 ”deración general, me atrevo a decir que mereci-  
 ”da. Tengo un puesto en la procesión bajo el pa-  
 ”lio, junto al alcalde y al señor cura. En las  
 ”grandes solemnidades llevo un cirio que pago de  
 ”mi bolsillo. De todo lo cual hay certificados en  
 ”París en el ministerio de Hacienda. Pido al señor  
 ”marqués la oficina de lotería de Verrières, que  
 ”pronto quedará vacante de un modo u otro, pues  
 ”el que desempeña el puesto está muy enfermo  
 ”y además vota mal en las elecciones, etc.

*De Cholin.”*

Al margen de esta solicitud había una apostilla que llevaba la firma De Moirod, y que comenzaba así:

“Ya tuve el honor de hablar del individuo que  
 ”dirige esta petición, etc.”

Este imbécil de Cholin me indica el camino que debe seguirse, se dijo Julián.

A los ocho días de pasar el rey de \* \* \* por Verrières, de todas las innumerables mentiras, las

interpretaciones ridículas, las discusiones estúpidas, etc., etc., de que habían sido objeto sucesivamente el rey, el obispo de Agda, el marqués de la Mole, las diez mil botellas de vino, el pobre Moirod—que con la esperanza de conseguir una cruz no salió de casa hasta un mes después de su caída—, lo único que sobrenadaba, era la poca delicadeza de haber colado en la guardia de honor a Julián Sorel, el hijo de un carpintero. Había que oír con este motivo a todos los ricos fabricantes de telas estampadas, que de la mañana a la noche enronquecían en los cafés predicando la igualdad. La autora de aquella abominación era aquella mujer altiva, Mme. De Renal. ¿El motivo? Claramente lo decían los bellos ojos y el cutis fresco del curita Sorel.

Poco después de volver a Vergy, Estanislao Javier, el más pequeño de los niños, cogió unas calenturas. Madame de Renal se sintió invadida por atroces remordimientos. Por primera vez se reprochaba su amor conscientemente; parecía como si por milagro comprendiese la falta enorme que cometía. Aunque era profundamente religiosa, hasta aquel momento no se dió cuenta de la enormidad de su culpa ante los ojos de Dios.

En el convento del Sagrado Corazón había adorado a Dios con pasión; asimismo lo temió en esta circunstancia. El combate que destrozaba su alma era tanto más terrible cuanto que no había nada razonable en su miedo. Julián se dió

perfecta cuenta que cualquier razonamiento la irritaba en lugar de calmarla; ella veía en él el lenguaje del infierno. Sin embargo, como Julián quería mucho al pequeño Estanislao, había ido a hablarle de su enfermedad, que parecía haberse agravado. Entonces, el remordimiento constante quitó a Mme. De Renal hasta la facultad de dormir; no salía de un silencio huraño; si hubiera abierto la boca, habría sido para confesar su crimen a Dios y los hombres.

—Te suplico—le decía Julián cuando se encontraban solos—que no hables a nadie; que yo sea el único confidente de tus penas. Si aún me amas no hables; tus palabras no pueden quitar la fiebre a nuestro Estanislao. Pero sus consuelos no producían efecto alguno; él no sabía que a Mme. De Renal se le había puesto en la cabeza que para calmar la cólera del Dios justiciero, le sería preciso odiar a Julián, o ver morir a su hijo. Y era tan desgraciada, porque comprendía que nunca podría odiar a su amante.

—Huye—dijo un día a Julián—; en nombre de Dios márchate de esta casa. Tu presencia es lo que mata a mi hijo.

Dios me castiga—añadió en voz baja—; es justo, adoro su justicia. ¡Mi crimen es horrible y vivía sin remordimientos! Era la primera muestra del abandono de Dios; debo ser castigada doblemente.

Julián se conmovió hondamente. En aquel movimiento no podía haber exageración ni hipocre-



sía. Cree que mata a su hijo amándome, y, sin embargo, la desgraciada me ama más que a su hijo. El remordimiento la destroza; esto es grandeza de sentimientos. ¿Pero cómo habré podido inspirar tal amor, yo, tan pobre, tan ignorante, tan mal educado, a veces tan grosero en mis modales?

Una noche el niño se agravó extraordinariamente. A las dos de la mañana fué a verle monsieur de Renal. La criatura devorada por la fiebre, estaba roja y no reconoció a su padre. De repente, Mme. De Renal se echó a los pies de su marido. Julián vió que iba a decirle todo y a perderse para siempre.

Afortunadamente, aquel movimiento extraño molestó a M. De Renal.

—Adiós, adiós—dijo marchándose.

—No; escúchame—exclamó su mujer de rodillas ante él y tratando de detenerle—. Quiero que sepas la verdad. Yo soy la que mata a mi hijo. Le he dado la vida y se la quito. El cielo me castiga; a los ojos de Dios soy culpable de asesinato. Tengo que perderme y humillarme; quizá este sacrificio calme la cólera de Dios.

Si M. De Renal hubiese sido un hombre de imaginación, habríase dado cuenta de todo.

—Romanticismos—exclamó apartando a su mujer, que se agarraba a sus rodillas—. ¡Ideas románticas! Julián, llame usted al médico en cuanto amanezca. Y se volvió a acostar. Mme. De Renal cayó de rodillas, medio desvanecida, recha-

zando con un movimiento convulsivo a Julián, que quería prestarle auxilio.

Julián se quedó asombrado.

—¿Es esto el adulterio?—pensó—. ¿Será posible que estos curas tan trapisondistas... tengan razón? ¿Tendrán el privilegio de conocer la verdadera teoría del pecado, ellos que cometen tantos? ¡Qué cosa más rara!

Habían transcurrido veinte minutos desde que Mme. De Renal se hubo retirado, y aun Julián veía a la mujer que amaba, con la cabeza recostada en la camita del niño, inmóvil y casi sin conocimiento. Esta es una mujer de un genio superior, llevada al colmo de la desgracia por haberme conocido, se dijo.

Las horas pasan rápidamente. ¿Qué puedo hacer por ella? Hay que tomar una decisión. Ya no se trata de mí. ¿Qué me importan los hombres y sus vulgares mentiras? ¿Qué puedo hacer por ella?... ¿Dejarla? Pero la dejo entregada al dolor más espantoso. El autómeta del marido la daña más que la beneficia. Le dirá alguna palabra dura a fuerza de ser grosero; puede volverse loca, tirarse por el balcón.

Si la dejo, si ceso de vigilarla, le confesará todo. Y, quién sabe; quizá él arme un escándalo, a pesar de la herencia que piensa recibir de ella. También puede que se le ocurra decirle todo a ese c... de abate Maslon, que toma por pretexto la enfermedad de un niño de seis años, para no moverse de esta casa, y con su cuenta y razón.

En su dolor, y su temor de Dios, ella olvida todo lo que sabe del hombre, sólo ve al sacerdote.

—Vete—le dijo de pronto Mme. De Renal abriendo los ojos.

—Daría mil veces la vida por saber lo que pudiera serte útil—respondió Julián—; nunca te he amado tanto, angel mío; mejor dicho, ahora comienzo a adorarte como mereces. ¿Qué sería de mí lejos de ti, sabiendo que eres desgraciada por mi culpa? Pero no quiero hablar ahora de mis sufrimientos. Me marcharé, sí, amor mío. Pero si me marchó, si dejo de velar por ti, de encontrarme entre tú y tu marido, le confesarás todo y te perderás. Piensa que te echará de su casa de modo ignominioso; en todo Verrières, en todo Besançon se hablará de este escándalo. Todo el mundo te echará a ti la culpa y nunca podrás rehabilitarte de tal vergüenza...

—Es lo que deseo—exclamó ella poniéndose en pie—. Sufriré; tanto mejor.

—Pero, con este escándalo abominable, también le harás desgraciado a él.

—Pero me humillaré yo, me arrastraré por el fango, y por ello, quizá salve a mi hijo. Esta humillación, a los ojos de todos, puede ser una penitencia pública. Y según creo alcanzar en mi pobre criterio, ¿no es este el mayor sacrificio que pudiera hacer a los ojos de Dios?... Tal vez tenga en cuenta mi humillación y me deje mi hijo. Indícame otro sacrificio más penoso y lo haré sin vacilar.



—Déjame a mí castigarme. Yo también soy culpable. ¿Quieres que me retire a la Trapa? La austeridad de aquella vida puede calmar la cólera de tu Dios... ¡Ay! ¡Dios mío! ¿Por qué no podré yo tener la enfermedad de Estanislao?

—¡Tú le quieres, tú!—dijo Mme. De Renal echándose en sus brazos.

Pero en el mismo momento le rechazó con horror.

—¡Te creo!—exclamó después de volver a arrojarse—, ¡mi único amigo! ¿Por qué no eres el padre de Estanislao? Entonces no sería un pecado abominable quererte más que a tu hijo.

—¿Me permites que me quede, y que de ahora en adelante te quiera como un hermano? Esta es la única expiación razonable que puede apaciguar la cólera del Altísimo.

—¿Y yo?—exclamó ella levantándose y tomando entre sus manos la cabeza de Julián, que mantuvo a distancia, mirándola fijamente—, ¿te querré como a un hermano? ¿Podré amarte como a un hermano?

Julián lloraba a lágrima viva.

—Te obedeceré—dijo cayendo a sus pies—; te obedeceré en todo lo que me ordenes; es lo que me queda que hacer. Estoy ciego; no acierto a tomar ningún partido. Si te dejas, le confiesas todo a tu marido y te pierdes con él. Después de tal ridículo, nunca sería diputado. Si me quedo, me crees causa de la muerte de tu hijo y mueres de pena. ¿Quieres probar el efecto de mi marcha?

Si quieres, me castigaré de nuestro pecado marchiándome por ocho días. Iré a pasarlos en el retiro que a ti te parezca. En la abadía de Bray-le-Haut, por ejemplo; pero has de jurarme que durante mi ausencia no dirás nada a tu marido. Piensa que si hablas no podré volver más.

Ella prometió; él se marchó. Pero fué llamado a los dos días.

—Me es imposible mantener mi juramento sin ti. Me confesaré con mi marido, si tú no estás a mi lado para ordenarme con la vista que me calle. Cada hora de esta abominable existencia me parece un día.

Por fin, el cielo se apiadó de aquella desgraciada madre. Poco a poco, Estanislao estuvo fuera de peligro. Pero se había roto el hielo, su cerebro se había dado cuenta de todo el alcance de su pecado; no pudo recobrar el equilibrio. Los remordimientos quedaron en pie y fueron lo que debían ser en un alma tan sincera. Su vida era el cielo y el infierno; el infierno, cuando no veía a Julián; el cielo, cuando estaba a sus pies. No me hago ilusiones—le decía aun en los momentos en que se entregaba por entero a su amor—, estoy condenada, irremisiblemente condenada. Tú eres joven, tú has cedido a mi seducción; el cielo puede perdonarte... Pero yo estoy condenada. Y lo conozco en un detalle infalible. Tengo miedo; ¿y quién no lo tendría ante la perspectiva del infierno?; pero en el fondo no me arrepiento. Si me pusiera en el caso, volvería a cometer la mis-

ma falta. Que el cielo no me castigue en este mundo o en mis hijos y tendré mucho más de lo que merezco. Pero tú, al menos, Julián—decía en otros momentos—, ¿eres feliz? ¿Crees que te quiero bastante?

La desconfianza y el orgullo doloroso de Julián, que necesitaban un amor de sacrificios, se entregaron por completo a la vista de uno tan grande, tan indudable, de cada instante. Adoraba a madame de Renal. A pesar de ser noble, y yo hijo de un obrero, me ama... No soy para ella un criado que desempeña las funciones de amante. Alejado este temor, Julián se entregó a todas las locuras del amor, a todas sus mortales incertidumbres.

—Por lo menos—decía ella al sentir dudas sobre su amor—, que te haga feliz en los pocos días que hemos de pasar juntos. Aprovechémonos; mañana quizá no sea tuya. Si el cielo me castiga en uno de mis hijos, sería inútil que quisiese vivir sólo para amarte, que me empeñase en no ver que lo que les mataba era mi crimen. No podría sobrevivir a un golpe semejante. Aun cuando quisiera, no podría, me volvería loca.

¡Si yo pudiera hacer recaer sobre mí tu pecado, como tú me ofrecías tan generosamente tomar para ti la fiebre de Estanislao!

Esta gran crisis moral cambió la naturaleza de los sentimientos que unían a Julián con su amante. Su amor no fué solamente admiración por la belleza, orgullo de poseerla.



Su dicha era ahora de una naturaleza superior; la llama que les devoraba se hizo más intensa. Tenían momentos de verdadera locura. Su felicidad hubiera parecido mucho mayor a los ojos del mundo. Pero no volvieron a gozar de la serenidad deliciosa, la felicidad sin nubes, la dicha fácil de la primera época de sus amores, cuando el sólo temor de Mme. De Renal era que Julián no la quisiese bastante. Su dicha tenía a veces la fisonomía del crimen.

En los ratos más felices y más tranquilos en apariencia, Mme. De Renal solía exclamar de pronto apretando la mano de Julián con movimiento convulsivo:

—¡Dios mío! ¡Veo el infierno! ¡Qué suplicios más horribles! ¡Y qué merecidos los tengo!

Y se apretaba contra él, como la hiedra se pega al muro.

Julián trataba en vano de calmar aquel alma agitada. Ella le cogía la mano y se la cubría de besos. Luego tornaba a caer en una especie de sueño sombrío, y repetía:

—El infierno sería un premio para mí; aún pasaría algunos días con él en la tierra; pero el infierno de este mundo, la muerte de mis hijos... Y, sin embargo, puede que a este precio me fuese perdonada mi culpa... ¡Dios santo! No me concedes el perdón a este precio. Estos pobres niños no te han ofendido; yo soy la única culpable; amo a un hombre que no es mi marido.

Julián veía otras veces que Mme. De Renal te-

nía ratos más tranquilos en apariencia. Trataba de dominarse, no quería envenenar la vida del que amaba.

En aquellas alternativas de amor, de remordimiento y de placer, los días pasaban como un relámpago. Julián perdió el hábito de reflexionar.

Elisa se fué a Verrières para seguir un pleito que tenía. Encontró a M. Valenod muy molesto contra Julián. Ella, que odiaba al preceptor, hablaba de él siempre que tenía ocasión.

—Me perdería usted si dijese la verdad—dijo un día a M. Valenod—. Los señores siempre están de acuerdo entre sí cuando se trata de cosas importantes... No suelen perdonar a los criados ciertas confesiones.

Después de estas frases, corrientes en un caso así, y que la curiosidad impaciente de M. Valenod abrevió cuanto pudo, supo éste una porción de cosas de las más mortificantes para su amor propio.

Aquella mujer, la más distinguida de todo el país, a la cual había hecho la corte asiduamente durante seis años, y, por desgracia, a la vista de todo el mundo; aquella mujer tan orgullosa, cuyos desdenes le habían hecho sofocarse más de una vez, era la amante de un obrerillo disfrazado de preceptor. Y para que no faltase nada al despecho del director del depósito, Mme. De Renal adoraba a aquel amante.

—Y—añadía la doncella—el preceptor no se ha molestado lo más mínimo para hacer tal con-

quista, ni ha abandonado un momento su frialdad natural.

Elisa había adquirido la confirmación de sus sospechas en el campo; pero suponía que la intriga databa de mucho más atrás.

—Indudablemente por esto fué por lo que se negó a casarse conmigo. ¡Y yo, imbécil de mí, que fuí a consultar a Mme. De Renal y le rogué que hablase al preceptor!

Aquella misma noche recibió M. De Renal, al tiempo que el periódico, una carta anónima en que se le informaba al detalle de lo que ocurría en su casa. Julián advirtió cómo palidecía a leer aquella carta escrita en papel azulado, y le dirigía miradas aviesas.

El alcalde no pudo recobrarse durante toda la velada.

En vano, Julián, le quiso distraer pidiéndole datos sobre la genealogía de las mejores familias de Borgoña.

## CAPITULO XX

### Los anónimos.

Do not give dalliance  
Too much the rein; the shortest oaths are straw  
To the fire i'the wood (1).

*La Tempestad.*

Al salir del salón, a media noche, Julián tuvo tiempo de decir a su amiga:

(1) No des mucha suelta  
a las riendas. Que los juramentos más sagrados son  
para el fuego que arde por la sangre. [paja



—No nos veamos esta noche; tu marido sospecha. Juraría que la carta, que estaba leyendo tan inquieto, era un anónimo.

Afortunadamente, Julián se encerró con llave. Madame de Renal tuvo la idea absurda de que aquella advertencia sólo era un pretexto para no verla. Perdió por completo la cabeza, y, a la hora de costumbre, fué a llamar a la puerta de su cuarto. Julián, que oyó ruido en el pasillo, apagó la luz inmediatamente. Notó que alguien hacía esfuerzos por abrir su puerta. ¿Sería madame de Renal? ¿Sería el marido celoso?

Al día siguiente, por la mañana, la cocinera, que protegía a Julián, le llevó un libro, en cuya cubierta leyó estas palabras, escritas en italiano: "Guardate alla pagina 130."

Julián se estremeció ante aquella imprudencia; buscó la página 130 y encontró en ella, prendida con un alfiler, la carta siguiente, escrita a toda prisa, mojada de lágrimas, y sin la menor ortografía. Ordinariamente, Mme. De Renal la empleaba muy bien; así que este detalle le emocionó, y olvidó un poco la imprudencia.

"No has querido recibirme esta noche. Hay momentos en que me parece que no he llegado a leer en el fondo de tu alma. Tus miradas me asustan. Tengo miedo de ti. ¡Dios mío! ¿Será que nunca me has amado? En este caso, que mi marido descubra nuestros amores y que me encierre en una cárcel, en el campo, lejos de mis hijos. Puede que ésta sea la voluntad de Dios.

Me moriré pronto. Pero tú serás un monstruo. ¿Es que no me quieres? ¿Estás cansado de mis locuras, de mis remordimientos, impío? ¿Quieres perderme? Te proporcionaré un medio bien fácil. Enseña esta carta por todo Verrières, o, mejor, enséñasela solamente a M. Valenod. Dile que te amo; pero no, no pronuncies tal blasfemia; dile que te adoro, que yo no había empezado a vivir hasta el día que te conocí; que ni en los momentos de más locura de mi juventud llegué a soñar con la felicidad que te debo; que te he sacrificado mi vida; que te sacrifico mi alma. Tú sabes muy bien que te sacrifico más.

”¿Pero qué sabe ese hombre de sacrificios? Dile, díselo para irritarle, que desafío a todos los malvados, y que en el mundo no hay para mí más que una desgracia: la de ver variar de sentimientos al hombre que me sujeta a la vida. ¡Qué dicha para mí perderla, ofrecerla en sacrificio y no temer más por mis hijos!

”No dudes, querido mío; si hay algún anónimo no puede ser más que de ese ser odioso que, desde seis años, me ha perseguido con su vozarrón relatándome sus proezas de jinete, haciendo alarde de fatuidad con la conversación sempiterna de sus conquistas.

”¿Existe un anónimo? De esto quisiera discutir contigo, bribón; pero no, has hecho bien. Estrechándote entre mis brazos, quizá por última vez, no hubiera podido discutir serenamente, como lo hago sola. En adelante, nuestra dicha no será

tan fácil. ¿Será una contrariedad para ti? Seguramente los días en que Fouqué no te haya enviado un libro divertido. El sacrificio está hecho; exista o no el anónimo, mañana diré a mi marido que yo también he recibido uno, y que es menester ponerte un puente de plata, buscar un pretexto decoroso y mandarte con tu familia.

"¡Ay, amigo mío! Estaremos separados quince días, un mes. Quiero hacerte justicia y pensar que sufrirás tanto como yo. Pero es el único medio de contrarrestar el efecto de ese anónimo, que no es el primero que mi marido recibe a cuenta mía. ¡Pero cómo me he reído de ellos!

"Mi plan consiste en hacer creer a mi marido que el anónimo es de M. Valenod, cosa que por mi parte no dudo. Si te marchas, desde luego te vas a establecer en Verrières. Yo me arreglaré de modo que a mi marido se le ocurra que vayamos allí unos días para demostrar a los imbéciles que estamos en la mejor armonía. Una vez en Verrières, entabla amistad con todo el mundo, incluso con los liberales. Yo sé que todas las señoras te obsequiarán.

"Y no vayas a enfurruñarte con M. Valenod, ni a cortarle las orejas, como decías una vez; por el contrario, sé con él muy amable. Lo esencial es que en Verrières crean que vas a entrar en casa de Valenod o de otro personaje cualquiera para educar a los niños.

"Esto es lo que mi marido no soportará. Y aun cuando llegara a conformarse, por lo menos te



quedarás en Verrières y te veré alguna vez. Mis hijos, que tanto te quieren, irán a verte. ¡Dios santo! Creo que quiero más a mis hijos porque te quieren. ¡Qué remordimiento! ¿En qué acabará todo esto?... Me confundo... En fin, tú ya comprendes cuál debe ser tu conducta: sé dulce, cortés, nada despreciativo con estos personajes groseros; te lo pido de rodillas; van a ser los árbitros de nuestra suerte. No dudes de que mi marido se conformará en este asunto con lo que le ordene la "opinión pública".

"Tú mismo vas a proporcionarme la carta anónima: ármate de paciencia y de unas tijeras. Corta de un libro las palabras que yo te diga, pégalas luego con cola de boca en la hoja de papel azulado que te envío: es de M. Valenod. Como es seguro que harán un registro en tu cuarto, quema el libro mutilado. Si no encuentras las palabras completas, ten la paciencia de formarlas letra por letra. Para ahorrarte trabajo, he hecho muy corta la carta. Si no me amas, como yo a ti, ¡qué larga debe parecerse la mía!"

### CARTA ANONIMA

"Señora:

"Son conocidos todos sus manejos ; pero las  
 "personas que tienen interés en evitarlos están  
 "advertidas. Por un resto de simpatía hacia us-  
 "ted, le aconsejo que se desprenda en absoluto  
 "del campesino. Si es usted lo bastante sensata  
 "para hacer esto, su marido creará que el aviso

"que recibió es mentira, y nadie le sacará de su error. Piense usted que soy dueño de su secreto; tiemble, desgraciada; hay que "andar derecha" delante de mí."

"Cuando termines de pegar las palabras que componen esta carta (¿reconoces en ella el estilo del director?), sal de casa, que yo marcharé a tu encuentro.

"Iré al pueblo y volveré con el semblante descompuesto; por dentro lo estaré realmente. ¡Dios santo! A lo que me atrevo, y todo porque tú has "creído adivinar" una carta anónima. Luego, con un aspecto desolado, entregaré esta carta a mi marido, diciéndole que me la entregó un desconocido. Tú vete a pasear con los niños al camino del bosque, y no vuelvas hasta la hora de comer.

"Desde lo alto de las rocas puedes divisar la torre del palomar. Si nuestros asuntos van bien, pondré en ella un pañuelo blanco; en el caso contrario, no verás nada.

"¿No te hará tu corazón, ingrato, hallar algún medio para decirme que me quieres antes de salir a este paseo? Ocurra lo que ocurra, ten la seguridad de una cosa: no podré sobrevivir un día a nuestra separación definitiva. ¡Ah, mala madre! Acabo de escribir dos palabras vanas, querido Julián. No las siento; en este momento no puedo pensar más que en ti, y las he escrito sólo para que tú no me condenes. Ahora que me veo a punto de perderte, ¿a qué viene disimular? Sí; aunque mi alma te parezca atroz, no quiero mentir

delante del hombre que adoro. Demasiado he engañado en mi vida. Te perdono si no me quieres ya. No tengo tiempo de releer mi carta. Poca cosa es para mí pagar con la vida los días felices que he pasado en tus brazos. Ya sabes tú que me han de costar mucho más.”

## CAPITULO XXI

### Diálogo con un amo.

Alas, our frailty is the cause, not we  
For such as we are made of, such we be (1).

*Duodécima noche.*

Con una alegría infantil estuvo Julián reuniendo palabras durante una hora. Al salir de su cuarto encontró a sus discípulos con su madre, que cogió la carta con una sencillez y un valor que le asustaron.

—¿Está bien seca la cola de boca?—le dijo.

—¿Es esta la mujer a quien enloquecía el remordimiento?—pensó él—. ¿Cuáles son sus proyectos?

Era demasiado orgulloso para preguntárselo; pero quizá nunca le había gustado más.

—Si la cosa sale mal—añadió ella con la misma sangre fría—me quitarán todo. Entierra esto en algún rincón del monte; quizá sea mi único recurso algún día.

(1) ¡Ay, que la culpa no es nuestra, sino de nuestra  
[fragilidad!

Porque está hecho de lo mismo que nosotros.



Y le entregó un estuche de piel roja lleno de oro y unos cuantos brillantes.

—Ahora, vete—le dijo.

Besó a los niños; al pequeño, dos veces. Julián seguía inmóvil. Ella se separó con paso rápido y sin mirarle.

Desde el momento en que abriera el anónimo, la existencia de M. De Renal fué un suplicio. No se había sentido tan agitado desde un duelo que tuvo en 1816, y, para hacerle justicia, diremos que la perspectiva de recibir un balazo no le había hecho tan desgraciado. Examinaba la carta por todas partes.

—Parece letra de mujer—se decía.

Pero, en este caso, ¿quién la había escrito? Pasaba revista a todas las mujeres que conocía en Verrières, sin poder determinar sus sospechas.

—¿Habrás dictado esta carta un hombre?  
¿Quién será este hombre?

Y la misma incertidumbre. Era envidiado y sin duda odiado por la mayor parte de los que le conocían.

—Tengo que consultar a mi mujer—se dijo por costumbre, levantándose de la butaca en que estaba hundido.

Pero apenas se levantó, se dijo, dándose una palmada en la frente:

—Precisamente de ella es de quien debo desconfiar más; en este momento, ¡Dios santo!, es mi enemigo.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas de rabia.

Como justa compensación de la sequedad de co-razón que constituye todo el sentido práctico provinciano, los dos hombres que en este momento temía más M. De Renal eran sus dos íntimos amigos.

—Aparte éstos, quizá tenga diez más.

Y los repasaba en su mente, calculando el grado de consuelo que cada uno de ellos podría proporcionarle.

—¡A todos, a todos les hará reír mi desdichada aventura!—se dijo con rabia.

Por fortuna, se creía, y no sin razón, muy envidiado. Además de su soberbia casa de la ciudad, honrada para siempre con el reciente alojamiento del rey de \*\*\*, su castillo de Vergy estaba muy bien arreglado. La fachada, pintada de blanco, y las ventanas, guarnecidas con lindas persianas verdes. La idea de tal magnificencia le consoló un instante. Lo cierto era que el castillo se divisaba desde tres o cuatro leguas de distancia, con gran detrimento de todas las casas de campo o castillos, por decirlo así, de los contornos, que conservaban el humilde color gris, la pátina del tiempo.

Monsieur de Renal podía contar con las lágrimas y la compasión de uno de sus amigos, el mayordomo de la parroquia; pero era un imbécil que lloraba por todo. Y, sin embargo, aquel hombre era su único recurso.

—¡Qué desgracia hay que pueda compararse con la mía!—exclamó con ira—. ¡Qué aislamiento!

¿Es posible—decíase aquel hombre digno de lástima—, es posible que no tenga un amigo a quien pedir consejo en mi desgracia? Porque mi razón se extravía. ¡Ah! ¡Falcoz! ¡Ah! ¡Ducros!—exclamó con amargura.

Eran los nombres de dos amigos de la niñez, que se apartaron de él en 1814 por sus altiveces. No eran nobles, y quiso dejar de tratarlos en el tono de igualdad establecido desde la infancia.

Uno de ellos, Falcoz, hombre de talento y de corazón, comerciante de papeles en Verrières, había comprado una imprenta en la capital del departamento y publicaba un periódico. La congregación resolvió arruinarle: su periódico fué condenado y le retiraron la licencia de impresor. En caso tan apurado acudió a M. De Renal, escribiéndole una carta después de diez años de no verse. El alcalde de Verrières creyó de su deber contestarle en antiguo romano:

—Si el ministro del rey me hiciese el honor de consultarme, le diría: arruinad sin piedad a todos los impresores de provincias, y que la imprenta sea un monopolio como el tabaco.

Ahora M. De Renal recordaba con horror esta carta dirigida a un amigo íntimo, y que, cuando fué escrita, causó la admiración de todo Verrières.

—¿Quién me diría que con mi posición, mi fortuna, mis cruces, habría de arrepentirme de ella?

Sumido en alternativas de cólera contra sí mis-



mo y contra todo lo que le rodeaba, pasó una noche horrible; pero, afortunadamente, no se le ocurrió espiar a su mujer.

—Estoy habituado a Luisa—se decía—; ella conoce todos mis negocios; aunque pudiera casarme mañana, no encontraría con quien sustituirla. Entonces se aferraba a la idea de que su mujer era inocente; esta manera de ver no le ponía en la necesidad de mostrar carácter, y lo arreglaba todo mejor. ¡Cuántas mujeres no han sido calumniadas!

—Pero ¿qué?—exclamó de repente paseándose nervioso—. ¿Sufriré como si fuera un don nadie, un pelagafos, que ella se burle de mí con su amante? ¿Consentiré en ser la comidilla de todo Verrières por mi mansedumbre? ¡Cuánto no se ha hablado de Charmier! (un marido engañado a ojos vistas). Cuando se le nombra, todo el mundo sonríe. Es buen abogado y nadie le conoce por su palabra. Le llaman Charmier, Charmier el de Bernard, que es el nombre de quien causa su afrenta.

—Gracias a Dios—decía M. De Renal en otros momentos—, no tengo hijas, y el castigo que yo imponga a mi mujer no perjudicará nada al porvenir de mis hijos; puedo sorprender a ese campesino y a mi mujer y matarlos a los dos: lo trágico de la aventura borrará el ridículo.

Esta idea le sonrió; la estudió con todo detalle.

—El Código penal está de mi parte, y en todo caso nuestra congregación y mis amigos del jurado me salvarían.

Examinó su cuchillo de caza, que estaba muy afilado; pero la idea de la sangre le dió miedo.

—Puedo moler a palos a ese preceptor sinvergüenza y echarle de mi casa; pero ¡qué escándalo en Verrières y en todo el departamento! Después de la condena del periódico de Falcoz, cuando su redactor jefe salió de la cárcel, yo contribuí a que perdiera un destino de seiscientos francos. Dicen que ese escritorzuelo se atreve a presentarse otra vez en Besançon; puede, con habilidad, difamarme de modo que me sea imposible demandarle ante los Tribunales... Él insinuará de mil maneras que dice la verdad. Un hombre bien nacido que, como yo, sabe estar en su puesto, tiene seguro el odio de todos los plebeyos. Mi nombre andaría en esos horribles periódicos de París. ¡Dios mío! ¡Qué despeñadero! Ver el antiguo nombre de Renal encenagado y cubierto de ridículo... Si alguna vez viajo, tendré que cambiar de nombre. Dejar este nombre que constituye mi fama y mi gloria. ¡Qué miseria tan grande!

Si no mato a mi mujer, y la arrojo de mi casa ignominiosamente, su tía de Besançon la amparará y le dará toda su fortuna. Mi mujer se irá a vivir a París con Julián; se sabrá en Verrières, y yo seguiré siendo escarnecido.

Al notar que la lámpara estaba medio apagada, dióse cuenta el desgraciado de que amanecía. Se fué al jardín en demanda de un poco de aire fresco. En aquel instante casi estaba decidido a no dar el menor escándalo, para evitar el que

sus buenos amigos de Verrières tuvieran una gran satisfacción a costa suya.

El paseo por el jardín le calmó un tanto.

—No—exclamó—, no me privaré de mi mujer; me es demasiado útil.

Pensó, con horror, lo que sería su casa sin su mujer; no tenía más pariente que la marquesa de R..., vieja imbécil y mala.

Se le ocurrió una idea sumamente sensata, pero su ejecución necesitaba una firmeza de carácter muy superior a la que el pobre hombre tenía.

—Si me quedo con mi mujer—se dijo—, yo me conozco; un día que me impacienta por cualquier cosa le echaré en cara su falta. Ella es orgullosa, reñiremos... y todo ocurrirá antes de que haya heredado a su tía. ¡Cómo se burlarían entonces de mí!... Mi mujer quiere a sus hijos; todo sería suyo en fin de cuentas. Pero yo sería la comidilla de todo Verrières. Todos dirían: “¡Ni siquiera ha sabido vengarse de su mujer!” ¿No sería mejor quedarse con la sospecha y no tratar de aclarar nada? Pero entonces me ato las manos, y no podré reprocharle nada en lo sucesivo.

Un instante después, M. De Renal, acuciado por la vanidad herida, recordaba con trabajo todos los sistemas citados en el billar del “Casino” o el “Círculo Noble” de Verrières, cuando algún chismoso interrumpe la partida para divertirse a costa de algún marido engañado. ¡Qué crueles le parecían en aquel momento esta clase de bromas!



—¡Dios mío! ¿Por qué no se habrá muerto mi mujer? Entonces estaría por cima del ridículo. ¿Por qué no soy viudo? Me iría a París a pasar seis meses en la mejor sociedad.

Pasado este momento de alegría que le produjera la idea de la viudez, su imaginación volvió a los medios para asegurarse de la verdad. Extendería por la noche, cuando todos estuvieran dormidos, una ligera capa de salvado delante de la puerta de Julián, y, por la mañana, trataría de ver si estaban impresas las huellas de sus pasos.

—Esto es una necesidad—exclamó de pronto con ira—; esa buena pieza de Elisa lo advertiría, y correría de boca en boca por la casa que estoy celoso.

En otro cuento de los del "Casino", un marido adquirió la certeza de su desgracia pegando con cera un cabello en las puertas de su mujer y del galán.

Después de tantas horas de incertidumbre, este medio de aclarar su suerte le parecía el mejor; y pensando iba en la manera de ponerlo en práctica, cuando a la vuelta de un camino se encontró con aquella mujer que hubiera querido ver muerta.

Volvió del pueblo. Había ido a oír misa a la iglesia de Vergy. Una tradición, poco verosímil para un frío filósofo, pero que para ella era artículo de fe, pretende que la pequeña iglesia que hoy se utiliza era la capilla del castillo del señor de Vergy. Esta idea obsesionó a Mme. De Renal

todo el tiempo que pasó rezando en la iglesia. Se figuraba que su marido mataba a Julián, simulando un accidente de caza, y que luego, por la noche, la obligaba a comerse su corazón.

—Mi suerte—díjose—depende de lo que va a pensar escuchándome. Pasado este cuarto de hora fatal, quizá no vuelva a tener ocasión de hablarle. No es él un hombre sensato, gobernado por la razón. Por lo tanto, podré perfectamente prever lo que hará o dirá. Él decidirá de nuestra suerte común; puede hacerlo. Pero esta suerte depende de mi habilidad, del arte con que dirija las ideas de este hombre fantástico, a quien ciega la cólera y no ve la mitad de las cosas. ¡Dios mío! Necesito talento, sangre fría, ¿de dónde los sacaré?

Recobró la calma como por encanto al entrar en el jardín y ver de lejos a su marido. Sus cabellos y su traje en desorden demostraban que no había dormido.

Ella le alargó una carta abierta, pero doblada. Él, sin abrirla, miraba a su mujer con ojos de loco.

—Esto es una abominación—le dijo ella—que un hombre de mala traza, que pretende conocerte y deberte mucho agradecimiento, me ha entregado cuando yo pasaba por detrás del jardín del notario. Y exijo una cosa de ti: que inmediatamente, sin dilación, mandes a su casa a Julián.

Madame de Renal se apresuró a pronunciar esta frase, quizá un poco antes de tiempo, para li-

brarse de la horrible perspectiva de tener que decirla.

Se sintió inundada de alegría al ver la que causaba a su marido. En su mirada fija comprendió que Julián había sido buen adivino. En vez de afligirse por esta verdadera desgracia, pensó:

—¡Qué talento, qué tacto! ¡Y esto en un hombre sin experiencia alguna! ¿Dónde no llegará? ¡Ay! Entonces sus éxitos le harán olvidarme.

Este acto de interna admiración por el hombre que adoraba la tranquilizó por completo.

Se aplaudió su resolución. No he sido indigna de Julián, se dijo con cierta dulce e íntima voluptuosidad.

Sin decir una palabra, por miedo a comprometerse, M. De Renal examinaba el segundo anónimo, compuesto, como recordará el lector, con palabras impresas pegadas sobre un papel azulado. No perdonan medio de burlarse de mí—pensaba M. De Renal, rendido de cansancio—. Otros nuevos insultos, y todos a causa de mi mujer.

Estuvo a punto de injuriarla del modo más grosero; la perspectiva de la herencia de Besançon le contuvo a duras penas. Devorado por la necesidad de pagar su rabia con algo, hizo pedazos el papel de este segundo anónimo y se puso a pasear a grandes zancadas; necesitaba alejarse de su mujer. Momentos después volvió a su lado más tranquilo.

—Hay que tomar una resolución—le dijo ella—, y despedir a Julián. Después de todo no es mas que



el hijo de un obrero. Le indemnizas con unos cuantos ducados y, como es inteligente, pronto encontrará dónde colocarse: en casa de M. Valenod o del subprefecto Maugiron, que tienen hijos, por ejemplo. De este modo no se le causa un gran perjuicio.

—Hablas como lo que eres: como una estúpida—exclamó M. De Renal con voz terrible—. ¿Quién puede esperar buen sentido en una mujer? Nunca prestáis atención a nada razonable, ¿cómo váis a saber nada? Vuestra flojera, vuestra pereza, no os dan actividad mas que para cazar mariposas; sois unos seres débiles, y nosotros unos desgraciados por teneros en la familia...

Madame de Renal le dejó hablar, y el marido habló largo rato: daba suelta a su furia, como dicen en el país.

—Hablo—respondió ella por fin—como una mujer ultrajada en su honor; es decir, en lo que tiene de más precioso.

Madame de Renal hizo alarde de sangre fría durante toda aquella conversación, de la cual dependía la posibilidad de seguir viviendo bajo el mismo techo que Julián. Buscaba las ideas más a propósito para guiar la cólera ciega de su marido. Fué insensible a todas las reflexiones injuriosas que le dirigió; no las escuchaba; sólo pensaba en Julián. ¿Estará contento de mí?

—Este labriego a quien hemos colmado de atenciones y hasta de regalos, quizá sea inocente—dijo ella, por fin—; pero no por ello deja de ser causa del primer insulto que recibo... Cuando he

leído este papel me he jurado a mí misma que él o yo saldríamos de esta casa.

—¿Quieres dar un escándalo para deshonrarme y deshonrarte? Ya eres motivo de conversación en Verrières sin necesidad de dar otro.

—Es cierto; todos en general envidian el estado de prosperidad en que te ha colocado tu talento, y lo mismo a tu familia y al pueblo... Bueno; pues entonces voy a decir a Julián que te pida permiso para pasar un mes con ese comerciante de madera, digno amigo del obrerillo.

—Guárdate bien de hacer nada—repuso M. De Renal con bastante calma—. Lo primero que te exijo es que no le hables. Te irritarías y me pondrías mal con él, y demasiado sabes lo que es este caballerete.

—Es un hombre que carece de tacto—replicó madame de Renal—; puede que sea un sabio; eso tú lo sabrás; pero en el fondo no es mas que un labriego. Yo te confieso que tengo muy mala idea de él desde que se negó a casarse con Elisa y puso por pretexto que visitaba en secreto a monsieur Valenod.

—¡Ah!—dijo M. De Renal, arqueando las cejas desmesuradamente—. ¿Julián te ha dicho eso?

—No; decirlo precisamente, no; siempre me ha hablado de la vocación que siente por el sagrado ministerio; pero, créeme, la principal vocación de estas gentecillas es tener pan. Y me ha dado a entender bien claramente que no ignoraba estas visitas secretas.

—¡Y yo que las ignoraba!—exclamó M. De Renal, recobrando toda su indignación y recalcando las palabras—. En mi casa ocurren cosas que yo ignoro... ¿De modo que entre Elisa y M. Valenod hay algo?

—¡Bah! Eso es historia antigua, amigo mío—dijo riendo Mme. De Renal—; y puede que no haya ocurrido nada malo. Es de la época en que tu buen amigo M. Valenod no hubiera visto con malos ojos que se creyese en Verrières que entre él y yo había un amor completamente platónico.

—Ya se me ocurrió esa idea una vez—exclamó M. De Renal, golpeándose furiosamente la cabeza y marchando de descubrimiento en descubrimiento—. Y ¿por qué no me dijiste nada?

—¿Para qué indisponer a dos amigos por un ataque de vanidad de nuestro querido director? ¿Cuál será la mujer de alguna posición a quien él no haya dirigido cartas espirituales y un poquito galantes?

—¿Y a ti te ha escrito?

—Escribe mucho.

—Enséñame esas cartas ahora mismo; te lo ordeno.

Y M. De Renal se creció seis pies lo menos.

—Me guardaré muy bien de hacerlo—repuso ella con una dulzura que rayaba en el abandono—; te las enseñaré un día que estés más sereno.

—Ahora mismo, ¡voto va!—exclamó M. De Renal ebrio de ira y, sin embargo, sintiéndose más feliz que lo había sido durante doce horas.



—¿Me juras—dijo Mme. De Renal con gravedad—no tener nunca una cuestión con el director del depósito a cuenta de tales cartas?

—Tenga cuestión o no, puedo quitarle el hospicio; pero—continuó con furor—quiero esas cartas ahora mismo. ¿Dónde están?

—En un cajón de mi escritorio; pero no te daré la llave.

—Saltaré la cerradura—exclamó corriendo hacia el cuarto de su mujer.

Saltó efectivamente la cerradura de un precioso escritorio de caoba traído de París, que frotaba muchas veces con el faldón de su levita cuando creía ver en él alguna mancha.

Madame de Renal subió corriendo los ciento veinte escalones del palomar y ató un pañuelo blanco a un hierro de la ventana. Era la más feliz de las mujeres. Con las lágrimas en los ojos miraba a los bosques lejanos. Seguramente—pensaba—, bajo alguna de esas hayas corpulentas, Julián estará esperando esta señal. Estuvo escuchando un gran rato y concluyó por maldecir de las cigarras y de los pájaros, que no le permitían oír más que sus cánticos. Sin ellos, hubiera podido percibir un grito de alegría que partiera de aquellas enormes rocas. Su ojo avizor devoraba aquella inmensa ladera, cubierta de verdura, lisa como un prado que forman las copas de los árboles. ¿Cómo no se le ocurre inventar alguna señal para indicarme que su dicha es igual a la mía? No bajó del palomar hasta que temió que su marido fuese a buscarla.

Le encontró furioso. Releía las frases anodinas de M. Valenod, poco acostumbradas a ser leídas con tal emoción.

Aprovechando un momento en que las exclamaciones de su marido le dejaban la posibilidad de hacerse oír, dijo:

—Vuelvo siempre a mi idea; conviene que Julián haga un viaje. Por mucho talento que tenga para el latín, sólo es un campesino que muchas veces resulta grosero y falto de tacto; a cada instante, para pasar por cortés, me dirige cumplidos exagerados y de mal gusto, que seguramente aprende en las novelas...

—Si no las lee nunca—repuso M. De Renal—, estoy seguro. ¿Crees que soy un amo de casa ciego, que no sabe lo que pasa en ella?

—Bueno; pues si no lee en ninguna parte esos cumplidos ridículos, será que los inventa, y eso es peor para él. Seguramente habrá hablado de mí en Verrières en ese tono... y sin ir tan lejos—dijo Mme De Renal, como quien descubre algo—habrá hablado delante de Elisa, y es como si hubiese hablado delante de M. Valenod.

—¡Ah!—exclamó M. De Renal, haciendo vacilar la mesa por el puñetazo más formidable que puede darse—; la carta anónima impresa y las cartas del tal Valenod están escritas en el mismo papel.

¡Por fin!—pensó Mme. De Renal, mostrándose aterrada por el descubrimiento. Y sin valor para articular una palabra más, se fué a sentar en el diván al fondo del salón.

La batalla estaba ya ganada; tuvo que hacer un gran esfuerzo, para impedir que M. De Renal fuese a hablar al supuesto autor del anónimo.

—¿No comprender que pedir explicaciones a M. Valenod, no teniendo pruebas suficientes, sería una torpeza insigne? ¿Quién tiene la culpa de que te envidien tanto? Tu talento, tu admirable gestión administrativa, tus fincas de buen gusto, mi dote, y, sobre todo, la herencia considerable que esperamos de mi buena tía, cuya cuantía suponen mayor de lo que en realidad ha de ser, han hecho de ti el personaje más importante de Verrières.

—Te olvidas del nacimiento—dijo M. De Renal, con una sonrisa.

—Eres uno de los caballeros más distinguidos de la provincia—repuso con entusiasmo Mme. De Renal—. Si el rey fuese libre y pudiese hacer justicia a la cuna, indudablemente que figurarías en la cámara de los pares, etc. ¿Y con esta posición quieres dar motivo para que la envidia se cebe en ti?

Hablar de su anónimo a M. Valenod es proclamar en todo Verrières, ¿qué digo?, en Besançon, en toda la provincia, que ese burgués sin importancia, admitido imprudentemente quizá en la intimidad de "un Renal", ha hallado medio de ofenderla. Si esas cartas que acabas de sorprender probaran que yo había correspondido al amor de M. Valenod, deberías matarme; lo merecería cien veces; pero nunca demostrarle tu enojo. Piensa que



todos tus convecinos acechan un pretexto para vengarse de tu superioridad; recuerda que en 1816 interviniste en varios arrestos. Este hombre refugiado en su tejado...

—Estoy pensando que no me consideras ni me quieres—exclamó M. De Renal con toda la amargura que le producía aquel recuerdo—, y que no he sido par.

—Y yo pienso—repuso sonriente Mme. De Renal—que seré más rica que tú, que hace doce años soy tu compañera y que con estos títulos tengo derecho a tener voz en el capítulo y, sobre todo, en el asunto de hoy. Si prefieres al tal Julián—añadió con despecho mal disimulado—, estoy dispuesta a irme con mi tía a pasar el invierno.

Esta frase fué dicha “con fortuna”, con una firmeza que trataba de ser cortés; ella decidió a monsieur de Renal. Pero aferrado al sistema provinciano, aún continuó hablando mucho tiempo, volviendo sobre todos sus argumentos; su mujer le dejó hablar; aún había cólera en su tono. Por fin, dos horas de charla inútil agotaron las fuerzas de un hombre que había pasado la noche dominado por el furor. Fijó la línea de conducta que habría de seguirse con M. Valenod, con Julián y hasta con Elisa.

Una o dos veces, durante aquella escena decisiva, Mme. De Renal estuvo tentada de sentir alguna simpatía por la desgracia real de aquel hombre que durante doce años había sido su amigo. Pero las verdaderas pasiones son egoístas. Además, es-

taba esperando que le descubriese la carta que recibiera la víspera; pero no dijo una palabra de ella. Para la seguridad de Mme. De Renal, le faltaba saber qué ideas habían podido sugerir a aquel hombre de quien dependía su suerte. Pues en provincias los maridos son los amos de la opinión. Un marido que se queja, se cubre de ridículo, cosa cada día menos peligrosa en Francia; pero su mujer, si él no le da dinero, pasa al estado de obrera de tres reales diarios; y para eso, las buenas almas tendrán escrúpulo en emplearla.

Una odalisca del serrallo puede a la fuerza amar a su señor; él es todopoderoso; ella no puede tener la esperanza de zafarse de su autoridad por una serie de finezas. La venganza del amo es terrible, sangrienta; pero militar, generosa: una puñalada acaba todo. En el siglo XIX un hombre mata a su mujer a fuerza de desprecios: cerrándola todos los salones.

El sentimiento del peligro se avivó en madame de Renal al volver a su cuarto; se sorprendió del desorden que en él reinaba. Las cerraduras de varios lindos cofrecillos estaban saltadas; algunas tablas del "parquet" aparecían levantadas. ¡No hubiera tenido compasión de mí!—pensó—. ¡Estropear así un entarimado de madera fina, que le gusta tanto, el hombre que se pone furioso si un chico entra con los pies húmedos! ¡Y le ha estropeado por completo! La vista de aquella violencia hizo callar rápidamente los últimos reproches que se dirigía por su rápida victoria.

Poco antes de sonar la campana del almuerzo Julián volvió con los niños. A los postres, cuando se retiraron los criados, Mme. De Renal le dijo muy secamente:

—Como me había usted dicho que deseaba pasar unos días en Verrières, M. De Renal le ha dado permiso. Se puede usted marchar cuando quiera. Pero para que los niños no pierdan tiempo, le enviarán todos los días sus temas, que usted habrá de corregir.

—Pero tenga en cuenta—agregó M. De Renal agriamente—que no le concedo mas que una semana.

Julián creyó notar en su fisonomía la inquietud de un hombre profundamente atormentado.

—¿Todavía no ha tomado una resolución?—dijo a su amiga, en un momento que pudieron hablar solos.

Madame de Renal le contó rápidamente lo que había hecho desde por la mañana.

—Esta noche te daré detalles—añadió sonriendo.

¡Perversidad de mujer!—pensó Julián—. ¡Qué placer, qué instinto les empuja a engañarnos!

—Te encuentro cegada a la vez que iluminada por tu amor—le dijo él con alguna frialdad—; tu conducta de hoy es admirable; pero ¿no crees imprudente que tratemos de vernos esta noche? La casa está llena de enemigos; piensa en el odio apasionado que Elisa siente por mí.

—Este odio se parece mucho a la indiferencia apasionada que tú sientes por mí.



—Aun cuando fuera indiferente, debería salvarte de un peligro al que te he conducido. Si, por casualidad, M. De Renal habla con Elisa, con una sola palabra puede descubrirlo todo. Y quizá pudiera esconderse cerca de mi cuarto bien armado...

—Ni siquiera valor—dijo Mme. De Renal, con toda la altivez de una mujer noble.

—Nunca me rebajaré a hablar de mi valor—dijo fríamente Julián—; sería una bajeza. Que el mundo juzgue los hechos. Pero—añadió, cogiéndole la mano—no puedes comprender lo que te quiero y cuánto me alegro poder despedirme de ti antes de esta cruel ausencia.

## CAPITULO XXII

### Modos de obrar en 1830.

La palabra fué dada al hombre para ocultar su pensamiento.

R. P. MALAGRIDA.

Apenas llegado a Verrières, Julián se reprochó lo injusto que había sido con Mme. De Renal. Si por debilidad no hubiera resultado bien su entrevista con M. De Renal, la hubiese despreciado como a una chiquilla. Sale airosa de ella, como excelente diplomático, y simpatizo con el vencido, que es mi enemigo. En mi modo de proceder hay una gran pequeñez burguesa; mi vanidad se

siente molesta porque M. De Renal es un hombre! Ilustre y vasta corporación a la que tengo el honor de pertenecer. No soy más que un majacero.

Monsieur Chelan había rehusado los alojamientos que los liberales más considerados del país le ofrecieran a porfía a raíz de su destitución de la parroquia. Las dos habitaciones alquiladas por él estaban llenas de libros. Julián quiso demostrar en Verrières lo que valía un cura, y se fué a casa de su padre y cogió unas cuantas tablas de abeto, que llevó auestas por la calle principal. Pidió prestadas las herramientas necesarias, y pronto tuvo armada una especie de biblioteca, en la que colocó los libros de M. Chelan.

—Te creía corrompido por la vanidad del mundo—le decía el viejo, llorando de alegría—; esto me hace perdonarte la chiquillada del uniforme de guardia de honor que tantos enemigos te acreó.

Monsieur de Renal había ordenado a Julián que se alojara en su casa. Nadie sospechaba lo que había pasado. Al tercer día de su llegada, Julián vió subir a su cuarto nada menos que al personaje M. De Maugiron, subprefecto. Después de dos horas de charla insípida y de unas cuantas jeremiadas sobre la maldad de los hombres, la poca honradez de los encargados de la administración pública, los peligros de la pobre Francia, etc., etc., Julián vió apuntar el verdadero objeto de la visita. Estaban ya en el rellano de la escalera, y el po-

bre preceptor, medio en desgracia, acompañaba con el respeto conveniente al futuro prefecto de algún afortunado departamento, cuando le ocurrió a éste ocuparse de la fortuna de Julián y alabar su moderación en asuntos de interés, etc., etc., Finalmente M. De Maugiron, estrechándole entre sus brazos con un aire paternal, le propuso que dejase a M. De Renal para entrar en casa de un funcionario que tenía hijos que "educar" y que, como el rey Luis Felipe, daría gracias al cielo, no tanto por habérselos concedido, como por haberlos hecho nacer en la misma población que una persona como Julián. Su preceptor tendría ochocientos francos de sueldo, pagaderos, no por meses, cosa que no es noble—dijo M. De Maugiron—, sino por trimestres adelantados.

Entonces le llegó el turno a Julián, que hacía media hora esperaba la palabra con aburrimiento. Su respuesta fué irreprochable y larga como un mandamiento judicial. Daba a entender todo, pero no decía nada claramente. En ella había respeto hacia M. De Renal, veneración por el público de Verrières, agradecimiento al ilustre subprefecto. El tal subprefecto, asombrado de encontrarse con alguien más jesuíta que él, trató inútilmente de obtener alguna respuesta más concreta. Julián, encantado, aprovechó la ocasión para ejercitarse, y volvió a principiar en otros términos. Nunca ningún ministro elocuente que desea apurar una sesión, en la que la Cámara parece querer rebelarse, dijo menos con más palabras. Apenas



salió M. De Maugiron, Julián soltó la carcajada como un loco. Para aprovechar su verbosidad jesuítica, escribió una carta de nueve carillas a monsieur de Renal, dándole cuenta de todo lo que le habían dicho y pidiéndole consejo humildemente. Este pícaro no me ha dicho el nombre de la persona que me hace el ofrecimiento. Quizá sea monsieur Valenod, que ve la consecuencia de su anonimato en mi destierro en Verrières.

Después de enviar la carta, Julián salió para pedir consejo a M. Chelan, contento como el cazador que, a las seis de la mañana de un hermoso día de otoño, desemboca en una explanada abundante en caza. Pero antes de llegar a casa del buen cura, el cielo, que no le quería privar de ningún goce, le puso en presencia de M. Valenod, al cual no ocultó que tenía el corazón destrozado; un pobre muchacho como él se debía por entero a la vocación que el cielo le hiciera sentir; pero en este bajo mundo la vocación no era todo. Para trabajar dignamente en la viña del Señor, y no ser indigno de tantos y tantos colaboradores sabios, necesitaba instrucción, necesitaba pasar dos años en el seminario de Besançon, cosa muy dispendiosa; le era, pues, indispensable hacer economías, y esto le sería más fácil conseguirlo ganando ochocientos francos, pagados por trimestres, que no con seiscientos, que se iban de entre las manos de mes en mes. Pero, por otra parte, el cielo, al colocarle al lado de los jóvenes Renal e inspirarle un cariño especial hacia ellos, parecía indicarle que no

era del caso abandonar su educación para emprender otra...

Julián llegó a tal grado de perfección en este género de elocuencia, que ha reemplazado a la rapidez de acción del Imperio, que al final él mismo se aburrió de sus palabras.

Al volver a casa, encontró a un criado de monsieur Valenod, vestido de gran librea, que le buscaba por toda la ciudad con una invitación para comer aquel mismo día.

Julián no había estado nunca en casa de aquel hombre; no hacía muchos días que su idea fija era hallar el medio de darle un pie de paliza sin exponerse a ir a la cárcel. Aun cuando la hora marcada para la comida era la una, Julián creyó más respetuoso presentarse a las doce y media en el despacho del director del depósito. Le encontró dándose importancia entre una porción de carpetas. Sus grandes patillas negras, su cabellera abundante, su gorro griego colocado en la coronilla, su inmensa pipa, sus zapatillas bordadas, las gruesas cadenas de oro que cruzaban su pecho y todo aquel aparato de financiero provinciano, que se cree hombre terrible, no lograron imponer a Julián; sólo pensaba en los palos que le debía.

Solicitó el honor de ser presentado a Mme. Valenod; pero ésta se hallaba vistiéndose en aquel momento y no podía recibir. En cambio, tuvo la suerte de asistir al tocado del director del depósito. Luego pasaron a las habitaciones de madame Valenod, que le presentó a sus hijos con las lágrimas

mas en los ojos. Esta señora, una de las más importantes de Verrières, tenía una fisonomía de hombre que había embadurnado de colorete con ocasión de tan gran ceremonia. Durante la entrevista hizo gala de una patética emoción maternal.

Julián pensaba en Mme. De Renal. Su desconfianza no le hacía susceptible sino de aquellos recuerdos, avivados por el contraste; pero en aquel momento se sentía realmente emocionado. Este sentimiento se aumentó a la vista de la casa del director del depósito que le hicieron visitar. Todo era magnífico y nuevo; le informaban del precio de cada mueble. Pero él encontraba algo innoble que olía a la legua a dinero robado. Todo el mundo, incluso los criados, tenía el aspecto de querer asegurarse contra el desprecio.

Acompañados de sus mujeres llegaron: el recaudador de contribuciones, el de los impuestos indirectos, el jefe de los gendarmes y dos o tres funcionarios más. A poco, les siguieron algunos liberales ricos. Anunciaron la comida. Julián, ya mal dispuesto, empezó a pensar que del lado allá de la pared del comedor estarían los pobres recogidos, en cuya ración de carne se habría "sizado", tal vez, para comprar todo aquel lujo de gusto con que querían deslumbrarle.

Es posible que tengan hambre en este momento —se dijo—, y sintió un nudo en la garganta que le impidió pasar bocado y hasta le quitó el uso de la palabra. Lo peor fué cuando, un cuarto de hora después, se oyeron, lejanos, algunos acordes de una



canción popular, algo canalla, que cantaba uno de los recogidos. Monsieur Valenod dirigió una mirada a uno de sus fastuosos criados, que desapareció. Inmediatamente dejó de oírse la canción. En aquel momento un criado ofrecía a Julián vino del Rhin en un vaso verde, y Mme. Valenod se esforzaba en hacerle notar que aquel vino costaba a nueve francos la botella en la bodega. Julián, con su vaso en la mano, dijo a M. Valenod:

—Ya no se oye esa canción canalla.

—¡Naturalmente!—respondió el director, triunfante—. He mandado imponer silencio a los mendigos.

Aquella frase fué demasiado fuerte para Julián: había adquirido los modales, pero no el espíritu de su estado. A pesar de toda su hipocresía, puesta en práctica con tanta frecuencia, sintió que por sus mejillas corría una gruesa lágrima.

Trató de ocultarla con el vaso verde; pero le fué absolutamente imposible hacer honor al vino del Rhin.

“¡Impedirle cantar!”—se decía—. ¡Dios mío! ¡Y tú lo permites!

Por fortuna, nadie se dió cuenta de su enternecimiento de mal tono. El recaudador de contribuciones había comenzado a entonar una canción realista. Y durante el alboroto del estribillo, cantado a coro, la conciencia de Julián se decía: ¡Esa será la cochina fortuna que alcances, y sólo podrás disfrutarla con esta condición y en semejante compañía! Quizá tengas un puesto de veinte mil

francos; pero mientras te atracas de manjares, tendrás que obligar a callarse a un pobre asilado; darás comidas con el dinero que hayas robado de su miserable pitanza, y mientras tú comes, él será más desgraciado aún... ¡Oh, Napoleón! ¡Qué dulce era en tu tiempo llegar a la fortuna pasando por los peligros de una batalla! ¡Pero aumentando cobardemente el dolor del desgraciado...!

Confieso que la debilidad de que Julián dió pruebas durante este monólogo me hace tener muy pobre opinión de él. Sería digno de ser compañero de esos conspiradores con guante amarillo, que pretenden cambiar la manera de ser un gran país y no quieren recibir el menor arañazo.

Julián se sintió volver violentamente a su papel. No le habían invitado en tan buena sociedad para que estuviese soñando y sin decir una palabra.

Un fabricante de telas estampadas retirado, miembro correspondiente de la Academia de Besançon y de la de Uzés, le dirigió la palabra de un extremo a otro de la mesa, para preguntarle si era cierto lo que se contaba de sus progresos maravillosos en el estudio del Nuevo Testamento.

De repente todo el mundo quedó en el más profundo silencio: un Nuevo Testamento en latín apareció como por encanto en las manos del sabio miembro de dos Academias. A la respuesta confirmatoria de Julián, se leyó al azar una frase en latín. Él comenzó a recitar; su memoria no le hizo traición, y aquel prodigio fué admirado con el entusiasmo propio del final de una comida. Julián

miraba las caras encendidas de las damas; algunas no estaban mal. Se fijó principalmente en la señora del filarmónico recaudador.

—Me da vergüenza, en realidad, estar tanto tiempo hablando latín delante de estas señoras—dijo, mirándolas—. Si M. Rubigneau—esté era el miembro de las dos Academias—tiene la bondad de leer cualquier frase latina, en vez de contestarle siguiendo el texto, trataré de hacerlo “in promptu”. Esta segunda prueba fué el colmo de su triunfo.

Estaban presentes varios liberales ricos, padres felices de hijos, susceptibles de conseguir pensiones, y, en consecuencia, convertidos súbitamente desde la última misión. A pesar de este rasgo de fina política, M. De Renal nunca quiso recibirlos en su casa. Estas buenas gentes, que sólo conocían de oídas a Julián y por haberle visto a caballo el día de la entrada del rey de \*\*\*, eran sus más entusiastas admiradores. ¿Cuándo se cansarán estos majaderos de escuchar el estilo bíblico, del que no entienden una palabra?—pensaba—. Pero, al contrario, el tal estilo les divertía por lo raro y les hacía reír. Julián se cansó.

A las seis en punto levantóse y habló de un capítulo de la nueva Teología de Ligorio, que tenía que aprender de memoria para recitárselo al día siguiente a M. Chelan. Pues mi oficio—añadió con agrado—es dar lecciones y tomarlas yo.

Se rieron mucho, le admiraron; tal es el espíritu de Verrières. Julián estaba de pie y todo el mundo



se levantó, a pesar de las conveniencias: tal es el imperio del talento. Madame Valenod le retuvo un cuarto de hora más; quería a toda costa que oyese a los niños dar su lección de Catecismo; los niños se equivocaron de la manera más cómica y nadie se enteró mas que él; pero tuvo buen cuidado de callarse. ¡Qué ignorancia de los principios más elementales de la religión!—pensaba—. Saludó al fin, creyendo poder escapar; pero tuvo que padecer una fábula de La Fontaine.

—Este autor es muy inmoral—dijo Julián a madame Valenod—; tiene una fábula sobre Jean Chonart que pone en ridículo una de las cosas más respetables. Está condenado por los mejores comentadores. Julián recibió antes de marcharse cuatro o cinco invitaciones para comer. Este hombre honra el departamento, decían todos los convidados a un mismo tiempo y muy alegres. Llegaron hasta hablar de una pensión votada sobre los fondos comunales para ponerle en situación de terminar sus estudios en París.

Mientras esta idea imprudente resonaba en el comedor, Julián ganó con ligereza la puerta cochera. —¡Ah!, ¡canalla!, ¡canalla!—exclamó dos o tres veces en voz baja, disfrutando el placer de respirar el aire fresco.

En aquel momento se sentía aristócrata, él que durante tanto tiempo se sintiera molesto por la sonrisa desdeñosa y la superioridad altiva que descubría en todas las cortesías que le dirigían en casa de M. De Renal. Pero no pudo menos de

notar la extrema diferencia entre unos y otros. Olvidemos por un momento, se decía al alejarse, que se trata de dinero robado a los pobres aislados a quienes hasta les quitan la libertad de cantar. ¿Pero cuándo M. De Renal ha pensado en decir a sus convidados el precio de cada botella de vino que les sirve? Y este tal Valenod, no hace más que repetir la enumeración de todas sus propiedades, y no sabe hablar más que de su casa, de sus fincas, diciendo siempre a su mujer: "tu" casa, "tu" finca.

Y aquella mujer, tan sensible en apariencia al placer de la propiedad, había reprendido de modo repugnante a un criado porque rompió una copa y "descabaló una de sus docenas". Y el criado le había contestado con una insolencia.

—¡Qué colección!—se decía Julián—. Aunque me dieran la mitad de todo lo que roban, no viviría con ellos. Un día saltaría, no podría contenerme y les diría todo el desprecio que me inspiran.

Sin embargo, para seguir las instrucciones de madame De Renal, tuvo que asistir a varias comidas del mismo género. Julián se puso de moda; le perdonaron su uniforme de guardia de honor, o quizá esta imprudencia fué la verdadera causa de su éxito. En todo Verrières, nadie se ocupó en aquellos días más que en saber quién vencería en la lucha por conseguir al joven sabio: si M. De Renal o el director del depósito. Estos señores formaban, con M. Maslon, el triunvirato que, desde hacía muchos años, tiranizaba la po-

blación. Envidiaban al alcalde; los liberales tenían motivos de queja contra él, pero después de todo, era noble y estaba hecho para la superioridad, mientras que el padre de Valenod no le había dejado a su hijo ni seiscientas libras de renta. Había pasado de inspirar compasión por el traje verde manzana que todos le conocieran en su juventud, a despertar la envidia por sus caballos normandos, sus cadenas de oro, sus trajes traídos de París, toda su prosperidad actual.

En medio del torrente de aquel mundo nuevo para Julián, creyó descubrir un hombre honrado: era geómetra, se llamaba Gros y pasaba por jacobino. Como Julián se había dedicado a no decir nunca más que cosas que a él mismo le sonaban a hueco, se vió obligado a mantenerse a cierta distancia de M. Gros. Recibía de Vergy grandes paquetes de temas. Le aconsejaron que viese a su padre con alguna frecuencia, y se conformó con aquella triste necesidad. En una palabra, estaba rehaciendo su reputación, cuando una mañana se encontró sorprendido al despertarse sintiendo unas manos que le tapaban los ojos.

Era Mme. De Renal que había hecho un viaje a la ciudad, y que, dejando a sus hijos entretenidos con un conejo favorito que se llevarán en el viaje, había subido de cuatro en cuatro las escaleras y llegaba la primera al cuarto de Julián. Fué un momento delicioso, pero corto. Madame de Renal había desaparecido cuando los niños llegaron a su cuarto con el conejo que que-



rían enseñar a su amigo. Julián acogió a todos muy bien, incluso al conejo. Le parecía que recordaba su familia; comprendió que quería a aquellos niños, que era un placer para él charlar con ellos. Estaba admirado de la dulzura de su voz, de la sencillez y la nobleza de sus modales; necesitaba limpiar su imaginación de todas las maneras vulgares, de todos los pensamientos desagradables, cuyo ambiente respiraba en Verrières. Siempre el mismo temor a no conseguir su objeto, siempre el lujo y la miseria en lucha despiadada. Las gentes con quienes comía le hacían confidencias, a propósito del asado, que eran humillantes para ellos y nauseabundas para quien las escuchaba.

—Vosotros, los nobles, tenéis razón para ser orgullosos—decía a Mme. De Renal—. Y le contaba todas las comidas que había padecido.

—¡Estás de moda! Y se reía de buena gana, pensando en el colorete que Mme. Valenod se creía en la obligación de ponerse cuando esperaba a Julián. —Creo que tiene sus miras particulares—añadía.

El almuerzo fué delicioso. La presencia de los niños, aun cuando molesta en apariencia, en el fondo contribuyó a la felicidad de todos. Los pobres niños no sabían cómo atestiguar su alegría por volver a ver a Julián. Los criados, no habían dejado de contarles que le ofrecían doscientos francos más por “educar” a los pequeños Valenod.

En medio del almuerzo, Estanislao Javier, pálido aún después de su grave enfermedad, preguntó a su madre cuánto valían su cubierto y el cubilete de plata en que bebía.

—¿Por qué preguntas eso?

—Quiero venderlos para darle su importe a Julián, y que no salga burlado si se queda con nosotros.

Julián le besó con las lágrimas en los ojos. Su madre lloraba francamente, mientras Julián, que tenía sobre sus rodillas a Estanislao Javier, le explicaba que no debía haber dicho salir burlado en aquel sentido, pues era una manera poco fina de hablar. Viendo el placer que causaba a madame De Renal, trató de explicar á los niños, con ejemplos divertidos y pintorescos, lo que era salir burlado.

—Ya comprendo—dijo Estanislao—; es el cuervo que hace la tontería de dejar caer el queso, para que lo coja la zorra que era una adúladora.

Madame de Renal, loca de alegría, cubría de besos a sus hijos, cosa que no podía hacer sin apoyarse sobre Julián.

De repente se abrió la puerta; era M. De Renal. Su fisonomía, severa y disgustada, hacía un extraño contraste con la dulce alegría que interrumpiera su aparición. Mme. De Renal se puso pálida; no se encontraba en estado de negar nada. Julián tomó la palabra, y, en alta voz, se puso a contar al señor alcalde el rasgo del cubilete de plata que Estanislao quería vender. El primer

movimiento de M. De Renal fué fruncir el entrecejo, cosa que hacía por costumbre al oír la palabra plata. La sola mención de ese metal, solía decir, implica un atentado contra mi bolsillo.

Pero aquí había más que el interés del dinero; había el aumento de sus sospechas. El aspecto de felicidad que animaba a su familia, en su ausencia, no era lo más propio para arreglar las cosas en el espíritu de un hombre dominado por una vanidad tan celosa. Al oír a su mujer alabar el modo lleno de gracia y de talento con que Julián daba ideas nuevas a sus discípulos, dijo:

—Sí, sí; ya lo sé, me hace antipático a mis hijos; para él es bien fácil ser cien veces más amable que yo, que en el fondo soy el amo. Todo tiende en este siglo a hacer odiosa la autoridad "legítima". ¡Pobre Francia!

Madame De Renal no se paró a examinar el claro obscuro de la acogida que le hacía su marido. Acababa de entrever la posibilidad de pasar doce horas con Julián. Tenía que hacer una infinidad de compras y decidió que comerían en la taberna; se mantuvo firme en su decisión a pesar de todas las observaciones de su marido. Los niños estaban encantados al solo nombre de taberna, que la gazmoñería moderna pronuncia con tanto gusto.

Monsieur de Renal dejó a su mujer en la primera tienda de novedades en que entró, para irse a hacer visitas. Volvió más taciturno que por la mañana; estaba convencido de que todo el pue-



blo se ocupaba de él y de Julián. Ciertamente que nadie le dió a entender la parte ofensiva de las conversaciones del público. Todo lo que le habían dicho, tendía a saber si Julián se quedaría en casa del alcalde con seiscientos francos o aceptaría los ochocientos ofrecidos por el director del depósito.

Este, que se encontró con M. De Renal, en una visita, se hizo el indiferente. Tal conducta no dejaba de ser hábil; en provincias hay poco aturdimiento, las sensaciones son tan raras que suelen cultivarse muy cuidadosamente.

Monsieur Valenod era lo que se llama a cien leguas de París un "faraud" (1), clase de personas de natural desvergonzado y grosero. Su existencia triunfante, desde 1815, reforzó sus bellas cualidades. Reinaba, por decirlo así, en Verrières, a las órdenes de M. De Renal; pero mucho más activo, no avergonzándose de nada, mezclándose en todo, yendo y viniendo sin cesar, escribiendo, hablando, olvidando las humillaciones, sin ninguna pretensión personal, había concluído por equilibrar su crédito con el de su jefe ante el poder eclesiástico. Monsieur Valenod vino a decir a los tenderos del país: Dadme los más tontos; a la gente de leyes: Indicadme los más ignorantes; a los médicos: Designad los más charlatanes. Cuando tuvo reunidos a los más desvergonzados de todos los oficios, les dijo: Reinemos juntos.

---

(1) Correveidile.

La manera de ser de estas gentes hería en lo vivo a M. De Renal. La grosería de M. Valenod no se ofendía por nada, ni siquiera por los mentís que el abate Maslon no se recataba de dirigirle en público.

Pero, en medio de aquella prosperidad, monsieur Valenod sentía la necesidad de defenderse, con pequeñas insolencias de detalle, contra las grandes verdades, que comprendía que todo el mundo tenía derecho a decirle. Su actividad redobló después de los temores que la visita de M. Apert le dejara: hizo tres viajes a Besançon; escribía cartas en todos los correos; enviaba otras con desconocidos que solían pasar por su casa a la caída de la tarde. Quizá fué un error la destitución del viejo cura Chelan, pues aquel paso vengativo le atrajo las antipatías de algunas devotas de buena familia que le miraban como a hombre malo. Además, aquel servicio le había puesto bajo la dependencia más absoluta del vicario mayor de Frilair, que le acosaba con encargos extraños. En este punto estaba su política, cuando cedió al placer de escribir un anónimo. Para colmo de apuros, a su mujer, por vanidad, se le metió en la cabeza llevarse a Julián a su casa, y por tal manera se lo declaró.

Así las cosas, M. Valenod preveía una escena decisiva con su antiguo aliado M. De Renal. Poco le importaban las palabras gruesas que le dirigiría, pero podía escribir a Besançon y quizá a París. El sobrino de cualquier ministro podía

caer en Verrières y hacerse cargo del depósito de mendicidad. Monsieur Valenod pensó acercarse a los liberales: por esta razón invitó a varios a la comida en que Julián recitó. Hubiera sido sostenido fuertemente contra el alcalde. Pero podían llegar unas elecciones, y era evidente que el depósito y un voto en contra serían cosas incompatibles. El relato de toda esta política, adivinado por Mme. De Renal, fué su tema de conversación con Julián, mientras, cogida de su brazo, iba de tienda en tienda, hasta que poco a poco llegaron distraídamente al Paseo de la Fidelidad, donde pasaron algunas horas casi tan tranquilos como en Vergy.

Mientras tanto, M. Valenod trataba de rehuír una escena decisiva con su antiguo jefe, tomando también un aire audaz. Aquel día le resultó bien el sistema, pero aumentó el mal humor del alcalde.

Nunca la vanidad, en lucha con todo lo que el amor al dinero tiene de más agrio y mezquino, pone a un hombre en un estado tan abominable como estaba M. De Renal cuando entró en la "taberna". Y, por el contrario, nunca estuvieron sus hijos más gozosos y alegres. El contraste aumentó su molestia.

—Estoy de más en mi familia, según veo— dijo al entrar, con un tono que quería hacer imponente.

Por toda respuesta, su mujer le cogió aparte y le expresó la necesidad de alejar a Julián. Las horas de dicha transcurridas le habían hecho reco-



brar la serenidad y la firmeza necesarias para seguir el plan de conducta que se trazara quince días antes. Lo que acababa de perturbar completamente al pobre alcalde de Verrières, era que sabía que públicamente se hacían chistes sobre su afición a "la especie". Monsieur Valenod era generoso como un ladrón, y él se había conducido de una manera más prudente que brillante en las cinco o seis últimas colectas para la Cofradía de San José, la Congregación de la Virgen, la del Santísimo Sacramento, etc., etc., etc.

Entre los hidalgüelos de Verrières y sus contornos, diestramente clasificados por los hermanos colectores, según el importe de sus donativos, se había visto más de una vez figurar en la última línea el nombre de M. De Renal. En vano decía que "no ganaba nada". El clero no admite bromas en este asunto.

## CAPITULO XXIII

### Desazones de un funcionario.

Il piacere di alzar la testa tutto  
l'anna, é ben pagato da certi  
quartl d'ora che bisogna passar (1).

CASTI.

Pero dejemos a este hombre pequeño con sus pequeños temores. ¿Para qué se ha llevado a su casa un hombre de corazón, cuando lo que necesitaba era un alma de lacayo? ¿Por qué no sabe

(1) El placer de llevar la cabeza alta todo el año, está bien pagado con algunos cuartos de hora que precisa pasar.

elegir sus gentes? La marcha ordinaria del siglo XIX es que cuando un ser poderoso y noble encuentra un hombre de corazón, lo mata, lo destierra, lo encarcela o lo humilla de tal forma, que el otro comete la tontería de morir de pena. Por casualidad, en este caso, no es el hombre de corazón el que sufre. La gran desgracia de los pueblos de Francia y de los Gobiernos por elección, como el de Nueva York, es el no poder olvidar que en el mundo hay hombres como M. De Renal. En una ciudad de veinte mil habitantes, estos hombres forman la opinión pública, y la opinión pública es terrible en un país que tiene privilegios. Un hombre dotado de un alma noble, generosa, que hubiera sido nuestro amigo, pero que vive a cien leguas, nos juzga por la opinión pública de nuestro pueblo, que está formada por los imbéciles que la casualidad ha hecho nacer ricos, nobles y moderados. Desgraciado del que se distingue.

Terminado el almuerzo se volvieron a Vergy; pero al día siguiente Julián vió reaparecer a toda la familia en Verrières.

No había transcurrido una hora cuando, con gran asombro suyo, descubrió que Mme. De Renal le ocultaba algo. Interrumpía la conversación con su marido al pasar él, y parecía como si deseara que se alejase. Julián no esperó a que se le hiciese dos veces aquella advertencia. Se mostró frío y reservado; Mme. De Renal, que hubo de advertirlo, no buscó explicación alguna. ¿Pensará darme

un sucesor?—dijose Julián—. ¡Anteayer aún estaba tan íntima conmigo! Pero dicen que así se portan estas grandes damas. Son como los reyes: nunca más obsequiosos que con el ministro que, al volver a su casa, ha de encontrar su dimisión.

Julián notó que en las conversaciones, que cesaban bruscamente al acercarse él, se trataba de una gran casa perteneciente al Concejo de Verrières, vieja, pero amplia y cómoda y situada frente a la iglesia, en el sitio de más tráfico de la ciudad. ¿Qué puede haber de común entre esa casa y un nuevo amante?—se decía Julián—. En su preocupación, se repetía los lindos versos de Francisco I, que le parecían nuevos porque aún no hacía un mes que se los enseñara Mme. De Renal. ¡Y entonces, cómo los desmentía con sus juramentos y sus caricias!

Souvent femme varie,  
Bien fol est qui s'y fie (1).

Monsieur de Renal partió en la posta para Besançon. Este viaje se decidió en dos horas; el alcalde parecía muy atormentado. A la vuelta dijo a su mujer, tirando sobre la mesa un grueso envoltorio de papel gris:

—Ahí tienes ese asunto estúpido.

Una hora después, Julián vió al alguacil que llevaba el grueso paquete; le siguió con interés. Voy a saber el secreto en la primera esquina.

Esperaba impaciente detrás del alguacil que,

(1) Cambia a menudo la mujer.  
Loco es quien de ella se fía.



con su brocha, embadurnaba el dorso del anuncio. Apenas estuvo colocado, la curiosidad de Julián pudo ver que lo que se anunciaba con todo detalle era el alquiler, en pública subasta, de aquella casa, grande y vieja, cuyo nombre iba y venía con tanta frecuencia en las conversaciones de M. De Renal y su mujer. Se anunciaba la adjudicación para el día siguiente a las dos, en la sala del Ayuntamiento al apagarse la tercera bujía. Julián se desilusionó; juzgaba que el término era muy corto: ¿cómo podrían ser avisados todos los concurrentes? Además, aquel anuncio de quince días de fecha, que releyó en tres sitios diferentes, no le enseñaba nada.

Fué a visitar la casa desalquilada. El portero, que no le vió acercarse, decía misteriosamente a un vecino:

—¡Bah! ¡bah! Trabajo perdido. Monsieur Maslon le ha prometido que la tendría por trescientos francos, y como el alcalde se resistía, el vicario mayor de Frilair le mandó al obispado.

La llegada de Julián pareció molestar mucho a los dos amigos, que no pronunciaron una palabra más.

Julián no faltó a la subasta. Había mucha gente en una sala mal iluminada; unos a otros se observaban de un modo singular. Todas las miradas estaban fijas en una mesa, donde Julián vió, en una bandeja de estaño, tres cabos de vela encendidos. El ujier gritaba: “¡Trescientos francos, señores!”

—¡Trescientos francos!—dijo uno en voz baja a su vecino—. Esto es muy fuerte.

Julián estaba entre los dos.

—Vale más de ochocientos; voy a pujar.

—Es escupir al cielo. ¿Qué vas a ganar en ponerte mal con M. Maslon, M. Valenod, el obispo, su terrible vicario mayor de Frilair y toda la trinca?

—¡Trescientos veinte francos!—gritó el otro.

—¡Mala bestia!—replicó su vecino—. Y mira justamente un espía del alcalde—añadió señalando a Julián.

Julián se volvió rápidamente para castigar aquella frase, pero los dos individuos del Franco Condado no pararon mientes en él. Su sangre fría le devolvió la suya. En aquel momento se apagaba el último cabo de vela, y la voz arrastrada del ujier adjudicó la casa en trescientos treinta francos, y por nueve años, a M. De Saint-Giraud, jefe de negociado en la prefectura de \* \* \*.

En cuanto el alcalde salió de la sala comenzaron los comentarios.

—La imprudencia de Grogeot vale treinta francos al Ayuntamiento—decía uno.

—Pero M. De Saint-Giraud—respondía otro—se vengará de Grogeot; lo sentirá.

—¡Qué infamia!—decía un hombre gordo que estaba a la derecha de Julián—. Una casa por la que yo hubiera dado ochocientos francos para mi fábrica, y habría hecho un buen negocio.

—¡Bah!—le respondía un fabricante joven y

liberal—. ¿No es M. De Saint-Giraud de la congregación? ¿No tienen pensiones sus cuatro hijos? ¡Pobrecito! Necesita que el Ayuntamiento de Verrières le dé un beneficio de quinientos francos; eso es todo.

—¡Y decir que el alcalde no ha podido impedirlo!—observaba un tercero—. Pues hay que convenir en que es reaccionario, pero no roba.

—¿No roba?—repuso otro—. No, ese es pichón que vuela. Todo entra en un fondo común, y a fin de año se lo reparten. Pero cuidado, que ahí está el joven Sorel; vámonos.

Julián volvió a casa de pésimo humor; allí encontró a Mme. De Renal muy triste.

—¿Vienes de la subasta?—le dijo.

—Sí; y he tenido el honor de pasar por espía del señor alcalde.

En este momento apareció M. De Renal; estaba muy taciturno. Durante la comida no se habló una palabra. Monsieur de Renal ordenó a Julián que fuese a Vergy con los niños; el viaje fué triste. Madame de Renal consolaba a su marido.

—Ya debías estar habituado a estas cosas, amigo mío.

Por la noche estaban todos reunidos en silencio, junto al hogar: sólo se oía el chasquido de la leña que ardía. Era uno de esos momentos tristes que suele haber en las familias más unidas. Uno de los niños exclamó alegremente:

—¡Llaman! ¡Llaman!

—¡Voto va! Si es M. De Saint-Giraud, que vie-



ne a provocarme a pretexto de darme las gracias—exclamó el alcalde—, le diré lo que hace al caso; es demasiado. Es a Valenod a quien le debe el negocio, y yo soy quien resulta comprometido. ¿Qué diría si esos malditos periódicos jacobinos se apoderasen del asunto y me pusieran en la picota?

Un hombre guapo, con grandes patillas negras, entró en aquel momento conducido por un criado.

—Señor alcalde, yo soy el “signor” Gerónimo. Esta carta para usted me la entregó el caballero de Beauvaisis, agregado a la Embajada de Nápoles, en el momento de mi partida; hace ocho días no más—añadió el signor Gerónimo con aire alegre, mirando a Mme. De Renal—. El signor De Beauvaisis, primo vuestro y amigo mío, señora, dice que usted sabe italiano.

El buen humor del napolitano cambió en alegría la tristeza de aquella velada. Madame de Renal se empeñó en darle de cenar. Puso toda la casa en movimiento; deseaba a toda costa distraer a Julián del dictado de espía que oyera dos veces en el mismo día. El signor Gerónimo era un cantor célebre, hombre de buena sociedad, y, sin embargo, muy alegre, cosas que en Francia no son compatibles. Después de cenar cantó un “duettino” con Mme. De Renal. Contó cuentos entretenidísimos. A la una de la madrugada, los chicos protestaron cuando Julián les propuso irse a la cama.

—Déjanos oír esta historia—dijo el mayor.

—Es la mía, signorino—repuso el signór Gerónimo—. Hace ocho años, yo era, como vosotros, un alumno del Conservatorio de Nápoles; quiero decir que tenía poco más o menos vuestra edad, pero no tenía el honor de ser hijo del ilustre alcalde de la linda ciudad de Verrières.

Aquella frase hizo suspirar a M. De Renal, que miró a su mujer.

—El signor Zingarelli—continuó el joven cantante, exagerando su acento, que hacía ahogarse de risa a los niños—, el signor Zingarelli era un maestro excesivamente severo. Nadie le quiere en el Conservatorio; pero él pretende que todo el mundo obre como si le quisieran. Yo salía lo más frecuentemente que podía. Iba al teatrillo de San Carlino, donde oía una música de dioses; pero ¡cielos!, ¿qué hacer para reunir los cuarenta céntimos que cuesta la entrada? Enorme suma—dijo mirando a los niños, que rieron de mejor gana aún—. El signor Giovannone, director de San Carlino, me oyó cantar. Yo tenía diez y seis años.

—Este chico es un tenor—dijo—. ¿Quieres que te contrate?—vino a preguntarme.

—¿Cuánto me va usted a dar?

—Cuarenta ducados al mes.

Señores, ¡son ciento veinte francos! Vi el cielo abierto.

—¿Pero cómo lograré—dije a Giovannone—que me deje salir el signor Zingarelli?

—Lascia fare a me.

—¡Déjame hacer!—exclamó el mayor de los niños.

—Exactamente, señorito. El signor Giovannone me dijo:

—Caro, primero vamos a hacer un contrato. Firmo: me da tres ducados. Nunca había visto tanto dinero junto. En seguida me indica lo que debo hacer.

Al día siguiente pido una audiencia al terrible signor Zingarelli. Su viejo ayuda de cámara me hace pasar.

—¿Qué me quieres, mala persona?—dijo Zingarelli.

—Maestro—dije yo—, me arrepiento de mis faltas; no volveré a salir del colegio saltando la verja. Voy a redoblar mi aplicación.

—Si no temiese echar a perder la más hermosa voz de bajo que he oído, te encerraría a pan y agua quince días, sinvergüenza.

—Maestro—repuse—, voy a ser el modelo de toda la escuela “credete a me”. Pero quiero pedirle un favor; si alguien viene a buscarme para cantar fuera, no consiente usted de ninguna manera. Por favor, diga usted que no puede.

—¿Y quién diablos quieres tú que venga a buscar una alhaja semejante? ¿Crees que consentiría nunca en que salieses del Conservatorio? ¿Es que pretendes burlarte de mí? Despeja, despeja—dijo tratando de darme un puntapié en el c...—, y ten cuidado con el pan seco y el encierro.



Una hora más tarde el signor Giovannone se presentó en el despacho del director.

—Vengo a pedirle que haga mi fortuna—le dice—; déjeme a Gerónimo. Que cante en mi teatro, y este invierno caso a mi hija.

—¿Qué quieres hacer con ese mal sujeto?—le dijo Zingarelli—. No quiero, no iré, y además, aun cuando yo consintiera, él no querrá salir del Conservatorio; acaba de jurármelo.

—Si sólo se trata de su voluntad—dijo gravemente Giovannone, sacando del bolsillo mi contrato—, “carta canta”: aquí está su firma.

Entonces Zingarelli, furioso, se cuelga de la campanilla. ¡Que echen del Conservatorio a Gerónimo inmediatamente—gritó, ardiendo en cólera— Me echaron, pues; yo salí riendo a carcajadas. Aquella misma noche canté la canción del “Multiplico”. Polichinela quiere casarse, cuenta por los dedos los objetos que necesitará en su casa, y se equivoca a cada momento.

—¿Quiere usted cantarnos esa canción?—dijo Mme. De Renal.

Gerónimo cantó, y todo el mundo lloraba a fuerza de reír. El signo Gerónimo se fué a acostar a las dos de la madrugada, dejando a toda la familia encantada de sus buenos modales, de su complacencia y de su alegría.

Al día siguiente M. y Mme. De Renal le dieron las cartas que necesitaba para presentarse en la corte de Francia.

—Por todas partes, mentira—dijo Julián—. Este

signor Gerónimo va a Londres con sesenta mil francos de sueldo. Sin la habilidad del director de San Carlino, su voz divina no habría sido conocida lo menos hasta diez años más tarde... A fe que preferiría ser un Gerónimo a un Renal. No ocupará un puesto tan honroso en la sociedad, pero no tiene el pesar de hacer adjudicaciones como la de hoy y su vida es alegre.

Una cosa asombraba a Julián: las semanas solitarias pasadas en Verrières, en la casa de M. De Renal, habían sido para él una época dichosa. Sólo halló disgusto y tristes pensamientos en las comidas que le dieron. En aquella casa solitaria, ¿no podía leer, escribir, pensar, sin que nadie le molestara? No se veía a cada momento sacado de sus sueños brillantes por la cruel necesidad de estudiar los impulsos de un alma baja, y esto a fin de engañarla con acciones o frases hipócritas.

¿Estará la felicidad tan cerca de mí?... Para una vida así se necesita poco; puedo casarme con Elisa o asociarme con Fouqué... Pero el viajero que sube por una montaña pendiente, se sienta en la cumbre y experimenta un placer inmenso en descansar. ¿Sería feliz si le obligasen a estar siempre descansando?

El espíritu de Mme. De Renal había llegado a ideas fatales. A pesar de su resolución, confesó a Julián toda la historia de la subasta. Llegará a hacerme olvidar todos mis juramentos—pensaba ella.

Hubiera sacrificado su vida sin vacilar por salvar la de su marido, si la hubiese visto en peligro. Era una de esas almas nobles y románticas, para las cuales, entrever la posibilidad de una acción generosa y no realizarla, es origen de remordimientos casi parejos a los que produce el crimen cometido. Sin embargo, había días funestos en que no lograba apartar de su pensamiento la idea del colmo de su felicidad, si, quedándose viuda de repente, pudiera casarse con Julián.

Amaba a sus hijos mucho más que su padre, y era adorado por ellos, a pesar de su justicia severa. Dábase cuenta de que, casándose con Julián, tendría que abandonar Vergy, cuyas umbrías le eran tan queridas. Se veía viviendo en París, continuando sus hijos aquella educación que todos admiraban.

Sus hijos, ella, Julián, todos eran completamente felices.

¡Efecto extraño del matrimonio tal como lo ha hecho el siglo XIX! El aburrimiento de la vida matrimonial acaba con el amor seguramente, si es que éste ha precedido al matrimonio. Y, sin embargo, como diría un filósofo, produce en las gentes, bastante ricas para no trabajar, el aburrimiento profundo de todos los goces tranquilos. Y únicamente las almas secas, entre las mujeres, son las que no se sienten predispuestas al amor.

La reflexión del filósofo me impide disculpar a madame de Renal; pero en Verrières nadie la



disculpaba, y todo el pueblo, sin que ella lo dudase, no se ocupaba de otra cosa que del escándalo de sus amores. A causa de este gran asunto, aquel otoño fué mucho menos aburrido que de costumbre.

El otoño y una parte del invierno pasaron muy de prisa. Hubo que dejar los bosques de Vergy. La buena sociedad de Verrières empezó a indignarse al ver que sus anatemas hacían poco efecto en M. De Renal. En menos de ocho días, personas serias de las que prescinden de su seriedad habitual por el placer de desempeñar esta clase de misiones, le hicieron concebir las más crueles sospechas, sirviéndose por supuesto de los más mesurados términos.

Monsieur Valenod, que iba sobre seguro, colocó a Elisa con una familia noble y bien considerada, donde había cinco mujeres. Elisa, temiendo, según decía, no encontrar colocación durante el invierno, sólo pidió a aquella familia las dos terceras partes de lo que ganaba en casa del alcalde. Y "motu proprio" tuvo la excelente idea de ir a confesar con el viejo cura Chelan, y también con el nuevo, para contarles a los dos, al detalle, los amores de Julián.

Al día siguiente de su llegada, a las seis de la mañana, el abate Chelan mandó llamar a Julián.

—No te pregunto nada—le dijo—; te ruego y, si es necesario, te mando que no me cuentes nada; pero te exijo que, de aquí a tres días, te marches

al seminario de Besançon o a casa de tu amigo Fouqué, que sigue dispuesto a hacer tu suerte. Lo he previsto todo, lo he arreglado todo; pero no tienes más remedio que marcharte y no volver a Verrières en un año.

Julián no contestó: estaba pensando si debía sentirse ofendido en su honor por los cuidados que M. Chelan, que después de todo no era su padre, se tomaba por él.

—Mañana, a esta misma hora, tendré el honor de volver a verte—dijo por fin el cura.

Monsieur Chelan, que contaba con vencerle por su autoridad, habló mucho. Julián, encerrado en la actitud más humilde y con una fisonomía adecuada, no abrió la boca.

Por fin se marchó y corrió a prevenir a madame de Renal, a la que encontró desesperada. Su marido le había hablado con cierta franqueza. La debilidad natural de su carácter, apoyada en la perspectiva de la herencia de Besançon, le había decidido a suponerla perfectamente inocente. Acababa de comunicarle el estado extraño en que encontraba la opinión pública de Verrières. El público estaba equivocado, engañado por los envidiosos; pero ¿qué hacer?

Madame de Renal se hizo por un momento la ilusión de que Julián podría aceptar el ofrecimiento de M. Valenod y quedarse en Verrières. Pero ya no era la mujer sencilla y tímida del año anterior: su fatal pasión, sus remordimientos, la habían avisado. Pronto sintió el dolor de com-

prender, escuchando a su marido, que era indispensable una separación, siquiera fuese momentánea.

—Lejos de mí, Julián volverá a caer en sus proyectos ambiciosos, tan naturales en el que nada tiene. ¿Y yo, Dios mío? ¡Soy tan rica, y tan inútilmente rica para mi felicidad! Julián me olvidará. Siendo, como es, agradable, será amado, amaré. ¡Ah! ¡Desgraciada!... ¿De qué puedo quejarme? El cielo es justo: no he tenido el mérito de hacer cesar el crimen, y él me quita el juicio. En mi mano estaba haber ganado a Elisa a fuerza de dinero; nada me hubiera sido más fácil. No me he tomado el trabajo de reflexionar un momento; las locas ideas del amor absorbían todo mi tiempo. Yo muero.

Julián se sorprendió de una cosa: al comunicar a Mme. De Renal la noticia de su partida, no se le ocurrió ninguna objeción egoísta. Ella hacía evidentemente esfuerzos para no llorar.

—Necesitamos firmeza, amigo mío.

Se cortó un mechón de cabellos.

—No sé lo que haré—le dijo—; pero si muero, prométeme que no olvidarás nunca a mis hijos. De lejos o de cerca, trata de hacerlos hombres honrados. Si hubiese una nueva revolución, todos los nobles serían ahorcados; su padre emigrará, quizá, a causa del campesino muerto en un tejado. Vela por la familia... Dame la mano. Adiós, amigo mío. Estos son los últimos momentos que pasamos juntos, Hecho el gran sacrificio, espero



que en público tendré valor para pensar en mi reputación.

Julián creyó verla desesperada. La sencillez de esta despedida le conmovió.

—No, no me despido así de ti. Marcharé; lo quieren así; tú también lo quieres. Pero tres días después de mi marcha, volveré a verte por la noche.

Madame de Renal sintió que su existencia cambiaba. Julián la amaba mucho, puesto que por su propia cuenta había tenido la idea de volver a verla. Su terrible dolor se trocó en uno de los más vivos accesos de alegría que nunca sintiera. Todo le pareció fácil. La certidumbre de volver a ver a su amigo, quitaba a aquellos últimos momentos todo lo que tenían de desgarrador. Desde aquel instante, la conducta y la fisonomía de Mme. De Renal fueron nobles, firmes y perfectamente correctas.

Monsieur de Renal volvió a casa temprano: estaba fuera de sí. Por fin habló a su mujer del anónimo que recibiera dos meses antes.

—Quiero llevarlo al Casino, demostrar a todos que es de ese infame de Valenod, a quien he sacado de la nada para convertirle en uno de los burgueses más ricos de Verrières. Le avergonzaré públicamente, y después me batiré con él.

—¡Podría quedarme viuda, Dios mío!—pensó Mme. De Renal. Pero casi al mismo tiempo se dijo:

—Si no impido este duelo, como seguramente

está en mi mano, seré la matadora de mi marido.

Nunca explotó su vanidad con más desfrenada. En menos de dos horas le hizo ver, y siempre por razonamientos que él hallaba, que era preciso demostrar más cordialidad que nunca a M. Valenod y hasta tomar de nuevo a Elisa. Madame de Renal tuvo que armarse de todo su valor para volver a ver a aquella muchacha, causa de todas sus desdichas. Pero ello era idea de Julián.

Finalmente, después de haberle colocado tres o cuatro veces en el camino, M. De Renal, por sí solo, vino a concebir la idea, bien penosa financieramente, de que lo que sería más desagradable para él era que Julián, en medio de la efervescencia de las hablillas de todo Verrières, se quedase como preceptor de los hijos de Valenod. El interés de Julián era evidentemente aceptar las proposiciones del director del depósito. Pero a la gloria de M. De Renal importaba que Julián dejase Verrières para entrar en el seminario de Besançon o de Dijón. Pero ¿cómo decirle? Y luego, ¿cómo viviría allí?

Monsieur de Renal, al ver la inminencia del gasto, estaba más desesperado que su mujer. Ella, después de aquella conversación, estaba en el caso de un hombre de corazón que, cansado de la vida, ha tomado una dosis de estramonio, obra automáticamente, por decirlo así, y no se interesa por nada. Un estado igual llevó a Luis XIV a decir, ya moribundo: "Cuando yo era rey." ¡Frases admirables!

Al día siguiente, muy de mañana, M. De Renal recibió un anónimo. Este era del estilo más insultante. En cada línea, se leían las palabras más groseras aplicables a su situación. Debía ser obra de algún envidioso subalterno. Aquella carta le tornó a su pensamiento de batirse con M. Valenod.

Su valor, le empujó en seguida hasta pensar en la ejecución inmediata de su idea. Salió solo y fué a casa del armero a comprar pistolas, que hizo cargar.

—En realidad—se decía—, aun cuando volviera al mundo la administración severa de Napoleón, no tendría que reprocharme cinco céntimos mal adquiridos. Todo lo que he hecho ha sido cerrar los ojos; pero tengo en mi cajón documentos que me autorizan a ello.

Madame de Renal se quedó aterrada ante la cólera fría de su marido; le recordaba la fatal idea de la viudez, que tanto trabajo le costaba desechar. Se encerró con él. Durante varias horas habló inútilmente: el último anónimo le decidía. Por fin, consiguió transformar el valor de dar una bofetada a M. Valenod en el de ofrecer seiscientos francos a Julián por un año de su pensión en un seminario. Monsieur de Renal, maldiciendo mil veces el día en que tuvo la fatal idea de llevar a casa un preceptor, olvidó el anónimo.

Se consoló un poco con un proyecto que no dijo a su mujer: con habilidad, y valiéndose de las



ideas románticas del joven, esperaba comprometerle a que rechazara los ofrecimientos de monsieur Valenod por menos cantidad.

Mucho más trabajo costó a Mme. De Renal convencer a Julián de que, haciendo a la conveniencia de su marido el sacrificio de una plaza de ochocientos francos, que públicamente le ofrecía el director del depósito, podía, sin avergonzarse, aceptar una compensación.

—Pero—decía Julián—si no he tenido ni por un momento la idea de aceptar tales ofrecimientos. Estoy demasiado acostumbrado a la vida elegante; la grosería de esas gentes me mataría.

La cruel necesidad, con su mano de hierro, doblegó la voluntad de Julián. Su orgullo le sugirió la ilusión de aceptar, sólo como un préstamo, la suma ofrecida por el alcalde de Verrières, firmándole un recibo en el que se comprometía a reembolsarle en cinco años con interés.

Madame de Renal aún guardaba algunos miles de francos, ocultos en la gruta de la montaña.

Se los ofreció, temblorosa, comprendiendo que los rechazaría indignado.

—¿Quieres hacer abominable el recuerdo de nuestros amores?—le dijo Julián.

Al fin Julián se fué de Verrières. Monsieur de Renal se alegró mucho; en el momento fatal de aceptar el dinero suyo, el sacrificio fué demasiado fuerte para Julián. Se negó en redondo. Monsieur de Renal le echó los brazos al cuello con las lágrimas en los ojos. Como quiera que Julián

le había pedido un certificado de buena conducta, no encontraba en su entusiasmo términos bastante expresivos para alabarla como se merecía. Nuestro héroe tenía cinco luses de economías y contaba con pedir otro tanto a Fouqué.

Estaba emocionadísimo. Pero a una legua de Verrières, donde tanto amor dejaba, no pensaba más que en la dicha de ver una capital, una gran ciudad guerrera como Besançon.

Durante esta corta ausencia de tres días, madame de Renal fué engañada por una de las más crueles decepciones del amor. Su vida era aceptable; entre ella y la extrema desgracia estaba aquella entrevista que debía celebrar con Julián. Contaba las horas, los minutos que faltaban. Por fin, durante la noche del tercer día oyó de lejos la señal convenida. Después de arrostrar mil peligros, Julián apareció ante ella.

Entonces, sólo tuvo un pensamiento: es la última vez que le veo. Lejos de corresponder al apasionamiento de su amigo, fué como un cadáver animado. Si se esforzaba en decirle que le amaba, casi le demostraba lo contrario con su aire torpe. Nada podía distraerla de la cruel idea de la separación eterna. El desconfiado Julián creyó por un instante que ya estaba olvidado. Sus reproches sólo fueron acogidos por gruesas lágrimas, que corrían en silencio, y apretones de manos casi convulsivos.

—¡Pero Dios santo! ¿Cómo quieres que te crea—respondía Julián a las frías protestas de su ami-

ga—, si demostrarías más cariño a Mme. Derville, a un conocido cualquiera?

Madame de Renal, petrificada, no sabía qué responder.

—Es imposible ser más desgraciada... Voy a morir... Siento que mi corazón se hiela.

Tales fueron las respuestas más largas que pudo obtener.

Cuando la proximidad del día hizo necesaria la separación, las lágrimas de Mme. De Renal cesaron de repente. Le vió cómo ataba a la ventana una cuerda de nudos, sin decir una palabra, sin devolverle sus besos. En vano le decía Julián:

—Ya estamos en la situación que tanto desca-  
bas. En adelante vivirás sin remordimientos. No  
verás a tus hijos en la tumba a la menor indis-  
posición.

—Siento mucho que no puedas dar un beso a  
Estanislao—le dijo ella con frialdad.

Julián concluyó por sentirse emocionado pro-  
fundamente con los abrazos sin calor de aquel ca-  
dáver viviente. No pudo pensar en otra cosa en  
muchas leguas. Su alma estaba traspasada, y an-  
tes de trasponer la montaña, mientras pudo divi-  
sar el campanario de la iglesia de Verrières, se  
volvió muchas veces.



## CAPITULO XXIV

## Una capital.

¡Cuánto ruido, cuánta gente atareada! ¡Cuántas ideas para el porvenir en la cabeza de un joven de veinte años! ¡Qué distracción para el amor!

BARNAVE.

Sobre una montaña lejana divisó, por fin, murallas negras: era la ciudadela de Besançon. ¡Qué diferencia para mí—dijo suspirando—. Si llegase a esta noble ciudad guerrera para ser subteniente de uno de los regimientos encargados de su defensa!

Besançon no es solamente una de las ciudades más lindas de Francia; abunda en gentes de corazón y de talento. Pero Julián no era más que un campesino, y carecía en absoluto de medios para acercarse a los hombres distinguidos.

En casa de Fouqué se vistió con un traje burgués, y así ataviado atravesó el puente levadizo. Lleno de la historia del sitio de 1674, quiso ver los reductos y la ciudadela antes de encerrarse en el seminario. Dos o tres veces estuvo a punto de ser detenido por los centinelas; se metía en sitios que los ingenieros militares prohíben al público con objeto de poder vender doce o quince francos de heno al año.

La altura de las murallas, la profundidad de los

fosos, el aire terrible de los cañones, le habían ocupado durante varias horas, cuando se encontró delante del gran café del "boulevard". Se quedó inmóvil de admiración: por más que leía la palabra café, escrita en gruesos caracteres encima de las inmensas puertas, no podía dar crédito a sus ojos. Hizo un esfuerzo para dominar su timidez; atrevióse a entrar, y se encontró en un salón de treinta o cuarenta pasos de largo y cuyo techo se elevaba más de veinte pies. Aquel día todo era como un encantamiento para él.

Había empeñadas dos partidas de billar. Los mozos cantaban los puntos; los jugadores corrían en torno de los billares, abarrotados de espectadores. Los torrentes de humo de tabaco que lanzaban las bocas de todos, les envolvían en una nube azulada. La talla elevada de aquellos hombres, sus hombros redondeados, su andar pesado, sus enormes patillas, los largos levitones que les cubrían, todo llamaba la atención de Julián. Estos nobles hijos de la antigua Bisoncio hablaban a gritos, dándose las de guerreros terribles. Julián admiraba inmóvil; consideraba la inmensidad, la magnificencia de una gran capital como Besançon. No se sentía con valor para pedir una taza de café a uno de aquellos señores de mirada altiva que cantaban los puntos del billar.

Pero la señorita del escritorio se había fijado en la linda fisonomía de aquel joven burgués paleta, que, parado a tres pasos de la estufa, con un paquete debajo del brazo, miraba atentamente

el busto de yeso del rey. Aquella señorita, natural del Franco Condado, de buena presencia y vestida como es debido para dar crédito a un café, había dicho ya dos veces, con voz que sólo podía ser oída por Julián: ¡Señor, señor! Julián se encontró con dos grandes ojos azules, muy tiernos, y vió que era él a quien hablaban.

Se aproximó rápidamente al escritorio y a la muchacha, como hubiera marchado al encuentro del enemigo. En su movimiento brusco se le cayó el paquete.

¿Qué compasión no inspirará nuestro provinciano a los juvenes estudiantes de París, que a los quince años ya saben entrar en un café con un porte tan distinguido? Pero esos muchachos de tan buen aire a los quince años, a los dieciocho caen en lo vulgar. La timidez apasionada que se encuentra en provincias, suele a veces vencerse y ella misma enseña a querer. Al acercarse a aquella muchacha tan guapa, que se dignaba dirigirle la palabra, pensó Julián que se tornaba animoso a fuerza de timidez vencida: es preciso que le diga la verdad.

—Señora, vengo por primera vez en mi vida a Besançon; quisiera que me dieran, por lo que valga, un panecillo y una taza de café.

La señorita sonrió un poco y luego se ruborizó; temía la atención irónica y las burlas de los jugadores de billar a cuenta de aquel guapo mancebo. Quizá se asustara y no volviese más.

—Colóquese aquí, a mi lado—dijo señalando a



una mesa de mármol, casi oculta por el enorme mostrador de caoba que avanza hacia el centro del salón.

La señorita se inclinó fuera del mostrador, lo que le dió ocasión para mostrar su talle admirable. Julián se fijó en ella; todas sus ideas variaron de curso. La bella señorita acababa de colocar delante de él una taza, azúcar y un panecillo. Vacilaba en llamar a un mozo para que trajera el café, comprendiendo que la llegada del tal mozo terminaría su coloquio a solas con Julián.

Julián, pensativo, comparaba esta belleza, rubia y alegre, con ciertos recuerdos que le agitaban. La idea de la pasión que inspirara, le quitó casi toda su timidez. La bella señorita no podrá perder tiempo; leyó en las miradas de Julián.

—El humo de las pipas le hace a usted toser; venga mañana a desayunar a las ocho de la mañana, a esa hora estoy casi sola.

—¿Cómo se llama usted?—dijo Julián con la sonrisa acariciadora de la timidez dichosa.

—Amanda Binet.

—¿Me permite que la envíe, dentro de una hora, un paquete como éste?

La bella Amanda reflexionó un poco.

—Estoy vigilada; lo que me pide puede comprometerme; sin embargo, voy a escribir mis señas en una tarjeta que puede usted colocar en el paquete. Envíemelo sin vacilar.

—Yo me llamo Julián Sorel—dijo el joven—, y no tengo parientes ni amigos en Besançon.

—¡Ah!, ya comprendo—dijo ella alegremente—; viene usted a la escuela de Derecho.

—¡Desgraciadamente, no!—respondió Julián—; me envían al seminario.

El más completo desencanto hizo palidecer a Amanda; llamó a un mozo. Ahora sí tenía valor. El mozo sirvió café a Julián, sin mirarle.

Amanda cobraba en el mostrador; Julián estaba orgulloso de haberse atrevido a hablar; en uno de los billares empezó una disputa. Los gritos y los mentís de los jugadores, que resonaban en aquel salón inmenso, hacían una algarabía que asombraba a Julián. Amanda estaba pensativa y bajaba los ojos.

—Si quiere usted, señorita—le dijo de pronto, con aplomo—, diré que soy paisano suyo.

Aquel cierto aire de autoridad fué del agrado de Amanda. No es un hombre de poco más o menos, pensó. Y le dijo, muy de prisa, sin mirarle, pues su vista estaba atenta a ver si se acercaba alguien al mostrador:

—Yo soy de Genlis, cerca de Dijón; diga usted que es también de Genlis, y primo de mi madre.

—No dejaré de hacerlo.

—Todos los jueves, a las cinco, en verano, pasan los seminaristas por aquí, delante del café.

—Si piensa usted en mí cuando yo pase, tenga un ramo de violetas en la mano.

Amanda le miró con aire de asombro; aquella mirada cambió el valor de Julián en temeridad;

sin embargo, se puso muy encarnada al decirle:

—Siento que la amo con el amor más violento.

—Hable usted más bajo—le dijo ella, con aire asustado.

Julián trataba de recordar las frases de un tomo suelto de la "Nueva Eloísa" que encontrara en Vergy. Su memoria le fué fiel. Hacía diez minutos que recitaba la "Nueva Eloísa" a la señorita Amanda, que estaba encantada, cuando de repente la bella cajera adoptó un aire glacial. Uno de sus adoradores apareció en la puerta del café.

Se acercó al mostrador, silbando y contoneándose; miró a Julián. En el mismo momento la imaginación de éste, siempre en los extremos, sólo se ocupó de ideas de duelo. Palideció intensamente, separó su taza, adoptó una actitud firme y miró atentamente a su rival. Mientras éste inclinaba la cabeza, sirviéndose con familiaridad un vaso de aguardiente en el mostrador, Amanda ordenó a Julián con una mirada que bajara los ojos. El obedeció, y durante dos minutos estuvo inmóvil en su sitio, pálido, decaído y sin pensar más que en lo que iba a suceder; en aquel momento estaba verdaderamente bien. El rival se asombró algo ante los ojos de Julián; una vez que bebió de un trago su vaso de aguardiente, dijo una palabra a Amanda, metió las dos manos en los bolsillos laterales de su levitón y se acercó a una mesa de billar, silbando y mirando a Julián. Este se levantó lleno de coraje; pero no sabía cómo arreglarse para ser insolente. Dejó su paquetito



y, con el aire más petulante que pudo, se dirigió al billar.

En vano le aconsejaba la prudencia. Pero con un duelo a la llegada a Besançon está perdida la carrera eclesiástica.

—¡Qué importa! No se dirá que no castigo a un insolente.

Amanda advirtió su valor, que hacía un bello contraste con la sencillez de sus maneras; en un momento le prefirió al corpulento joven del levitón. Levantóse y, simulando observar a alguien que pasaba por la calle, fué rápidamente a colocarse entre él y el billar.

—Cuidado con mirar con malos ojos a ese caballero; es mi cuñado.

—¿Qué me importa? El me ha mirado.

—¿Quiere usted hacer mi desgracia? Es indudable que le ha mirado; es posible que le hable a usted. Le he dicho que era usted un pariente de mi madre, y que acaba de llegar de Genlis. El es del Franco Condado, y no ha pasado nunca de Dôle, en el camino de Borgoña. Diga usted lo que quiera y no tema nada.

Julián vacilaba aún; ella añadió con viveza (su imaginación de señorita de escritorio le procuraba mentiras en abundancia):

—Sin duda le ha mirado; pero en el momento en que me preguntaba quién era usted; es grosero con todo el mundo; no ha tenido intención de insultarle.

La vista de Julián siguió al presunto cuñado;

le vió comprar un número en la partida que se jugaba en la más distante de las mesas. Julián oyó su gruesa voz, que gritaba en tono amenazador: "Je prends a faire". Julián pasó vivamente por detrás de la señorita Amanda, y dió un paso hacia el billar. Amanda le cogió por un brazo:

—Págueme usted antes—le dijo.

—Es justo—pensó Julián—; tiene miedo de que me vaya sin pagar. Amanda estaba tan agitada como él y muy colorada; le dió el cambio lo más rápidamente que pudo, repitiéndole en voz baja:

—Salga usted ahora mismo del café, o si no, no le querré, y comprendo que le amo de verdad.

Julián salió efectivamente, pero despacio. ¿No es: mi deber—se repetía—ir a mirar a mi vez y abofetear a ese personaje grosero? La incertidumbre le retuvo una hora en el "boulevard" delante del café, acechando si salía su hombre. No apareció y Julián se alejó.

No llevaba más que algunas horas en Besançon y ya tenía un motivo de remordimiento. El viejo médico mayor le dió hacía tiempo alguna lección de esgrima; ésa era toda la ciencia que Julián podía poner al servicio de su cólera. Pero este obstáculo no habría sido nada si hubiera sabido enfadarse de otro modo que dando una bofetada; y si llegaban al caso de darse de puñetazos, su rival, hombre enorme, tras de pegarle, le habría dejado plantado.

Para un pobre diablo como yo, se dijo Julián,

sin protectores y sin dinero, no debe haber gran diferencia entre un seminario y una cárcel; necesito dejar mis arreos burgueses en alguna posada, donde me volveré a endosar mi traje negro. Si algún día consigo salir del seminario, podré perfectamente ver a la señorita Amanda vistiéndome de paisano. El razonamiento era lógico, pero Julián no se atrevía a entrar en ninguna de las posadas que hallaba al paso.

Finalmente, al pasar por delante del hotel de Embajadores, sus ojos inquietos encontraron los de una mujer gorda, bastante joven aún, coloradota y de aspecto alegre y satisfecho. Se acercó a ella y le contó su historia.

—Ciertamente, lindo curita—le dijo la dueña de Embajadores—, yo le guardaré su traje de seglar y hasta haré que le sacudan de cuando en cuando. En este tiempo no es conveniente dejar los trajes de paño guardados sin tocarlos. Cogió una llave, y ella misma le condujo a una habitación, recomendándole que hiciese una nota especificando lo que dejaba.

—¡Dios poderoso! Qué buena traza tiene usted así, señor cura Sorel—le dijo la mujer gorda cuando bajó a la cocina—; voy a disponer que le sirvan una buena comida, y—añadió en voz baja—sólo le cobraré una peseta, en vez de dos que es lo que todo el mundo paga, porque es preciso administrar bien su capitalito.

—Tengo diez luises—replicó Julián con cierto orgullo.



—¡Por Dios!—respondió la hostelera alarmada—. No hable tan alto: hay mucho pillo en Besançon. Le robarán todo eso en menos de nada. Sobre todo no entre nunca en los cafés: están plagados de mala gente.

—¿De veras?—dijo Julián, a quien daba que pensar aquella frase.

—Venga usted a mi casa solamente; yo le daré café. Recuerde que siempre encontrará una amiga y una buena comida de una peseta; esto es hablar, me parece a mí. Vaya, a la mesa; le voy a servir yo misma.

—No podría comer—le dijo Julián—; estoy emocionadísimo; voy a entrar en el seminario en cuanto salga de su casa.

La buena mujer no le dejó salir hasta que le llenó los bolsillos de provisiones. Por fin Julián se encaminó al lugar terrible; la hostelera, desde la puerta, le indicaba el camino.

## CAPITULO XXV

### El seminario.

Trescientas treinta y seis comidas a 83 céntimos; trescientas treinta y seis cenas a 33 céntimos; chocolate para quienes tengan derecho a él. ¿Cuánto se saca de ganancia?

VALENOD DE BESANÇON.

Desde lejos vió la cruz de hierro dorado sobre la puerta; se aproximó lentamente; sus piernas

parecía que se le escapaban. ¡Este es el infierno en la tierra, del que no podré salir!

Por fin se decidió a llamar. El sonido de la campana retiñó como en un lugar solitario. Al cabo de diez minutos vino a abrirle un hombre pálido vestido de negro. Julián le miró e inmediatamente bajó los ojos. Aquel portero tenía una fisonomía singular. La pupila saltona y verde de sus ojos se redondeaba como la de un gato; los contornos inmóviles de sus párpados anunciaban la imposibilidad de toda simpatía; sus labios delgados se abrían en semicírculo, dejando al descubierto unos dientes que avanzaban. Sin embargo, en aquella fisonomía no se reflejaba el crimen, sino mas bien esa insensibilidad absoluta que inspira aún más terror a la juventud. El único sentimiento que la mirada rápida de Julián pudo adivinar en aquel semblante devoto, fué un profundo desprecio por todo aquello de que quisieran hablarle y que no fuera el interés del cielo.

Julián levantó los ojos con esfuerzo, y con una voz que los latidos de su corazón hacían temblona, explicó que deseaba hablar a M. Pirard, director del seminario. Sin decir una palabra, el hombre negro le hizo seña de que le siguiese. Subieron dos pisos por una ancha escalera de pasamanos de madera, cuyos escalones, desgastados, se inclinaban del lado opuesto a la pared y parecían próximos a caerse. Una puertecilla, coronada por una cruz de cementerio de madera blanca pintada de negro, se abrió con dificultad.

y el portero le hizo entrar en una habitación sombría y baja, cuyas paredes enlucidas estaban adornadas con dos cuadros ennegrecidos por el tiempo. Allí se quedó solo Julián; estaba aterrado; su corazón latía con violencia; habría sido feliz si se hubiera atrevido a llorar. Un silencio de muerte reinaba en toda la casa.

Al cabo de un cuarto de hora, que le pareció un día entero, el portero de semblante siniestro reapareció en el umbral de una puerta, al otro extremo de la habitación, y, sin dignarse hablar, le hizo seña de avanzar. Entró en una pieza aún más grande que la primera y con muy poca luz. Las paredes estaban también blanqueadas, pero no había muebles. Solamente en un rincón cerca de la puerta vió Julián, al pasar, una cama de madera blanca, dos sillas de paja y un silloncito de tablas de abeto, sin almohadón alguno. Al extremo opuesto de la habitación, junto a una ventana pequeña, de vidrios amarillentos, adornada con sucios cacharros de flores, descubrió un hombre sentado delante de una mesa y cubierto con una sotana deteriorada; parecía estar enfadado, y cogía, uno a uno, una porción de cuadritos de papel que ordenaba en la mesa después de escribir algunas palabras. No advertía la presencia de Julián. Este estaba inmóvil en medio de la habitación, en el mismo sitio en que le dejara el portero, que se había marchado cerrando la puerta.

Así pasaron diez minutos; el hombre mal vestido seguía escribiendo. La emoción y el terror de



Julián eran tales, que le parecía estar a punto de caerse. Un filósofo hubiera dicho, quizá equivocándose: Es la violenta impresión de lo feo sobre un alma hecha para amar lo que es bello.

El hombre que escribía levantó la cabeza. Julián no se dió cuenta hasta un momento más tarde, y aun después de haberlo visto, continuó inmóvil como herido de muerte por la terrible mirada de que era objeto. Los ojos azorados de Julián apenas distinguían una cara larga y toda cubierta de manchas rojas, excepto la frente, de una palidez mortal. Entre aquellas mejillas rojas y aquella frente blanca, brillaban dos ojillos negros, hechos para atemorizar al más valiente. Los vastos contornos de aquella frente, estaban marcados por cabellos espesos, lisos y negros como el azabache.

—¿Quiere usted acercarse, sí o no?—dijo por fin aquel hombre con impaciencia.

Julián se acercó con paso vacilante y próximo a caer; pálido como nunca lo estuvo en su vida, se detuvo a tres pasos de la mesa de madera blanca cubierta de cuadrados de papel.

—Más cerca—dijo el hombre.

Julián avanzó más, alargando la mano como buscando algo en que apoyarse.

—¿Su nombre?

—Julián Sorel.

—Ha tardado usted bastante—le dijo, clavando nuevamente en él su mirada terrible.

Julián no pudo resistir aquella mirada; exten-

diendo la mano como para sostenerse, cayó al suelo cuan largo era.

El hombre llamó. Julián sólo había perdido la vista y la fuerza para moverse; oyó pasos que se acercaban.

Le levantaron, le colocaron en el silloncito de madera blanca. Oyó al hombre terrible que decía al portero:

—Le ha dado un ataque epiléptico, al parecer; no nos faltaba más que eso.

Cuando Julián pudo abrir los ojos, el hombre de la cara roja seguía escribiendo; el portero había desaparecido. Hay que tener ánimos—se dijo nuestro héroe—, y sobre todo ocultar lo que siento. (Sentía un violento dolor de corazón.) Si me ocurre un accidente, sabe Dios lo que pensarán de mí. Por fin, el hombre dejó de escribir, y mirando a Julián de soslayo, dijo:

—¿Está usted en estado de responderme?

—Sí, señor—dijo Julián, con voz débil.

—Está bien.

El hombre negro se había levantado a medias y buscaba con impaciencia una carta en el cajón de su mesa de abeto, que se abrió rechinando. La encontró, la abrió lentamente y, mirando de nuevo a Julián con aire capaz de arrancarle la poca vida que le quedaba:

—Viene usted recomendado por M. Chelan, el cura mejor de la diócesis, hombre virtuoso si los hay y amigo mío hace treinta años.

—¡Ah! ¿Tengo el honor de estar hablando con

monsieur Pirard?—dijo Julián, con voz apagada.

—Así parece—replicó el director del seminario, mirándole de mal humor.

Sus ojos brillaron con más intensidad y, al tiempo, la comisura de sus labios se fruncía con un movimiento involuntario. Era la fisonomía del tigre saboreando de antemano el placer de devorar su presa.

—La carta de Chelan es breve—dijo como si hablara consigo mismo—. “*Intellegenti pauca*”; en los tiempos que corren nunca se escribe demasiado poco. Leyó en alta voz:

“Le presento a Julián Sorel, de esta parroquia, a quien bauticé pronto hará veinte años; hijo de un carpintero rico, pero que no le da nada, Julián será un buen obrero en la viña del Señor. No faltan inteligencia ni memoria; es reflexivo. ¿Será duradera su vocación? ¿Es sincera?”

—“¡Sincera!”—repitió el abate Pirard con asombro y mirando a Julián; pero en aquel momento la mirada del cura no carecía tanto de humanidad—. ¡“Sincera”!—repitió bajando la voz y continuando su lectura.

“Le pido a usted una beca para Julián Sorel; la merecerá después de someterse a los exámenes necesarios. Le he enseñado un poco de Teología, de la antigua y buena teología de los Bossuet, los Arnault, los Fleury. Si el tal sujeto no le conviene, envíemelo de nuevo; el director del depósito de mendicidad, a quien usted conoce, le ofrece ochocientos francos para que sea preceptor de



sus hijos. Mi espíritu está tranquilo, gracias a Dios. Me voy acostumbrando al golpe terrible. "Vale et me ama".

El abate Pirard, bajando más y más la voz conforme leía, pronunció con un suspiro la palabra "Chelan".

—Está tranquilo—dijo—; en efecto, su virtud merecía esta recompensa. Dios quiera concedérmela a mí si llega el caso. Miró al cielo e hizo la señal de la cruz. A la vista de aquel signo sagrado, Julián sintió disminuirse el horror profundo que le helaba desde que entrara en aquella casa.

—Hay aquí trescientos veintiún aspirantes al estado más santo—dijo por fin el abate Pirard con un tono de voz severo, pero no repelente; de ellos, solamente siete u ocho me están recomendados por personas como el cura Chelan; así es que será usted el noveno entre los trescientos veintiuno. Pero mi protección no supone favor ni debilidad, sino un aumento de cuidado y de severidad contra los vicios. Váyase, y cierre con llave esa puerta.

Julián hizo un esfuerzo para andar y consiguió no caerse. Observó que una ventanita, vecina de la puerta de entrada, daba al campo. Miró los árboles; aquella vista le produjo el mismo bienestar que si hubiera tropezado con antiguos amigos.

—"Loquerisne linguam latinam?" (Habla usted latín)—le preguntó el abate Pirard cuando volvía.

—"Ita, pater optime". (Sí, excelente padre)—

respondió Julián recobrándose poco a poco. Y ciertamente, nunca hombre alguno le había parecido menos excelente que M. Pirard hacía media hora.

La conversación continuó en latín. La expresión de los ojos del cura se dulcificaba; Julián recobraba su sangre fría.

—¡Qué débil soy!—pensaba al sentirse cohibido por estas apariencias de virtud—. ¡Este hombre será un bribón, ni más ni menos que monsieur Maslon.

Y Julián se felicitaba de haber escondido casi todo su dinero en sus botas.

El abate Pirard examinó a Julián de teología, y se sorprendió de lo vasto de sus conocimientos. Su asombro fué en aumento al preguntarle en particular sobre la Sagrada Escritura. Pero cuando llegó a interrogarle sobre la doctrina de los Santos Padres, se dió cuenta de que Julián ignoraba, casi, los nombres de San Jerónimo, San Agustín, San Buenaventura, San Basilio, etcétera, etc.

—Aquí tenemos la prueba—pensó el abate Pirard—de la tendencia fatal al protestantismo que siempre he reprochado a Chelan. Un conocimiento profundo, demasiado profundo, de la Sagrada Escritura.

(Julián acababa de hablarle, sin que él le preguntara sobre este punto, del verdadero tiempo en que fueron escritos el Génesis, el Pentateuco, etc.)

—¿A qué conduce este razonamiento sobre la

Sagrada Escritura, si no es al examen personal; es decir, al más odioso protestantismo? Y junto a esta ciencia imprudente, nada sobre los Santos Padres, que pueda compensar tal tendencia.

Pero el asombro del director del seminario no tuvo límites cuando, al preguntar a Julián sobre la autoridad del Papa, y esperando que se atendería a las máximas de la antigua Iglesia galicana, el joven le recitó todo el libro de M. De Maistre.

—Qué hombre más singular este Chelan—pensó el abate Pirard. ¿Le habrá enseñado este libro para que se burle de él?

En vano interrogó a Julián para tratar de inquirir si creía seriamente en la doctrina de M. De Maistre. El joven sólo respondía con su memoria. Desde este momento Julián estuvo bien realmente; se sentía dueño de sí. Después de un largo examen, creyó notar que la severidad de M. Pirard con él era afectada. En efecto, sin los principios de severidad austera que hacía quince años se había impuesto para con sus discípulos de teología, el director del seminario hubiera besado a Julián en nombre de la lógica: tanta claridad, tanta precisión, tanta exactitud había en sus respuestas.

Es un espíritu sano y atrevido—se decía—: pero “corpus debile” (el cuerpo es débil).

—¿Se suele caer así con frecuencia?—dijo a Julián en francés, señalando al suelo.

—Es la primera vez que me ocurre en mi vida;



la cara del portero me dejó helado—añadió Julián, ruborizándose como un niño.

El abate Pirard casi sonrió.

—Ese es el efecto de las vanas pompas del mundo; están ustedes acostumbrados a caras risueñas, verdaderos teatros de la mentira. La verdad es austera, señor. ¿Pero no es austera también nuestra misión aquí abajo? Habrá que velar para que su conciencia esté en guardia contra esta flaqueza: “Demasiada sensibilidad a las vanas gracias del exterior.”

—Si no viniera recomendado—dijo el abate Pirard, volviendo a emplear el latín con marcada complacencia—; si no viniera recomendado por un hombre como el cura Chelan, le hablaría el vano lenguaje de este mundo, al cual parece que está usted muy habituado. La beca completa que solicita, le diría, es la cosa más difícil de conseguir. Pero el abate Chelan habría merecido bien poco, después de cincuenta y seis años de apostolado, si no pudiera disponer de una beca en el seminario.

Después de estas frases, el abate Pirard recomendó a Julián que no se hiciese de ninguna Sociedad o Congregación secreta sin su consentimiento.

—Le doy a usted mi palabra de honor de hacerlo así—dijo Julián con la expansión de corazón de un hombre honrado.

El director del seminario sonrió por primera vez.

—Esa frase no está aquí en su lugar—le dijo—; recuerda demasiado el vano honor del mundo, que conduce a las gentes a tantos pecados y hasta al mismo crimen. Me debe usted santa obediencia en virtud del párrafo diecisiete de la Bula “Unam ecclesiam”, de San Pío V. Yo soy su superior eclesiástico. En esta casa, muy querido hijo mío, oír es obedecer. ¿Cuánto dinero tiene?

Ya estamos en el punto—se dijo Julián—; por esto era su muy querido hijo.

—Treinta y cinco francos, padre mío.

—Apunte minuciosamente el empleo de esta cantidad; me tendrá que dar cuenta de ella.

Aquella penosa sesión duró tres horas. Pirard llamó al portero.

—Vaya a instalar a Julián Sorel en la celda número 103—dijo el abate Pirard a aquel hombre.

Por gran distinción, concedía a Julián alojamiento separado.

—Lleve usted allí su maleta—añadió.

Julián bajó los ojos y reconoció su maleta, delante de él precisamente; la estaba mirando hacía tres horas y no la había reconocido.

Al llegar al número 103, una pequeña celda de ocho pies cuadrados en el último piso de la casa, Julián vió que daba sobre las murallas y, por encima de ellas, se divisaba la hermosa llanura que el Doubs separa de la ciudad.

—¡Qué hermosa vista!—exclamó Julián.

Y al hablar así no sabía lo que expresaban aquellas palabras. Las sensaciones tan violentas

que experimentara en el poco tiempo que llevaba en Besançon agotaron sus fuerzas. Se sentó junto a la ventana en la única silla de madera que había en la celda, y a poco quedóse profundamente dormido. No oyó la campana de la cena, ni la de la oración: le habían olvidado.

Cuando a la mañana siguiente le despertaron los primeros rayos del sol, estaba tumbado en el suelo.

## CAPITULO XXVI

### El mundo, o lo que le falta al rico.

Sólo estoy en la tierra; nadie se digna pensar en mí. Todos los que veo enriquecerse tienen un descaró y una dureza de corazón, que yo en mí no siento. Me odian por mi bondad fácil. ¡Ay! Pronto moriré, o de hambre o de la desdicha de ver que los hombres son tan duros.

YOUNG.

Se apresuró a cepillar su traje y bajó: llegaba tarde. Un pasante le riñó severamente: en lugar de justificarse, Julián cruzó los brazos sobre el pecho:

—Pecavi pater optime (he pecado, padre mío; confieso mi pecado)—dijo con aire contrito.

Aquel principio tuvo gran éxito. Los más listos de los seminaristas comprendieron que tenían que



habérselas con un individuo que no estaba en el a b c del oficio. La hora del recreo llegó; Julián se vió objeto de la curiosidad general. Pero él se mantuvo en reserva y silencioso. Siguiendo las máximas que se trazara, consideraba como otros tantos enemigos a sus trescientos veintiún compañeros; el más peligroso de todos, en su sentir, a el abate Pirard.

Pocos días después, Julián tuvo que elegir confesor; le presentaron una lista.

—¡Ay, Dios mío! ¿Por quién me toman?—se dijo—. Creerán que no comprendo lo “que quiere decir hablar”.

Y eligió al abate Pirard.

Sin sospecharlo él, aquel paso era decisivo. Un seminarista novicio, muy joven, natural de Verrières, que desde el primer día se había declarado amigo suyo, le dijo que hubiera obrado quizá más prudentemente eligiendo a M. Castanède, subdirector del seminario.

—El abate Castanède es enemigo de M. Pirard, al que se supone jansenista—añadió el seminarista acercándose a su oído.

Todo los primeros pasos de nuestro héroe, que presumía de prudente, fueron como la elección de confesor: ligerezas. Extraviado por la presunción de un hombre imaginativo, tomaba sus intuiciones por hechos, y se creía un hipócrita consumado. Su locura le llevaba hasta reprocharse sus triunfos en este arte de la debilidad.

—¡Por desgracia, es mi única arma! En otra

época—se decía—“hubiera ganado el pan” mediante acciones palpables ante el enemigo.

Julián, satisfecho de su conducta, miraba en derredor suyo: en todo encontraba la apariencia de la más pura virtud.

Ocho o diez seminaristas vivían en olor de santidad, y tenían apariciones, como Santa Teresa y San Francisco, cuando recibió las señales en el monte Vernia, en los Apeninos. Pero aquello era un gran secreto: sus amigos lo ocultaban. Aquellos pobres muchachos de las apariciones estaban casi siempre en la enfermería. Un centenar de ellos, en cambio, unía a una firme fe una incansable aplicación. Trabajan al punto de enfermar, pero sin aprender gran cosa. Dos o tres se distingúan por su verdadero talento, entre ellos uno llamado Chazel; pero Julián se sentía alejado de ellos, y ellos de él.

El resto de los trescientos veintiún seminaristas componíase de seres groseros que no estaban seguros de comprender las palabras latinas que repetían a todas horas del día. Casi todos eran hijos de campesinos, que preferían ganarse el pan mascullando latines, que cavando la tierra. Después de hacer esta observación en los primeros días, Julián se auguró grandes éxitos. En todo servicio hacen falta gentes inteligentes, pues, en fin de cuentas, siempre hay que hacer un trabajo.

—En tiempo de Napoleón, yo hubiera sido sargento; entre estos futuros curas, seré vicario mayor.





corde, impresionar al espíritu aburrido y enfermo de las gentes del mundo.

Julián, que penetraba a medias todas estas verdades, desmentidas, sin embargo, por todas las palabras que se pronuncian en un seminario, caía en profundas melancolías. Trabajaba mucho y conseguía aprender rápidamente cosas muy útiles a un sacerdote, muy falsas a sus ojos y que no ofrecían interés ninguno. Juzgaba que no tenía otra cosa que hacer.

¿Estoy olvidado de todo el mundo?—pensaba—. No sabía que M. Pirard había recibido y echado al fuego varias cartas fechadas en Dijón, donde, a través del estilo más comedido, se advertía la pasión más viva. Aquel amor parecía combatido por graves remordimientos. Tanto mejor—pensaba el abate Pirard—; por lo menos, no es una mujer impía la que ha amado este hombre.

Un día, el abate Pirard abrió una carta al parecer medio borrada por las lágrimas: era un adiós eterno.

“Por fin—decían a Julián—, el cielo me ha concedido la gracia de odiar, no al autor de mi falta, que será siempre para mí lo más querido, sino la misma falta. El sacrificio está hecho, amigo mío. Y no sin lágrimas, como puedes ver. La salvación de los seres a quienes me debo, y a los que tanto has querido, lo exige. Un Dios justo, pero terrible, no podría ya vengarse en ellos de los crímenes de su madre. Adiós, Julián; se justo con los hombres.”

El final de esta carta era casi ilegible. Le indicaba unas señas en Dijón; pero esperando que Julián no contestaría, si no era sirviéndose de frases que una mujer arrepentida pudiera oír sin ruborizarse.

La melancolía de Julián, junto con la mediana alimentación que procuraba al seminario el contratista de las comidas a 83 céntimos, comenzaba a influir en su salud, cuando un día se presentó Fouqué de improviso en su cuarto.

—Por fin, he logrado entrar. He venido cinco veces seguidas a Besançon para verte. Siempre cara de palo. He apostado una persona a la puerta del seminario. ¿Por qué diablos no sales nunca?

—Es una prueba a que me he sometido.

—Te encuentro muy cambiado. Pero, por fin, te vuelvo a ver. Dos relucientes monedas de cinco francos acaban de demostrarme que he sido un majadero al no haberlas ofrecido desde el primer viaje.

La conversación entre los dos amigos fué interminable. Julián cambió de color cuando Fouqué le dijo:

—¿Sabes que la madre de tus discípulos está entregada por completo a la devoción?

Y hablaba con ese aire indiferente que por tan singular manera impresiona al alma que se siente herida en sus más caros intereses.

—Sí, amigo mío, a la devoción más exaltada. Dicen que hace peregrinaciones. Pero para ver-

güenza eterna del abate Maslon, que tanto tiempo ha espiado al pobre M. Chelan, Mme. De Renal no quiere nada con él. Va a confesarse a Dijón o a Besançon.

—¿Viene a Besançon?—dijo Julián, poniéndose colorado hasta las orejas.

—Con bastante frecuencia—respondió Fouqué con aire interrogativo.

—¿Llevas ahí algún “Constitucional”?

—¿Qué dices?—replicó Fouqué.

—Te pregunto si llevas algún “Constitucional”—repuso Julián en tono más tranquilo—. Aquí se venden a una cincuenta el número.

—¡Hasta en el Seminario aparecen los liberales!—exclamó Fouqué—. ¡Pobre Francia!—añadió, adoptando la voz hipócrita y el tono dulzón del abate Maslon.

Aquella visita hubiera causado una profunda impresión en nuestro héroe si, al día siguiente, una palabra que le dirigió aquel seminarista joven de Verrières, que tan niño le parecía, no le hubiese llevado a un importante descubrimiento. Desde que estaba en el Seminario, la conducta de Julián había sido una serie de pasos en falso. Se burló de sí mismo con amargura.

A decir verdad, los actos importantes de su vida estaban bien dirigidos; pero se cuidaba poco de los detalles, y los hábiles del seminario sólo se fijaban en los detalles. Así es que pasaba entre sus compañeros por un “espíritu fuerte”. Había sido traicionado por una porción de pequeñeces.



Según ellos, tenía un vicio enorme: "pensaba. juzgaba por sí mismo", en vez de seguir ciegamente la "autoridad" y el ejemplo. El abate Pí-rard no le había servido para nada; no le dirigió la palabra ni una sola vez fuera del tribunal de la penitencia, y aun allí escuchaba más bien que hablaba. Otra cosa hubiera sido de escoger al abate Castanède.

Desde el mismo momento en que Julián se percató de su locura ya no se aburrió. Quiso conocer toda la extensión del mal, y, a este efecto, salió del silencio altivo y obstinado con que rechazaba a sus compañeros. Entonces fué cuando se vengaron de él. Sus avances fueron acogidos por un desprecio rayano en burla. Reconoció que desde que entrara en el Seminario no había transcurrido una hora, sobre todo en los recreos, que no tuviese para él consecuencias en pro o en contra, que no hubiera aumentado el número de sus enemigos, o le hubiera ganado la voluntad de algún seminarista sinceramente virtuoso o un poco menos grosero que los demás. El mal que tenía que reparar era inmenso; la empresa, muy difícil. Desde entonces, la atención de Julián estuvo siempre en guardia: trataba de dibujarse un carácter completamente nuevo.

Los movimientos de sus ojos, por ejemplo, le dieron mucho que hacer. No sin razón los llevan bajos en tales lugares.

—¡Qué presunción la mía cuando en Verrières creía vivir! Allí sólo me preparaba para la vida;

ahora estoy en el mundo, tal y como lo encontraré hasta el fin de mi papel: rodeado de enemigos. ¡Qué difícil es—agregaba—esta hipocresía de todo momento! Es capaz de dejar pequeños los trabajos de Hércules. El Hércules de los tiempos modernos es Sixto V, que estuvo durante quince años consecutivos engañando, por su modestia, a cuarenta cardenales que le habían conocido vivo y altanero en su juventud. La ciencia no supone nada aquí—se decía con despecho—; los adelantos en el dogma, en la historia sagrada, etc., no cuentan más que en apariencia. Todo lo que se dice sobre esto, es un lazo para hacer caer a tontos como yo. Desgraciadamente, mi solo mérito consistía en mis progresos rápidos en la manera de apropiarme todas esas monsergas, ¿Las estimarían ellos en su verdadero valor? ¿Las juzgan como yo? ¡Y tenía la estupidez de sentirme orgulloso de ello! Los primeros puestos, que he conseguido siempre, sólo han servido para crearme enemigos encarnizados. Chazel, que sabe más que yo, mete siempre en sus composiciones alguna patochada, que le hace quedar en el quinto puesto; si alguna vez obtiene el primero, es por distracción. ¡Qué útil me hubiera sido una palabra, una sola palabra de M. Pirard!

Desde el punto y hora en que Julián se desengañó, los largos ejercicios de devoción ascética, como el rosario cinco veces por semana, los cánticos al Sagrado Corazón, etc., etc., que le pare-

cían tan mortalmente aburridos, se convirtieron en los momentos de acción más interesantes.

Reflexionando severamente sobre sí mismo, y, sobre todo, tratando de no exagerar los medios, Julián no aspiró de repente, como los seminaristas que servían de modelo a los demás, a realizar a cada paso acciones "significativas"; es decir, que probaran un grado de perfección cristiana. En el seminario hay un modo de comer un huevo pasado por agua, que indica los adelantos hechos en la vida devota.

El lector, que quizá sonría, dígnese recordar todas las tonterías que hizo tomando un huevo el abate Delille cuando fué invitado a almorzar por una gran dama de la Corte de Luis XVI.

Julián trató primeramente de llegar al "non culpa", o sea el estado del seminarista, cuya actitud, modo de mover los brazos, los ojos, etc., no tienen, en verdad, nada de mundano; pero tampoco denuncian al ser absorto por la idea de la otra vida y la "nada" de ésta.

Constantemente encontraba Julián, escritos con carbón en las paredes de las galerías, letreros como éste: "¿Qué son sesenta años de prueba comparados con una eternidad de delicias o una eternidad de aceite hirviendo en el infierno?" No los despreció; comprendió que debía tenerlos siempre presentes.

—¿Qué haré toda mi vida?—se decía—. Venderé a los fieles un puesto en el cielo. ¿Cómo se les podrá hacer visible este puesto? Por la dife-



rencia entre mi aspecto exterior y el de un laico.

Después de varios meses de estudio incesante, aún tenía Julián el aire de "pensar". Su modo de mover los ojos y la boca no anunciaban la fe implícita y presta a creer todo y a sostener todo, incluso por el martirio. Una intensa cólera se apoderaba de Julián, al comprender que en esto le llevaba ventaja cualquier campesino de lo más grosero.

Ellos tenían razones más que suficientes para no aparecer con un aire pensador.

¡Cuánto trabajo no se tomaba por llegar a esa fisonomía de fe ciega y ferviente, dispuesta a creerlo todo y a sufrirlo todo, que tan frecuentemente se encuentra en los conventos de Italia, de la que tan perfectos modelos tenemos nosotros, los laicos, en los cuadros religiosos de Guercino! (1).

Los días de fiesta mayor se daba a los seminaristas salchicha con "choucroute". Los vecinos de mesa de Julián observaron que era insensible a aquel placer; éste fué uno de sus primeros crímenes. Sus compañeros creyeron ver en ello un rasgo de la más estúpida hipocresía, y no hubo cosa que le procurara más enemigos.

—¡Miren el burgués, el desdeñoso—decían—que presume de despreciar la mejor "pitanza".

---

(1) Véase en el Museo del Louvre: Francisco, Duque de Aquitania, despojándose de la coraza y tomando el hábito de fraile. Núm. 1.120.

salchicha con "choucroute"! ¡Vaya con el orgulloso, el mamarracho, el maldito!

—¡Ay! La ignorancia de estos jóvenes campesinos, compañeros míos, es una ventaja inmensa para ellos—exclamaba Julián en momentos de desaliento—. Cuando llegan al seminario, el profesor no tiene que borrar la cantidad enorme de ideas mundanas que yo traigo, y que leen en mi cara, haga lo que haga.

Julián estudiaba con atención, rayana en envidia, a los más groseros de los campesinos que llegaban al Seminario.

En el momento en que les despojaban de su chupa de ratina, para hacerles endosar el hábito negro, su educación se constreñía a un respeto inmenso, sin límites, por el dinero "sec et liquide", que dicen en el Franco Condado.

Es la manera sacramental y heroica de expresar la idea sublime de dinero contante y sonante.

Para estos seminaristas, como para los héroes de las novelas de Voltaire, la felicidad consiste en comer bien. Julián descubría, en la generalidad, un respeto innato por todo aquel que llevaba un traje de "paño fino". Este sentimiento hace apreciar en todo su valor, y aun por cima de su valor, la "justicia distributiva", tal y como nos la ofrecen nuestros tribunales. "¿Qué se puede ir ganando con llevarle la contraria a un "gordo"?", solían decir entre ellos.

Esta es la palabra con que las gentes de los

valles del Jura designan una persona rica. ¡Puede juzgarse, pues, de su respeto por el ser más rico de todos: por el Gobierno!

No sonreír respetuosamente al solo nombre del señor prefecto, pasa por una imprudencia entre los campesinos del Franco Condado, y la imprudencia en un pobre es rápidamente castigada con la falta de pan.

Después de haberse sentido, en los primeros tiempos, como sofocado por el sentimiento del desprecio, Julián acabó por sentir compasión: los padres de la mayoría de sus compañeros habían retornado a sus chozas, muchas noches de invierno, y no hallaron en ellas ni pan, ni castañas, ni patatas.

—¿Qué extraño—se decía Julián—, si para ellos el hombre feliz es, en primer término, el que ha comido bien, y después el que posee un buen traje? Mis compañeros tienen una vocación firme; es decir, ven en el estado eclesiástico la continuación indefinida de esta dicha: comer bien y tener un buen abrigo en invierno.

Cierto día le aconteció a Julián oír a un joven seminarista, bastante despejado, que decía a su compañero:

—¿Por qué no he de llegar yo a Papa como Sixto V, que era porquero?

—No hacen Papas mas que a italianos—respondió el amigo—; pero seguramente que entraremos en suerte para plazas de vicarios generales, canónigos y quizá obispos. Monsieur P., obis-



po de Chalons, es hijo de un tonelero: el mismo oficio que tiene mi padre.

Un día, durante una lección de dogma, el abate Pirard mandó llamar a Julián. El pobre muchacho tuvo una satisfacción inmensa al salir de la atmósfera física y moral en que estaba sumido.

Julián halló en el director la misma acogida que le aterrara tanto el día de su entrada en el seminario.

—Explíqueme lo que está escrito en esta carta de baraja—le dijo, mirándole como si lo quisiera anonadar.

Julián leyó:

—“Amanda Binet, en el café de la Jirafa, antes de las ocho. Decir que es de Genlis y primo de mi madre.” El día que entré aquí—respondió, mirando a la frente de M. Pirard, pues no podía soportar su mirada terrible; estaba temblando—, Monsieur Chelan me había dicho que éste era un sitio fértil en delaciones y maldades de todo género: se fomentan el espionaje y las denuncias entre compañeros. El cielo lo quiere así para mostrar la vida, tal como es, a los jóvenes sacerdotes, e inspirarles asco hacia el mundo y sus pompas.

—¡A mí venirme con frases!—dijo el abate Pirard, furioso—. ¡Valiente bribón!

—En Verrières—repuso fríamente Julián—, mis hermanos me pegaban cuando tenían algún motivo de envidia...

—¡Al grano, al grano!—exclamó M. Pirard, casi fuera de sí.

Sin sentirse intimidado lo más mínimo, Julián reanudó su narración:

—El día de mi llegada a Besançon, hacia medio día, tenía hambre; entré en un café. Mi corazón estaba henchido de repugnancia hacia un lugar tan profano; pero pensé que allí me costaría el almuerzo menos que en la posada. Una señora, que parecía la dueña del establecimiento, se compadeció de mi aire novicio. “Besançon está lleno de mala gente—me dijo—; tengo miedo que le ocurra algo, señor. Si se viese en un apuro, acuda a mi casa antes de las ocho. Si los porteros del seminario se niegan a traerme el recado, diga que es primo mío y natural de Genlis...”

—Habrà que comprobar toda esa charla—exclamó el abate Pirard, que, no pudiéndose estar quieto, paseaba por la habitación—. Vuelva a su celda.

El abate siguió a Julián y le encerró con llave. Este se puso a revolver su maleta, en el fondo de la cual estaba la carta, escondida cuidadosamente. No faltaba nada en la maleta; pero había varias cosas fuera de su sitio; sin embargo, él no se separaba de la llave.

—Afortunadamente— se dijo Julián—, en el tiempo de mi ceguera nunca he aceptado el permiso para salir que M. Castanède me ofrecía tan frecuentemente, con una bondad que ahora comprendo. Quizá hubiese tenido la debilidad de cam-

biar de traje y de ir a ver a la bella Amanda, y me habría perdido. Cuando han desesperado de sacar partido del informe por este medio, para no desperdiciarle, han hecho una denuncia.

Dos horas más tarde el director le mandó llamar.

—No ha mentido usted—le dijo con mirada menos severa—; pero guardar tales señas es una imprudencia cuya gravedad no puede alcanzar. ¡Desgraciada criatura! Es posible que esto le perjudique hasta dentro de diez años.

## CAPITULO XXVII

### Primera experiencia de la vida.

¡La época presente, gran Dios! Es el arca del Señor. Desgraciado quien la toca.

DIDEROT.

El lector nos perdonará que citemos muy pocos hechos claros y precisos de esta época de la vida de Julián. No es que carezcamos de datos, al contrario; pero quizá lo que él vió en el seminario es demasiado negro para el colorido suave que hemos tratado de conservar en estas páginas. Los contemporáneos, a quienes hacen sufrir ciertas cosas, no pueden recordarlas sin sentir un horror que hace desaparecer todo placer, incluso el de leer un cuento.



Julián tenía poco éxito en sus ensayos de hipocresía de gesto; tuvo momentos de verdadero asco y hasta de desaliento profundo. No lograba triunfar ni aun en una carrera ruin. El menor socorro exterior, hubiera sido bastante para animarle; pero estaba solo, como una barca abandonada en medio del Océano. “Y aun cuando llegara a vencer—decíase—, ¡tener que pasar toda mi vida en tan mala compañía! ¡Glotonés, que no piensan más que en la tortilla de tocino que han de devorar en la comida, o abates Castanède, para los que no hay crimen bastante negro! ¡Ellos llegarán arriba; pero a qué precio, Dios santo!

La voluntad del hombre es poderosa, lo leo por todas partes; ¿pero es lo bastante para vencer tal repugnancia? La tarea de los grandes hombres ha sido fácil; por terrible que fuera el peligro lo veían hermoso, ¿y quién, si no yo, podrá comprender la fealdad de lo que me rodea?”

Este momento fué la piedra de toque de su vida. ¡Le era tan fácil alistarse en uno de los brillantes regimientos de guarnición en Besançon! Se podía hacer profesor de latín. ¡Necesitaba tan poco para vivir! Pero entonces, adiós carrera, adiós porvenir para su imaginación; eso era morir. He aquí al detalle una de sus tristes jornadas:

“¡Mi presunción, se ha aplaudido tantas veces, el ser diferente de los demás! Ya he vivido bastante para ver que “diferencia engendra odio”—se decía una mañana.

Acababa de revelarles esta gran verdad, uno de sus desaciertos más desagradables. Durante ocho días se había esforzado en ser grato a un alumno que vivía en olor de santidad. Se paseaba con él por el patio, escuchando con resignación tonterías capaces de acabar con la paciencia de Job. Súbitamente se desencadenó una tormenta, y el santo alumno exclamó, rechazándole de una manera grosera:

—Oiga, cada uno que se valga por sí en este mundo; no quiero ser abrasado por el rayo. Dios puede fulminarle como a un impío, como a un Voltaire.

Con los dientes apretados de rabia, y dirigiendo sus miradas hacia el cielo, surcado por el rayo, exclamó Julián:

—¡Merecería hundirme si me duermo mientras dure la tormenta! Tratemos de conquistar a algún otro pedante.

Sonó la campana, anunciando la clase de historia del abate Castanède.

El abate Castanède, explicaba aquel día a aquellos jóvenes campesinos—tan asustados del trabajo penoso y de la pobreza de sus padres—que ese ser terrible a sus ojos, el Gobierno, sólo tenía poder real y efectivo en virtud de la delegación del vicario de Dios en la tierra.

—Haceos dignos de las bondades del Papa por la santidad de vuestra vida, por vuestra obediencia; “sed como una vara entre sus manos”—añadía—, y conseguiréis un puesto soberbio, o

mandaréis en jefe, lejos de toda inspección: una plaza inamovible, de cuyos emolumentos paga el Gobierno la tercera parte, y lo restante, los fieles que formaréis con vuestras predicaciones.

Al salir del aula, M. Castanède se detuvo en el patio, y comenzó a decir a sus discípulos, que formaban círculo en derredor suyo:

—De un cura es de quien mejor se puede decir: “Tanto vale el hombre, tanto vale el puestto.” Yo mismo he conocido parroquias de montaña, cuyo pie de altar era más importante que e de muchos curatos de ciudad. Cobraban tanto el dinero, y, aparte, los capones cebados, los huevos, la manteca y otras mil menudencias. Además, el cura era el primero sin discusión, y no había buena comida a la que no fuera invitado, festejado, etc.

Apenas subió a su habitación M. Castanède, los alumnos se dividieron en grupos. Julián no formaba parte de ninguno; le dejaban como a una oveja sarnosa. En todos los grupos veía a uno de los muchachos tirar una moneda al aire, y, si acertaba en el juego de cara o cruz, sus compañeros deducían que pronto tendría uno de esos curatos de pingüe pie de altar.

Luego llegó el turno a las anécdotas. Tal curita, que apenas llevaba un año de ordenado, por regalar un conejo robado a la criada de un cura viejo, había conseguido ser nombrado vicario, y pocos mesés después, al morir el cura, le substituyó en la cura de almas. Otro había llegado a



hacerse nombrar sucesor del curato de un pueblo muy rico, asistiendo a todas las comidas del antiguo cura paralítico, y trinchándole los pollos con habilidad.

Los seminaristas, como todos los jóvenes de todas las carreras, abultan y exageran el efecto de estos medios mezquinos, que tienen para ellos algo de extraordinario y sugestivo.

“Es preciso—se decía Julián—que yo me haga a estas conversaciones. Cuando no hablaban de salchichas y de curatos buenos, se ocupaban de la parte mundana de las doctrinas eclesiásticas; de las diferencias de los obispos y de los prefectos, de los alcaldes y de los curas.”

Julián veía aparecer la idea de un segundo Dios; pero un Dios más de temer y más poderoso que el otro: este segundo Dios era el Papa. Se decían unos a otros, pero bajando la voz y cuando estaban seguros de no ser escuchados por monsieur Pirard, que si el Papa no se tomaba el trabajo de nombrar a todos los prefectos y todos los alcaldes de Francia, era porque había delegado en el rey de Francia, nombrándole hijo mayor de la Iglesia.

En esta época fué cuando Julián creyó que podría sacar partido en su favor del libro del Papa de M. De Maistre. A decir verdad, causó el asombro de sus compañeros, pero también en perjuicio suyo. Les desagradó exponiendo, mejor que ellos, sus mismas opiniones. Monsieur Chellan había sido imprudente para Julián, ni más

ni menos que lo era para sí mismo. Después de infundirle el hábito de razonar justamente y no pagarse de palabras inútiles, se había olvidado de advertirle que, en un ser poco considerado, este hábito es un crimen, pues todo razonamiento justo ofende.

El bien decir de Julián fué, por tanto, un nuevo mal para su persona. A fuerza de pensar en él, sus compañeros llegaron a expresar, en una sola frase, todo el horror que les inspiraba: le apodaron MARTIN LUTERO; sobre todo, decían, a causa de esta infernal lógica de que tanto se enorgullece.

Muchos de los jóvenes seminaristas tenían colores más frescos y podían pasar por más guapos que Julián; pero éste tenía las manos blancas y no podía ocultar cierta costumbre de limpieza delicada. Tal ventaja, no lo era, en la triste casa donde la suerte lo había arrojado. Los campesinos sucios, entre quienes vivía, declararon que tenía costumbres muy relajadas. Tememos fatigar al lector con el relato minucioso de los infortunios de nuestro héroe. Por ejemplo, los más vigorosos de sus compañeros quisieron tomar la costumbre de pegarle; Julián se vió obligado a armarse de su compás de hierro y a anunciar, pero por señas, que haría uso de él. Las señas no pueden figurar en un relato de un espía con tanta claridad como las palabras.

## CAPITULO XXVIII

## Una procesión.

Los corazones todos estaban conmovidos. La presencia de Dios parecía haber bajado en las calles estrechas y góticas, adornadas con colgaduras y enarenadas por los fieles.

YOUNG.

Ya podía Julián hacerse el pequeño y el tonto; no lograba agradar: era demasiado distinto...

—Sin embargo—se decía—, todos estos profesores son gente muy fina y elegidos entre mil; ¿cómo no les agrada mi humildad?

Uno sólo le parecía que abusaba de su complacencia en creer todo y hacer creer que se dejaba engañar por todo. Era el abate Chas-Bernard maestro de ceremonias de la catedral, donde esperaba hacía quince años una canonjía; mientras tanto, explicaba oratoria sagrada en el seminario. En la época de su ceguera, esta clase era una de las en que Julián iba casi siempre el primero. El abate Chas se fundó en esto para demostrarle cariño, y a la salida de clase solía cogerle del brazo para dar una vuelta por el jardín.

—¿Adónde querrá ir a parar?—se decía Julián.

Veía con asombro que durante horas enteras el abate Chas le hablaba de los ornamentos que po-



seía la catedral. Tenía diez y siete casullas galoneadas, aparte las vestiduras de duelo. Esperaban mucho de la anciana presidenta Rubempré; esta señora, de noventa años, conservaba, hacía setenta lo menos, sus trajes de boda, de soberbias sedas de Lyon brochadas en oro.

—Figúrese, amigo mío—decía el abate Chas, parándose en seco y abriendo mucho los ojos—, que estas telas se sostienen de pie; ¡tanto es el oro de su tejido! Es creencia general en Besançon que por el testamento de la presidenta el “tesoro” de la catedral aumentará en diez casullas, sin contar cuatro o cinco capas para las grandes solemnidades. Y yo voy aún más lejos—agregaba el abate Chas bajando la voz—: tengo mis razones para pensar que la presidenta nos dejará ocho magníficos candelabros de plata sobredorada, que se supone fueron comprados en Italia por el duque de Borgoña, Carlos el Temerario, del que fué ministro favorito uno de sus antepasados.

—Pero ¿qué se propondrá este hombre con todo este baturrillo?—pensaba Julián—. Hace un siglo que está con esta preparación, y no deja entrever nada. Se conoce que desconfía de mí. Es más sagaz que los otros, que dejan adivinar su objeto oculto a los quince días de hablarles. Se comprende: la ambición de éste está sufriendo hace quince años.

Una tarde, durante la lección de armas, el abate Pirard llamó a Julián a su despacho y le dijo:

—Mañana es la fiesta del Corpus Domini. El

abate Chas-Bernard le necesita a usted para que le ayude a adornar la catedral; vaya, pues, y cumpla sus órdenes.

El abate Pirard le volvió a llamar, y con aire de conmiseración, agregó:

—Cuenta de usted es si se le ocurre aprovechar la ocasión para perderse por la ciudad.

—“Incedo per ignes”—respondió Julián—. (Tengo enemigos ocultos.)

Al día siguiente, muy de mañana, Julián tomó el camino de la catedral con los ojos bajos. El aspecto de las calles y la actividad que comenzaba a notarse en la ciudad, le hicieron mucho bien. Por todas partes colgaban las fachadas de las casas para el paso de la procesión. Todo el tiempo que llevaba en el seminario le pareció un instante. Su pensamiento estaba en Vergy y en aquella linda Amanda Binet, a quien podría volver a ver, pues su café no estaba nada lejos. Allá, a la puerta de su querida catedral, divisó al abate Chas-Bernard. Era éste un hombre membrudo, de cara alegre y aire abierto. Aquel día estaba triunfante.

—Le esperaba, hijo mío querido—exclamó en cuanto vió a Julián—; sea bien venido. El trabajo de hoy será largo y rudo; vamos a tomar fuerzas con un desayuno; luego almorzaremos a las diez, durante la misa mayor.

—Deseo, señor, no estar solo ni un momento—le dijo Julián con gravedad—; hágame usted el favor de fijarse—añadió señalando al reloj de la catedral—que llevo a las cinco menos un minuto.

—¡Ah! Los traviesos del seminario le causan miedo. Es usted demasiado bueno al pensar en ellos—dijo el abate Chas—. ¿Es menos bello un camino porque haya espinas en los setos que le orillan? Los viajeros siguen adelante, y dejan que las espinas punzantes se sequen solas. Pero, en fin, al trabajo, amigo mío, al trabajo.

El abate Chas tenía razón al decir que la tarea sería ruda. Habíase celebrado la víspera una gran ceremonia fúnebre en la catedral, no se había podido preparar nada, y era menester, en una mañana, revestir todas las columnas góticas, que forman las tres naves, con una especie de colgadura de damasco rojo que llega a treinta pies de altura. El señor obispo había hecho venir en el correo cuatro tapiceros de París; pero estos señores no podían bastar a todo, y, lejos de animar a sus torpes compañeros bisontinos, redoblaban su torpeza burlándose de ellos.

Julián vió que era preciso subirse a la escalera: su agilidad le fué muy útil. Hubo de encargarse de dirigir a los tapiceros de la ciudad.

El abate Chas, encantado, le miraba saltar de una escalera a otra. Cuando estuvieron revestidas todas las columnas, hubo que colocar cinco enormes penachos de plumas encima del gran baldaquino que cubría el altar mayor. Ocho grandes columnas de mármol de Italia, sostenían un espléndido remate de madera dorada.

Pero para llegar al centro del baldaquino, encima del tabernáculo, había que pasar por una



vieja cornisa de madera, carcomida quizá, y a cuarenta pies del suelo.

El aspecto de este camino difícil había apagado la alegría, bulliciosa hasta este momento, de los tapiceros parisinos: miraban desde abajo, discutían mucho y no subían. Julián cogió los penachos de plumas y subió la escalera corriendo. Los colocó perfectamente en el adorno en forma de corona del centro del baldaquino. Al bajar de la escalera, el abate Chas-Bernard le estrechó en sus brazos.

—“Optime”—exclamó el buen sacerdote—. Se lo contaré a Monseñor.

El almuerzo de las diez fué muy alegre. Nunca el abate Chas había visto tan bonita su iglesia.

—Querido discípulo—decía a Julián—; mi madre era alquiladora de sillas en esta venerable basílica; así es que me he criado en este gran edificio. El terror de Robespierre nos arruinó; pero a los ocho años, que yo tenía entonces, ya ayudaba a misas privadas y me mantenían el día de la misa. Nadie sabía doblar una casulla mejor que yo: nunca se cortaban los galones. Desde que Napoleón restableció el culto, tengo la suerte de dirigir todo en esta venerable metrópoli. Cinco veces en el año la puedo contemplar luciendo estos magníficos adornos. Pero nunca ha estado tan resplandeciente, nunca han estado las colgaduras de damasco tan bien sujetas como hoy, tan pegadas a las columnas.

—Por fin va a declararme sus secreto—pensó

Julián—; empieza a hablarme de sí; se expansiona.

Pero aquel hombre, evidentemente exaltado, no dijo nada imprudente.

—Y, sin embargo—se decía Julián—, ha trabajado mucho, es feliz y no se ha escatimado el buen vino. ¡Qué hombre! ¡Qué ejemplo para mí!

Al tocar al “Sanctus” de la misa mayor, Julián quiso ponerse una sobrepelliz para seguir al obispo en la magnífica procesión.

—¿Y los ladrones, amigo mío, y los ladrones?— exclamó el abate Chas—. ¿No piensa en ellos? La procesión va a salir, la iglesia quedará desierta, velaremos usted y yo. Podemos darnos por contentos si no nos faltan más que algunas varas del magnífico galón que rodea la base de las columnas. Es también un donativo de Mme. De Rubempré; procede del famoso conde, su bisabuelo; es oro puro, mi querido amigo—añadió el abate, hablándole al oído con un aire evidentemente exaltado—; no tiene nada falso. Encárguese usted de vigilar el ala del Norte; no salga de ella. Me reserve el ala del Mediodía y la nave central. Tenga cuidado con los confesonarios; en ellos se colocan los espías de los ladrones, para acechar el momento en que estemos de espaldas.

Al terminar de hablar dieron las once y tres cuartos, y en seguida se oyó la campana gorda. La echaban a vuelo; su sonido, tan lleno y tan solemne, emocionó a Julián. Su imaginación no estaba en la tierra.

El olor del incienso y de las hojas de rosa, desparramadas ante el Santísimo Sacramento por los niños vestidos de San Juan, acabó de exaltarle.

Los sonidos graves de aquella campana no habrían debido despertar en Julián más que la idea del trabajo de veinte hombres pagados a cincuenta céntimos, y ayudados, quizá, por quince o veinte fieles. Debía pensar en el deterioro de las cuerdas, en el de la armadura, en el peligro de la misma campana, que se cae cada dos siglos, y reflexionar sobre los medios de disminuir el jornal de los que la tocaban, o pagarles con alguna indulgencia u otra gracia sacada de los tesoros de la iglesia y que no aligerara su bolsa.

En vez de estas sabias reflexiones, el alma de Julián, exaltada por aquellos sonidos tan varoniles y fuertes, erraba por los espacios imaginarios. Nunca llegará a ser un buen sacerdote ni un buen administrador. Las almas que así se emocionan son capaces, a lo más, de producir un artista. Aquí se ve con toda claridad la presunción de Julián. Cincuenta, quizá, de los seminaristas compañeros suyos, llamados a la realidad de la vida por el odio público y el jacobinismo que les hace temer una emboscada detrás de cada seto, al oír la campana gorda de la catedral sólo hubieran pensado en el jornal de los que la tocaban. Hubieran examinado, con el genio de Barême, si el grado de emoción del público valía el dinero que se pagaba a los volteadores. Si Julián hubiese querido ocuparse de los intereses materiales de la catedral,



su imaginación, lanzándose más allá del objeto, habría pensado en economizar cuarenta francos en su obra y hubiera dejado perder la oportunidad de evitar un gasto de veinticinco céntimos.

En tanto que, con el día más hermoso del mundo, la procesión recorría lentamente todo Besançon, deteniéndose ante los altares elevados en competencia por todas las autoridades, la iglesia quedó en un profundo silencio. Reinaba en ella una semiobscuridad y una agradable frescura; aún estaba embalsamada por el olor del incienso y de las flores.

El silencio, la soledad, la frescura de las grandes naves, hacían más dulce el desvarío de Julián. No temía ser importunado por el abate Chas, ocupado en la parte opuesta del edificio. Su alma casi había abandonado su envoltura mortal, que se paseaba lentamente por el ala Norte, confiada a su vigilancia. Estaba tanto más tranquilo, cuanto que se había asegurado de que en los confesonarios sólo quedaban algunas mujeres devotas; sus ojos miraban sin ver.

Sin embargo, su distracción se vió medio disipada por el aspecto de dos mujeres muy bien puestas que estaban de rodillas; una, en un confesonario, y la otra, cerca de la primera, en una silla. Miró sin ver; no obstante, bien por un sentimiento vago de su deber, bien por admiración al aspecto noble y sencillo de aquellas señoras, advirtió que en el confesonario no había ningún sacerdote.

—Es singular—pensó—que estas señoras tan elegantes no estén arrodilladas ante un altar, si son devotas, o en la primera fila de un balcón, si son gente de mundo. ¡Qué bien cae ese vestido! ¡Con qué gracia!

Acortó el paso para tratar de verlas.

La que estaba de rodillas en el confesionario, volvió un poco la cabeza al oír el ruido de los pasos de Julián en aquel gran silencio. De repente dió un grito y se desmayó.

Al perder el conocimiento, aquella señora, que estaba de rodillas, cayó hacia atrás; su amiga, que estaba cerca, se lanzó en su auxilio. Al mismo tiempo Julián vió los hombros de la señora que caía hacia atrás. Un collar de gruesas perlas finas, muy conocido de él, atrajo sus miradas. ¿Qué le ocurrió al reconocer la cabellera de madame de Renal, pues ella era? La dama que trataba de sostenerle la cabeza para que no cayese por completo, era Mme. Derville. Julián, fuera de sí, se lanzó hacia el grupo: Mme. De Renal, en su caída, hubiese arrastrado a su amiga si Julián no las hubiera sostenido. Vió la cabeza de madame de Renal pálida, absolutamente privada de sentido, que caía sobre sus hombros. Ayudó a Mme. Derville a colocar aquella cabeza encantadora sobre una silla de paja: estaba de rodillas.

Madame Derville se volvió y le reconoció.

—Huya usted, huya—le dijo indignada—. ¡Sobre todo, que no le vuelva a ver! Su presencia tiene que causarle horror. ¡Era tan feliz antes de co-

nocerle! Su proceder de usted es espantoso. Huya; aléjese, si le queda un resto de pudor.

Estas frases fueron pronunciadas con tal acento de autoridad, y Julián se sentía tan débil en aquel momento, que se alejó.

—Siempre me odió—decíase pensando en madame Derville.

En el mismo momento, el canto gangoso de los primeros curas de la procesión, que ya volvía, resonó en la iglesia. El abate Chas-Bernard llamó varias veces a Julián, que al principio no le oyó; por fin, fué a cogerle por el brazo detrás de una columna, donde Julián se había refugiado medio muerto. Quería presentarle al obispo.

—Está usted malo, hijo mío—le dijo el abate al verle tan pálido y casi sin fuerzas para andar—; ha trabajado demasiado. El abate le dió el brazo.

—Venga usted; siéntese en el banquillo del que da el agua bendita, detrás de mí; yo le ocultaré. Estaban en aquel momento junto a la puerta principal. Tranquilícese usted; tenemos aún más de veinte minutos antes de que aparezca Monseñor. Trate usted de rehacerse; cuando pase, yo le levantaré, pues soy fuerte y vigoroso a pesar de mi edad.

Pero cuando el obispo pasó, Julián temblaba de tal modo que el abate Chas renunció a la idea de presentarle.

—No se afija usted demasiado; ya volveremos a encontrar ocasión.



Por la tarde mandó a la capilla del seminario diez libras de cirios, economizados, según él, por los cuidados de Julián y la rapidez con que hiciera apagar. Nada menos cierto. El pobre muchacho sí que estaba agotado; después de ver a Mme. De Renal no había tenido una sola idea.

## CAPITULO XXIX

### El primer ascenso.

Ha conocido su siglo, ha conocido su provincia, y es rico.

EL PRECURSOR.

No había vuelto en sí Julián del delirio en que le sumiera el suceso de la catedral, cuando una mañana le llamó el severo abate Pirard.

—El abate Chas-Bernard me escribe interesándose por usted. En términos generales, estoy satisfecho de su conducta. Es usted imprudente en extremo, y hasta atolondrado, sin que lo parezca; sin embargo, hasta ahora el corazón es bueno e incluso generoso; el talento, superior. En resumen, veo en usted una chispa que no hay que abandonar.

Después de quince años de trabajo estoy a punto de salir de esta casa; mi crimen consiste en haber dejado a los seminaristas a su libre albedrío y no haber protegido ni trabajado en contra de la sociedad secreta de que usted me habló en el tribunal de la penitencia. Antes de marcharme

quiero hacer algo en su favor; ya lo habría hecho hace dos meses, pues lo merece usted, sin la denuncia fundada sobre las señas de Amanda Binet que hubieron de encontrarle. Le nombro pasante del Antiguo y Nuevo Testamento.

Julián, loco de agradecimiento, tuvo la idea de caer de rodillas dando gracias a Dios; pero cedió a un sentimiento más sincero. Se aproximó al abate Pirard y tomándole una mano la llevó a sus labios.

—¿Qué es esto?—exclamó el director con aire enojado.

Pero los ojos de Julián decían aún más que su acción.

El abate Pirard, le miró con el asombro del hombre que hace muchos años ha perdido la costumbre de encontrar emociones delicadas. Esta atención traicionó al director; su voz se alteró.

—Bueno, hijo mío; te quiero, es verdad. El cielo sabe bien que es a pesar mío. Debiera ser justo y no sentir amor ni odio por nadie. Tu carrera será penosa. Veo en ti algo que ofende a lo vulgar. La envidia y la calumnia te perseguirán. En dondequiera que la Providencia te coloque, tus compañeros no te verán nunca sin odiarte, y si fingen tenerte cariño será para traicionarte con más facilidad. Contra sólo existe un remedio: no recurras mas que a Dios, que te ha dado para castigarte de tu presunción esta necesidad de ser odiado; que tu conducta sea pura, es el único re-

curso que veo para ti. Si te aferras a la verdad con todas tus fuerzas, tarde o temprano tus enemigos serán confundidos.

Hacía tanto tiempo que Julián no oía una voz amiga, que es preciso perdonarle una debilidad: rompió a llorar con toda su alma. El abate Pirard le abrió los brazos; aquel instante fué muy dulce para los dos.

Julián estaba loco de alegría; aquel era el primer ascenso que lograba; las ventajas eran inmensas. Para concebirlas es preciso haber estado condenado a pasar meses enteros sin un momento de soledad y en contacto inmediato con compañeros, cuando menos, importunos, y la mayor parte intolerables. Solamente sus gritos serían suficientes para alterar un organismo delicado. La alegría bulliciosa de aquellos campesinos, bien alimentados y bien vestidos, no sabía disfrutar de sí misma, no se creía completa más que cuando gritaban con toda la fuerza de sus pulmones.

Ahora Julián comía solo, o casi solo, una hora más tarde que los demás seminaristas. Tenía una llave del jardín y podía pasearse por él a las horas en que estaba desierto.

Con gran asombro, Julián se dió cuenta de que le odiaban menos; él esperaba, por el contrario, un gran aumento de odio. El deseo interno de que no le dirigieran la palabra, que era tan evidente y que tantos enemigos le valiera, ya no fué una muestra de altanería ridícula. A los ojos de los seres groseros que le rodeaban aquello fué un



sentimiento justo de su dignidad. El odio disminuyó sensiblemente, sobre todo entre los más jóvenes de sus compañeros, que pasaron a ser discípulos, y a los que trataba con mucha cortesía. Poco a poco llegó hasta a tener partidarios; fué de mal tono llamarle Martín Lutero.

Pero ¿para qué hablar de sus amigos ni de sus enemigos? Todo esto es feo, y tanto más feo cuanto el dibujo refleja más la verdad. Y esos son, sin embargo, los únicos profesores de moral que tiene el pueblo, y sin ellos ¿qué sería de él? ¿Podrá algún día el periódico sustituir al cura?

Después que Julián se hizo cargo de la nueva dignidad, el director del seminario hizo propósito de no hablarle jamás sin testigos. En esta conducta había tanta prudencia respecto al maestro como respecto al discípulo; pero había, sobre todo, la "prueba". El principio invariable del severo jansenista Pirard era: ¿Tiene un hombre algún mérito a nuestro parecer? Pues ponedle obstáculos a todo lo que desee, a todo lo que emprenda. Si el mérito es verdadero, vencerá los obstáculos o los esquivará.

Era el tiempo de la caza. Fouqué tuvo la ocurrencia de enviar al seminario un ciervo y un jabalí, de parte de los padres de Julián. Los animales muertos fueron depositados en un corredor, entre la cocina y el refectorio. Allí los vieron todos los seminaristas al ir a comer. Aquello fué objeto de gran curiosidad. El jabalí, a pesar de estar muerto, daba miedo a los más jóvenes,

que tocaban sus colmillos. No se habló de otra cosa durante ocho días.

Aquel regalo, que clasificaba a la familia de Julián en la parte respetable de la sociedad, fué un golpe mortal para la envidia. Julián adquirió una superioridad consagrada por la fortuna. Chazel y los seminaristas más distinguidos, le hicieron avances y casi estuvieron a punto de mostrarse quejosos porque no les había puesto en antecedentes de la posición de su familia, habiéndoles expuesto a faltar al respeto al dinero.

Hubo una quinta, de la cual fué Julián excluído en calidad de seminarista. Esta circunstancia le emocionó profundamente. ¡Ahora sí que ha pasado para siempre el momento en que, veinte años atrás, habría comenzado para mí una vida heroica!

Se paseaba solo por el jardín del seminario, y oyó hablar, entre sí, a los albañiles que trabajaban en la tapia que rodeaba el edificio.

—No hay más remedio que marcharse; hay una nueva quinta.

—En tiempos del “otro”, enhorabuena; un albañil se hacía oficial y llegaba a general; ya se ha visto.

—¡Pero ahora, hay que ver! Sólo van los miserables. El que tiene “de qué”, se queda.

—El que ha nacido miserable, miserable continúa, y no hay más.

—¿Y es verdad lo que dicen de que el otro ha muerto?—preguntó un tercer albañil.

—Los gordos son los que lo dicen, ¿sabes?, porque el otro les daba miedo.

—¡Qué diferencia! ¡Cómo marchaban las cosas en su tiempo! ¡Y pensar que le hicieron traición sus mariscales! ¡Hay que ser traidor de verdad!

Esta conversación consoló un tanto a Julián. Al alejarse repetía con un suspiro:

—¡El único rey cuya memoria conserva el pueblo!

Llegó la época de los exámenes. Julián respondió de un modo brillante; vió que hasta el mismo Chazel hacía esfuerzos para demostrar toda su ciencia.

El primer día, a los examinadores, nombrados por el famoso vicario mayor de Frilair, les contrarió mucho verse obligados a poner siempre en sus listas el primero o, a lo sumo, el segundo al tal Julián Sorel, que les presentaban como protegido del abate Pirard. Hubo apuestas en el seminario a que en el examen general, Julián, obtendría el número uno, lo cual implicaba el honor de comer en casa del señor obispo. Pero al final de una sesión, en que se trató de los padres de la iglesia, un examinador listo, después de interrogar a Julián sobre San Jerónimo y su pasión por Cicerón, vino a hablar de Horacio, de Virgilio y de otros autores profanos. Instado por sus compañeros, Julián se había aprendido de memoria muchos trozos de estos autores. Arrastrado por sus triunfos olvidó el sitio en que estaba y, a reite-



radas instancias del examinador, recitó y parafraseó con fuego varias odas de Horacio. Después de dejarle enfrascarse durante veinte minutos, de pronto el examinador cambió de gesto, y le reprochó con acritud el tiempo que había perdido en aquellos estudios profanos y las ideas inútiles o criminales que se había metido en la cabeza.

—Soy un majadero, señor, y tiene usted razón—dijo Julián con aire modesto, reconociendo la estratagema hábil de que era víctima.

Aquella astucia del examinador se consideró sucia, incluso en el seminario, lo cual no impidió que el señor abate de Frilair, el hombre hábil que organizara tan sabiamente la red de la congregación bisontina y cuyos telegramas a París hacían temblar a jueces, prefectos y hasta a los oficiales generales de la guarnición, pusiera, con su mano todopoderosa, el número 198 al lado del nombre de Julián. Con ello gozaba la satisfacción de mortificar a su enemigo el jansenista Pirard.

Desde hacía diez años todo su afán era quitarle la dirección del seminario. Este abate, siguiendo las máximas y el plan de conducta que indicara a Julián, era sincero, piadoso, poco amigo de intrigas y cumplidor de su deber. Pero el cielo, en su cólera, le dió un temperamento bilioso muy a propósito para sentir profundamente las injurias y el odio. Ningún ultraje que se le hiciera se perdía para aquel alma ardiente. Cien veces hubiera presentado la dimisión de su cargo, pero se creía útil en el puesto en que le colocara la Providen-

cia. Estorbo los progresos del jesuitismo y de la idolatría—decíase a sí mismo.

En la época de los exámenes, hacía quizá dos meses que no dirigía la palabra a Julián y, sin embargo, se puso enfermo al recibir el oficio en que le anunciaban el resultado del concurso y ver con el número 198 al alumno que consideraba como la gloria de la casa. El único consuelo para su carácter severo, fué concentrar en Julián toda su vigilancia. Con gran entusiasmo por su parte, no encontró en él ni cólera, ni proyectos de venganza, ni desaliento.

Algunas semanas más tarde Julián se estremeció al recibir una carta; traía sello de París. Por fin—pensó—, Mme. De Renal se acuerda de sus promesas. Un señor que se firmaba Pablo Sorrel y que se decía pariente suyo, le enviaba una letra de quinientos francos. Y le decía que si continuaba estudiando con aprovechamiento los autores latinos, recibiría igual cantidad todos los años.

—¡Es ella! ¡Es su bondad!—dijose Julián enternecido—. Quiere consolarme; pero ¿por qué no me dice una sola palabra de cariño?

Se engañaba respecto a aquella carta. Madame de Renal, dirigida por su amiga Mme. Derville, estaba entregada en cuerpo y alma a sus profundos remordimientos. A su pesar, pensaba muchas veces en el ser único cuyo encuentro había trastornado su existencia; pero se habría guardado muy mucho de escribirle.

Si hablásemos el lenguaje del seminario, reco-

noceríamos como un milagro el envío de aquellos quinientos francos, y diríamos que el cielo se servía del mismo M. De Frilair para hacer este regalo a Julián.

Doce años antes, el abate De Frilair llegaba a Besançon con un equipaje de lo más exiguo, el cual, según la crónica, contenía toda su hacienda. Ahora era uno de los propietarios más ricos del departamento. En el curso de sus prosperidades compró la mitad de un terreno; la otra mitad correspondió, por herencia, a M. De la Mole. De aquí se originó un gran pleito entre estos dos personajes.

A pesar de su brillante existencia en París y de los puestos que desempeñaba en la corte, el marqués de la Mole comprendió que era peligroso luchar en Besançon contra un vicario mayor que pasaba por hacer y deshacer prefectos. En vez de solicitar una gratificación de cincuenta mil francos, disfrazada con un nombre cualquiera e incluirla en el presupuesto, y abandonar al abate de Frilair este mezquino pleito de cincuenta mil francos, el marqués se picó. Creía tener razón, y razón sobrada.

Pero, si se nos permite decirlo, ¿cuál será el juez que no tenga un hijo, o por lo menos un primo, a quien empujar en el mundo?

Para dar luz a los más ciegos, ocho días después de la primera sentencia que consiguió, el señor abate de Frilair tomó el coche del obispo y fué en persona a llevar la cruz de la Legión de



Honor a su abogado. Monsieur de la Mole, un poco atolondrado por la actitud de la parte contraria, y viendo que sus abogados flaqueaban, pidió consejo al abate Chelan, el cual le puso en relación con M. Pirard.

Estas relaciones databan de larga fecha en la época de nuestra historia. El abate Pirard tomó parte en este asunto con toda la pasión de su carácter. Viendo constantemente a los abogados del marqués, estudió el asunto, y hallándole justo, se convirtió abiertamente en agente del marqués, en contra del todopoderoso vicario mayor. Este se mostró indignado de la insolencia, y más aún, por venir de parte de un jansenista.

—Vean ustedes lo que es esta nobleza de corte que se cree tan prepotente—decía a sus íntimos el abate de Frilair—. Monsieur de la Mole no ha enviado ni una miserable cruz a su agente en Besançon, y va a permitir, sencillamente, que le destituyan. Y, sin embargo, según cartas que recibo, este noble par no deja pasar ninguna semana sin ir a lucir su cordón azul en el salón del guardasellos, sea éste quien sea.

A pesar de toda la actividad del abate Pirard, y aun cuando M. De la Mole estaba siempre en las mejores relaciones con el ministro de Justicia, y sobre todo con la gente del ministerio, todo lo que había podido hacer, después de seis años de preocupaciones, era no perder en absoluto el pleito.

En correspondencia constante con el abate Pirard sobre el asunto que a los dos apasionaba, el

marqués terminó por apreciar la manera de pensar y sentir del abate. Poco a poco, a pesar de la gran diferencia de posición social, su correspondencia adquirió un tono amistoso. El abate Pirard, decía al marqués que querían obligarle a dimitir a fuerza de vejaciones. En la indignación que le produjo la estratagema, infame según él, urdida contra Julián, contó su historia al marqués.

Este gran señor, aunque muy rico, no era avaro. En su vida consiguió que el abate Pirard aceptase nada, ni siquiera para reembolsarse los gastos de correo que el pleito le originara. Tuvo la ocurrencia de enviar quinientos francos a su discípulo predilecto.


Monsieur de la Mole se tomó el trabajo de escribir él mismo la carta de envío. Esto le hizo pensar en el abate.

Un día, éste recibió un volante invitándole a pasarse sin demora por cierta posada de Besançon para un asunto urgente. Allí encontró al administrador de M. De la Mole.

Aquel hombre le dijo:

—El señor marqués me ha encargado que traiga su coche. Espera que cuando usted lea esta carta, le convendrá salir para París, a lo sumo, dentro de cuatro o cinco días. El tiempo que usted tarde lo emplearé yo en recorrer las tierras del señor marqués, en el Franco Condado. Y el día que usted indique estaré de vuelta para que salgamos hacia París.

La carta era breve:



"Deslíguese usted de todos los enredos de pro-  
vincias y venga a París a respirar aire puro. Le  
envío mi coche, que tiene orden de esperar cuatro  
días su decisión. Yo le espero en París hasta el  
martes. Sólo aguardo su aquiescencia para acep-  
tar, en su nombre, uno de los mejores curatos de  
las cercanías de París. El más rico de sus fu-  
tuos feligreses no le ha visto a usted nunca,  
pero le estima más de lo que puede usted ima-  
ginarse.

*"El marqués de la Mole."*

Indudablemente, el severo abate Pirard tenía cariño a aquel seminario, poblado de enemigos, al que consagró todos sus pensamientos durante quince años. La carta de M. De la Mole fué para él como la presencia del cirujano encargado de hacer una operación cruel y necesaria. Su destitución era cosa segura. Citó al administrador para dentro de tres días.

Durante cuarenta y ocho horas, tuvo la fiebre de la incertidumbre. Por fin, escribió a M. De la Mole, y redactó una obra maestra de estilo eclesiástico, aunque un poco larga, dirigida al señor obispo. Habría sido muy difícil encontrar frases más irreprochables y que respirasen un respeto más sincero. Y, sin embargo, aquella carta, destinada a hacer pasar un mal cuarto de hora a monsieur de Frilair ante la vista de su superior, detallaba todos los motivos graves de queja y descendía hasta a los enredos más menudos y su-



cios que, después de sufridos con resignación durante seis años, obligaban al abate Pirard a dejar la diócesis.

Le robaban la leña de la leñera, envenenaban a su perro, etc., etc.

Terminada la carta, mandó despertar a Julián, que a las ocho de la noche ya estaba durmiendo, como los demás seminaristas

—¿Sabe usted dónde está el obispado?—le dijo en puro latín—. Lleve esta carta a Monseñor. No debo ocultarle que le envió a la boca del lobo. Sea usted todo ojos y todo oídos. Nada de mentiras en sus respuestas; pero tenga en cuenta que el que le pregunte quizá experimentaría una gran satisfacción en poder perjudicarlo. Me alegro mucho, hijo mío, que tenga usted ocasión de hacer esta experiencia antes de abandonarlo, porque no debo ocultárselo: esta carta es mi dimisión.

Julián quedó inmóvil; quería al abate Pirard. Y era en vano que la prudencia le dijera:

Cuando este hombre no esté aquí, el partido del Sagrado Corazón me degradará y quizá me eche.

No podía pensar en sí mismo. Lo que le preocupaba era una frase que quería decir de un modo cortés y que no podía dar con ella.

—Bueno, amigo mío, ¿no se marcha usted?

—Es que dicen, señor—apuntó tímidamente Julián—que durante su larga administración no ha ahorrado usted nada. Yo tengo seiscientos francos.

Las lágrimas no le dejaron continuar.

—“Esto también se tendrá en cuenta”—dijo fría-

mente el ex director del seminario. Vaya al obispado, que se hace tarde.

La casualidad quiso que aquella noche estuviera de guardia en el salón del obispado el abate de Frilair. Monseñor estaba comiendo en la prefectura. A M. De Frilair, pues, fué a quien Julián entregó la carta, aun cuando él no sabía quién era.

Julián vió con asombro que aquel abate abría osadamente la carta dirigida al obispo. El hermoso semblante del vicario mayor expresó en seguida una gran sorpresa, mezclada de un vivo placer, y se hizo doblemente grave. Mientras leía, Julián, interesado por su buena traza, tuvo tiempo de examinarle. Aquel rostro hubiese tenido más gravedad sin la finura extremada de alguno de sus rasgos; llegaría hasta denotar su falsedad, si su poseedor hubiera dejado un instante de ocuparse de ella. La nariz, muy pronunciada, formaba una sola línea perfectamente derecha, dando a su perfil, muy distinguido por lo demás, un malhadado parecido con el del raposo. Por lo demás, aquel abate, que tan interesado parecía en la dimisión de M. Pirard, estaba ataviado con una elegancia que agradó mucho a Julián, y que nunca había visto en ningún otro sacerdote.

Julián no supo hasta más tarde cuál era el talento especial del abate de Frilair. Sabía divertir a su obispo, viejo amable, hecho para la vida de París, y que consideraba Besançon como un destierro. Aquel obispo tenía muy mala vista, y le

gustaba el pescado con pasión. El abate Frilair quitaba las espinas al pescado que servían a monseñor.

Julián miraba en silencio al abate, que leía y releía la dimisión, cuando de repente se abrió la puerta con estrépito. Un lacayo, ricamente vestido, entró con rapidez. Julián sólo tuvo el tiempo preciso para retirarse hacia la puerta: vió aparecer a un viejecito, que llevaba una cruz pectoral. Se prosternó: el obispo le dirigió una bondadosa sonrisa, y pasó.

El bello abate le siguió, y Julián se quedó solo en el salón, pudiendo admirar a sus anchas la magnificencia del mismo.

El obispo de Besançon, hombre de un espíritu puesto a prueba, pero no extinguido por las largas mīserias de la emigración, tenía más de setenta y cinco años, y no se preocupaba lo más mínimo de lo que podría ocurrir diez años más tarde.

—¿Quién es ese seminarista de mirada fina que me parece haber visto al pasar?—dijo el obispo—. ¿No deben estar acostados a la hora que es, según el reglamento?

—Puedo jurar a monseñor que éste es muy despierto y trae una gran noticia: la dimisión del único jansenista que quedaba en esta diócesis. Este terrible abate Pirard comprende, por fin, lo que quieren decir las indirectas.

—Muy bien—dijo el obispo—; pero le desaffo a que le sustituya con un hombre que valga lo



que él. Y para que se convenza usted del mérito de este hombre, voy a invitarle a comer mañana.

El vicario mayor quiso deslizar algunas palabras sobre la elección de sucesor. El prelado, poco dispuesto a ocuparse de asuntos, le dijo:

—Antes de que entre el otro, tratemos de averiguar cómo se va éste. Haga pasar a ese seminarista; la verdad suele estar en la boca de los niños.

Llamaron a Julián.

—Voy a encontrarme entre dos inquisidores—pensó.

En su vida se había sentido más animoso.

En el momento de entrar, dos criados, mejor ataviados que el mismo M. Valenod, desvestían a monseñor. El prelado, antes de ocuparse de monsieur Pirard, creyó oportuno interrogar a Julián sobre sus estudios. Le hizo hablar un poco de dogma, y quedó asombrado. Luego vino a ocuparse de Humanidades, de Virgilio, de Horacio, de Cicerón.

—Estos nombres—pensó Julián—me han valido el número 198. No tengo nada que perder; tratemos de brillar. Triunfó; el prelado, excelente humanista, quedó encantado.

En la comida de la prefectura, precisamente, había recitado una muchacha el poema de la "Magdalena". Estaba en vena de hablar de literatura, y pronto olvidó al abate Pirard y los demás negocios, para discutir con el seminarista sobre si Horacio era rico o pobre. El prelado citó varias

odas; pero en algún momento le fallaba la memoria, e inmediatamente Julián recitaba la oda entera con aire modesto. Lo que más chocó al obispo, fué que Julián no salía del tono de conversación, diciendo veinte o treinta versos como hubiese hablado de lo que ocurría en el seminario. Hablaron largamente de Virgilio, de Cicerón. Finalmente el prelado no pudo menos de felicitar al joven seminarista.

—Es imposible haber hecho mejores estudios.

—Monseñor—dijo Julián—; el seminario puede presentar ciento noventa y siete individuos mucho menos indignos de vuestra aprobación.

—¿Cómo es eso?—preguntó el prelado asombrado de aquella cifra.

—Puedo confirmar con una prueba oficial, lo que tengo el honor de decir a monseñor.

En el examen anual del seminario, contestando precisamente a las materias que me han valido la aprobación de monseñor, me dieron el número 198.

—¡Ah! ¡Este es el protegido del abate Pirard!—exclamó el obispo, riendo y mirando a M. De Frilair—. Debíamos habérselo figurado; pero es de buena ley. ¿Verdad que le han hecho a usted levantarse de la cama para venir aquí?—añadió dirigiéndose a Julián.

—Sí, Monseñor. No he salido solo del seminario más que una vez en mi vida, para ir ayudar al abate Chas-Bernard en el adorno de la catedral el día del Corpus.

—“Optime”—dijo el obispo—. ¿Es usted, pues, el que dió una prueba tan grande de valor al colocar los penachos de pluma en el baldaquino? Todos los años me preocupa hondamente la idea de que puedan costar la vida a un hombre. Amigo mío, usted irá lejos; pero no quiero cortar su carrera, que será brillante, haciéndole morir de hambre.

Y, cumpliendo las órdenes del obispo, trajeron bizcochos y vino de Málaga, a los cuales hizo honor Julián y, más aun, el abate de Frilair, que sabía que a su obispo le gustaba ver comer con apetito y alegría.

El prelado, cada vez más contento del final de la velada, habló un poco de historia eclesiástica. Vió que Julián no estaba enterado. El prelado, pasó al estado moral del imperio romano bajo la dominación de los emperadores del siglo de Constantino. El fin del paganismo, fué acompañado del mismo estado de inquietud y de duda, que en el siglo XIX aflige a los espíritus tristes y aburridos. Monseñor observó que Julián ignoraba casi hasta el nombre de Tácito.

Al asombro del prelado, Julián respondió candorosamente, que este autor no figuraba en la biblioteca del seminario.

—¡Cuánto me alegro!—dijo el obispo—. Me saca usted de un apuro; hace diez minutos que estoy pensando en el medio de recompensarle por la agradable velada que me ha procurado y, ciertamente, de un modo bien imprevisto. No esperaba



encontrar un doctor en un alumno de mi seminario. Aun cuando el presente no sea muy canónico, le voy a regalar un Tácito.

El prelado pidió ocho volúmenes magníficamente encuadernados, y quiso escribir de su puño y letra, bajo el título del primero, una frase latinalisonjera para Julián Sorel. El obispo presumía de latinista. Terminó diciéndole con un tono que contrastaba violentamente con el de toda la conversación:

—Joven: “si es usted juicioso”, un día tendrá el mejor curato de mi diócesis, y no a cien leguas de mi palacio episcopal; pero hay que “tener juicio”.

Cargado con sus volúmenes, salió Julián del obispado, lleno de asombro, al dar las doce.

Monseñor no le había dicho una palabra del abate Pirard. Julián extrañaba, sobre todo, la extrema cortesía del obispo. No tenía idea de semejante urbanidad en las formas, unida a un aire de dignidad tan natural. Julián notó aún más el contraste al volver a ver al sombrío abate Pirard que le esperaba impaciente.

—“Quid tibi dixerunt? (¿Qué te han dicho?)  
—le gritó con voz fuerte en cuanto le vió de lejos.

Julián se enredaba un poco al traducir al latín el discurso del obispo.

—Hable usted francés y repítame las mismas palabras de Monseñor, sin añadir ni quitar nada— dijo el ex director del seminario con su tono duro y sus maneras tan poco elegantes.

—¡Qué regalo más raro de parte de un obispo a un seminarista joven!—decía al hojear el magnífico “Tácito”, cuyos cantos dorados parecían horrorizarle.

Daban las dos cuando permitió a su discípulo favorito que volviese a su celda, después de haberle hecho explicarle los detalles más minuciosos.

—Déjeme el primer tomo de su “Tácito”, donde está la dedicatoria del señor obispo—le dijo—Estos renglones latinos serán su pararrayos en esta casa cuando yo me vaya.

“Erit tibi, fili mihi, successor meus tanquam leo quærens quem devoret”. (Pues para ti, hijo mío, mi sucesor será como un león furioso y que trata de devorar.)

Al día siguiente, por la mañana, Julián encontró algo extraño en el modo de hablarle sus compañeros. Ello le hizo mostrarse más reservado. Este es, pensaba, el efecto de la dimisión de monsieur Pirard. Todos saben ya la noticia, y yo paso por su discípulo predilecto. En estos modos debe haber algo insultante, pero no logra-ba verlo claramente. Por el contrario, lo que había era falta de odio en todas las miradas con que se cruzaba la suya al pasar por los dormitorios. ¿Qué querrá decir esto? Indudablemente es un lazo; estaré en guardia. Por fin, el joven seminarista de Verrières, le dijo riendo: “Corneliï Taciti opera omnia”. (Obras completas de Tácito.)

A esta frase, que fué escuchada por todos, los seminaristas en competencia, felicitaron a Julián, no solamente por el magnífico regalo que recibiera de Monseñor, sino por la conversación de dos horas con que había sido honrado. Sabían hasta los más pequeños detalles. Desde aquel momento, no hubo más envidia: le hicieron la corte rastreramente; el abate Castanède, que la víspera aún era de lo más insolente para él, le cogió por el brazo y le invitó a almorzar.

Por una fatalidad del carácter de Julián, la insolencia de todos aquellos seres groseros le había hecho mucho daño: esa bajeza le producía asco, y nada más.

Hacia el mediodía, el abate Pirard abandonó a sus discípulos, no sin antes dirigirles una severa alocución:

—¿Queréis los honores del mundo—les dijo—, las ventajas sociales, el placer del mandar, el de Burlar las leyes y ser insolente con todos en la mayor impunidad? O, por el contrario, ¿queréis vuestra salvación eterna? Aun los más torpes de vosotros, sólo necesitan abrir los ojos para distinguir los dos caminos.

Apenas salió, los devotos del Sagrado Corazón de Jesús fuéronse a la capilla a entonar un "Te Deum". Nadie tomó en serio, en el seminario, la alocución del ex director.

—Está muy molesto por su destitución—decían todos.

Ni un solo seminarista tuvo la inocencia de



creer en la dimisión voluntaria de un cargo que ponía en relación tan directa con proveedores en grande.

El abate Pirard fué a alojarse en la mejor posada de Besançon y, pretextando asuntos que no tenía en realidad, quiso pasar allí dos días.

El obispo le invitó a comer y, para chancearse de su vicario de Frilair, trató de hacerle lucir su ingenio. Estaban en los postres cuando llegó de París la noticia de que el abate Pirard era nombrado para desempeñar el magnífico curato de N\*\*\*, a cuatro leguas de la capital. El buen prelado le felicitó cordialmente. Vió en todo este asunto una "treta bien urdida", que le puso de buen humor y le hizo formar la mejor opinión de los méritos del abate. Le dió un magnífico certificado latino, e impuso silencio al abate de Frilair que se permitía hacer observaciones.

Por la noche, Monseñor expuso su admiración en casa de la marquesa de Rubempré. Aquello fué una gran noticia para la alta sociedad de Besançon, que se perdía en conjeturas sobre la causa de tan extraordinario favor. Ya veían al abate Pirard obispo. Los más sagaces creyeron ministro a M. De la Mole, y aquel día se permitieron sonreír de los aires imperativos que adoptaba M. De Frilair.

Al día siguiente por la mañana las gentes seguían por las calles al abate Pirard, y los comerciantes salían a la puerta de las tiendas cuando fué a ver a los jueces del marqués. Por pri-

mera vez en su vida le recibieron con cortesía. El severo jansenista, indignado con lo que veía, trabajó largamente con los abogados que escogiera para el marqués de la Mole y salió para París. Dos o tres amigos de colegio le acompañaron hasta el coche, y se admiraron ante sus escudos de armas. Pirard tuvo la debilidad de decirles que, después de administrar durante quince años el seminario, se marchaba de Besançon con quinientos veinte francos de economías. Aquellos amigos le abrazaron llorando, y se dijeron entre sí: El buen abate podía haberse ahorrado esta mentira; es demasiado ridícula.

La gente vulgar, ciega por el amor al dinero, no estaba hecha para comprender que en su sinceridad, es donde el abate Pirard había encontrado la fuerza necesaria para luchar solo, durante seis años, contra María Alacoque, el Sagrado Corazón de Jesús, los jesuitas y su obispo.

## CAPITULO XXX

### Un ambicioso.

Ya no queda más que una nobleza: el título de "duque". Marqués es ridículo; al oír "duque", se vuelve la cara.

EDINBURG REVIEW.

El marqués de la Mole recibió al abate Pirard sin ninguna de esas menudas ceremonias de gran

señor, muy corteses, sí, pero muy impertinentes para quien las comprende. Hubiera sido tiempo perdido, y el marqués estaba demasiado afanado con grandes negocios para desperdiciar el suyo.

Hacía seis meses que intrigaba para lograr que el rey y la nación aceptasen cierto ministerio que, por agradecimiento, le haría duque.

El marqués demandaba inútilmente hacía muchos años a su abogado de Besançon un estudio claro y preciso de sus pleitos del Franco Condado. ¿Cómo podría explicárselos el célebre abogado, si él mismo no los entendía?

La cuartilla de papel que le entregó el abate explicaba todo.

—Mi querido abate—le dijo el marqués, luego de agotar en cinco minutos las fórmulas de cortesía y las preguntas sobre cosas personales—; mi querido abate; en medio de mi pretendida prosperidad, me falta tiempo para ocuparme seriamente de dos cosillas, que son bastante importantes, sin embargo: mi familia y mis negocios. Me ocupo en conjunto de mi patrimonio; puedo aumentarlo; cuido de mis placeres, y esto es lo que debe ocupar el primer puesto, por lo menos a mi parecer—añadió, al fijarse en el asombro que se pintaba en los ojos del abate Pirard.

Aun cuando era un hombre de buen sentido, el abate se maravillaba de oír a un viejo hablar con tanta franqueza de sus placeres.

—El trabajo existe, sin duda alguna, en París—continuó el gran señor—; pero refugiado en



el último piso; en cuanto yo me acerco a un hombre, se baja al segundo, y su mujer fija día para recibir; por lo tanto, se acabó el trabajo, y ya no se esfuerza más que en aparecer hombre de mundo. Este es el único fin de todos en cuanto tienen pan. Para mis pleitos, hablando exactamente, y, mejor dicho, para cada uno de ellos en particular, tengo abogados que se matan a trabajar; anteayer ha muerto tísico uno de ellos. Pero para mis asuntos en general, ¿podrá usted creer que desde hace tres años he renunciado a encontrar un hombre que, mientras está escribiendo algo para mí, se digne pensar un poco seriamente en lo que hace? Pero bueno; todo esto no es más que un prólogo. Le estimo a usted, y me atrevería a añadir, aunque le veo por primera vez, le quiero a usted. ¿Le agradaría a usted ser mi secretario, con ocho mil francos de sueldo, o con el doble, si le parece poco? Yo saldría ganando, se lo aseguro, y ya tendré buen cuidado de reservar un buen curato para el día en que no nos conviniera seguir juntos.

El abate rechazó el ofrecimiento; pero al final de la conversación, el verdadero apuro en que veía al marqués, le sugirió una idea.

—Allá, en el fondo de mi seminario—dijo Pirard—, he dejado a un pobre muchacho que, si no me equivoco, va a ser perseguido tenazmente. Si no fuera más que un simple religioso, ya estaría "in pace". Hasta ahora, este muchacho sólo sabe latín y la Sagrada Escritura; pero no es im-

posible que cualquier día despliegue un gran talento en la predicación o en la dirección de almas. Ignoro lo que hará; pero tiene el fuego sagrado; puede llegar lejos. Yo contaba con colocarle al lado del obispo, si alguna vez nos hubiese llegado uno que se asemejara a usted, siquiera remotamente, en la manera de ver los hombres y los negocios.

—¿De dónde procede ese joven?—dijo el marqués.

—Dicen que es hijo de un carpintero de nuestras montañas; pero yo más bien le creería hijo natural de algún hombre rico. Le he visto recibir una carta anónima o pseudónima con una letra de quinientos francos.

—¡Ah! Es Julián Sorel—dijo el marqués.

—¿Cómo sabe usted su nombre?—replicó el abate extrañado y ruborizándose al hacer la pregunta.

—Eso es lo que no le diré a usted—respondió el marqués.

—Pues bien—repuso el abate—; podría usted pobrar a hacerle su secretario; es un hombre de energía, de entendimiento; en una palabra: merece la pena de hacer un ensayo.

—¿Y por qué no?—dijo el marqués—. ¿Pero no será hombre capaz de dejarse untar la mano por el prefecto de Policía u otra persona cualquiera para ejercer de espía en mi casa? Es la única objeción que se me ocurre.

Tranquilo por los informes favorables del abate

Pirard, el marqués dijo, sacando un billete de mil francos:

--Envíe usted este viático a Sorel y hágale venir.

—Bien se ve que vive usted en París—dijo el abate Pirard.—. No conoce usted la tiranía que pesa sobre nosotros, pobres provincianos, y, en particular, sobre los sacerdotes no amigos de los jesuitas. No querrán dejar salir a Julián Sorel; sabrán poner los pretextos más hábiles; me contestarán que está malo; se habrán perdido las cartas, etc., etc.

—Me procuraré una carta del ministro al obispo—dijo el marqués.

—Me olvidaba de una precaución—apuntó el abate—; este muchacho, aun cuando de origen muy humilde, tiene el corazón noble; no se conseguirá nada de él ofendiendo su orgullo, se le convertiría en un estúpido.

—Eso me gusta—dijo el marqués—; le haré compañero de mi hijo. ¿Será esto bastante?

Algún tiempo después, Julián recibió una carta de letra desconocida, con sello de Chalons, que contenía un giro contra un comerciante de Besançon y el aviso de salir inmediatamente para París. La carta llevaba una firma supuesta; pero al abrirla, Julián se había estremecido: a sus pies cayó una hoja de árbol; era la señal convenida con el abate Pirard.

Casi una hora después Julián fué llamado al obispado, donde le recibieron con una bondad casi



paternal. Siempre citando a Horacio, Monseñor le felicitó muy hábilmente por los altos destinos que le esperaban en París, diciéndole que aguardaba de su agradecimiento que le escribiría dándole cuenta de ellos. Julián nada pudo decir; primeramente porque no sabía nada. Monseñor le mostró mucha consideración. Uno de los sacerdotes, subalternos del obispado, escribió al alcalde, quien se apresuró a llevar en persona un pasaporte firmado, con el nombre del viajero en blanco.

Aquella noche, antes de las doce, Julián estaba en casa de Fouqué, cuyo espíritu práctico se asombró, más que se encantó, del porvenir que esperaba, al parecer, a su amigo.

—Todo esto acabará para ti—dijo aquel elector liberal—en un destino del Gobierno que te obligará a dar algún paso que te criticarán los periódicos. Sabré de ti para vergüenza tuya. Acuérdate de que, incluso financieramente hablando, vale más ganar cien luises en un buen negocio de madera de que uno es dueño, que recibir cuatro mil francos de un Gobierno, aun cuando fuese el del rey Salomón.

Julián no vió en todo aquello, más que el espíritu mezquino de un burgués paleta. El iba, por fin, a presentarse en el teatro de las grandes cosas. La felicidad de ir a París, que se figuraba lleno de gentes de talento muy intrigantes, muy hipócritas, pero tan bien educadas como el obispo de Besançon y el de Agda, no le permitía ver otra cosa. Se presentó a su amigo como privado

de su libre albedrío por la carta del abate Pí-rard

Al día siguiente, hacia las doce, llegó a Verriè-res, sintiéndose el más feliz de los hombres; conta-ba con ver de nuevo a Mme. De Renal. En cuanto llegó dirigióse a casa de su primer pro- tector, el buen abate Chelan. Encontró una acogi- da severa.

—Si crees que me estás obligado en algo—le dijo M. Chelan, sin contestar a su saludo—, vas a almorzar conmigo, y mientras tanto irán a al- quilar otro caballo para ti y te marcharás de Ve- rrièrres “sin ver a nadie”.

—Escuchar es obedecer—respondió Julián con aire de seminario—. Y ya no se habló mas que de teología y de latinidad.

Montó a caballo, recorrió una legua, y viendo un bosque y asegurándose de que nadie le veía, se internó en él. Al ponerse el sol despidió el ca- ballo. Más tarde entró en casa de un labriego, que consintió en venderle una escala y le acompañó llevándosela, hasta el bosquecillo que domina el paseo de la Fidelidad, de Verrières.

—Será un pobre desertor... O un contrabandista —se dijo el labrador al despedirse de él—; pero ¡qué me importa!, me ha pagado bien la escala y yo también he hecho de las mías alguna vez.

La noche era obscurísima. Hacia la una de la madrugada Julián, con su escala a cuestas, entró en Verrières. Bajó lo más de prisa que pudo al lecho del torrente que atraviesa los magníficos

jardines de M. De Renal, a una profundidad de diez pies y contenido entre dos muros. Julián subió fácilmente con la escala. ¿Cómo me recibirán los perros?—pensaba—. Ahí esta el quid. Los perros ladraron y avanzaron corriendo hacia él; pero él silbó suavemente, y, entonces, le acariciaron.

Subiendo luego de terraza en terraza, aun cuando las verjas todas estaban cerradas, le fué fácil llegar hasta el dormitorio de Mme. De Renal que, por la parte del jardín, está a una altura de ocho o diez pies.

En las persianas había una abertura pequeña, en forma de corazón, que él conocía perfectamente. Con gran disgusto suyo, aquella abertura no estaba iluminada por la luz interior de una lamparilla.

—¡Válgame Dios!—se dijo—. Esta noche no está ocupado este cuarto por Mme. De Renal. ¿Dónde se habrá acostado? La familia reside en Verrières, puesto que están los perros; pero quizá me encuentre en este cuarto con el mismo M. De Renal o con otro individuo cualquiera. Y entonces ¡qué escándalo!

Lo más prudente era retirarse; pero tal decisión horrorizó a Julián. Si es un extraño, me escaparé a todo correr, abandonando la escala; pero si es ella, ¿qué recibimiento me espera? Está sumida en el arrepentimiento y entregada a la más fervorosa devoción; de esto no me cabe duda; pero aun conserva alguna memoria de mí, puesto que acaba de escribirme. Este razonamiento le decidió.



Tembloroso el corazón, pero, sin embargo, resuelto a perecer o a verla, empezó a tirar piedrecitas contra la persiana; nadie contestó. Apoyó la escala del lado de la ventana y dió unos golpecitos en la persiana; primero, muy suaves; después, más fuertes.

—Aun cuando está muy oscuro, pueden desce-  
rrajarme un tiro—pensó Julián.

Esta idea redujo su loca empresa a una cuestión de valor.

—Este cuarto no está habitado esta noche—  
pensó—, o la persona que lo habita está ya despierta. Así, no hay que preocuparse de ella; sólo hay que procurar que no vean nada las personas que ocupan los cuartos inmediatos.

Bajó, colocó la escala contra una de las persianas, volvió a subir y, pasando la mano por la abertura en forma de corazón, tuvo la suerte de encontrar en seguida el alambre que estaba sujeto al gancho que cerraba la persiana. Tiró del alambre y, con alegría infinita, vió que la persiana cedía a su esfuerzo.

—Hay que abrir poco a poco y hacer que sea reconocida mi voz. Abrió la persiana lo suficiente para meter la cabeza, y repitió varias veces en voz baja: “Es un amigo.”

Se aseguró, prestando atención, de que nada turbaba el silencio profundo del cuarto. Pero, decididamente, no había en la chimenea lamparilla alguna, ni siquiera medio apagada; aquella era muy mala señal.

—¡Ojo con el tiro!  
Reflexionó un poco.

Luego se atrevió a golpear con los nudillos en el cristal; nadie respondió; golpeó más fuerte.

—Aunque rompa el cristal, es preciso concluir.

Golpeó con insistencia. Creyó entrever en aquella obscuridad como una sombra blanca que atravesaba la habitación. No cabía duda; una sombra parecía avanzar con extremada lentitud. De pronto vió una mejilla que se apoyaba en el cristal.

Se estremeció y separóse un poco. Pero la noche era tan negra, que ni aun a aquella distancia pudo distinguir si era Mme. De Renal. Temía el primer grito de alarma; oía a los perros removerse y gruñir alrededor de su escala.

—Soy yo—repetía bastante alto—; un amigo.

No le contestaban; el fantasma blanco había desaparecido.

—¡Ábreme, por Dios; tengo que hablarte; soy muy desgraciado!

Y golpeaba, exponiéndose a romper el cristal.

Un ruidito seco se dejó oír. La falleba de la ventana cedía; empujó el cerco, y saltó ligero a la habitación.

El fantasma blanco se alejaba; él le cogió por el brazo; era una mujer. Todas sus ideas de valor se disiparon.

—Es ella. ¿Qué me va a decir?

¿Qué fué de él, cuando reconoció efectivamente, por un pequeño grito, que era Mme. De Renal?

La estrechó entre sus brazos; ella estaba temblando, y apenas tenía fuerza para rechazarle.

—¿Qué hace usted, desgraciado?

Apenas si su voz, convulsa, podía articular estas palabras. Julián vió en ellas la más sincera indignación.

—Vengo a verte, después de una cruel separación de catorce meses.

—Váyase, déjeme inmediatamente. ¡Ah! ¿Por qué me habrá prohibido M. Chelan que le escribiese? Hubiera podido prevenir este horror.

Le rechazó con una fuerza verdaderamente extraordinaria.

—Me arrepiento de mi crimen; el cielo se ha dignado iluminarme—repetía con voz entrecortada—. Váyase, huya de aquí.

—Después de catorce meses de desesperación, no me marcharé sin haberte hablado. Quiero saber todo lo que has hecho. Te he querido lo suficiente para merecer esta confianza... Quiero saberlo todo.

A pesar suyo, aquel tono de autoridad ejercía un gran imperio en el corazón de Mme. De Renal.

Julián, que la tenía sujeta con pasión y resistía a sus esfuerzos por desasirse de él, cesó de estrecharla entre sus brazos. Este movimiento serenó un tanto a Mme. De Renal.

—Voy a retirar la escala, para que no nos comprometa si algún criado, a quien haya despertado el ruido, sale a rondar.



—No, no, al contrario; váyase usted—dijo ella con verdadera cólera—. ¿Qué me importan los hombres? Dios es quien ve esta horrible escena y quien me castigará. Está usted abusando cobardemente de los sentimientos que le he demostrado en otro tiempo, pero que hoy no tengo. ¿Lo oye usted bien, Julián?

Julián retiraba la escala con gran lentitud para no hacer ruido.

—¿Está tu marido en el pueblo?—le dijo, no por desafiarla, sino llevado de la antigua costumbre.

—No me hable usted así, por favor, o llamo a mi marido. Ya soy bastante culpable por no haberle arrojado de aquí, ocurriese lo que ocurriese. Tengo compasión de usted—le dijo, tratando de herir su irritable orgullo, que tan bien conocía.

Aquella negativa al tuteo, aquella manera brusca de romper un lazo tan dulce y con el que contaba aún, llevaron al delirio el transporte de amor de Julián.

—¿Pero es posible que ya no me ames?—le dijo con uno de esos arranques del corazón, que tan difícil es escuchar con sangre fría.

Ella no respondió; él lloraba amargamente.

En realidad, no podía hablar.

—¿Estoy, pues, completamente olvidado del único ser que me ha amado en la vida? ¿Para qué vivir ya?

Todo su valor le había abandonado desde el momento en que vió desaparecido el peligro de en-

contrarse con un hombre; todo había desaparecido de su corazón, menos el amor.

Lloró mucho tiempo en silencio. Cogió la mano de ella. Madame de Renal trató de retirarla; pero, después de algunos movimientos convulsivos, se la dejó. La obscuridad era profunda; estaban sentados uno junto a otro en la cama de madame De Renal.

—¡Qué diferencia de hace catorce meses—pensó Julián, y sus lágrimas aumentaron—. Así, pues, la ausencia destruye todos los sentimientos del hombre.

—Por favor, dime todo lo que te ha ocurrido—dijo por fin Julián, molesto por su silencio, y con voz entrecortada por las lágrimas.

—Indudablemente—respondió Mme. De Renal con voz dura, en cuyo acento había algo seco y mortificante para Julián—, mis extravíos eran conocidos en el pueblo antes de su marcha. ¡Había usted obrado con tanta imprudencia! Algún tiempo después, estando yo desesperada, vino a verme el respetable M. Chelan. En vano trató de conseguir una confesión durante mucho tiempo. Un día tuvo la ocurrencia de llevarme a la iglesia de Dijón, donde yo había hecho la primera comunión. Allí se atrevió a hablar primero...

Las lágrimas interrumpieron a Mme. De Renal.

—¡Qué momentos de vergüenza! Confesé todo. Este hombre fué tan bueno, que no me abrumó con el peso de su indignación; se affigió conmigo. En esta época yo le escribía a usted todos los

días cartas que no me atrevía a enviarle; las guardaba cuidadosamente, y cuando me sentía demasiado desgraciada, me encerraba en mi cuarto y leía y releía mis cartas.

Al fin, M. Chelan consiguió que se las entregase... Yo le había enviado a usted algunas, las que estaban escritas con más prudencia, y usted no me contestaba.

—Jamás, te lo juro, he recibido una carta tuya en el seminario.

—¡Dios mío! ¿Quién las habrá interceptado?

—Juzga de mi dolor. Hasta el día que te vi en la catedral, ignoraba si vivías o no.

—Dios me concedió la gracia de comprender cuánto estaba pecando contra él, contra mis hijos, contra mi marido—repuso Mme. De Renal—. Nunca me amó, como yo creía entonces que usted me amaba...

Julián se precipitó en sus brazos, sin saber cómo y fuera de sí. Pero Mme. De Renal le rechazó y continuó con bastante firmeza:

—Mi respetable amigo M. Chelan, me hizo comprender que al casarme con M. De Renal le había sacrificado todos mis afectos, incluso los que no conocía y que no había sentido nunca antes de unas relaciones fatales... Después del gran sacrificio de aquellas cartas, que tanto quería, mi vida se ha deslizado, si no felizmente, por lo menos bastante tranquila. No venga usted, pues, a turbarla; sea un amigo para mí..., el mejor de los amigos.



Julián cubrió sus manos de besos; ella sintió sus lágrimas.

—No llore usted; me hace tanto daño.... Dígame a su vez lo que ha hecho.

Julián no podía hablar.

—Quiero saber qué género de vida hacía usted en el seminario—repitió ella—; después se marchará usted.

Sin pensar en lo que contaba, Julián habló de las intrigas, de las envidias innumerables que encontró primero; luego, de su vida tranquila desde que fué nombrado pasante.

—Entonces fué—añadió él—cuando, después de un largo silencio, destinado sin duda a hacerme comprender lo que hoy desgraciadamente veo, que no me amabas y que te era indiferente...—Madame De Renal le apretó la mano—. Entonces fué cuando me enviaste una letra de quinientos francos.

—Nunca he hecho eso—dijo Mme. De Renal.

—Era una carta con sello de París y firmada por un Pablo Sorel, sin duda para alejar sospechas.

Se suscitó una pequeña discusión sobre el origen posible de aquella carta. La posición moral cambió. Sin saberlo, Mme. De Renal y Julián habían abandonado el tono solemne; tomaban el de una tierna amistad. No se veían: tan profunda era la oscuridad; pero el tono de la voz lo decía todo. Julián enlazó con su brazo la cintura de su amiga; aquel movimiento era muy peligroso. Ella

trató de desasirse del brazo de Julián, quien con suma habilidad, distrajo su atención en aquel momento por una circunstancia interesante de su relato. El brazo, como olvidado, continuó en la posición que ocupaba.

Después de muchas conjeturas sobre el origen de la letra de quinientos francos, Julián reanudó su relato; se encontraba algo más dueño de sí hablando de su vida pasada, que al lado de lo que le sucedía en aquel momento tan poco le interesaba. Toda su atención estaba concentrada en el modo cómo terminaría su visita.

—Váyase usted—le decía ella a cada momento y con tono imperativo.

—¡Qué vergüenza para mí si soy despedido! Será un remordimiento que empozoñará mi vida para siempre—decíase—; no me escribirá nunca. Dios sabe cuándo volveré yo a este pueblo.

Desde aquel momento, todo lo que había de celestial en la actitud de Julián, desapareció rápidamente de su corazón. Sentado junto a una mujer a quien adoraba, casi estrechándola en sus brazos, en aquel cuarto donde tan feliz había sido, en la más profunda oscuridad; convencido de que ella estaba llorando, notando en los movimientos de su pecho que sollozaba, tuvo la mala ocurrencia de aparecer un frío calculador, casi tan calculador y tan frío como cuando en el patio del seminario se veía objeto de alguna burla molesta de parte de un compañero más fuerte que él. Julián alargaba su relato y hablaba de la vida

desgraciada que había llevado desde su salida de Verrières.

—De modo que—decíase Mme. De Renal—, después de un año de ausencia, privado de todo lo que pudiese avivar el recuerdo y mientras yo le olvidaba, él sólo pensaba en los días felices que pasara en Vergy. Sus sollozos aumentaban. Julián vió el éxito de su relato. Comprendió que habría que echar mano del último recurso: citó la carta que acababa de recibir de París.

—Me he despedido del señor obispo.

¿Cómo? ¿No vuelve usted a Besançon? ¿Nos deja para siempre?

—Sí—respondió Julián con resolución—, sí, abandono un país donde soy olvidado hasta de aquello que más he amado en mi vida, y le abandono para no volver más. Me voy a París...

—¡Te vas a París!—exclamó casi en alta voz Mme. De Renal.

Su voz, casi ahogada por las lágrimas, demostraba lo profundo de su turbación. Julián necesitaba aquel aliento: iba a intentar un paso que quizá decidiera todo en contra suya, y antes de esta exclamación, como no veía, ignoraba en absoluto el efecto que conseguía producir. No vaciló más; el temor del remordimiento le hacía recobrar el imperio sobre sí mismo. Añadió fríamente, levantándose:

—Sí, señora; la dejo para siempre, deseándola que sea muy feliz; adiós.

Dió algunos pasos hacia la ventana; la abría



ya. Madame de Renal se lanzó hacia él, precipitándose en sus brazos.

Y de este modo, después de tres horas de diálogo, consiguió Julián lo que había deseado tan ardentemente durante las dos primeras. Si hubiese llegado un poco antes, la vuelta a los sentimientos tiernos, el olvido de los remordimientos de madame de Renal, habrían sido una dicha celestial; obtenidos así, con artificio, sólo fueron un placer. Julián quiso absolutamente, contra la resistencia de su amiga, encender la lamparilla.

—¿Es que quieres—le decía—que no me lleve recuerdo alguno de haberte visto? ¿Perderé la ocasión de contemplar el amor que sin duda se refleja en esos ojos encantadores? ¿Será invisible para mí la blancura de esta linda mano? Piensa que me voy quizá por mucho tiempo.

Madame de Renal no podía negar nada ante esta idea, que la deshacía en lágrimas. El alba comenzaba ya a dibujar vivamente los contornos de los pinos en la montaña situada al Este de Verrières. En vez de irse, Julián, ebrio de voluptuosidad, propuso a Mme. De Renal pasar todo el día escondido en su cuarto y no marcharse hasta la noche siguiente.

—¿Y por qué no?—respondió ella—. Esta fatal recaída me hace perder toda estimación de mí misma, y será mi eterna desgracia... Y le estrechaba contra su corazón—. Mi marido no es el mismo: tiene sospechas, cree que le he manejado a mi gusto en todo este asunto y se muestra muy re-

sentido conmigo. Si oye el menor ruido, estoy perdida; me echará como a una desgraciada: lo que soy.

—Esa es una frase de M. Chelan—dijo Julián—. No me habrías hablado así, antes de mi cruel partida para el seminario. ¡Entonces sí que me querías!

Julián recibió la recompensa que mereciera por la sangre fría que puso en esta frase: vió cómo su amiga olvidaba prestamente el peligro que pudiera correr con la presencia de su marido, para no pensar más que en el peligro, mucho más grande, de que Julián dudase de su amor. El día avanzaba con rapidez e iluminaba por completo la habitación; Julián volvió a sentir todas las voluptuosidades del orgullo satisfecho, al ver en sus brazos, y casi a sus pies, a aquella mujer encantadora, la única que amara, y que pocas horas antes estaba entregada por entero al temor de un Dios terrible y al cumplimiento de sus deberes. Las resoluciones, fortalecidas por un año de constancia, no habían podido resistir ante su valor.

Pronto se empezó a oír ruido en la casa; una cosa que antes no se le había ocurrido vino a inquietar a Mme. De Renal.

—Esa infame de Elisa va a entrar en el cuarto. ¿Qué hacemos con esta enorme escala?—dijo a su amigo—. ¿Dónde la podríamos esconder?... Voy a llevarla al granero—exclamó de repente, con cierta jovialidad.

—Pero hay que pasar por el cuarto del criado—dijo Julián con espanto.

—Dejaré la escala en el corredor, llamaré al criado y le daré un encargo.

—Piensa en preparar alguna contestación para el caso en que el criado, al pasar por el corredor, viera la escala.

—Sí, ángel mío—repuso Mme. De Renal dándole un beso—. Tú ocúpate de esconderte pronto debajo de la cama si Elisa entra mientras dura mi ausencia.

Julián extrañó aquella repentina alegría.

—La proximidad de un peligro—pensaba—, lejos de turbarla, le devuelve toda su alegría, porque no piensa en sus remordimientos. ¡Mujer verdaderamente superior! ¡Es una gloria reinar en su corazón!

Julián estaba radiante.

Madame de Renal cogió la escala; evidentemente, pesaba demasiado para ella. Julián fué en su ayuda. Admiraba aquel talle elegante y que tan lejos estaba de denotar fuerza, cuando, de pronto, ella, sin ayuda, cogió la escala y la levantó como hubiese hecho con una silla. La trasladó con rapidez al corredor del tercer piso, donde la colocó junto al muro. Llamó al criado y, para dejarle tiempo de vestirse, subió al palomar. Cinco minutos después, cuando volvió al corredor, no encontró la escala. ¿Qué había sido de ella? Si Julián hubiese estado fuera de la casa, aquel peligro no la hubiera impresionado. Pero si en aquel momento su marido veía la escala, podría ocurrir un incidente abominable. Madame de Renal fué de un lado



para otro. Por fin descubrió la escala debajo del tejado, donde el criado la llevó, dejándola medio oculta. Era una circunstancia singular, que en otra época la hubiese alarmado.

—¿Qué me importa—pensó—lo que puede ocurrir dentro de veinticuatro horas, cuando Julián se haya marchado? ¿No será todo entonces para mí horror y remordimiento?

Tenía como una idea vaga de abandonar la vida; pero ¿qué le importaba? Después de una separación que creyera eterna, él había vuelto, le veía de nuevo, y lo que había hecho para llegar a ella ¡mostraba tanto amor!...

Al contar a Julián el suceso de la escala, decía:

—¿Qué diré a mi marido si el criado le cuenta que ha encontrado la escala?

Quedóse un momento pensativa.

—Necesitarán veinticuatro horas para dar con el labrador que te la ha vendido.

Y echándose en los brazos de Julián y estrechándose contra él en un movimiento convulsivo:

—¡Ah! ¡Morir! ¡Morir así!—exclamó, cubriéndole de besos—. Pero no puedo dejarte morir de hambre—añadió riendo—. Ven; primeramente voy a esconderte en la habitación de Mme. Derville, que siempre está cerrada con llave.

Ella fué a vigilar al extremo del pasillo, y Julián pasó corriendo.

—No abras de ninguna manera si llaman—le dijo, echando la llave—; en todo caso, sólo podría ser una broma de los chicos cuando juegan.

—Hazles venir al jardín, al pie de las ventanas—dijo Julián—, para que yo tenga el placer de verlos; hazles hablar.

—Sí, sí—gritó Mme. De Renal alejándose.

A poco volvió con naranjas, galletas, una botella de vino de Málaga; le había sido imposible robar pan.

—¿Qué hace tu marido?—dijo Julián.

—Está escribiendo proyectos de contrato con los labradores.

Ya habían dado las ocho, y en la casa se oía mucho ruido. Si no hubieran visto a Mme. De Renal, la habrían buscado por todas partes; se vió obligada a dejarle. Pronto volvió, contra toda prudencia, llevándole una taza de café: tenía miedo que se muriese de hambre. Después del almuerzo, consiguió atraer a los niños bajo la ventana del cuarto de Mme. Derville. El los encontró muy crecidos, pero les notó un aire vulgar; quizá era que habían cambiado sus ideas. Madame de Renal les habló de Julián. El mayor respondió expresando cariño por el antiguo preceptor y echándole de menos; pero observó que los pequeños casi le habían olvidado.

Monsieur de Renal no salió aquella mañana; subía y bajaba sin cesar dentro de la casa, ocupado en hacer tratos con los labradores a quienes vendía su cosecha de patatas.

Hasta la comida, Mme. De Renal no pudo dedicar un momento a su prisionero. Una vez servida la comida, tuvo la idea de escamotear para

él un plato de sopa caliente. Al acercarme, sin hacer ruido, a la puerta del cuarto en que Julián estaba, llevando con precaución el plato, se encontró de manos a boca con el criado que escondiera la escala por la mañana. En aquel momento se deslizaba silencioso por el pasillo, como escuchando. Probablemente, Julián habría andado con imprudencia. El criado se alejó un poco confuso. Mme. De Renal entró resueltamente en la habitación donde estaba Julián. Aquel encuentro le hizo temblar.

—¡Tú tienes miedo!—le dijo ella—. Yo arrostraría todos los peligros del mundo sin pestañear—. Sólo temo una cosa: el momento en que me quede sola cuando tú te vayas.

Y alejóse corriendo.

—¡El único peligro que teme este alma sublime es el remordimiento!—se dijo Julián, exaltado.

Por fin llegó la noche. Monsieur de Renal se fué al Casino. Su mujer se había quejado de una jaqueca espantosa; se retiró a su cuarto, apresuróse a despedir a Elisa y se levantó en seguida para sacar del encierro a Julián.

Se encontró con que realmente estaba desfallecido. Madame De Renal fué a la despensa a buscar pan. Julián oyó un grito agudo. Madame de Renal volvió y contó a Julián que, al entrar en la despensa, sin luz, y al acercarse a un aparador en el que guardaban el pan, tocó un brazo de mujer. Era Elisa, y ella fué la que dió el grito que Julián oyó.



—¿Qué hacía allí?

—Estaría robando alguna golosina o quizá nos espiaba—dijo Mme. De Renal con una indiferencia absoluta—.Pero, felizmente, he encontrado una empanada y un panecillo.

—¿Qué llevas ahí entonces?—dijo Julián señalando los bolsillos de su delantal.

Madame de Renal habíase olvidado de que, desde la comida, los llevaba llenos de pan.

Julián la estrechó en sus brazos con la más ardiente pasión; nunca le había parecido tan hermosa. Seguramente, que ni en París podré encontrar un carácter tan grande. Tenía toda la torpeza de una mujer poco habituada a esta clase de cuidados, y al mismo tiempo el verdadero valor de un ser que sólo teme a los peligros de otro orden, mucho más terribles en el fondo.

Mientras Julián cenaba con buen apetito, y su amiga bromeaba con él sobre la simplicidad de aquella comida, pues sentía horror de hablar en serio, la puerta del cuarto fué sacudida con violencia. Era M. De Renal.

—¿Por qué estás encerrada?—le gritaba.

Julián sólo tuvo el tiempo preciso para deslizarse debajo del sofá.

—¿Qué es esto? ¡Estás vestida—dijo M. De Renal al entrar—, estás cenando y has cerrado la puerta con llave!

Cualquier día, esta observación, hecha con toda la sequedad conyugal, hubiera azorado a madame de Renal. Pero ahora notaba que su marido

no tenía más que inclinarse un poco para descubrir a Julián; pues M. De Renal se había dejado caer en la silla que Julián ocupaba un momento antes, frente al sofá.

La jaqueca sirvió de excusa a todo. Mientras su marido le contaba minuciosamente los incidentes de la partida de billar que ganara en el Casino (“¡una jugada de diez y nueve francos!”)—añadía—, ella vió sobre una silla, a dos pasos, el sombrero de Julián. Su sangre fría fué en aumento; comenzó a desnudarse, y en un instante, pasando con rapidez por detrás de su marido, echó su vestido encima de la silla del sombrero.

Por fin se marchó M. De Renal. Ella suplicó a Julián que le volviese a contar su vida en el seminario.

—Ayer no te escuchaba; mientras estabas hablando, yo sólo pensaba en el medio de conseguir que te fueras.

Ella era la imprudencia en persona. Hablaban muy alto. Sobre las dos de la madrugada fueron interrumpidos por un golpe violento en la puerta. Era otra vez M. De Renal.

—Abre inmediatamente; hay ladrones en la casa—decía—. Saint-Jean ha encontrado una escala esta mañana.

—Este es el final de todo—exclamó Mme. De Renal, echándose en los brazos de Julián—. Nos va a matar a los dos; no cree en los ladrones. Voy a morir en tus brazos, mucho más feliz en la muerte que lo he sido en la vida.

No contestaba a su marido, que se enfurecía. Besaba y abrazaba con pasión a Julián.

—Salva a la madre de Estanislao—dijo él con imperio—. Voy a saltar al patio por la ventana del gabinete, y me escaparé por el jardín; los perros me han reconocido. Haz un lío con mi ropa y tíralo al jardín en cuanto puedas. Mientras tanto, deja que echen la puerta abajo. Y, sobre todo, nada de confesión, te lo prohibo; más vale que tenga sospecha, que no certeza.

—Vas a matarte al saltar—fué su única respuesta y su única inquietud.

Le acompañó a la ventana del gabinete; en seguida se tomó el tiempo necesario para esconder la ropa. Por fin abrió la puerta a su marido, que ardía en cólera. Registró el cuarto, el gabinete, sin decir una palabra, y desapareció. La ropa de Julián fué lanzada por la ventana; él la recogió, y, corriendo por el jardín, se dirigió del lado del Doubs. Mientras corría, oyó silbar una bala, y a poco el estampido de un disparo.

—No es M. De Renal—pensó—; tira muy mal para esto. Los perros corrían a su lado, en silencio. Un segundo tiro partió una pata a uno de ellos, al parecer, pues comenzó a aullar lastimeramente. Julián saltó el muro de una terraza, dió unos cuantos pasos a cubierto y siguió huyendo en otra dirección. Oyó voces que le gritaban, y vió distintamente al criado, enemigo suyo, que disparaba un tiro. Un granjero también comenzó a disparar al otro lado del jardín:



pero ya Julián había ganado la orilla del Doubs, donde se vestía.

Una hora más tarde estaba a una legua de Verrières, camino de Ginebra.

—Si sospechan—pensó—, me buscarán camino de París.



FIN DEL TOMO PRIMERO

# ÍNDICE





## INDICE DEL TOMO I

---

CAPITULO	Págs.
I.—Un pueblo.....	11
— II.—Un alcalde.....	16
— III.—El dinero de los pobres.....	21
— IV.—Un padre y un hijo.....	28
— V.—Una negociación.....	34
— VI.—El aburrimiento.....	44
— VII.—Afinidades electivas.....	56
— VIII.—Acontecimientos menudos.....	71
— IX.—Una velada en el campo.....	82
— X.—Gran corazón y pequeña ventura...	93
— XI.—Una velada.....	98
— XII.—Un viaje.....	104
— XIII.—Las medias caladas.....	114
— XIV.—Las tijeras inglesas.....	121
— XV.—El canto del gallo.....	126
— XVI.—Al día siguiente.....	131
— XVII.—El primer adjunto.....	137
— XVIII.—Un rey en Verrières.....	144
— XIX.—Pensar hace sufrir.....	163
— XX.—Los anónimos.....	175
— XXI.—Diálogo con un amo.....	181
— XXII.—Modos de obrar en 1830.....	200
— XXIII.—Desazones de un funcionario.....	218
— XXIV.—Una capital.....	239
— XXV.—El Seminario.....	248
— XXVI.—El mundo, o lo que le falta al rico.	259
— XXVII.—Primera experiencia de la vida....	274
— XXVIII.—Una procesión.....	280
— XXIX.—El primer ascenso.....	290
— XXX.—Un ambicioso.....	312



# CALPE

COLECCIÓN UNIVERSAL

—  
Precio del número, 0,30  
—

La **Colección Universal**, inaugurada por la editorial CALPE, publicará las mejores producciones literarias del ingenio humano, en todos los órdenes: novela, historia, poesía, ciencia, filosofía, teatro, memorias, viajes, ensayos, etc.



La **Colección Universal** será pronto, para los lectores de habla española, un elemento indispensable de educación y cultura. Hará asequibles a todo el mundo los beneficios y los goces del trato espiritual con los más grandes genios de la humanidad.



La **Colección Universal** publicará las obras en su ABSOLUTA INTEGRIDAD, sin supresiones ni adiciones de ninguna especie.



La **Colección Universal** cuidará con extremado celo de que las traducciones sean siempre fidelísimas y correctas; no publicará traducciones anónimas; encargará sus traducciones a reputados escritores.



La **Colección Universal** cuenta, para las ediciones de autores españoles, con el consejo y la colaboración de eminentes filólogos.



La **Colección Universal** se vende a 0,30 el número. La extensión de un número es, aproximadamente, de 100 páginas, Las obras

que tengan mayor extensión irán publicadas en volúmenes de 200, 300, 400 y más páginas, valuándose cada volumen como 2, 3, 4 y más números.



La **Colección Universal**, por su extraordinaria baratura, representa un esfuerzo editorial, nunca realizado en España.



La **Colección Universal** publicará todos los meses VEINTE números, o sean unas DOS MIL páginas de selecta lectura, repartidas en ocho o diez tomos de presentación elegante y de cómodo uso. Los 240 números anuales de la **Colección Universal** constituirán una copiosa y elegida biblioteca de unos 100 tomos.

La **Colección Universal** admite suscripciones por un trimestre, un semestre y un año. Para los suscriptores, el precio del número será de 0,25.

Suscripción trimestral...	15 ptas.
—          semestral...	30 —
—          anual.....	60 —



Para las suscripciones y pedidos de volúmenes sueltos, dirigirse a

Compañía Anónima CALPE

Consejo de Ciento, 416 y 418

Apartado: 89

BARCELONA



# Colección Universal

---

## OBRAS EN CURSO DE PUBLICACIÓN

**Poema del Cid.** Texto y traducción.—La traducción ha sido hecha por Alfonso Reyes, del Centro de Estudios Históricos.

LOPE DE VEGA: **Fuente Ovejuna.** Comedia.—Edición revisada por Américo Castro.

M. KANT: **La paz perpetua.** Ensayo filosófico.—La traducción ha sido hecha por F. Rivera Pastor.

O. GOLDSMITH: **El vicario de Wakefield.** Novela.—La traducción ha sido hecha por Felipe Villaverde.

LA ROCHEFOUCAULD: **Memorias.** — La traducción ha sido hecha por Cipriano Rivas Cherif.

J ORTEGA MUNILLA, de la Real Academia Española: **Relaciones contemporáneas.**

P. MERIMEE: **Doble error.** Novela. La traducción ha sido hecha por A. Sánchez Rivero.

STENDHAL: **Rojo y Negro.** Novela. Tomo I.—La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.

STENDHAL: **Rojo y Negro.** Novela. Tomo II.—La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.

VILLALON: **Viaje de Turquía.**—La edición ha sido cuidada por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos.

L. ANDREIEV: **Sachka Yegulev.** No-

vela.—La traducción del ruso ha sido hecha por N. Tasin.

C. CASTELLO-BRANCO: **Novelas del Miño.**—La traducción del portugués ha sido hecha por P. Blanco Suárez.

CICERON: **Académicas.**—La traducción del latín ha sido hecha por A. Millares.

J. W. GOETHE: **Werther.** Novela. — La traducción, de D. José Mor de Fuentes, ha sido cuidadosamente revisada y corregida.

ANTONIO MACHADO: **Soledades, galerías y otros poemas.**—Segunda edición.

CERVANTES: **Novelas ejemplares.** Tomo I. «La gitanilla» y «El amante liberal».

TIRSO DE MOLINA: **El condenado por desconfiado.** Comedia.—La edición ha sido cuidada por Américo Castro.

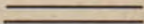


LEIBNITZ: **Opúsculos filosóficos** . —

La traducción del francés ha sido hecha por Manuel G. Morrente.

RUIZ DE ALARCON: **Los pechos privilegiados**. Comedia.—La edición ha sido cuidada por Alfonso Reyes.

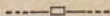
Y otras obras de Mme. de Stael, Antón Chejov, Estévez Calderón, Trinidad Coello, Moratín, Plutarco, Barbey d'Aurevilly, Tácito, George Eliot, Massimo d'Azeglio, Kant, Leopoldo Alas (Clarín), César, Garcilaso de la Vega, Sterne, Schiller, Jules Sandeau, Montesquieu, A. Kuprin, etcétera.





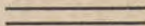


## MANUALES GALLACH



Esta famosa colección, útil y económica, de conocimientos enciclopédicos, abarca todas las ciencias, las artes, los oficios y las aplicaciones prácticas, y es valiosísimo caudal de enseñanzas provechosas, porque sus volúmenes se han encargado a especialistas eminentes, entre los cuales figuran personalidades de tanto prestigio como los señores Luanco, Buen, Lozano, Mundi, Carracido, Calderón, Posada, Costa, Macpherson, Casares, Rivas Mateos, Altamira, Zulueta, Rubió y Bellvé, Opisso, Giner de los Ríos (D. Francisco y D. Hermenegildo), Villar, Comas Solá, Apeles Mestres, etc., etc.

109 Manuales, que tratan de todas las materias.



**Precio de la colección completa,  
al contado, 224,50 pesetas.**

**A los compradores de la colección les  
regalamos un magnífico mueble para  
colocar los volúmenes.**





# COLECCIÓN UNIVERSAL

Precio del número, 0,50 ptas.

## OBRAS PUBLICADAS

- N.º 1-4.—**POEMA DEL CID.** Texto y traducción, por Alfonso Reyes.
- N.º 5-6.—**LOPE DE VEGA: FUENTE OVEJUNA.** Comedia.—Edición revisada por Américo Castro.
- N.º 7.—**M. KANT: LA PAZ PERPETUA.** Ensayo filosófico.—Traducción, por F. Rivera Pastor.
- N.º 8-10.—**O. GOLDSMITH: EL VICARIO DE WAKEFIELD.** Novela.—Traducción, por Felipe Villaverde.
- N.º 11-13.—**La ROCHEFOUCAULD: MEMORIAS.**—Traducción, por Cipriano Rivas Cherif.
- N.º 14-15.—**J. ORTEGA MUNILLA,** de la Real Academia Española: **RELACIONES CONTEMPORANEAS.**
- N.º 16.—**P. MERIMEE: DOBLE ERROR.** Novela.—Traducción, por A. Sánchez Rivero.
- N.º 17-20.—**STENDHAL: ROJO Y NEGRO.** Novela. Tomo I.—Traducción, por Enrique de Mesa.

## OBRAS EN PREPARACION

- STENDHAL: ROJO Y NEGRO.** Novela. Tomo II.—Traducción, por Enrique de Mesa.
- VILLALON: VIAJE DE TURQUIA.**—La edición ha sido cuidada por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos.
- L. ANDREIEV: SACHKA YEGULEV.** Novela.—Traducción del ruso, por N. Tasin.
- C. CASTELLO-BRANCO: NOVELAS DEL MISO.**—Traducción del portugués, por P. Blanco Suárez.
- CICERON: ACADEMICAS.**—Traducción del latín, por A. Millares.
- J. W. GOETHE: WERTHER.** Novela.—La traducción, de D. José Mor de Fuentes, ha sido cuidadosamente revisada y corregida.
- ANTONIO MACHADO: SOLEDADES, GALERIAS Y OTROS POEMAS.**—Segunda edición.
- CERVANTES: NOVELAS EJEMPLARES.** Tomo I. "La gitanilla" y "El amante liberal".
- TIRSO DE MOLINA: EL CONDENADO POR DESCONFIADO.** Comedia.—La edición ha sido cuidada por Américo Castro.
- LEIBNITZ: OPUSCULOS FILOSOFICOS.**—Traducción del francés, por Manuel G. Morente.
- RUIZ DE ALARCON: LOS PECHOS PRIVILEGIADOS.** Comedia.—La edición ha sido cuidada por Alfonso Reyes.